

VIAJE POR LAS HIGHLANDS 1

La Institutriz



SONIA LÓPEZ SOUTO

La Institutriz

Sonia López Souto

© SONIA LÓPEZ SOUTO
LA INSTITUTRIZ

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

A todas aquellas personas que disfrutaron de esta historia, y lo siguen
haciendo, a pesar de mis propias dudas sobre ella.
Espero que sepáis perdonarme por los cambios que le he hecho.

LA NOCHE MÁS DIFÍCIL

Blair estaba asustada. A pesar de su corta edad, había tenido que asistir muchos partos y sabía que su madre estaba en apuros. En graves apuros.

Hacía un par de horas que había mandado llamar a la partera, viendo que la situación superaba sus conocimientos, pero todavía no había llegado. Fuera, la tormenta estaba en su punto álgido por lo que sabía que se retrasaría todavía más. Nadie en su sano juicio se atrevería a salir en una noche como aquella.

Nunca había sido muy devota, su madre se lo reprochaba continuamente, pero en ese momento no se le ocurría nada mejor que rezar. Rezar para que su madre lograra alumbrar a su hermano por fin. Rezar para que la partera llegase cuanto antes. Rezar para que su padre no se despertase de la borrachera.

Su madre era hija de un hombre rico y había recibido una excelente educación. Se había casado bien y durante años habían sido felices. Pero a la muerte de sus padres, su esposo se había hecho cargo de su herencia y, no sabiendo cómo manejar los negocios, se habían arruinado en poco tiempo. Ella contaba con tres años cuando la desgracia les sobrevino.

Su vida no había sido fácil desde entonces, aunque jamás se había quejado. Tenía una madre que la adoraba, suficiente comida en el plato cada día gracias al duro trabajo de esta y ropa decente que ponerse. Con eso le bastaba.

Ni siquiera le importaba que su padre se hubiese dado a la bebida y pasase la mayor parte del tiempo borracho. Incapaz de mantenerse sobrio más de dos horas seguidas, utilizaba aquellos momentos de lucidez para robarles el poco dinero que lograban ahorrar.

Nada de aquello les había importado nunca pues se tenían la una a la otra. Eran un equipo, como decía siempre su madre. Sin embargo ahora, viéndola sufrir por ser incapaz de expulsar a su bebé, temió que aquel precario

equilibrio que habían establecido desapareciese de golpe. Temió por sus vidas. Por la de su madre, la de su hermano no nato y la suya propia. Si su madre moría, sería el fin de todo cuanto conocía y quería.

No le resultaría fácil encontrar trabajo porque, aunque tenía más experiencia que algunas mujeres, nadie querría contratar como institutriz a alguien de dieciséis años. Era algo con lo que había batallado desde hacía tiempo, cuando su madre supo que estaba embarazada y que tendría que dejar su trabajo por unos meses después del parto. Ahora, si su madre no superaba esa noche, no sabría qué hacer de su vida. Porque su padre no sería de gran ayuda, sino más bien todo lo contrario.

—Aguanta, mamá —le pidió una vez más mientras le secaba el sudor de la frente.

Sabía que el bebé estaba atascado. No era difícil darse cuenta de ello. Había intentado colocarlo en posición, como tantas veces había visto hacer a su madre o ella misma había hecho en los partos que asistía, pero no lograba moverlo. Algo se lo impedía y por más que buscaba, tampoco era capaz de localizar la obstrucción. Resignada a esperar por la partera, no podía hacer otra cosa que refrescarla y mantenerla despierta.

Se acercó una vez más a la ventana, sabiendo de antemano que no podría ver nada en la negrura de la noche. Pero tampoco sabía que más hacer, se sentía impotente. Totalmente inútil para salvar la vida de su madre.

—Esto no va a funcionar, hija —su voz débil, pero firme, atrajo su atención y la miró—. Necesito que me hagas un favor, mi vida.

—Lo que sea, mamá —se acercó a ella y la tomó de las manos.

—Trata de salvar la vida de tu hermano. Y cuídalo por mí.

—No. No digas eso, mamá. No te rindas todavía. Os vais a salvar los dos —le dijo con los ojos empañados por las lágrimas.

—Por favor, Blair. Prométemelo.

—No será necesario, mamá. Tú misma cuidarás de tu bebé.

—Sabes que me estoy desangrando, hija. No nos engañemos más. La partera no llegará a tiempo con esta tormenta, así que tienes que sacar a tu hermano antes de que le pase algo malo.

Blair sabía perfectamente lo que le estaba pidiendo y mientras le hablaba, ella negaba con la cabeza, porque no se sentía con fuerzas para hacerlo. Era su madre y no podía dejarla morir para salvar a su hermano.

—No me hagas elegir entre los dos —le suplicó.

—No te pido que elijas entre nosotros, cielo. Te estoy diciendo que

tienes que salvarlo a él.

Negó una vez más con la cabeza, incapaz de seguir hablando. Una dolorosa contracción arrancó un grito de la garganta de su madre y las lágrimas cayeron rodando por sus mejillas.

—Mamá.

Era una súplica, eso estaba claro, pero no sabía para qué. ¿Para que el bebé se colocase solo? ¿Para que su madre no la obligase a sacarlo a costa de su vida? ¿Para que el tiempo se detuviese? ¿Para que la partera llegase milagrosamente y los salvase a ambos?

—Tráeme la botella de whisky —le pidió—. Si es que tu padre ha dejado algo en ella. Y desinfecta uno de los cuchillos grandes.

¡Oh, Dios! Le estaba pidiendo que lo hiciese. Una arcada sacudió su cuerpo al pensar en ello. No podría hacerlo, sería incapaz. Comenzó a temblar, pero cuando su madre la alentó con una sonrisa febril, se acercó a su padre para robarle la botella.

—Puedes hacerlo, mi vida —su madre le hablaba todo el tiempo, consciente de que lo que le pedía era demasiado duro para ella, pero no queriendo que vacilase.

Preferiría no morir, no podía soportar la idea de abandonar a sus hijos con un padre como el que tenían, pero sabía que ya nada se podía hacer por ella. Aunque finalmente lograrse dar a luz por sí misma, había perdido demasiada sangre y no podría recuperarse. Así que, segura de que era la única solución, decidió que sacrificaría su vida para salvar la de su bebé.

Su hija le acercó la botella de whisky y, con su ayuda, la vació de un solo trago. No había mucho que beber, pero sería suficiente para adormecer su cuerpo porque no estaba acostumbrada al alcohol.

—Ahora trae el cuchillo —trató de que su voz sonase decidida para infundir fuerza a su hija, pero le tembló, acabando la frase con un pequeño quejido.

Aún así, Blair no vaciló e hizo lo que le pedía. Asintió, más para sí misma que para su hija, en cuanto regresó con el cuchillo. Lo que estaba a punto de pedirle sería tan difícil para su hija como para ella doloroso.

—Blair —le dijo, buscando su mano para apretársela—. Cariño, jamás te culpes por lo que va a pasar ahora. ¿Entendido? Jamás.

—No voy a poder hacerlo, mamá —las lágrimas bañaban su rostro. Se las limpió con manos firmes, para que las de su hija no vacilasen.

—Podrás, porque es la vida de tu hermano la que está en juego, cariño —

inspiró profundamente antes de continuar—. Solo tienes que hacer un corte aquí y...

En cuanto comenzó a hablar, le falló la voz. Estaba preparada para salvar la vida de su bebé, pero sabía que lo que tenía hacer iba a ser muy doloroso. Y muy duro para su hija.

—Mamá —Blair le rogó con los ojos. Le suplicó.

—Tienes que hacerlo o moriremos los dos.

La vista se le nublaba por momentos y se preocupó. Entre la pérdida de sangre y el alcohol, pronto perdería la consciencia y no podría guiar a su hija si eso sucedía.

—No tenemos mucho tiempo —la apremió.

Blair se consideraba una mujer fuerte, la vida la había obligado a ello, pero sus manos vacilaron cuando acercó el cuchillo al vientre de su madre. Estaba a punto de abrirla para retirar a su hermano y otra arcada la convulsionó. No se creía capaz de hacerlo.

—Hazlo. Ahora —gritó su madre antes de meter en la boca un trozo de cuero para soportar mejor el dolor, si eso era posible, y no morderse la lengua en el proceso.

No sabía si había sido el grito en sí o por la desesperación en la voz de su madre, pero Blair hizo lo que le pedía. Escuchó sus gritos sofocados por el cuero, pero no se detuvo.

Sus manos se llenaron de sangre en cuanto cortó la carne en el vientre de su madre. Se le deslizó el cuchillo de las manos en varias ocasiones, tan resbaladizo se había vuelto, pero siguió trabajando hasta que logró su propósito. Luego lo dejó en el suelo y continuó con las manos.

Le resultaba imposible ver lo que estaba haciendo. Las lágrimas empañaban sus ojos y la sangre sus manos, pero seguía las instrucciones de su agonizante madre, admirando su fortaleza. Ella ya se habría desmayado.

Después de lo que a ella le pareció una eternidad, su pequeño y ruidoso hermano estaba en sus brazos, ambos empapados en la sangre de su madre.

—¿Está bien? —le preguntó su madre, casi sin vida. Se le escapaba a borbotones por la herida abierta.

—Está bien —se lo acercó—. Y es un niño, como decías que sería.

—Siempre lo supe —lo miró con infinito amor y sonrió—. Se llamará Bruce Gordon. Cuídalo, mi vida. Aléjalo de tu padre.

—¿Cómo?

—Estoy segura de que encontrarás la forma. Os quiero tanto.

Sus ojos se cerraron finalmente y Blair la oyó exhalar un último suspiro de alivio. Las lágrimas rodaron de nuevo por sus mejillas al comprender que su madre había muerto.

—Bruce Gordon —dijo mirando a su hermano—. Te protegeré con mi vida, pequeño. No permitiré que nada malo te suceda.

—¿Qué has hecho?

El bramido acusatorio de su padre le provocó un escalofrío. Se giró lentamente hacia él temiendo enfrentarlo. Lo conocía lo suficiente como para saber que aquello no auguraba nada bueno. La miraba con ojos desorbitados, completamente rojos por el alcohol que todavía corría por sus venas, como si estuviese viendo al mismísimo diablo.

—Hice lo que mamá me pidió —le dijo sin amedrentarse—. Salvar la vida de mi hermano antes de que ambos muriesen.

A pesar de todo lo que habían padecido por su culpa, nunca había tenido miedo de su padre. No era más que un borracho que le inspiraba lástima, sin embargo en aquel momento, temió por sus vidas. La ira en sus ojos la asustó hasta el punto de obligarse a retroceder ante él por primera vez en su vida.

—La has matado —la acusó—. A tu propia madre.

—Tú la has estado matando cada día desde hace trece años —le gritó a su vez, retrocediendo otro poco, mientras Bruce lloraba en sus brazos, inquieto—. Si no fueses un maldito borracho, nada de esto habría sucedido.

—Tú eres la que está llena de su sangre, maldita embustera.

Blair retrocedió de nuevo, apretando a Bruce más contra su pecho. Su espalda chocó con la pared, justo al lado de la puerta de salida. Cuando su padre avanzó hacia ella, no lo dudó un instante y salió fuera. Prefería enfrentarse a una tormenta embravecida que a su padre en el estado en que se encontraba.

Corrió tan rápido como pudo, ocultando el rostro contra el cuerpo de su hermano para proporcionarle algo de calor. Bruce había dejado de llorar, probablemente porque el frío lo había aturdido. Era tan solo un recién nacido y no debería haberlo sometido a las inclemencias del tiempo, pero no podía hacer otra cosa. Necesitaba alejarse de su padre y ponerlos a ambos a salvo. No sabía a dónde ir, pero no se detendría hasta poner la máxima distancia entre ellos.

De repente, su cuerpo chocó contra alguien sin poder evitarlo y trastabilló. Unas fuertes manos la sujetaron para impedir que se cayera y alzó la vista justo para encontrarse con unos profundos pero duros ojos negros.

—Ayudadme, por favor. Os lo suplico —susurró, sin pensar en que estaba confiando su vida y la de su hermano a un hombre al que no conocía. El miedo y la desesperación eran más imperantes que su prudencia en ese momento.

—¿Estás bien? —le preguntó mientras la observaba de arriba abajo sin ningún pudor—. Estás cubierta de sangre.

—De mi hermano —logró decir, sin que le castañearan los dientes, mostrándole su cuerpecito envuelto en una fina manta—. Acaba de nacer. Se morirá de frío.

El hombre no vaciló en cuanto vio al niño. La arrastró hacia el interior de su carruaje, que se encontraba a unos pocos pasos de allí, olvidando por completo lo que había ido a hacer a aquel lugar. No era algo tan urgente y podía posponerlo por unas horas.

Acomodó a la joven en uno de los asientos, antes de entregarle una cálida manta que siempre llevaba para los días fríos como aquel. La muchacha miraba al bebé, ignorándolo a él, mientras frotaba aquel diminuto cuerpo para hacerlo entrar en calor.

—¿Qué ha pasado? —llamó su atención, minutos después de que el carruaje se pusiese en marcha.

—Mi madre ha muerto durante el parto, mi señor —cuando habló, su voz sonó tan dulce como parecía ella, a pesar del miedo que destilaba—. Mi padre... creí que nos mataría.

—¿Por qué?

Ella negó en silencio. La vio apretar con más fuerza al bebé, que había empezado a llorar de nuevo, como si tratase de protegerlo. Comenzó a mecerlo rítmicamente para calmarlo. Sabía que ambos necesitaban alimentarse y también darse un baño para eliminar la sangre de sus cuerpos y solo se le ocurría un lugar al que llevarlos en ese momento.

—Tranquila —le dijo—. Todo estará bien ahora. Nadie os hará daño a ninguno mientras estéis conmigo.

Inexplicablemente, se sintió orgulloso cuando la joven posó en él una mirada agradecida. La vio sonreír con timidez y pensó que, tal vez, su viaje a aquel barrio de mala muerte no había salido tan mal después de todo. Había ido en busca de una linda muchacha con la que pasar el rato y parecía que había encontrado una. El bebé en sus brazos seguramente le facilitaría las cosas.

—¿A dónde me lleváis? —su dulce voz se sintió como una caricia y

sonrió para sus adentros imaginando todo lo que podría conseguir de ella después de salvarles la vida.

—A casa de mi hermana. Ha tenido un bebé hace poco y estoy seguro de que podrá ayudarte con tu hermano —señaló al niño con la cabeza al hablar.

—No sé cómo podré agradeceros lo que estáis haciendo, milord.

—Algo se nos ocurrirá —susurró para que ella no lo oyese. No quería alarmarla ni ponerla a la defensiva antes de lograr su objetivo.

Blair miró a su salvador con disimulo mientras continuaban su camino. Era un hombre apuesto, con porte impecable y educación intachable, pero algo en su actitud le prevenía contra él. Como si lo rodease un halo de oscuridad. Meció a Bruce en sus brazos para tratar de acallar su llanto, sin dejar de observar al hombre. Si sus intenciones eran tan nobles como pretendía hacerle ver y le había dicho la verdad en cuanto al lugar donde los llevaba, le estaría eternamente agradecida; mientras tanto, se mantendría alerta. Su forma de mirarla, cuando creía que ella no le prestaba atención, le disgustaba sobremanera. Había vivido toda su vida en un barrio lo suficientemente peligroso como para saber reconocer aquel tipo de miradas.

Pensó en su madre. Había tenido que abandonarla en la casa al marcharse tan precipitadamente y se prometió que regresaría por ella. No permitiría que su padre tocase su cuerpo ni siquiera a darla sepultura. Se estremeció al recordar la mirada de odio de su padre en sus ojos.

—¿Tienes frío?

—No.

—No tienes nada que temer de mí —le dijo, suponiendo que aquella era la razón del escalofrío.

—Es por mi padre —negó con la cabeza.

—Tampoco debes tener miedo de él. No dejaré que se acerque a vosotros.

—¿Por qué me ayudáis? —preguntó después, incapaz de contener su curiosidad.

—Siempre es un placer ayudar a una hermosa dama en apuros —su sonrisa le pareció demasiado estudiada, pero decidió que le daría una oportunidad. Aceptaría su ayuda, si era lo único que quería ofrecerle él y después se alejaría para siempre.

ATRAPADO

—Kerr —Lorna lo siguió cuando él salió del castillo. No podía hacer otra cosa pues necesitaba hacerlo entrar en razón—. No te vayas, mi amor.

—¿Tu amor? —Lorna logró captar la atención que buscaba con aquellas palabras, aunque no del modo que le hubiese gustado hacerlo— ¿Pretendes que me crea eso ahora, Lorna? ¿Que soy tu amor?

—Siempre lo has sido —se acercó a él con movimientos seductores hasta tocar su pecho con las yemas de sus dedos y ascender hasta su cuello para rodearlo.

—Yo y cuántos más, Lorna —se tensó con aquel toque.

Podía notar la ira bailando en cada palabra pronunciada y en el fondo sabía que se merecía cada uno de sus reproches porque la había descubierto en brazos de Ian, pero jamás le daría la razón. Se mordió el labio con frustración, buscando el modo de cambiar el rumbo que había tomando el asunto. Aquel contratiempo podía desbaratar sus planes con un simple chasquido de dedos, pero no estaba dispuesta a renunciar a Kerr ahora que estaba tan cerca de conseguir lo que quería de él.

—Ian no me importa —le susurró al oído mientras rozaba la piel de su cuello con su aliento.

—Pues anoche parecía todo lo contrario —a pesar estar enfadado con ella, la retiró con cuidado de no lastimarla.

—Solo fue un beso, mi amor. Y él me lo robó —mintió sin ningún tipo de arrepentimiento. Haría lo que fuese necesario para que la perdonase y le propusiese matrimonio al fin, tal y como esperaba desde hacía un tiempo.

Llevaba meses detrás de él y, justo cuando creía que ya lo tenía, la reaparición de Ian en su vida parecía dispuesta a estropear todos sus minuciosos planes. El muy canalla siempre la había traído loca con sus

atenciones y lo sabía bien. Se había aprovechado de ello para besarla en la oscuridad del pasillo la noche anterior, cuando se vieron de nuevo. Ella tampoco se había resistido demasiado ni se arrepentía de sucumbir a él, pero lamentaba la mala suerte que había hecho que Kerr los descubriese.

—¿Cómo quieres que te crea después de lo que he visto, Lorna?

—Porque yo jamás haría nada para lastimarte —se abrazó a él y la esperanza renació al ver que no la rechazaba—. Si te hubieses quedado un poco más, me habrías visto golpearlo con todas mis fuerzas por su atrevimiento.

Kerr dudó. No había sido así la pasada noche cuando los vio. Le había parecido que Lorna disfrutaba demasiado de aquel beso, pero la seguridad con que le estaba hablando en ese momento, consiguió hacerle dudar de su propia percepción de la situación.

No podía negar que estaba loco por ella y por la sensualidad que desprendía en cada movimiento. Por su cuerpo lleno de curvas y por aquellos pecaminosos labios que invitaban a perderse en sus besos. Cada vez que pensaba en ella, que la veía aunque fuese en la distancia, se sentía arder por dentro de lujuria.

—No quiero que te acerques de nuevo a él, Lorna —le advirtió al fin, cediendo a su propio deseo—. Ni siquiera le hables.

—Por ti, lo que sea, mi amor —sus labios esgrimieron una sonrisa de victoria segundos antes posarse, posesivos, sobre los de él.

Por un momento, cuando la rechazó la primera vez, Lorna creyó que lo había perdido para siempre. Estaba realmente enfadado con ella por lo que había pasado con Ian, así que suspiró aliviada al ver que respondía nuevamente a sus besos y que la apretaba contra él con la desesperación de un hombre ansioso por obtener más.

Decidió que se mantendría lejos de Ian hasta haberse convertido en la esposa de Kerr. No podía cometer el mismo error dos veces. No es que estuviese enamorada de él, no creía en el amor, pero Kerr MacLeod era el mejor guerrero que su primo Dougal tenía y poseía una de las granjas más prósperas de toda la isla. Su primo tenía grandes planes para él y ella quería disfrutar de aquel éxito. Jamás se conformaría con menos. Había sido una suerte que fuese un hombre tan apuesto, pero lo habría buscado igualmente de no serlo. Ella quería el prestigio y, puede que incluso, la envidia de las demás mujeres. Pero para lograr eso, Kerr debía ser suyo primero.

Lo admiró con sus manos mientras la besaba y sintiendo cada uno de sus

poderosos músculos contra su cuerpo. Kerr era un hombre alto y fuerte. De manos grandes y curtidas por la espada y el duro trabajo en la granja. Sus intensos ojos verdes, destilaban orgullo y determinación, cualidades que su primo el laird admiraba. Era un guerrero de pies a cabeza. Tal vez le disgustase su cabello rojo, pero podía obviar ese detalle, teniendo en cuenta que todo lo demás era de su agrado.

—Tengo que irme, Lorna —la separó de él y ella se resintió.

Pudo ver en su mirada que la duda todavía estaba ahí y se maldijo una vez más por no haber sido más cuidadosa. Pero ella siempre tenía un plan secundario y se propuso solucionar aquel percance de una manera más definitiva esa misma noche. ¿Por qué esperar a que él le propusiese matrimonio si podía cazarlo con el truco más viejo del mundo? Obligaría a Kerr a desposarla tendiéndole una trampa.

—¿No te quedas al banquete de esta noche? —le ronroneó en su oído—. Te echaré mucho de menos si no lo haces.

—Tengo mucho trabajo en la granja. Lo he pospuesto demasiado tiempo, Lorna.

Primero, atrapado por las exigencias de Dougal, el laird del clan de los MacLeod en Skye, y después, movido por el deseo que Lorna despertaba en él cada vez que estaba cerca, había ido dejando pasar el tiempo, en lugar de regresar a la granja inmediatamente después de verse libre de sus deberes en el castillo.

Ahora, tras aquel desagradable encuentro con Lorna en brazos de Ian, no estaba seguro de querer quedarse más. Ciertamente ella le había asegurado que no le interesaba Ian, pero no estaba del todo convencido de que dijese la verdad. Había empezado a verla como algo más que un simple pasatiempo y le disgustaba la idea de que hubiese estado jugando con sus sentimientos. Sobre todo después de que se había decidido a proponerle matrimonio antes de irse, durante el banquete al que ahora no estaba tan seguro de querer asistir. Las dudas lo estaban carcomiendo por dentro, incluso tras las convincentes palabras de Lorna. Ahora necesitaba tiempo para pensar, antes de seguir adelante con sus planes.

—Quédate esta noche, mi amor —se apretó más contra él, rozando sus cuerpos—. Te compensaré. Lo prometo.

Lo besó en el cuello y sintió cómo su deseo crecía bajo su kilt. Sí, Kerr MacLeod todavía la deseaba y su plan saldría a la perfección si lograba convencerlo de que se quedase.

—No lo sé, Lorna.

—Por favor —lo miró con ojos suplicantes y se restregó más contra él, prometiéndole en silencio una noche inolvidable.

Y supo que lo había convencido cuando un brillo intenso iluminó sus ojos verdes. Contuvo una sonrisa triunfante al comprobar una vez más que todavía tenía el poder de controlar su cuerpo.

—Me iré por la mañana temprano —le aseguró—. Y no me quedaré al baile.

Lorna no se quejó porque le bastaba con tenerlo allí durante la cena. Rodeó su cuello con los brazos y lo besó con entusiasmo.

—No te arrepentirás —le prometió con una seductora sonrisa en sus labios—. Nos veremos después. Búscame.

Lo dejó solo y con la excitación palpitando entre sus piernas para que la buscara, tal y como le había pedido. La noche se acercaba y ella tenía mucho que planear todavía.

Kerr la vio alejarse y se dirigió hacia el río para bañarse en sus frías aguas y calmar así su agitación. No debería haber cedido, pero le resultaba imposible negarle nada. Aún así se prometió retirarse a su cuarto tan pronto como la cena finalizase. Quería regresar a su hogar nada más despuntar el alba. Había estado fuera demasiado tiempo ya.

Horas después de su baño, se sentó lejos de la mesa principal para no tener que enfrentar a Dougal, con el humor que tenía en aquel momento. Sus conversaciones solían terminar siempre del mismo modo, con ambos discutiendo y esa noche no tenía ánimos para ello. El laird ansiaba tenerlo permanentemente en el castillo como parte de su guardia personal, pero él solo quería vivir en paz en su granja. Aunque era uno de los mejores guerreros que tenía su jefe en el clan, le disgustaba tener que luchar.

Prefería la vida tranquila que había descubierto en la granja. La había heredado dos años atrás, tras la repentina muerte de su padre en aquel trágico accidente. Poco después su madre, incapaz de seguir viviendo sin el hombre al que amaba, se había dejado consumir por la pena. Murió un año más tarde.

Kerr siempre había ansiado un amor como el de sus padres. Creyó que lo había encontrado en Lorna, pero después de lo que había visto la noche anterior, ya no estaba tan seguro. Y era por eso que necesitaba alejarse de ella un tiempo y pensar antes de tomar una decisión respecto al futuro de su relación.

—Mi amor —Lorna interrumpió sus pensamientos—. Te he echado

mucho de menos en la mesa principal. No me has buscado como te pedí. ¿Por qué?

La vio hacer un mohín, pero no le respondió. ¿Qué podía decirle? Aunque no la había buscado, había pensado en ella toda la noche. Sin embargo, sus motivos eran totalmente diferentes a los de ella y estaba seguro de que le gustase saberlo. Se dejó besar, tratando de no reaccionar a su toque. Cada vez era más imperioso para él mantenerse lejos de Lorna hasta tomar una decisión. Temía decir o hacer algo de lo que luego se arrepintiese.

—Te he traído más vino —llenó su copa y se la entregó—. Bebe, mi amor.

—No quiero excederme, Lorna. Mañana debo salir al alba.

—Brinda por que podamos vernos pronto —insistió—. Te echaré de menos hasta que regreses al castillo.

Lorna le acercó la copa y cedió. Una sola copa no le haría daño, pues apenas había tomado nada durante la cena. Sin embargo, cuando quiso retirarse a su alcoba, comenzó a sentirse mareado hasta el punto de que apenas lograba mantenerse en pie. Tuvo que apoyarse contra la pared del pasillo para evitar que su cuerpo diese contra el suelo. Lorna se acercó a él y le susurró algo, pero no pudo entenderla.

—¿Qué me has hecho? —acertó a decir.

—Nada, mi amor. Algo de lo que has comido ha debido sentarte mal —lo arrastró con ella hasta su alcoba—. Necesitas descansar.

Incapaz de hacer otra cosa, se dejó llevar por ella. Su vista estaba nublada y sentía náuseas, pero lograron alcanzar la cama sin que necesitase pedir ayuda a nadie más. En cuanto apoyó la cabeza en la almohada, se quedó profundamente dormido. Y soñó. Con unos labios plenos contra los suyos. Con un cuerpo cálido y suave sobre el suyo. Con unas manos ávidas que lo acariciaban, encendiendo su pasión.

Parecía tan real, que casi podía escuchar los gemidos de aquella misteriosa mujer contra su cuello, entremezclados con unos besos ardientes que lo dejaban anhelando más. Notó presión contra su erección y cómo cierta humedad se cernía sobre ella. Dios, nunca antes había tenido un sueño tan real. ¿Sería por el alcohol? Tenía que serlo.

De repente, sintió que su avance topaba con una barrera y frunció el ceño por lo específico de la situación. Trató de abrir los ojos para terminar con aquel extraño sueño, pero el freno desapareció y solo quedó el placer. Un placer irresistible que lo embriagaba por completo, nublando sus sentidos.

Aquel roce constante pero impaciente lo llevó al más puro éxtasis y no pudo evitar derramar su simiente. Su propio grito de liberación lo sorprendió.

—Esto ha sido demasiado real —dijo en alto, todavía jadeando.

—Por supuesto que lo es —oyó una voz femenina y su cuerpo se tensó—. Me has hecho tuya por fin, mi amor.

Kerr abrió los ojos y vio a Lorna encima de él, que lo miraba con una sonrisa triunfante en los labios. Con la mente todavía nublada pero ya sin rastro de la borrachera, la apartó bruscamente de él, como si con aquel gesto pudiese borrar los últimos minutos de su vida. Podría haber creído que aquello había sucedido de manera inocente, instigado por el alcohol que habían ingerido durante la cena, y que Lorna era una víctima más de las circunstancias, pero su sonrisa, que mantenía incluso después de su brusco gesto, le decía todo lo que necesitaba saber. Le había tendido una trampa y él había caído como un estúpido.

—¿Qué has hecho? —la acusó, mientras intentaba levantarse de la cama.

Su único pensamiento era salir de allí antes de que alguien los descubriese. Habría estado más que dispuesto a casarse con ella para proteger su honra si hubiese sido un error de ambos, pero sabía que una boda era precisamente lo que ella buscaba.

—¿Qué diablos está pasando aquí, Kerr? —la potente voz del laird resonó en la alcoba. Y aunque ambos estaban en la cama, solo lo miraba a él de manera acusatoria.

—Es evidente, querido primo —Lorna llamó su atención hablando en primer lugar. Necesitaba dar el golpe de gracia antes de que Kerr intentase convencer a Dougal de que ella había planeado aquello—. Kerr y yo nos amamos y estábamos demostrándonoslo.

Kerr cerró los ojos un momento y gimió afligido al escucharla. Por si ser descubiertos en la cama no fuese suficiente, acababa de sentenciarlo con sus palabras, porque si lo negaba, quedaría como un cabrón aprovechado. Aunque poco importaba porque Dougal lo obligaría a desposarla de cualquiera de las maneras. El honor de su prima era más importante que cualquier otra cosa para él, incluso si ella lo hubiese mancillado a propósito.

La observó mientras se cubría con el kilt y vio el regocijo en su rostro. Se sabía vencedora y ni se molestaba en ocultarlo. Lo había planeado bien. No solo había logrado que la desflorase, sino que se había encargado de que su primo, el laird, se enterase de ello.

—Espero —Dougal no dejaba de observarlo— que esto signifique que

tienes intención de hacerla tu esposa, Kerr.

Gimió de nuevo, maldiciendo el día en que sus ojos se posaron en Lorna y captó su atención. Maldijo también el día en que dejó que el deseo gobernase sus acciones. Toda su vida había esperado encontrar a una mujer con la que compartir un amor como el de sus padres, un amor sincero y puro, basado en la confianza y el mutuo respeto. Y había creído que Lorna era esa mujer, hasta el momento en que la descubrió en brazos de Ian. Debería haberse ido entonces, tal y como tenía planeado, y no volver a acercarse a ella, pero permitió que su cuerpo decidiese por él. Confió en ella y ahora estaba pagando las consecuencias. Lorna era una manipuladora y mentirosa. Una de tantas. Ahora comprendía que, tal vez, su madre había sido única.

—Por supuesto que sí, Dougal —dijo, reuniendo todo el aplomo del que disponía. Si debía desposar a Lorna, no permitiría que nadie descubriese que había sido engañado— ¿Por quién me tomas?

Se acercó a Lorna y la besó para dar fuerza a sus palabras. En esa ocasión no sintió nada al hacerlo. Después de eso, el deseo había desaparecido para siempre.

—Estábamos celebrando que Lorna aceptó mi propuesta —añadió después—, pero se nos fue de las manos.

Dougal rió, satisfecho con su respuesta y probablemente, feliz por la idea de verlo casado con su prima. Sabía que el laird lo había estado esperando desde que había descubierto que la rondaba. También sabía que querría convencerlo de quedarse en el castillo después de la boda, pero eso no sucedería. Cargaría con Lorna el resto de su vida, pero lo haría en su propio terreno. En su hogar, con los suyos. Miró a la mujer cuando ella le rodeó el brazo y esta se encogió ante el odio que destilaban sus ojos. Si no lo soltó fue porque no quería que su primo descubriese que aquello solo era un engaño.

—Has conseguido lo que querías, Lorna —le susurró Kerr mientras su compromiso era anunciado ante todos—. Serás mi esposa, pero no obtendrás nada más de mí. No volveré a tocarte, puedes estar segura de eso.

—¿No quieres un heredero? —lo miró con sorpresa.

—Reza para que ya lo lleves en tu seno o mi línea sucesoria morirá conmigo.

La respiración de Lorna se aceleró al escuchar aquellas palabras. Sonaba tan seguro al decirlas, que no dudó en que cumpliría su amenaza. ¿Acaso había despertado el lado oscuro de Kerr con su engaño? Se estremeció al pensarlo.

COCKBURN

Blair daba gracias todos los días por haberse encontrado aquella terrible noche en que perdió a su madre, con Angus incluso si su intención al rescatarla no había sido la más honesta. Con los años, había descubierto que Angus solo pretendía hacerla más receptiva ante sus intentos de seducción, al llevarla con su hermana.

La duquesa de Cockburn, perteneciente por matrimonio a una de las familias más cercanas al rey Jacobo, la acogió sin reservas en su casa y le dio cobijo a ella y a su hermano. Poco después, viendo su potencial como institutriz, la había contratado. Y aunque Angus no dejó de insinuársele a pesar de sus negativas, nunca pasó de las palabras por miedo a que su hermana se enfadase con él y le prohibiese la entrada a su hogar.

Hacía ya cuatro años de su llegada a la casa de los Cockburn y desde entonces había llevado una vida medianamente apacible, cuidando al hijo de los duques y a su propio hermano, al que Donella había permitido recibir idéntica educación que su propio hijo. Tal vez porque ambos niños tenían la misma edad o tal vez porque se llamaban de igual modo. Blair no pensaba mucho en ello, tan solo lo aprovechaba, consciente de que en cualquier momento su suerte podría cambiar.

—Bruce te busca. Tiene hambre —Donella la encontró saliendo de la cocina con una bandeja en las manos.

—Siempre ha sido un poco impaciente —le sonrió—. Sabe que he venido a buscar la merienda. Aunque claro, un duque ha de ser exigente con su servicio.

Cada vez que sacaba a relucir un defecto en el heredero, trataba de convertirlo en una virtud después. No porque lo creyese así, sino porque sabía que la madre no aceptaría una crítica a su hijo. Sabía también que era menos

peligroso no hacerlo, pero se sentía una hipócrita si solo hablaba maravillas de un muchacho que, en realidad, era un consentido.

—Ciertamente un futuro duque ha de tener determinación. Es una actitud necesaria para él —asintió la duquesa, complacida.

—Iré a llevarle la merienda inmediatamente —se inclinó ante ella en una graciosa reverencia, evitando que el contenido de la bandeja se derramase. Costumbre.

En aquellos cuatro años, había aprendido que era preferible pasar el menor tiempo posible con ellos. No era una mujer que pudiese adular de manera natural a la gente, sobre todo cuando no había virtudes que ensalzar, y los duques siempre buscaban los elogios de quienes los rodeaban. Sobre todo la duquesa. Como si buscase la aprobación.

En las escasas ocasiones en que los había acompañado a la corte, se había sentido fuera de lugar. Su madre, nacida en una familia pudiente, le había enseñado las normas de conducta que necesitaría para desenvolverse en aquel ambiente, pero nunca le había gustado. Las intrigas palaciegas y rumores perniciosos no eran de su agrado.

—Mañana salimos hacia la casa de campo, Blair —Donella la obligó a detenerse con sus palabras—. Creo que nos quedaremos al menos un par de semanas esta vez. Prepara su equipaje.

—De inmediato, milady —se inclinó en una nueva reverencia antes de marcharse.

Si bien la duquesa nunca mencionaba a su hermano, sabía que iba incluido en cada petición. Desde su llegada a la casa, ambos niños parecían hermanos y como tal se querían, pero a pesar de que no pretendía matar la ilusión de Bruce, no podía dejar de recordarle cada día cuál era su verdadero lugar allí. Aunque lo hubiesen tratado siempre con tanta deferencia, aquello podía cambiar en cualquier momento y no quería que se llevase una decepción.

Después de dejar a los niños en el cuarto de juegos, donde sabía que no habría peligro si se quedaban solos, fue a su cuarto para empaquetar todas las cosas que necesitarían. Añadió ropa extra, consciente de que, la mayoría de las veces, el par de semanas se convertían en meses. Y eso era algo que a ella le entusiasmaba sobremanera.

Disfrutaba de cada visita a la casa de campo, situada en el límite con las Highlands. No solo porque el ambiente allí era mucho más relajado, sino porque ella disponía de un tiempo libre, que usaba para pasear entre los

brezales y descubrir la belleza del lugar.

—Y nuestro valiente guerrero salvó una vez más a su clan de la ira del rey —sentenció, obteniendo una gran sonrisa de ambos niños.

Cada noche, les relataba un cuento, que en realidad no eran más que parte de la historia de Escocia e Inglaterra, endulzada para los oídos inocentes de los niños. Era una forma efectiva y entretenida de enseñarles sin que los duques pudiesen reprenderla por ello, pues no les gustaba que les hablase de los enfrentamientos entre ambas partes del país, sobre todo ahora que Jacobo era también su rey. Sin embargo, ella creía en la importancia de conocer sus raíces, así que cambiaba los nombres de los protagonistas y de las localizaciones para evitar problemas si los niños comentaban algo sobre sus cuentos nocturnos.

—Cuéntanos otro, Blair —le pidió el pequeño heredero, todavía sin sueño.

—Mañana será un día muy largo, Bruce. Debéis dormiros ya.

—Mi madre me ha dicho que este año podré montar a caballo solo —lo vio sonreír entusiasmado con la idea.

—Ya eres todo un hombrecito —lo acarició tiernamente.

A pesar de lo altanero que se comportaba en ocasiones, pues era un niño muy consentido, le tenía igual cariño que a su propio hermano. Y lamentaba que sus padres no le prestasen toda la atención que merecía, pues los años pasaban rápido y estaban perdiéndose parte de la etapa más bonita de su hijo.

Cierto era que sus padres le concedían absolutamente todo lo que les pedía y estaban pendientes de él cuando permanecían en su hogar, pero en ocasiones, sus obligaciones los mantenían lejos cuando el niño más los necesitaba. Blair entendía que el título que ostentaban era importante y exigía mucho de ellos, pero Bruce no y se rebelaba con sus rabietas. Las mismas que Blair debía frenar.

—Buenas noches, Blair —lo arropó con un dulce beso en su frente y le sonrió con cariño.

—Buenas noches, Bruce —se giró hacia su hermano y lo besó de la misma manera—. Buenas noches, Brucie.

Había empezado a usar aquel apelativo para diferenciar a ambos niños tiempo atrás. Los observó una última vez desde la puerta y salió de su alcoba sin hacer ruido. Estaba agotada y sabía que les aguardaba un largo día de viaje al día siguiente, así que también ella se acostó en cuanto dejó listo su propio equipaje.

A la mañana siguiente, se levantó entusiasmada por el viaje y deseando poder llegar con un simple chasquido de dedos. Sin embargo, su humor se ensombreció al descubrir que Angus los acompañaría.

—Este será un viaje de lo más placentero —Angus le sonrió y tendió una mano hacia ella para ayudarla a subir al carruaje—. Casi no me creo la suerte que he tenido de que mi hermana me propusiese ir con vosotros al enterarse de que también viajaría a las Highlands esta semana. Aunque en ocasiones sea necesario, sin duda, viajar acompañado es preferible a hacerlo solo.

—Deberíais acompañar a vuestra hermana en su carruaje —propuso con inocencia fingida—. Estoy segura de que le agradaría vuestra compañía durante el viaje.

—Pero a mí me agrada más la tuya, mi querida Blair.

Blair apartó la mirada, incómoda con su escrutinio y se colocó en el extremo más alejado del asiento, deseando que su hermano se sentase a su lado. Donella había accedido a que su hermano fuese en su carruaje solo porque estarían los niños con ellos, aunque Blair estaba segura de que, en el fondo, ansiaba tener a su esposo solo para ella.

La duquesa era joven todavía y ansiaba tener más hijos. Siempre encontraba la forma de acorralar al duque y recordárselo. Por lo que Blair tenía entendido, a él no le molestaba lo más mínimo que lo hiciese porque también pretendía aumentar la familia. Aunque fuese quince años mayor, conservaba el ímpetu de la juventud en muchos aspectos.

Para su desgracia, los niños decidieron sentarse juntos y no tuvo ocasión de convencerlos de lo contrario porque Angus aprovechó la oportunidad para ocupar su puesto a su lado, regalándole una amplia sonrisa satisfecha.

—Parece que se está poniendo más interesante por momentos —le susurró al oído.

—Comportaos, mi señor —lo reprendió—. Hay niños delante.

Angus era un hombre joven y apuesto, con un gran carisma que le ayudaba a ganarse a la gente con un par de palabras. Blair podría haber sucumbido a sus encantos después de años de atenciones, pero era consciente de cuánto disfrutaba de la conquista de cada mujer que se le antojaba. Y una vez logrado, perdía el interés.

Además, sabía perfectamente que lo único que habría entre ellos sería una aventura. Un momento de pasión que se desvanecería con el paso del tiempo o que, en el peor de los casos, duraría años y la convertiría en la amante. Ella siempre había deseado tener su propia familia y no quería

renunciar a ese sueño en aras de quien no sabría valorarla más allá de sus habilidades en la cama.

También sabía que si había conseguido la protección de Donella era, en parte, porque rechazaba a su hermano en cada ocasión en que él intentaba seducirla. Aunque nunca habían hablado de ello, la duquesa había dejado suficientes pistas en sus conversaciones como para no darse por enterada. Angus era intocable si deseaba conservar su puesto de institutriz.

Lo observó con disimulo para no alentarle. Aunque solía vestir a la última moda y con ropa de excelente calidad, para el viaje había elegido un conjunto más informal. Nada de volantes en su camisa ni de pantalones incómodos como los que solían llevarse en palacio. Su cabello negro tenía un corte perfecto y ni un solo pelo se escapa de su sitio. Unos impresionantes ojos grises y un cuerpo de músculos trabajados y bien definidos completaban el conjunto, convirtiéndolo en uno de los hombres más deseados de la corte. Blair estaba segura de que no tardaría en casarse y tendría dónde elegir. A pesar de ser un libertino, las familias más influyentes de la corte se lo disputarían por su relación con los duques de Cockburn.

—Vuestra hermana ha dicho que vais a visitar a vuestro primo en Skye — cuando el silencio se volvió incómodo, Blair buscó un tema inocente del que hablar.

—¿Interesada en mis actividades, Blair?

—Solo intentaba iniciar una conversación para que el camino no se eternice —le respondió.

—Hace años que no nos vemos —le concedió—. Desde que Donnie fue enviada a la corte tras su matrimonio con Alpin, he pasado más tiempo en Edimburgo que en Skye.

—¿Os gusta la isla? He oído decir que es hermosa.

—No tanto como tú —susurró en su oído.

—Angus, por favor —le rogó.

—Tranquila, querida —le sonrió—. Estás a salvo mientras los niños nos acompañen.

Se habría reído con él si no supiese que lo malinterpretaría. Con Angus siempre debía actuar con cautela porque era un hombre incansable y siempre encontraba en su comportamiento o en sus palabras un aliciente para no rendirse con ella. Aún cuando no fuese cierto.

—Podríamos ser amigos —dijo, a sabiendas de que lo lamentaría después—, si no os empeñaseis en intentar seducirme con cada palabra que

pronunciáis.

—Sabes que no es amistad lo que busco en ti, Blair. Podríamos ser amigos, por supuesto, pero siempre querré más.

—Por Dios —elevó los ojos al cielo en señal de derrota. Ese hombre no cambiaría nunca y debía procurar no olvidarlo la próxima vez.

—Tal vez podría convencer a mi hermana de que me deje llevarte conmigo a Skye —le propuso minutos después.

—No sería correcto de ninguna de las maneras, Angus.

—No me importa lo que es correcto y lo que no.

—Solo os importa lo que queréis —terminó la frase por él, pues se la había oído citar en innumerables ocasiones.

—Exacto, querida Blair. Y tú eres lo que quiero.

—Soy lo que queréis ahora —suspiró—. Ambos sabemos que no soy más que un capricho pasajero. Os agradezco el ofrecimiento, pero me quedaré en la casa cuidando de los niños. Ese es mi lugar.

—No eres un capricho pasajero, Blair.

—Por supuesto que no —lo miró, seria—. Soy la única mujer que se os resiste. Solo un reto. En cuanto consigáis lo que deseáis de mí, perderéis el interés y buscaréis a otra a quien ofrecer vuestras atenciones. Ambos sabemos eso.

—Nunca perderé el interés por ti.

—Bueno, eso es algo que nunca sabremos —lo desafió—, porque no ocurrirá.

Blair aprovechó para despertar a los niños con la excusa de que estaban llegando a la primera parada del día e impedir, así, que Angus pudiese decir algo más. Él nunca se rendiría y ella nunca cedería, no tenía sentido seguir discutiendo sobre ello.

El resto del viaje procuró realizar juegos con los niños para no tener que hablar con él, algo que no pareció gustarle. Al llegar a la casa de campo, Angus los ayudó a bajar a todos, pero retuvo la mano de Blair más tiempo del necesario para que enfrentase su mirada, en la que brillaba un claro desafío. Se estremeció al comprender que le prevenía que su paciencia estaba llegando al límite.

El miedo recorrió su cuerpo y se soltó casi con brusquedad. No era más que un sirviente en aquella familia y aunque Donella la protegiese de su hermano en cierta medida, sabía que si Angus decidía ir más allá y la forzaba, sería ella quien llevaría la culpa y perdería su trabajo.

—Tenlo siempre presente, Blair —se recordó en la soledad de su pequeña habitación.

INSOPORTABLE

Lorna se sentía atrapada en una vida que no le gustaba. Nunca, desde que había decidido seducir a Kerr siete años atrás, había pensado que la vida en la granja fuese tan desesperantemente difícil. Había sido mimada en exceso por su primo Dougal tras la muerte de sus padres y siempre había aspirado a dirigir la casa de su futuro esposo desde la distancia, como hacía su prima en Dunvegan. Sin embargo, después de su boda, había descubierto que en el campo las cosas funcionaban de forma diferente. Se vio obligada a realizar tareas que le resultaban tediosas y que le destrozaban sus delicadas manos.

Por si eso no fuese suficiente, Kerr había cumplido su promesa de no volver a tocarla. Había albergado la esperanza de tenerlo de nuevo en su cama con la excusa de engendrar a su heredero, pero aquella única vez juntos había sido suficiente para quedar encinta. Y había dado a luz a un niño, por lo que su esposo no la reclamó nunca más en su alcoba.

—Termina esto por mí, Shona —le dijo a la joven que estaba a su lado, mientras apoyaba las manos en la parte baja de su espalda para estirarse. Aquella muchacha era tan voluntariosa, que se aprovechaba de ella siempre que podía. Mucho más ahora, en su estado.

Después de seis años desesperada por reconquistar a su esposo y sin resultados, lo había drogado de nuevo una noche, creyendo que si compartían la cama, él recordaría cuanto la había deseado en el pasado. Ahora él la odiaba más que nunca y ella tenía que soportar un nuevo embarazo, con todas las consecuencias que aquello suponía para su cuerpo.

—Descansa —Shona continuó su trabajo, sonriente—. Tu bebé y tú lo necesitáis.

Ninguno de sus dos embarazos habían supuesto molestia alguna para ella, salvo por tener que ver cómo su cuerpo se hinchaba y deformaba con el paso

de los meses. Pero los había aprovechado para desatender sus obligaciones en la granja.

Siempre había pensado que había algo romántico en eso de vivir en el campo, pero con el paso de los años, había llegado a odiar ese lugar, al que jamás podría considerar su hogar. Y también había odiado a su esposo por obligarla a vivir allí.

Cuando conoció a Kerr y decidió que se convertiría en su esposa, había esperado convencerlo de vivir la mayor parte del año en Dunvegan, yendo a la granja tan solo para disfrutar de la calma y tranquilidad del lugar. También había planeado persuadirlo para que aceptase formar parte de la guardia personal de Dougal, tal y como su primo deseaba, pero después del truco que usó para atraparlo, Kerr se había alejado de ella definitivamente. Apenas le hablaba y mucho menos la miraba si no era con desconfianza y odio.

—Te quiero, Kerr —le había dicho en su noche de bodas, al ver que su esposo pretendía dormir en una silla frente a la lumbre—. Hice lo que tenía que hacer para que estuviésemos juntos porque tú parecías dispuesto a abandonarme por un error que no cometí.

—Me tendiste una trampa, Lorna —le había respondido él—. Ya no puedo confiar en ti.

—No miento —había intentado acercarse a él, pero Kerr la rechazó y eso hizo que lo odiase más.

—Ahórrate las súplicas, Lorna. No creeré nada de lo que me digas.

Después de aquella noche, en las pocas ocasiones en que sacaba el tema de su matrimonio, terminaban siempre discutiendo. Si hubiesen permanecido en el castillo de su primo, como había esperado ella, hubiese buscado consuelo en los brazos de Ian. Lo echaba de menos y solía pensar en que le habría ido mejor si lo hubiese alentado a él, en lugar de fijarse en Kerr. A pesar de que no había regresado a Dunvegan, había descubierto que él era el general de su primo ahora. Había jugado mal sus cartas y lo lamentaba cada día.

Sobre todo después de haber intentado mantener una aventura con alguno de los hombres de su esposo y no haber conseguido nada. Todos ellos eran fieles a Kerr y la rechazaron. Sabía que si habían guardado silencio sobre sus intentos, no era por ella, sino por respeto a él y los odió también. Sentía que su vida había sido un completo desperdicio desde que se casó con Kerr.

Salió de la casa para que el aire fresco de la tarde aliviase el calor sofocante en su rostro después de permanecer horas cerca del horno del pan.

Los suaves rayos del sol caían, débiles, sobre ella, recordándole que pronto llegaría el invierno. La nieve los aislaría completamente en poco tiempo y gimió al pensar en las largas horas que debería permanecer encerrada en aquella casa con un hombre que apenas soportaba mirarla a la cara. Cerró los ojos, sintiendo una vez más, que ella no pertenecía a aquel lugar.

Quería regresar a Dunvegan. Quería encontrar a un hombre que la hiciese sentirse deseada y perderse en sus brazos. Quería la vida que siempre había deseado, donde el trabajo más duro que tuviese que hacer fuese decidir qué ropa ponerse para que su esposo anhelase llevársela a la cama de nuevo. En su mente, ella no era la culpable de su situación. No creía haberse equivocado al forzar su matrimonio, pues era lo que quería en su momento. Solo que ahora, lo que tanto había ansiado años atrás, era lo que más odiaba.

—Mamá —Tam corría hacia ella con una amplia sonrisa.

A pesar de que verlo le recordaba la desgraciada noche en que Kerr dejó de amarla, siempre lo trataba con cariño, esperando que el corazón de su padre se ablandase al verlos. Nunca había desarrollado el instinto maternal ni sentía especial afecto por el niño, sino que lo culpaba por haber llegado demasiado pronto a sus vidas, imposibilitando que Kerr la perdonase por su engaño.

—Papá me ha hecho un arco —Tam reía, mientras se abrazaba a ella—. Va a enseñarme a usarlo.

—Eso es maravilloso, Tam —le sonrió—. Me alegro de que tu padre por fin se haya decidido.

Lorna sabía que Kerr no deseaba que su hijo se involucrase en aquel mundo, pero eran tiempos difíciles y peligrosos los que les tocaban vivir e instruirlo en el arte de la guerra era inevitable. Con la amenaza de Jacobo sobre los clanes de las Highlands, a quienes consideraba poco más que salvajes, debían prepararse para sus intentos de conquistar sus tierras en aras de súbditos más leales y manejables.

Tam MacLeod era un niño pelirrojo como su padre y con los ojos del mismo intenso color verde. Se parecían tan dolorosamente, que Lorna apenas podía mirarlo sin sentir que ni siquiera con él había logrado hacerse valer. A sus seis años de edad, aparentaba muchos más, tanto por su tamaño como por su forma de hablar y de comportarse. Era responsable y trabajador, tan respetuoso y atento, que se había convertido en el orgullo de su padre. Kerr solo tenía ojos para él, algo que hacía crecer el resentimiento de Lorna con ambos.

—Prometió enseñarme a usar la espada en cuanto domine el arco.

—Pues tendrás que practicar todos los días, entonces.

—Eso haré.

Le revolvió el cabello y él se apartó. Le disgustaba que lo hiciese pero no podía evitarlo. Hubiese preferido que tuviese otro color, pero era tan sedoso que invitaba a acariciarlo.

—Mamá —protestó.

—Dame un abrazo, hijo —y lo apretó contra ella sin esperar a que él se acercase.

No había sido un gesto espontáneo como el de tocar su cabello, aunque lo pareciese. Kerr los estaba observando y aprovechó el momento. Había descubierto que su mirada se dulcificaba si le mostraba afecto a su hijo. Y aunque estaba segura de que había perdido la batalla por su amor después de su segundo engaño, no podía dejar de intentarlo.

Tam entró en la casa, ajeno a los pensamientos de su madre, y Kerr pasó junto a ella para seguir a su hijo. Parecía dispuesto a ignorarla como siempre, pero esta vez, Lorna no se lo permitió.

—¿Ni siquiera vas a preguntar cómo me encuentro hoy? —le dijo, después de sujetarlo por un brazo, que soltó en cuanto Kerr miró hacia su mano—. De un momento a otro nacerá el bebé.

—¿Todo bien? —le preguntó con la mandíbula apretada y sin llegar a mirarla en ningún momento.

—Estaría mejor si mi esposo se dignase a mirarme mientras me habla —le reprochó, sabiendo que estaba cometiendo un error al hacerlo.

Kerr no respondió. Simplemente se dirigió hacia la casa, lo que la enfureció tanto, que estalló sin pensar en las consecuencias.

—Te abandonaré, Kerr —le gritó—. Me iré de este maldito lugar.

—Bien —le gritó él a su vez girándose hacia ella—. Deberías haberlo hecho hace años y ahorrarnos el sufrimiento a ambos.

—Me llevaré a mis hijos conmigo —lo amenazó, al ver que le daba la espalda de nuevo—. No volverás a verlos.

Kerr se encaminó hacia ella con pasos rápidos. Su mirada dura y hostil la hizo retroceder. Por primera vez en su vida temió que su esposo la lastimase.

—Ni se te ocurra volver a decir eso, Lorna —la sujetó con fuerza de un brazo para acercarla a él—. Me engañaste para tenerlos, pero no creas que te dejaré alejarlos de mí. Son mis hijos. Tú solo eres el recipiente donde han crecido durante nueve meses. Si quieres irte, no te detendré, pero ellos se

quedarán aquí. Conmigo.

—También son mis hijos, Kerr.

—Ni siquiera los quieres —la acusó—. No creas que no veo que los utilizas para intentar llegar a mí.

—Eso no es cierto —mintió.

—Hace tiempo que deje de creer en todo lo sale de tu boca —sus caras estaban a escasos centímetros, sus miradas enfrentadas—. Deja de mentir, Lorna. Basta de engaños. Si no quieres quedarte, lárgate en cuanto nazca mi hijo. No iré por ti ni te reclamaré.

—Me estás haciendo daño —le dijo, con lágrimas en los ojos. Esta vez no tenía que fingirlo.

Kerr la soltó y se alejó de ella por tercera vez. Lorna se abrazó, sintiéndose vulnerable por un segundo. Luego, el resentimiento se apoderó de ella, clamando venganza.

—Esto no se va a quedar así —murmuró, mirando hacia la puerta—. Juro que te arrepentirás de haberme ignorado todos estos años, Kerr.

UN ENCUENTRO CASUAL

Blair tenía un descanso de sus responsabilidades durante la clase de equitación de los niños y decidió que aprovecharía para salir a pasear. Desde su llegada, no había tenido ocasión de hacerlo y le apetecía mucho.

Por suerte, Angus había salido temprano aquella tarde y no tuvo que escabullirse para evitarlo. Lo había estado haciendo desde que llegaron, una semana atrás, para no tener que rechazarlo a todas horas. Aunque los niños habían sido su mejor excusa hasta el momento, esta vez no podría utilizarlos.

Después de informar a la duquesa de que estaría fuera un par de horas y de recibir su beneplácito, salió de la casa con una amplia sonrisa. Tal vez no fuese la mejor época para admirar el paisaje, pues se acercaba el invierno, pero estaba segura de que podría disfrutar igualmente del paisaje.

Conocía bastante bien la zona, después de visitarla asiduamente durante los últimos cuatro años. En más de una ocasión había deseado poder quedarse allí, junto a los viejos Maxwell, que se encargaban de cuidar las tierras en ausencia de los duques. Sería feliz en un lugar como aquel, rodeada de naturaleza y lejos del bullicio de Edimburgo. Se sentía viva en aquel lugar.

No tardó en dejarse llevar por su entusiasmo y corrió entre los cardos y los brezos sintiéndose libre como no lo hacía en mucho tiempo. Cuando su respiración se agitó demasiado y su corazón parecía a punto de explotar, se dejó caer en la hierba y cerró los ojos, sin importarle que el frío suelo le calase los huesos. Dejó que su latido se normalizase, mientras sentía la brisa bailar con algunos mechones de su cabello, que habían escapado del moño en su loca carrera. Y escuchando los sonidos que el entorno traía a sus oídos.

Fue entonces cuando oyó las voces. Se incorporó sobresaltada y miró a su alrededor. Creía encontrarse sola, pero, al parecer, no era así. Agudizó el oído para averiguar de dónde venían las voces y poder caminar en dirección

contraria. Lo que menos deseaba era encontrarse con alguien, estando sola y sin ningún tipo de arma con el que defenderse.

Pocas mujeres sabían utilizar un arma en aquellos tiempos, pero ella había aprendido. Un muchacho del barrio le había enseñado, junto a otras chicas, después de que un hombre, con intenciones un tanto turbias, hubiese estado molestando a las más jóvenes.

Malcolm se había ofrecido a enseñarles a todas ellas, pero había insistido en tener algunas clases privadas con ella. Según él, para reforzar lo aprendido, pero Blair sospechaba que sentía algo por ella. Jamás intentó nada indecoroso, pero la estuvo rondando un tiempo. Eso fue poco antes de que su madre muriese y tuviese que huir para salvar su vida y la de su hermano. No se habían vuelto a ver después de eso.

—La situación no ha cambiado mucho desde la última vez que nos vimos —el viento cambió de dirección y pudo escuchar con mayor claridad las palabras—. El rey está muy ocupado con las revueltas de Londres, así que no tiene tiempo para pensar en conquistar las Highlands. Puedes relajarte por ahora, primo. Al menos hasta la primavera.

Reconoció la voz de Angus y frunció el ceño. ¿No se suponía que había ido a Skye a visitar a su primo? Recordaba haberle oído hablar de eso cuando se despidió de su hermana. ¿Sería posible que hubiese decidido encontrarse allí con él? ¿En medio de la nada? ¿Clandestinamente?

—¿La primavera? ¿Qué pasará en primavera?

—Jacobó tenía planeado un nuevo intento de ocupación de las tierras altas en primavera. Esta vez pensaba llevar a los colonos ya con él para que ya se asentasen, pero eso será si logra acallar a los ingleses antes. No iniciará dos guerras.

—Debes estar al tanto, Angus, e informarnos. Necesitamos saber con exactitud cuándo sucederá. Debemos estar preparados para repelerlos.

—Tranquilo, primo. Te enviaré cada nuevo dato que recabe.

De repente, Blair se sintió como una intrusa allí. Ni siquiera sabía por qué no se había ido al comprender que era una conversación demasiado privada y... de alta traición. Se levantó con cuidado de no alertarlos de su presencia y comenzó a alejarse. Estaba lo suficientemente lejos de ellos como para que no reparasen en su presencia, pero se sentiría mucho mejor cuanto ya no los oyese.

—Ni lo sueñes, bonita —unas fuertes manos la sostuvieron contra un duro pecho, manteniendo su boca tapada.

Forcejeó para liberarse, consciente de que sería inútil. Pero no se le ocurría qué otra cosa hacer, sobre todo al ver cómo aquel hombre pretendía llevarla directamente hacia el lugar de donde procedían las voces.

—Mirad que tenemos aquí —dijo al grupo en cuanto los alcanzó—. Una pequeña y bonita espía.

¿Espía? Aquello era peor de lo que imaginaba. A los espías se los mataba sin miramientos, ¿no? Eso había leído en algún libro. Se maldijo por tener tantos conocimientos sobre historia. A veces la ignorancia era tranquilidad. Aunque también le ayudaría a estar preparada para lo que pudiese pasar.

En cuanto sintió que el hombre aflojaba su agarre al hablar, lo golpeó con el talón en la espinilla tan fuerte como pudo. Escuchó un gemido de sorpresa y se vio libre del hombre. Se alejó de él unos cuantos pasos antes de enfrentarlo.

—Bruto arrogante —le gritó enfadada. Había leído en alguna parte que un buen ataque es la mejor defensa—. No soy ninguna espía.

—¿Blair? —la voz de Angus a sus espaldas sonaba intrigada.

—Angus —lo saludó mientras intentaba recomponer su aspecto—. Tenía entendido que os ausentaríais todo el día de hoy.

—¿Qué haces aquí?

—¿La conoces?

Angus y otro hombre que, por su parecido supuso era su primo, hablaron al mismo tiempo. Decidió que respondería a ambos.

—Me llamo Blair Gordon y soy la institutriz del sobrino de Angus. Estaba dando un paseo cuando ese bárbaro de ahí decidió que era una espía y decidió atraparme —lo enfrentó de nuevo, furiosa con él—. Por si no os habíais dado cuenta, zoquete, me estaba alejando del lugar.

La tensión era evidente, pero Blair se mantuvo firme después de pronunciar aquellas palabras, para que a nadie se le ocurriese acusarla de mentirosa.

—Es peligroso salir sola a pasear —habló un cuarto hombre.

—Lo he hecho cientos de veces y hasta el día de hoy, no me había topado con nadie —lo miró— ¿Vos sois?

El hombre frunció el ceño y permaneció en silencio. Blair sonrió y oyó que algunas respiraciones se cortaban. *Tu sonrisa eclipsa el sol*, le decía muchas veces su madre. Y aunque ella no lo creía, en ocasiones como esta, las dudas la asaltaban.

—Ya entiendo, sigo siendo una espía —se cruzó de brazos mientras

hablaba.

—Blair —habló ahora Angus—, no deberías estar aquí.

—Eso decídselo al estúpido de vuestro amigo, Angus. Ya estaría de regreso en la casa si no me hubiese arrastrado como a un trapo hasta aquí.

—Menuda lengua —oyó que reían los hombres detrás del primo de Angus. O supuesto primo, pues no estaba totalmente segura.

—¿Qué has oído, Blair? —esperaba la pregunta y pensó en mentir por un momento, pero sabía que las mentiras siempre traían más problemas de los que evitaban, así que se decidió por otra estrategia.

—Que Jacobo está muy ocupado con los ingleses, cosa que todo el mundo sabe —le respondió—. Y que probablemente en primavera intente conquistar las tierras altas, algo que sería una pena a mi modo de ver. El rey Jacobo estropea todo lo que toca.

Oyó algunas risas entre los hombres, pero se mantuvo seria. Les había proporcionado los motivos necesarios para acusarla de espionaje y no quería parecer ansiosa. Si la veían tranquila, tal vez llegasen a la conclusión correcta: que era Blair Gordon, una simple institutriz.

—¿Qué piensas hacer con esa información? —ahora fue el turno del supuesto primo para preguntar.

—En cuanto regresemos a Edimburgo, correré en busca de Jacobo y le diré que un puñado de highlanders que ni siquiera conozco estaban hablando de él en medio de ninguna parte, planeando oponer resistencia si decide asaltar sus hogares —la ironía en sus palabras no pasó desapercibida a nadie—. Tomamos el té, juntos, todos los días. Me creerá, por supuesto.

Más risas y la tensión parecía disiparse por momentos. Blair se permitió respirar, un poco más relajada. Tal vez había logrado convencer a algunos de ellos de que no era una espía.

—Creo que podemos creerla —Angus se decidió a defenderla por fin—. Seguramente diga la verdad en cuanto a lo del paseo. Sin embargo, he de admitir que me decepcionas, Blair.

—¿Os decepciono? ¿En qué, si se puede saber?

—Había esperado poder acompañarte —la sujetó por la cintura y acercó sus rostros—. Llevo tiempo esperándolo.

—Quitad vuestras manos de mi cintura, Angus MacLeod —lo golpeó con fuerza en la cara con su mano, mientras se separaba de él—. No voy a tolerar que me faltéis al respeto de esa manera.

No supo si le ofendió más la intención de Angus de besarla ante todos o

las risas de estos. Simplemente los fulminó a todos con la mirada y decidió que era hora de desaparecer.

Cuando se giró, dispuesta a marcharse, su mirada topó con unos increíbles ojos verdes que la miraban con intensidad, pero que destilaban tanto resentimiento a su vez, que se estremeció por entero. Nunca antes nadie la había mirado de aquel modo y tuvo sentimientos cruzados en cuanto a su significado. Se sentía arder ante aquella atenta mirada, pero también la enfadaba. Su dueño la estaba juzgando y declarando culpable de algo que ni siquiera podía discernir. No se atrevió a mirar al dueño de aquellos ojos. Apartó la mirada y comenzó a alejarse.

—¿A dónde vas? —la voz de Angus la detuvo un momento.

—A casa —le dijo sin mirarlo—. Me he retrasado bastante y vuestra hermana estará preocupada. A diferencia de vos, Angus, que lo tenéis todo, yo necesito conservar mi empleo para sobrevivir.

No esperó a saber si la dejaban ir. Comenzó a caminar, sintiendo todavía aquella mirada de ojos verdes sobre ella. No le daría el gusto de vacilar. Por suerte para ella, no oyó lo que su primo le dijo a Angus o su determinación habría flaqueado.

—Vigílala.

—No creo que sea peligrosa.

—Vigílala —repitió.

—Será un placer.

Segundos después la alcanzó. Caminó a su lado, sin decirle una sola palabra. Blair se lo agradeció en silencio porque, de haber tenido que hablar de nuevo, habría terminado llorando.

EL PARTO

Kerr continuaba de mal humor, tal y como había pasado los ocho días que llevaba lejos de la granja, por la amenaza de Lorna de llevarse a sus hijos. Había ocurrido justo antes de ser reclamado por Dougal y estaba preocupado. No solo por la proximidad del parto, sino porque temía que Lorna cometiese alguna locura en su ausencia. Hubiese preferido quedarse en la granja hasta que su esposa diese a luz, pero Dougal había sido tajante en cuanto a su presencia en su pequeña incursión fuera de Skye.

Nunca le había gustado la vida en el castillo, con tantas intrigas y las continuas luchas de poder. Él prefería la granja, donde todo era más relajado. Tampoco le gustaba abandonar la isla, pues se sentía fuera de lugar. Sin embargo, su laird se había empeñado en que lo acompañase. Y al parecer, no conforme con alejarlo de su hogar, habían terminado reuniéndose con el primo de Dougal demasiado cerca de la frontera con las tierras bajas. Aquello le gustaba todavía menos. Era peligroso.

Más todavía, cuando la reunión trataba sobre conspiraciones y batallas por venir. Podrían ser acusados de alta traición, en caso de ser descubiertos y Kerr no quería saber nada sobre el asunto. Estaba harto de la guerra, solo quería regresar a su hogar y estar presente en el momento en que Lorna diese a luz a su segundo hijo. A pesar del odio que sentía por ella, le preocupaba que algo malo pasase durante el parto, después de que Tam casi acabase con la vida de su madre al venir al mundo. Puede que Lorna lo hubiese humillado y engañado desde que se conocieron, pero jamás de desearía la muerte.

Azuzó su caballo cuando entró en sus tierras, deseoso de llegar a casa cuanto antes. Era más como una necesidad, como si de ese modo pudiese olvidar lo que había sucedido en la reunión. Y no solo se refería a los planes de ataque del rey, sino a la increíble sonrisa y la mirada color miel que se

había quedado atrapada en la suya. Hacía demasiado tiempo que su cuerpo no reaccionaba así por una mujer que no fuese la arpía de su esposa.

Como si la hubiese conjurado, su mente recreó la imagen de la muchacha. Era bonita. Más que eso, en realidad. Era voluptuosa, pura lujuria. El sencillo vestido que usaba aquel día se amoldaba a la perfección a su cuerpo. Pechos generosos, cintura estrecha y caderas sensuales. Y su cabello dorado lucía despeinado, como si hubiese estado retozando entre los brezos. Aquel pensamiento provocó una incómoda erección en él, que trató de controlar removiéndose en la silla.

Se había defendido bien cuando la acusaron de espiarlos. Por un momento llegó a creer que solo había sido una casualidad que se encontrase allí. Pero, ¿cuántas posibilidades había de que algo así sucediese? Ni siquiera Dougal tuvo dudas al respecto y había pedido a su primo que la vigilase de cerca.

Frunció el ceño al recordar como Angus la había intentado besar. ¿Mantendrían una aventura? La reacción de ella había sido tan visceral, que dudaba que pudiese haber fingido la ofensa. Angus todavía lucía la marca de sus dedos en la mejilla cuando se alejó tras ella.

—Que me importa —se dijo en voz alta.

Y así era. Angus se encargaría de averiguar si era o no un peligro para ellos y actuaría en consecuencia. Él debía centrarse en sus propios problemas. Como su esposa, por ejemplo.

Alcanzó su hogar cuando ya comenzaba a anochecer y las nubes amenazaban con descargar un torrente de agua sobre él. Dejó el caballo en el establo y entró en la casa en el mismo instante en que las primeras gotas caían del cielo.

—Justo a tiempo —le dijo Shona en cuanto lo vio.

—Sí —respondió él—. Un poco más y habría acabado empapado.

—Me refería a Lorna. Se ha puesto de parto hace unas horas.

Kerr subió al cuarto de su esposa, no compartían dormitorio, y la encontró tumbada, empapada en sudor, con los ojos cerrados y respirando con dificultad. Las sábanas bajo ella se habían teñido de un rojo intenso y se asustó. Ni con Tam había sangrado tanto.

—¿Eso es normal? —preguntó a la partera.

—Tenéis que salir de aquí —fue la respuesta que ella le dio.

—¿Eso es normal? —repitió, desafiándola con la mirada esta vez.

—Hay complicaciones —le dijo, sin más—. Ahora debéis marcharos. Vuestra presencia no le hará ningún bien.

Sabía que las parteras no querían a los esposos cerca durante el parto y menos cuando las cosas no iban como debían, y por eso no insistió en quedarse. Bajó al salón y cogió la primera botella de whisky que encontró. Necesitaba beber para no sucumbir a la desesperación. Toda aquella sangre lo había preocupado, pero la palabra complicaciones, lo aterraba. Lorna había sido la primera mujer por la que se había interesado como algo más que un simple flirteo. Había estado con otras mujeres antes que ella, por supuesto, pero no se había planteado la idea del matrimonio hasta que llegó ella.

Aquello fue antes de encontrarla en brazos de Ian. Ella le había asegurado que solo había sido un beso, no consentido por ella, además. Había estado dispuesto a olvidarlo, aunque ella hubiese deseado aquel beso, por todo cuanto le hacía sentir, pero luego lo había arrastrado al altar con sus maquinaciones y ya no pudo perdonárselo. Sintió que Lorna lo había estado engañando desde el mismo instante en que sus miradas se habían cruzado y que nada de lo que habían vivido había sido real. Que aquel amor que le había confesado era mentira, como cada palabra que salía por su boca. Después de aquel día, lo había estado torturando la idea de que no podía confiar en su esposa. Que ella solo lo había buscado por interés, por todo cuanto podía llegar si permanecía en el castillo en la guardia del laird. O eso había deducido de sus conversaciones a voz en grito.

Se odió por haber sido tan iluso y la odió a ella por recordárselo con su presencia. Odiaba el deseo que todavía sentía por ella a pesar de todo cuanto le había lastimado. Por más que intentase olvidarse de ella, cada vez que la veía, no podía evitar reaccionar de aquel modo tan visceral.

Tomó un largo trago de whisky directamente de la botella para borrar todos los recuerdos de su pasado con Lorna. Para olvidar también el hecho de que estaba en el piso superior, intentando alumbrar a su segundo hijo. La imagen de la sangre que se formó en su cabeza, le obligó a beber de nuevo.

Con cada grito que escuchaba, tomaba otro sorbo, como si al no oírlo, todo fuese a acabar bien para su esposa y su hijo. A pesar de la quemazón del alcohol en la garganta, siguió bebiendo y rezando para que todo saliese bien. Aquella sería una agonizante espera en soledad. Pues estaba solo, como lo había estado en el alumbramiento de Tam. No había querido el consuelo de nadie y mucho menos las felicitaciones de después. No había buscado aquella situación y no podía disfrutarla como merecía, por más que lo intentase.

Adoraba a su hijo, por supuesto. Se había convertido en la razón de su existencia desde el mismo momento en que lo sostuvo en brazos, pero no

podía soportar que hubiese llegado a su vida por medio de engaños. Como lo haría también el segundo.

Lorna siempre lograba arruinar los que deberían haber sido los mejores momentos en la vida de un hombre. Su matrimonio era una farsa desde el principio y sus hijos habían sido engendrados en el sopor del alcohol. *O de algo más*, se recordó.

No podía haberse emborrachado con una simple copa de vino, pues había vaciado mitad de la botella que tenía en las manos y todavía era consciente de lo que pasaba a su alrededor. Lorna debía haber echado algo en su bebida.

Oyó más gritos y terminó la botella en un par de tragos más. Se levantó en busca de otra y se tambaleó por el camino, sin llegar a caer. Luego se sentó en el suelo, con una nueva botella en las manos. La imagen enfurecida de la institutriz regresó a su mente en cuanto se llevó la botella a sus labios. No llegó a beber.

Blair, recordó que se llamaba. *Otra mentirosa como mi esposa*, se dijo, bebiendo esta vez. Tenía que serlo. ¿De qué otra forma se podía explicar su presencia en el lugar de la reunión sino que los estaba espiando? Nadie en su sano juicio creería que habían coincidido por casualidad. El páramo era demasiado grande para que pudiese suceder tal cosa.

Sin embargo, por un instante, la había creído. La indignación en sus gestos y su postura parecía demasiado real. La ironía en sus palabras también. En cierto modo tenía razón, pues Jacobo no habría contado con una simple muchacha para una misión tan peligrosa como espiar a sus enemigos.

—Son grandes actrices —se dijo en alto, bebiendo más—. Todas son iguales.

Precisamente, por aparentar fragilidad, podía ser perfecta para los planes del rey. Aunque no le había parecido débil en ningún sentido. Había admirado la forma en que aprovechó un descuido de Magnus para escapar de él y cómo lo había enfrentado en cuanto se vio libre de su agarre. En realidad había enfrentado a todos los que osaron dudar de su versión. Si en verdad era espía, Jacobo estaría orgulloso de ella.

—Lo es —bebió más—. Todas son iguales.

Los nuevos gritos de Lorna acallaron sus pensamientos y dejó la botella en el suelo para pasearse, entonces, por la habitación. A esas alturas de la noche, estaba borracho y desesperado. Quería que ambas sensaciones desapareciesen, pero temía el momento en que sucediese. En ocasiones, la realidad era mucho peor que la expectativa. Lo había descubierto seis años

atrás.

No supo en qué momento de la noche se quedó dormido, pero Shona lo encontró al amanecer, tirado en el suelo. El dolor le martilleaba con fiereza la sien, pero lo envió lejos en su mente al ver la expresión descompuesta en el rostro de la joven.

—La niña está bien —le dijo antes de que preguntase.

—¿Lorna?

—No... —su voz apenas era un susurro—. Pregunta por ti.

Kerr corrió escaleras arriba. Su corazón bombeaba con rapidez y todo su cuerpo estaba alerta. La borrachera había desaparecido por completo.

—Kerr —Lorna lo miró con ojos febriles.

—Todo va a estar bien —acertó a decir, acercándose unos pasos a ella. Tragó con dificultad, intentando ignorar toda la sangre a su alrededor. Demasiada sangre. Aquello no era bueno.

—Me quieres —le dijo ella, deteniendo sus pasos—. Sé que lo haces porque nadie que haya conseguido mis atenciones puede evitar enamorarse de mí.

Kerr quiso detenerla, pero no pudo moverse. De su boca no salía ninguna palabra. Lorna parecía no ver lo que aquellas palabras le provocaban.

—Deseaba tanto tenerte —continuó ella—. Todas te admiraban, así que tenías que ser mío. Quería restregárselo. Solo lamento que me descubrieses con Ian. Las cosas hubiesen sido de otra forma. Me habrías pedido matrimonio y yo hubiese podido presumirte.

El corazón de Kerr se endurecía con cada palabra que su esposa pronunciaba. Debería detenerla, dejarla sola o no escuchar más. Cualquier cosa menos quedarse allí, viéndola escupir veneno en su contra. Sin embargo, su cuerpo no parecía querer obedecer.

—En realidad nunca te quise, solo amaba tu potencial. Quería lo que llegarías a ser si permanecías con mi primo en Dunvegan. Y mi idea era convencerte después de la boda, pero lo estropeaste todo con tus celos absurdos. Tuve que actuar y me arrastraste al fin del mundo para abandonarme después, en venganza. Maldito seas, Kerr. Te odio.

—¿Por qué haces esto, Lorna? —logró decir al fin.

—Porque pienso morir con la conciencia tranquila y sabiendo que tú serás desgraciado el resto de tus días. Ni tus hijos serán ya un consuelo para ti —destilaba odio en cada palabra pronunciada—. Tú arruinaste mi vida y ahora te pagaré con la misma moneda.

—¿Yo arruiné tu vida? —no quería discutir con ella, viendo lo débil que estaba, pero no pudo evitar la pregunta.

—Me despreciaste, Kerr. Te alejaste de mí.

—Me engañaste, Lorna.

—Soy tu esposa. Tu deber es complacerme en todo.

Kerr permaneció en silencio, incapaz de decir algo coherente. Quería creer que Lorna deliraba por la fiebre, pero temía que su esposa era totalmente consciente de cuanto decía. Parecía tan lúcida como él. Pálida y demacrada, pero lúcida.

—Ya no importa —continuó—. No me recuperaré. Voy a morir y tú recordarás esta conversación cada día que te quede de vida. El odio corroerá tus entrañas cada día al recordar mis palabras y terminarás tan amargado, que nadie te querrá. Entonces habré ganado.

A medida que hablaba, su voz se iba apagando, pero la rabia que destilaba seguía lastimando a Kerr. La pérdida de sangre había menguado sus fuerzas, pero Lorna parecía dispuesta a consumir hasta su último aliento para humillarlo.

—Jamás te quise, Kerr —le dijo en un susurro.

—Ya basta, Lorna —le suplicó—. No hagas esto.

—Sé que estás locamente enamorado de mí —continuó—. Aunque lo niegues, yo lo sé. Morirás solo, Kerr. Y yo gano. Siempre gano.

Kerr tardó en comprender que había muerto, pues las palabras se repetían incansablemente en su mente, atormentándolo. Sus ojos permanecían cerrados, para tratar de eliminar el recuerdo de aquella dura confesión, pero no lo conseguía.

—Te equivocas, Lorna —dijo, al escuchar el llanto de su hija recién nacida—. No has ganado porque jamás estaré solo. Me has dado lo mejor de ti sin pretenderlo. Mis hijos. Yo gano.

Se alejó de la cama y tomó al bebé en brazos, acunándola. Era hermosa y estaba sana. Nada más importaba.

—Bienvenida a tu hogar, Fiona MacLeod.

EL ACCIDENTE

Angus se había convertido en la sombra de Blair después de su encuentro en medio de la campiña. Si antes era persistente con ella en su intento de seducirla, ahora parecía haberse propuesto seguirla a cada lugar donde iba. Ya ni se molestaba en fingir que había algo más detrás de su comportamiento, lo que enfurecía a Blair más que cualquier otra cosa.

Una tarde, después de dos interminables semanas, Blair decidió enfrentarlo. Si todavía tenía dudas, pretendía aclarárselas para que la dejase en paz, porque si se lo encontraba junto a la puerta de su alcoba una vez más al salir por la mañana, terminaría por volverse completamente loca.

—Dejad de seguirme —lo miró desafiante, con las manos apoyadas en sus caderas—. No soy ninguna espía.

—Yo nunca he dicho que lo seas.

—Pues no lo parece.

—Sabes que no puedo resistirme a tus encantos —se acercó a ella, mirando sus labios.

—En Edimburgo, jamás he salido de casa sola —dijo, ignorándolo—. Podéis preguntarle a vuestra hermana si gustáis. Permanezco con los niños gran parte del día y cuando estoy sin ellos, todo el mundo sabe que puede encontrarme en la sala de lectura. No tengo nada que ocultar, Angus.

—Blair.

—Estaba dando un paseo —lo interrumpió—. Oí las voces y traté de localizarlas para irme en la dirección contraria. Lo último que deseaba era encontrarme con un grupo de hombres en un lugar tan aislado y sin nada con qué defenderme. ¿Os dais cuenta de lo ridículo que suena que yo sea una espía de Jacobo?

—Blair.

—No quiero volver a oír hablar de ello —lo interrumpió de nuevo—. Decidle a vuestro primo que no voy a delataros. No tengo nada en contra de los habitantes de las tierras altas. Y Jacobo no es de mi agrado, lo sabéis bien.

—Sé que no eres una espía —le dijo, cuando creyó que no volvería a interrumpirlo.

—Pues dejad de seguirme.

Angus se acercó más a ella, haciéndola retroceder hasta toparse con una pared. Colocó las manos a cada lado de su cuerpo para aprisionarla y Blair pudo ver el deseo en su mirada.

—Solo ha sido una excusa, querida Blair —le susurró al oído—, para mantenerme cerca de ti. Mi intención sigue siendo conseguir tus atenciones.

—Angus, por favor —rogó, intentando separarse de él, empujando su pecho con las manos.

—Me vuelves loco, Blair —gruñó—. Tus evasivas solo consiguen que mi interés aumente.

—Apartaos —ya no rogaba, sino que exigía. Así se lo hizo saber con una fría mirada.

—A cambio de un beso.

—A cambio de no abofetearos.

Angus rió, lo que crispó más a Blair, que lo empujó de nuevo con fuerzas renovadas y logró apartarlo. Por suerte para ella, su risa le había hecho bajar la guardia. Pero cuando se disponía huir de él, Angus la detuvo, sujetando su muñeca. De un tirón, la atrajo a su pecho y la obligó a enfrentar las miradas. Aunque Blair trató de separarse de nuevo, no lo consiguió.

—Esto es solo un adelanto de lo que espero obtener de ti, Blair —le dijo antes de besarla.

Fue un beso posesivo y ardiente, que solo logró que Blair sintiese asco y enfado al mismo tiempo. Era el primer beso que le daban y Angus había destrozado su oportunidad de atesorarlo como un recuerdo especial. Había esperado sentir pasión, regocijo, pero solo podía pensar en la repulsa que le causaba saberse besada por un hombre por el que no sentía absolutamente nada.

Se separó de él con hostilidad y lo abofeteó tan fuerte como hizo semanas atrás. La marca en su mejilla no tardó en aparecer y se sintió orgullosa. Si debía convencerlo a base de golpes que no le interesaba, que así fuera.

—No volváis a besarme —lo amenazó—. Jamás.

—Algún día me cansaré de este juego, Blair —su amenaza provocó un

escalofrío en ella—. Llevo demasiado tiempo esperando por ti. Deberías ir pensando en darme lo que te pido, antes de que lo tome sin permiso.

—Manteneos lejos de mí, Angus —su voz no sonó tan firme como había pretendido.

—No.

Aquella simple palabra le estremeció todo el cuerpo de miedo. La fría mirada de Angus ayudó al efecto. Se alejó de él tan rápido como le permitieron sus piernas, temerosa de lo que pudiese ocurrir si no lo hacía. Al parecer la amabilidad de Angus se había agotado al mismo tiempo que su paciencia.

Salió de la casa, buscando alivio con los niños, que estaban en su clase de equitación. Ver sus progresos era mejor que quedarse en el interior, temiendo cruzarse de nuevo con Angus. Hubiese preferido dar un paseo, pero desde aquel inesperado encuentro, tampoco se sentía segura vagando sola por la campiña. Y ahora que Angus la había amenazado, menos todavía.

Los encontró a todos junto al establo, incluidos los duques, que aprovechaban aquel retiro para pasar más tiempo con su hijo, aunque tuviesen ciertos compromisos con los que cumplir.

—Buenas tardes —los saludó, mientras se sentaba junto a ellos.

—Buenas tardes, Blair —respondió Alpin, el duque—. Nuestro Bruce está haciendo muchos progresos.

Blair vio su sonrisa orgullosa, al observar a su hijo trotando con el caballo en el circuito que el profesor de equitación había preparado para la ocasión. Bruce disfrutaba de la atención de sus padres y no dejaba de saludarlos con la mano.

Bruce, su hermano, lo acompañaba en otro caballo, con su vista fija al frente y la espalda totalmente recta, tal y como les habían enseñado. Nunca lo comentaría frente a los duques, pues a estos no les gustaría oírlo, pero era más diestro que el heredero.

En realidad, su hermano superaba al hijo de los duques en casi todo. Lo veía cada día y, para compensarlo, ocupaba más tiempo y esfuerzos con el heredero. Aún así, su hermano la sorprendía con sus avances diarios.

—Mamá, papá —Bruce los llamaba desde el caballo—. Miradme.

Fustigó al caballo para que trotase con más brío y así demostrar a sus padres lo diestro que era. Cuando el animal amenazó con salir al galope, Blair intervino.

—Bruce, aminora el paso —le gritó—. No corras tanto.

—Déjalo que se divierta, Blair —le dijo Donella, orgullosa.

—Es peligroso —insistió.

—Tonterías —contestó Alpin, de acuerdo con su esposa—. Los vigila su maestro. Intervendrá si ve que hay algún problema.

Blair no dijo nada más, pero se mantuvo alerta. Por más que los duques restasen importancia a su inexperta demostración, ella no podía dejar de preocuparse por que alguno de ellos se cayese del caballo.

—Blair —su hermano la llamó, emocionado de verla.

Se bajó del caballo, con ayuda del mozo de cuadra, y corrió hacia ella. Blair lo envolvió en un cándido abrazo, respirando segura ahora que no estaba sobre el animal.

—Lo has hecho genial —le susurró para que no la escuchasen los duques. Adoraba a su hermano, pero pocas veces se permitía el lujo de darle muestras de cariño en público, por miedo a que los duques se ofendiesen.

El niño se quedó en su regazo, viendo cómo su amigo continuaba cabalgando. De vez en cuando reía con sus travesuras y Blair se relajó un poco. Aparte del maestro, había dos mozos vigilándolo, así que no tenía por qué temer nada.

—Mirad —gritó de nuevo eufórico, mientras azuzaba a su montura, pero sin ver que iba directo a un tronco caído.

Blair se levantó de golpe, dejando a su hermano en el suelo, en cuanto vio que la desgracia se cernía sobre el niño.

—Bruce —lo llamó, pero su advertencia llegó demasiado tarde.

El caballo frenó en seco al ver el tronco obstaculizando su paso y el niño, que no se lo esperaba, salió volando por encima de él. Los mozos, que corrían hacia él, tampoco llegaron a tiempo. El cuerpo de Bruce se golpeó con fuerza contra el suelo y el grito de Donella rivalizó con el de Blair.

—Bruce —Blair lo abrazó, buscando alguna señal de su respiración. Lo sentía tan inmóvil que se asustó.

Alpin se arrodilló junto a ella, después de dejar a Donella en las consoladoras manos de Angus. Blair miró hacia él, pálida como la misma muerte.

—Apenas respira —le dijo, con la voz rota por el dolor.

Alpin lo apretó contra su pecho y lo llevó a su alcoba, donde la curandera del pueblo se encerró con el niño a solas.

Blair permaneció en silencio, buscando consuelo en el abrazo de su hermano, que no dejaba de preguntar por Bruce, mientras el tiempo pasaba sin

que nadie supiese lo que estaba sucediendo con el pequeño.

Alpin se paseaba nervioso por el salón, impotente, mientras su cuñado abrazaba a su esposa y le susurraba algo al oído, que no parecía surtir efecto, porque Donella no era capaz de contener el llanto.

Pasaron interminables horas, antes de que la mujer saliese de la alcoba. Se veía tan cansada y abatida, que Blair se temió lo peor. Estaba evitando el contacto visual con los duques, lo que le dio una idea de lo que iba a decir. Contuvo el aliento, implorando en silencio, que no fuese cierto.

—Lamento informar de que el joven heredero ha fallecido —dijo al fin, con la voz rota. El silencio que siguió a sus palabras se vio interrumpido por el alarido de dolor de la duquesa.

—Mi niño ha muerto.

SOPORTANDO EL DUELO

Blair había permanecido desde el día del entierro del pequeño Bruce pendiente de su hermano. Sabía que se encontraban en un momento delicado, pues la razón de su permanencia con los duques de Cockburn había desaparecido. Estaba segura de que se desharían de ellos en cuanto regresasen a Edimburgo, si no lo hacían antes. Apenas salieron de su alcoba, bajaban a comer a distintas horas que los duques para no molestarlos, o para no recordarles que ellos ya no tenían nada que hacer en aquel lugar.

Por un momento temió que Angus aprovecharse la situación para cumplir sus amenazas. Ahora que perdería la protección de su hermana sería presa fácil para él, pero este se mantuvo lejos de ella. Y de los duques.

Era de noche pero, por tercera vez consecutiva, Blair no se sentía capaz de dormir. Pasó las horas con la mirada perdida más allá de la ventana de su alcoba, suspirando desesperada. Por suerte, Bruce dormía tranquilamente en su cama. Bendita inocencia.

Miró en su dirección y suspiró de nuevo, inquieta por la decisión que debía tomar. Sabía que ya no podía retrasarlo mucho más y lamentó que Bruce tuviese que pasar por eso ahora que había perdido a su mejor amigo, pero si su tiempo con los Cockburn había finalizado, de nada serviría alargar el momento de su partida. Su vista regresó a la ventana. Comenzaba a amanecer y la claridad le dejó admirar aquel maravilloso paisaje que tanto le gustaba. Si al menos les permitiesen quedarse allí, para ayudar a los Maxwell. Estaban mayores ya y seguro que agradecerían un par de manos extra.

Ni siquiera se había quitado el vestido, así que simplemente salió de su alcoba sin hacer ruido para dejar dormir a Bruce. No quería involucrarlo en la conversación que pensaba mantener con los duques porque era demasiado pequeño para entenderlo.

Mientras bajaba, se topó con Angus, que no había vuelto por la casa desde el día del entierro. Se sintió insegura con respecto a él y a lo que haría ahora que su hermana la despediría en breve. Sus miradas se cruzaron y el silencio se hizo incómodo, así que Blair bajó la suya y siguió su camino. Sin embargo, Angus tenía otros planes y la detuvo. Dio un respingo cuando sintió su fuerte mano aprisionando su delicado brazo. No apretaba, pero el mero contacto le desagradó.

—Ahora no, Angus —logró decir con voz cansada.

—Deberías ser más amable conmigo, querida —recorrió su cuerpo con la mirada y añadió—. Te ves horrible.

—Vuestro sobrino ha muerto —lo acusó—. Y, por muy descabellado que os parezca, yo lo quería. Estoy destrozada. No tengo por qué verme bien.

—Mi hermana te retirará su protección pronto, Blair —se acercó a ella amenazante—. No te conviene desafiarme.

Blair se zafó de su agarre y bajó las escaleras sin decir palabra. De haberlo hecho, probablemente le temblase la voz y no habría sonado todo lo contundente que hubiese querido. Y por eso, se propuso rehuir aquella conversación cuanto pudiese. Si era para siempre, mejor.

Alpin se encontraba ya en el salón, desayunando. Era un hombre madrugador, pero por las profundas ojeras que oscurecían sus ojos, supuso que ni siquiera había dormido. Dudaba que alguien lo hubiese hecho.

—Mi señor —no se vio capaz de saludarlo de otro modo, pues el día no era bueno para decirlo en voz alta.

—Blair —tardó en reconocerla, algo que no le sorprendió—. Pasa y siéntate conmigo. Come algo.

—Gracias —susurró, antes de hacer lo que le pedía.

—Pareces cansada.

—No más que vos.

—No podrán reprochárnoslo.

A Blair le gustó que la incluyese. Sabía que sus horas en aquella familia estaban contadas, pero al menos le quedaría el recuerdo de haber sido apreciada por ellos durante aquellos cuatro años.

—No, desde luego —tomó un pan caliente y se lo llevó a la boca sin demasiado entusiasmo— ¿Cómo está lady Donella?

No debería haber preguntado, pues intuía la respuesta, pero se sentía en la obligación de enfrentar aquel momento para saber cuanto antes lo que les depararía el futuro a su hermano y a ella.

—Destrozada —sus palabras dolieron.

A pesar de sus particularidades, le había tomado cariño. Y no es que ella fuese perfecta, así que tampoco iba a reprocharle nada a la duquesa. En cambio, sí podía ponerse en su lugar y entender el dolor tan grande que estaba pasando.

—Le vendría bien que fueses a hablar con ella —continuó Alpin—. Que la sacases de la cama. Permanecer en su alcoba llorando por nuestro hijo no le hace ningún bien. Tal vez tu hermano le haga sonreír un poco.

—¿Creéis que sea prudente eso? —preguntó—. Bruce y vuestro hijo eran como hermanos. Si lo ve, tal vez se sienta peor.

—Yo creo que le ayudaría. Le tiene especial cariño a tu hermano.

Blair calló para no contradecirlo, pero estaba segura de que no era buena idea. Si la duquesa viese a Bruce, solo empeorarían las cosas. Simplemente, asintió, pues parecía que el duque no tenía intención de prescindir de ella por el momento y no quería darle motivos para hacerlo.

—Le llevaré el desayuno primero —se ofreció. Así podría tantear el terreno—. Seguramente no habrá comido nada en días.

—Gracias, Blair. Yo ya no sé que más hacer.

—Debéis darle tiempo.

Alpin asintió, aunque se veía derrotado. A él le dolía la muerte de su hijo, su heredero, tanto como a su esposa, pero intentaba ser fuerte por ambos. Aún así, pudo ver que su imponente figura parecía haber mermado en los últimos días. Sintió una profunda pena por él y apoyó una mano en su hombro, antes de ir a la cocina a buscar una bandeja para el desayuno de la duquesa, como si con eso pudiese consolarlo de algún modo. Nunca se había permitido el contacto directo con él, por si su esposa lo veía como lo que no era, pero sintió que el duque lo necesitaba. Al menos, la miró agradecido.

—Os traigo algo de comer, milady.

Donella estaba recostada en la cama, con la mirada perdida en algún lugar del techo. Blair suspiró. Así se había visto ella misma no hacía mucho. Solo que el dolor de la duquesa, con seguridad, sería infinitamente peor.

Se adentró en la habitación y dejó la bandeja en la mesa junto a la ventana. Después, se acercó a la duquesa y la obligó a ponerse en pie. Donella no opuso resistencia, lo que fue más desgarrador que si lo hubiese hecho. Parecía una marioneta sin vida.

—Tenéis que comer —la increpó con suavidad, mientras la sentaba en la silla—. Podríais enfermar si no lo hacéis.

—Qué importa ya.

Blair negó con la cabeza con pesar. Perder un hijo debía ser algo terrible. Ella ni siquiera era capaz de concebir su vida sin Bruce y eso que solo eran hermanos. Claro que criarlo desde bebé, había creado entre ellos un vínculo más parecido al de una madre con su hijo. Así que, con la paciencia y ternura que solía dispensar a los niños, se sentó junto a ella y le dio de comer. Después de casi una hora se levantó, satisfecha por el resultado.

—Necesito cambiarme de ropa —le dijo—. Volveré a por vos en un momento.

No había dejado de hablar en todo aquel tiempo por miedo a que el silencio las abrumase a ambas. O a que Donella recordase que ella ya no tenía un niño al que cuidar y sobraba en sus vidas. Sin embargo, la duquesa ni se inmutó ante sus palabras. Incluso había comido por inercia. La dejó sentada en la silla y en la silla la encontró cuando regresó.

Al final había optado por llevarla a pasear sin Bruce, insegura de cómo reaccionaría al ver al niño. Temía, sobre todo, que pudiese decir algo que hiciese daño a su hermano. Tampoco él lo estaba pasando bien y no necesitaba que alguien lo lastimase.

La ayudó a vestirse con gentileza y la encaminó hacia uno de los jardines laterales, donde no habían estado nunca con los niños. Tampoco pretendía enfrentarla a los recuerdos de tiempos más felices. Los cambios en situaciones como aquella, mejor poco a poco.

Donella se dejó llevar, como había hecho a la hora de comer, y suspiró cuando Blair la sentó bajo la sombra de un árbol. Apoyó la cabeza contra el tronco y cerró los ojos. Hacía tiempo que sus lágrimas se habían agotado, pero en su rostro aún se marcaba el sufrimiento que había padecido desde la muerte de su hijo.

—Tal vez no deba deciros esto —Blair vaciló—, por si no os gustase oírlo, pero todavía sois joven.

Dejó que sus palabras surtiesen efecto. Sabía que nadie podría sustituir a Bruce, pero un nuevo hijo tal vez le daría motivos para seguir viviendo. Porque veía en ella esa derrota de quien quiere huir de una vida de sufrimiento.

—Llevamos cuatro años intentándolo —habló ella por primera vez en días.

—No desesperéis. Lo lograréis.

—¿Para que pueda serme arrebatado de nuevo? —la miró con

resentimiento, antes de dejar caer la cabeza en señal de derrota.

Blair no supo que decirle. En casos como aquel no había palabras correctas que ofreciesen el consuelo que se necesitaba. Pero de repente, cuando estaba dispuesta a hablar, Bruce apareció de la nada provocando que Donella se encogiese al verlo.

El niño se abrazó a ella y luego, inesperadamente, a Donella. La duquesa contuvo el aliento al sentir sus tiernos brazos sobre ella. Permaneció inmóvil durante un momento, antes de devolverle el abrazo. Después, respiró con tranquilidad.

—Gracias, Bruce —su voz se rompió al pronunciar el nombre que ambos niños compartían, pero la vitalidad y energía positiva que su hermano desprendía, las mantuvo entretenidas el resto de la mañana. Casi como si nada hubiese sucedido. Casi.

—Alpin y yo hemos pensado que me vendría bien un viaje a las tierras de mi primo antes de regresar a Edimburgo —le dijo Donella a Blair días después.

Blair todavía se levantaba cada día pensando que su estancia con los duques terminaría el día en que regresasen a Edimburgo y saber que tenían intención de permanecer lejos un tiempo más, le daba esperanzas. Aunque se reprendió mentalmente, pues la realidad le golpearía con más contundencia si no mantenía los pies en el suelo.

—¿Creéis que sea prudente? El invierno está a las puertas y no creo que tarde en nevar. Tengo entendido que en las tierras altas es todavía peor —se vio en la obligación de decir.

—El viaje no durará tanto. Todavía hay tiempo.

Blair se permitió el lujo de imaginar, por un instante, que todo sería como siempre. Como si Bruce todavía estuviese con ellos, feliz e ideando nuevas travesuras con su hermano.

—Queríamos que vinieses tú también —la propuesta de Donella la sorprendió—. Me has ayudado tanto estos días, que no me veo capaz de prescindir de ti por el momento.

Parecía nerviosa y puede que un poco ansiosa. En realidad, le había notado sutiles cambios en su comportamiento después de la mañana en que Bruce la había abrazado. Había empezado a pasar mucho tiempo con su hermano y la había descubierto observándolo con intensidad mientras jugaba solo. Parecía como si se estuviese aferrando a Bruce para no sufrir tanto por la pérdida de su propio hijo e imaginó que ese era el motivo por el que les

estaba ofreciendo acompañarlos. Tal vez todavía no se sentía preparada para dejarlo ir.

—No creo que Bruce deba viajar tan lejos. Es muy pequeño.

Intentó excusarse aunque aquello significase el final de su etapa como institutriz en aquella casa. Después de todo, ya no tenía a un niño al que cuidar. Bajó la mirada apenada.

—No debe —asintió ella—. Me refería a que viajases tú conmigo.

—¿Y qué pasa con él?

—Alpin no puede acompañarme. Él y Angus tienen que regresar a Edimburgo —se paseó, intranquila, por el cuarto—. Pero yo aún no puedo hacerlo. No me siento preparada para enfrentarme a una casa vacía. Alpin no quiere que viaje sola a la isla. Teme que cometa alguna locura por el camino y no lo culpo. No hace tanto, lo pensé.

—No debe uno rendirse ante la adversidad —le dijo.

—Si tú quisieses acompañarme —la miró, suplicante—, se llevarían a Bruce a Edimburgo y Ettie lo cuidaría mientras no regresamos. Sé que te pido demasiado, Blair, pero sabría compensarte.

Blair todavía dudaba, no solo porque le asustase separarse de su hermano, pues nunca lo había hecho, sino porque temía lo que fuese a suceder en cuanto regresasen. Si pensaban despedirla, no quería pasar más tiempo con ellos, dándole la oportunidad a Bruce de pensar que nada cambiaría tras la muerte de su amigo.

—¿Qué pasará con nosotros cuando regresemos a Edimburgo? —al fin se había atrevido a formular la pregunta que tanto la había atormentado.

—Ya no tengo un hijo al que debas cuidar —le contestó, con dolor en la voz—, pero te ayudaré a encontrar un lugar donde trabajar. Alpin y yo te daremos recomendaciones. No permitiremos que te quedes en la calle.

Blair asintió, conforme. Sabía que permanecer con ellos era del todo imposible, pero le hubiese gustado poder hacerlo porque la habían acogido cuando más lo había necesitado y había llegado a considerarlos familia, a pesar de sus excentricidades. Y de tener que soportar a Angus.

Se estremeció al pensar en él y en las últimas ocasiones en que se habían visto. Se había vuelto más atrevido y más impaciente, así que tal vez, fuese acertado alejarse de los duques. Y de él.

—Por favor —la súplica de Donella le llegó al corazón.

—Os acompañaré —le sonrió.

—Bien —sonó aliviada—. Saldremos mañana.

—¿Mañana? —se alarmó—. Hay mucho que hacer entonces. Tengo que explicárselo a Bruce también. Nunca nos hemos separado, no sé si lo entenderá.

—Lo hará. Ya verás —la notó más animada y solo por eso, se alegró de haber aceptado.

En el fondo, sabía que no lo había hecho solo por ella, sino por sí misma. Para poder conocer en primera persona esas tierras que tanto le habían fascinado en los libros. Las tierras por las que sus antepasados lucharon y murieron por defenderlas de invasores indeseados. Las mismas que sus descendientes aún continuaban custodiando y protegiendo, porque Jacobo seguía empeñado en apoderarse de ella y desterrarlos.

Sería un viaje interesante para ella y podría ayudar a Donella en su propio viaje espiritual para superar la muerte de su hijo. Solo después, durante la noche, recordó que el primo de la duquesa creía que era una espía de Jacobo.

EL FAVOR

Un mes. Llevaban un mes sin apenas dormir por las noches. La pequeña Fiona daba muestras de tener unos pulmones fuertes y sanos. Nadie en la casa podía dudar de ello. Así como tampoco dudaban sobre que tenía el sueño totalmente cambiado. Dormía por el día y se pasaba la noche llorando. Poco importaba lo que hiciesen para tranquilizarla, la niña no dejaba de llorar salvo el rato en que comía. Y aunque hacían turnos para cuidar de ella, nadie dormía con sus gritos.

Tam se había volcado en su hermana pequeña y Kerr sabía que era su forma de asumir la muerte de su madre. Parecía como si hubiese trasladado a la niña, todo el amor que algún día había sentido por su madre. Sin embargo, la pérdida era tan reciente, que no creía que pudiese hablarlo con él todavía. O tal vez, solo se engañaba a sí mismo, para no tener que ver en los ojos de su hijo, lo que le había afectado su pérdida.

Cualquier niño estaría deshecho por haber perdido a su madre y Tam la había llorado una semana entera, pero después de eso, había permanecido junto a su hermana todo el tiempo, velando por su bienestar. Las pocas ocasiones en que se separaba de ella, practicaba con el arco hasta que le dolían los brazos. Kerr estaba orgulloso de su persistencia y se lo decía continuamente. Incluso trataba de pasar más tiempo con él para que supiese que no se había quedado solo. Pero también sabía que tendría que hablar con él sobre la muerte de su madre. Y más pronto que tarde.

Sintió una opresión en el pecho al pensarlo porque, ¿cómo se consuela a un niño que adoraba a su madre, cuando uno mismo no lo lamenta de igual modo? Hubiese preferido que no muriese, pero después de las últimas palabras que le había regalado, no podía sentir la misma pena que embargaba a su hijo. Después de sus últimas palabras, solo quería olvidarse de los seis años que había perdido junto a ella. De sus mentiras y sus engaños. De sus reproches y sus caprichos. De todo lo referente a ella, salvo sus hijos.

Ellos eran lo único bueno que le había aportado su matrimonio con Lorna. Y en ese momento, la más pequeña, estaba logrando volverlo loco, pues llevaba más de tres horas acunándola y no conseguía hacerla callar.

—Tal vez tenga hambre —Tam siempre decía lo mismo cuando su hermana lograba despertarlo. Porque el niño era el único capaz de dormir por la noche en la casa. Kerr habría dado cuanto tenía por poder hacer lo mismo.

—Comió hace dos horas, Tam.

Continuó paseando con ella en brazos, moviéndola sin cesar, tal y como le había enseñado Edna. Sus seis hijos siempre se habían calmado con aquel movimiento, pero Fiona no parecía dispuesta a ponérselo tan fácil. Para cuando amaneció, la niña por fin se durmió. Kerr la dejó en la cuna y se tumbó en la cama junto a su hijo, totalmente exhausto.

—Lamento interrumpir, Kerr —Shona apareció bajo el marco de la puerta, después de llamar con suavidad un par de horas más tarde—. Ha llegado una carta de Dunvegan. La trae un mensajero que espera una respuesta.

Kerr se levantó con lentitud, lamentando su mala suerte. Lo que necesitaba era dormir, no que Dougal lo reclamase en el castillo. Porque sabía exactamente lo que el mensajero esperaba llevar de regreso a su laird: una fecha de llegada.

Bajó al salón, donde se sentó pesadamente en su silla. El hombre estaba esperando, pacientemente, junto a la chimenea para que el calor de la lumbre templase sus huesos. El frío comenzaba a hacerse notar y no tardarían en caer las primeras nieves. Nunca antes Dougal se había arriesgado a enviar por él tan cerca del invierno. Debía ser algo importante y eso le preocupaba. Sobre todo después de la reunión con Angus.

Lo invitó a sentarse junto a él y compartir el desayuno. No tenía demasiadas ganas de leer el mensaje de Dougal, así que haría lo posible por retrasarlo. Hablaron de trivialidades mientras comían y recordaron algunas buenas anécdotas que tenían en común. Se conocían, claro, como todos en el clan MacLeod. Para Dougal era importante mantener el contacto con todas las personas de las que era responsable, directa o indirectamente, y les trasladaba a ellos ese interés.

—Me temo que debo partir ya —le dijo después—. O se me echará la noche encima.

—Claro —asintió, antes de abrir la carta.

La espía está aquí. Ven.

Corto y conciso, tal y como solía ser Dougal, pues no le gustaba dar

demasiada información a través de un medio que cualquiera pudiese interceptar. La espía. Al momento, imágenes suyas, con las manos en las caderas, desafiándolos sin miedo, acudieron a su mente. Su rubio cabello ondeando al viento y los penetrantes ojos, llenos de furia apenas contenida, fulminándolos. Se había sorprendido al descubrir que no eran castaños con vetas claras, como le había parecido, sino dorados. Tenían el color de la miel más pura y eran claros y limpios, brillantes. Todavía ahora había sido imposible para él olvidarlos.

Recordaba perfectamente cómo el mundo dejó de existir cuando aquellos ojos lo observaron con curiosidad. Y se había ofendido cuando la miró con suspicacia, creyéndola una espía de Jacobo. Le sorprendió que hubiese sido capaz de ver su acusación en sus ojos, pues sabía bien cómo esconder sus sentimientos.

—Dougal espera una respuesta —carraspeó Ronnie.

En realidad no era cierto. La nota dejaba claro que no aceptaría un no por respuesta. Sin embargo, esta vez dudó. Fiona era muy pequeña para dejarla en la granja y hacía demasiado frío para llevársela con él.

—Dougal sabe que acabo de ser padre —fue su respuesta.

—Ha dicho que quiere conocer a la hija de su prima.

Maldición. Dougal había pensado en todo.

—Es muy pequeña.

El mensajero permaneció en silencio, sin saber qué decirle, pues ambos sabían que no tenía elección. Si Dougal lo quería allí, Kerr tendría que ir.

—Dile que partimos hoy mismo —suspiró, derrotado.

En cuanto hubo despedido a Ronnie, regresó a su alcoba donde Fiona dormía plácidamente. Tam la estaba observando y sonrió ante la imagen. Jamás se cansaría de verlos así y agradecía tener a ambos en su vida. Ellos le daban sentido.

—Tam —lo llamó en un susurro—. Ve con Shona y que te ayude con tu equipaje. Nos vamos a Dunvegan.

—¿Y Fiona?

—Se viene con nosotros.

Tam saltó de alegría y se abrazó a él, aunque procuró no hacer ruido para no despertar a su hermana. Siempre se entusiasmaba cuando Kerr le permitía acompañarlo, porque en la mayoría de las ocasiones, tenía que quedarse en la granja.

La mañana transcurrió demasiado rápido para Kerr, no así para su hijo,

que estaba deseoso de partir cuanto antes. Por suerte, Fiona permaneció tranquila mientras lo preparaban todo. Y aún así, el sol ya se alzaba sobre sus cabezas cuando emprendieron la marcha. Era un sol débil que apenas calentaba ya. Podía sentir la llegada del invierno y maldijo a Dougal por obligarle a viajar en aquella época.

Mientras avanzaban, pensó en el camino que les aguardaba por delante. No le gustaba la idea de tener que permanecer por la noche a la intemperie, pero no había forma de llegar a Dunvegan en un solo día. Abrió más a su hija y la apretó contra su pecho para mantenerla a salvo del frío. Tam iba a su lado, en su propio caballo. A pesar de su corta edad, era un excelente jinete. Le sonrió y su hijo le respondió imitándolo.

Se parecía mucho a él. Con su mismo color de pelo y el verde de sus ojos, idéntico al de los suyos. Luego miró hacia Fiona y sonrió también, pues una mata de pelusa rojiza coronaba ya su cabeza y aunque el color de sus ojos aún no estaba definido, sabía que serían verdes como los suyos. Había conseguido dos copias tuyas que nunca le recordarían en nada a su madre.

Llegó la noche y con ella el frío más persistente. Kerr permaneció con sus hijos en la tienda, manteniendo a Fiona contra su pecho. Tam se había colocado al otro lado de ella para aportarle más calor y, por primera vez desde que había nacido, Fiona durmió toda la noche. Algo que su padre le agradeció, pues necesitaba dormir desesperadamente.

—Habrás que sacarla de casa con más frecuencia —dijo a la mañana siguiente, cuando Tam se sorprendió de que su hermana no se hubiese despertado ni una sola vez.

Llegaron a Dunvegan cuando el día tocaba ya a su fin, pues había ido más despacio que en otras ocasiones por sus hijos. Sobre todo por la pequeña, que necesitaba alimentarse cada pocas horas. El propio Dougal los recibió en la puerta, algo que Kerr no se esperaba.

—Estaba ansioso por conocer a la pequeña Fiona —le dijo, a modo de explicación, aunque Kerr supuso que no era ese el verdadero motivo—. Pero mira que bella es. Hubiese deseado ver algo de mi prima en ella, pero es imposible no adorarla igualmente.

Después de dejar a su hija con la esposa de Dougal, que ardía en deseos de cogerla en brazos, acompañó a su laird al cuarto que usaba para las reuniones privadas. Anna la cuidaría bien, así que no se preocupó más por ella, sino por lo que Dougal tuviese que decirle.

—Angus me hizo llegar una nota —comenzó Dougal de inmediato—.

Asegura que la muchacha no tiene nada que ver con Jacobo.

—¿Le crees?

—Sí —suspiró.

—¿Por qué me has dicho lo contrario en la nota?

—Porque de otro modo no habrías venido.

—El viaje es peligroso para mi hija, Dougal. Y más en esta época del año —le recriminó.

—Mi prima Donella me ha pedido un favor y tú eres el único en quien confío para ayudarme a solucionarlo.

Kerr alzó una ceja, incrédulo. Dudaba que aquello fuese cierto y Dougal debió comprender la pregunta en su gesto, porque siguió hablando.

—Debo obligarla a permanecer aquí, en las tierras de los MacLeod porque Donella no quiere que regrese a Edimburgo nunca más.

—¿Y qué podría hacer yo?

—Donella pretende que alguno de mis hombres la despose para que no tenga más opción que quedarse, pero no quiero sacrificar a ninguno de ellos. Aunque sé de varios que no les importaría en absoluto sacrificarse —murmuró las últimas palabras.

—Sigues pensando que es una espía —ignoró sus últimas palabras, pues no quería saber nada sobre eso.

—No es eso, Kerr. Es que no me gusta verme obligado a aceptar en mi clan a alguien que no conozco.

Lo comprendía, a él tampoco le gustaría. Además, conocía el celo con que el laird cuidaba de los suyos. No vacilaba en expulsar a quien dañase de algún modo a los demás ni toleraba traiciones ni engaños. Sonrió amargamente al pensar en Lorna y en cómo nadie sabría jamás la verdad sobre ella. No quería que Dougal se enterase de que su prima no era como él creía.

—Siempre has sido un hombre práctico, Kerr —continuó—. Y muy sensato. He pensado que podrías ayudarme a encontrar el modo de mantenerla aquí, sin que deba convertirla en una MacLeod.

—Podrías haberme consultado sin más por carta —le recriminó—. Y no hacerme venir.

—Quería ver a Fiona —le aseguró—. En eso no mentí.

—Está bien —le concedió—. Permaneceré un par de días por aquí y veré si encuentro el modo de ayudarte.

—Bien, bien —parecía aliviado—. No será fácil, de todos modos. Esa muchacha tiene un carácter fuerte.

Kerr prefirió no preguntar. Poco le gustaba tener que buscar el modo de alejarla de Edimburgo, y menos aún saber más cosas sobre ella. Hubiese preferido no volver a verla, porque aquellos ojos dorados lo perturbaban demasiado.

Cuando salió del despacho, recibió un fuerte golpe en el pecho. Sus manos sujetaron, automáticamente, unos delicados brazos para evitar que quien había chocado con él cayese al suelo por efecto del rebote. Sus ojos se encontraron luego con los de ella y se quedó paralizado.

—Lo siento —murmuró la joven.

Por un momento, todo se detuvo. No podía apartar la mirada de aquellos increíbles ojos. Las manos le quemaban por el contacto con sus brazos, pero tampoco pudo soltarla. Ella torció la cabeza observándolo con curiosidad.

—¿Os conozco? —inquirió.

Iba a hablar cuando una voz cercana lo detuvo. Ian estaba a unos metros de distancia, con sus ojos fijos en ella.

—Estáis aquí, Blair. Os he estado buscando.

Kerr la oyó gemir antes de que se diese la vuelta para enfrentar a Ian y su amplia sonrisa. Kerr todavía no había olvidado que aquel hombre había besado a su esposa, pero lo había obviado porque tenía la certidumbre de que había sido otra marioneta en manos de Lorna. Sin embargo, aunque podían considerarse amigos de nuevo, no le gustaba la forma en que estaba mirando a la joven de ojos dorados en aquel momento.

—He estado ocupada —dijo ella, sin vacilar.

Kerr, al estar tan cerca, pudo notar cómo controlaba un temblor apretando los puños contra su costado. Era evidente que no le gustaba la presencia de su amigo.

—¿No estaréis huyendo de mí?

—Yo no huyo —le replicó, indignada.

—Bien —le sonrió de nuevo—. Porque no os serviría de nada.

Kerr carraspeó, incómodo con la situación, para hacerse notar, pues, al parecer, Ian ni siquiera lo había visto. La sorpresa en su mirada se lo confirmó.

—¿Qué haces aquí? —fue su saludo.

—Yo también me alegro de verte, Ian —le contestó él.

—Mierda. ¿Dónde ha ido? —la pregunta de Ian lo sobresaltó.

Miró a su alrededor, solo para descubrir que la joven no estaba. Comprendió que había aprovechado su intercambio de palabras para

escabullirse sin ser vista.

—Te juro que esta no se me escapa, Kerr —rió Ian—. Tiene fuego en sus venas y lo quiero para mí.

Sin saber por qué, a Kerr le disgustó aquella insinuación.

MALENTENDIDOS

Desde que había llegado a Dunvegan, donde esperaba encontrar recelo y desconfianza porque su laird la había confundido con un espía de Jacobo, Blair había tenido que mantenerse en constante movimiento por el castillo o escondiéndose en su alcoba. Y no se trataba de evitar acusaciones, sino todo lo contrario.

En un arrebato se lo había confesado a Donella. Durante su viaje, habían hablado mucho y creyó que ella podría aconsejarla sobre cómo tratar con su primo. Le prometió interceder entre ambos y ahora las sospechas habían desaparecido. Algo que le agradecía. Sin embargo, alguien había decidido difundir nueva información sobre ella que era tan falsa como la anterior. Decían que había ido a Dunvegan en busca de esposo y al parecer, la mitad de los hombres solteros del castillo estaban interesados en ella. Como si no hubiese suficientes mujeres casaderas allí para todos ellos.

Por ese motivo trataba de ocultarse de ellos. Su paciencia estaba siendo puesta a prueba y parecía que se le acabaría en cualquier momento. No pretendía ofender a sus anfitriones, pero tampoco tenía intención de desposarse con alguno de aquellos hombres, así que intentaba evitarlos hasta que Donella decidiese que era hora de regresar a Edimburgo.

Miró desde el marco de la puerta hacia el gran salón. Trataba de averiguar si era seguro entrar. Se moría de hambre, pues apenas había comido durante la cena, para poder retirarse antes y así esquivar a sus pretendientes. Suspiró aliviada al ver que estaba despejado y entró.

Siempre intentaba ser la primera en bajar por las mañanas, pues resultaba más sencillo. Sin conversaciones banales ni hombres rondándola. Suspiró de nuevo y se dejó caer contra el respaldo de la silla. También estaba cansada. La noche anterior había oído llorar a un bebé durante horas e, incluso en varias ocasiones, había sentido el impulso de buscarlo para acallarlo. Sus padres debían estar desesperados con sus gritos. *Y todos en el castillo*, pensó con una

ligera sonrisa. Seguramente nadie había dormido aquella noche.

—Buenos días —se tensó al oír una voz tras ella.

No debería haberse sentado de espaldas a la puerta, pero ya era tarde para remediarlo. Se irguió en su silla por si tenía que salir huyendo de allí.

—Buenos días —respondió, sin mirar hacia el otro interlocutor.

Algo en la voz le resultaba familiar, pero estaba casi segura de que no era ninguno de sus pretendientes. Decidió ignorarlo. Con suerte, si veía su falta de interés en él, la dejaría tranquila. Tomó un panecillo en la mano mientras lo veía sentarse lejos de ella, para disimular, y lo reconoció al momento. Era el hombre con el que había chocado mientras huía de Ian. Le habían impresionado sus intensos ojos verdes y creyó haberlos visto en otra parte, pero la interrupción de su perseguidor le impidió averiguar si ya se conocían, aunque sabía que eso era poco probable. Salvo en el encuentro con el primo de Angus en el páramo, no había visto antes a más highlanders que los señores Maxwell. Sin embargo, la sensación de que ya se habían visto no desaparecía.

Continuó comiendo y tratando de no mirar hacia él. Algo difícil, por su imponente presencia. Claro que allí, en las tierras altas, todos los hombres parecían tener unos cuerpos bien formados. Sin embargo, aquel en concreto, se veía más impresionante que los otros. Hombros anchos, brazos musculados, cintura estrecha y piernas fuertes. Todo en él indicaba que era un guerrero y aún así, algo en su actitud le decía que no.

Tal vez fuese su postura relajada, tan distinta a la de los hombres que había visto hasta el momento en el castillo. O porque no buscase llamar la atención sobre sí mismo. Cuando sus miradas se encontraron la otra noche, no vio arrogancia en la suya, ni la prepotencia que emanaba Ian. Negó ligeramente con la cabeza antes de dar por finalizado su desayuno.

Se levantó en silencio y recogió sus cubiertos para llevarlos hasta la cocina. Sabía que allí no tenía por qué hacerlo, pero la fuerza de la costumbre le impedía dejarlo todo en la mesa. Además, así se sentía útil, pues ser la acompañante de la duquesa no podía considerarse trabajo, ya que, desde que habían llegado, apenas se veían. Acostumbrada a no parar en todo el día, se aburría sin hacer nada.

—Ya lo recojo yo —se ofreció una muchacha joven.

—No es molestia —le sonrió.

Pero la muchacha la ignoró y le sacó el plato de las manos para llevarlo a la cocina en su lugar. Blair suspiró sonoramente y se sonrojó al escucharse. Miró hacia el hombre con disimulo, pero parecía no haberse percatado.

—Blair.

Aquella voz sí la conocía. Ocho días habían pasado desde que la escuchó por segunda vez, la primera había sido en el páramo, y ya estaba empezando a temerla. Ian podía ser muy persistente.

—Ian —respondió caminando hacia la salida.

—¿Ya os vais? —notó la falta de ilusión en su voz.

—He terminado.

—¿No me haríais compañía?

—Tengo prisa —lo eludió.

—¿Qué tenéis que hacer? —se interpuso entre ella y la salida.

Blair lo fulminó con la mirada y todo su cuerpo se tensó después de su pregunta. Por si no se sentía lo suficientemente mal por no poder ayudar en nada, Ian se lo acababa de recordar.

—No os importa —su voz sonó demasiado forzada e Ian rió.

—Sabéis que todo lo referente a vos me importa, Blair —ronroneó, al acercarse a ella—. Y todavía sigue en pie lo de mostraros los alrededores. Los dos solos.

Blair estaba furiosa con él. El muy descarado trataba de seducirla sin importarle que no estuviesen solos. Se sonrojó al pensar en el otro hombre. Era la segunda vez que se veían en pocas horas y en ambas ocasiones Ian iba tras ella.

—Me gusta cuando os sonrojáis —continuó Ian, malinterpretando el color de sus mejillas.

Sin darle tiempo a reaccionar, Ian la atrapó entre sus brazos y la atrajo contra su pecho, intentando robarle un beso. Blair empujó con fuerza contra sus hombros para liberarse.

—Soltadme —lo increpó—. Sois un descarado. No estamos solos.

Se sonrojó intensamente al pensar en que sus palabras podían ser malinterpretadas e intentó soltarse de nuevo. El hombre de ojos verdes pasó por su lado sin mirar hacia ellos y abandonó el salón con movimientos rápidos y tensos. Blair pudo imaginar que estaría pensando que aquello era una riña de amantes y sintió tal vergüenza, que consiguió liberar un brazo y golpear a Ian en el rostro.

—He dicho que me dejéis en paz —la risa de Ian la enfureció—. No soy ningún trofeo a conseguir. Buscaos a otra.

—Vuestro carácter arisco solo alienta mi deseo —Ian la apretó más contra él.

—No os lo repetiré —lo amenazó—. O me soltáis ahora mismo u os arrepentiréis.

—Creo que me arriesgaré.

Blair entornó los ojos y le golpeó la entrepierna con la rodilla con todas sus fuerzas. Ian gimió y la soltó mientras caía en el suelo, encogido de dolor.

—Os lo advertí.

No había querido hacerlo, pero Ian no le había dado alternativa. Sentía arder sus mejillas. No solo de vergüenza, sino de ira. Ian la había hecho quedar como una cualquiera ante aquel hombre y, aunque no debería importarle porque no lo conocía, lo hacía. Era una invitada en aquella casa y aquel comportamiento era de lo más reprochable, aunque no fuese ella quien lo buscara.

Subió a su alcoba y se dejó caer en la cama después de cerrar la puerta. Fijó la mirada en algún punto del techo y dejó vagar su mente hasta que consiguió serenarse. Y en ese momento cuando recordó de qué conocía al hombre de los ojos verdes. Había visto la censura en su mirada no hacía tanto, en el páramo. Se sentó de golpe en la cama.

—Como no lo reconocí antes —dijo en voz alta.

Había soñado durante días con aquellos ojos. Con la acusación que vio en ellos. Y con ese brillo inquietante del que no lograba descubrir el origen. Nadie antes la había mirado de semejante modo ni ella se había ofendido tanto por ello. No había logrado averiguar la razón y eso la había mantenido frustrada hasta el fatídico día en que Bruce murió. Después de eso, no había vuelto a pensar en aquel hombre.

Un golpe en la puerta la distrajo de sus pensamientos. Abrió la puerta y descubrió a Glenna, mirándola con adoración. La joven, un par de años menor que ella, se había propuesto convertirse en su amiga en cuanto se vieron por primera vez. Tenía ojos grandes y expresivos, y una permanente sonrisa en los labios. Extrovertida y generosa, Blair había simpatizado con ella al momento, a pesar de que su energía incansable la abrumaba en ocasiones.

—Ven conmigo al campo de entrenamiento —le dijo sin ni siquiera saludarla—. Ayer llegó Kerr al castillo y quiero verlo. Es increíble y lo mejor es que ahora está libre.

—No me interesa —le sonrió—. Ya te he dicho...

—En cuanto lo veas, cambiarás de opinión —la interrumpió.

Glenna era otra de tantas que se creía que Blair buscaba esposo. No había dejado de mostrarle candidatos desde entonces y se los habría

presentado si Blair no la hubiese reprendido por ello.

—No busco esposo.

—Pues entonces recreémonos la vista —se encogió de hombros.

Blair alzó la vista al cielo y rió. Era evidente que no la creía, pero Glenna era como un rayo de luz que logra traspasar la oscuridad más absoluta y la hacía olvidar sus preocupaciones, así que hizo lo que le sugería.

—Te acompañaré —le dijo—, pero nada de encerronas, Glenna.

—Prometido —su amplia sonrisa le alegró una mañana que había empezado con mal pie.

Cuando llegaron al campo de entrenamiento, la mayoría de los hombres estaban allí. Había mujeres observándolos y, por lo que podía ver, todas eran bastante jóvenes. Glenna le aseguró que también estaban allí para ver a Kerr. *Tiene un nombre bonito*, pensó.

—Si lo conocieses —le dijo, buscándolo con la mirada—, también tú habrías venido a verlo por voluntad propia.

—Y ahora está libre —no era una pregunta, pues no le interesaba saber nada de él, pero le parecía un poco absurdo permanecer allí en completo silencio.

—Enviudó hace un mes.

—Pobre hombre —murmuró.

—Habría que consolarlo —Glenna golpeó su costado con el codo y movió las cejas varias veces. Entendió perfectamente lo que le quería decir, pero la ignoró.

—Habría que dejarlo llorar a su esposa.

—Ahí está —gritó Glenna, señalando hacia un grupo de hombres que estaban afilando sus espadas muy cerca de ellas. Por suerte, nadie más la había escuchado.

Blair los observó sin mucho interés, pues conocía a la mayoría, aunque solo fuese de vista. Incluso el único que permanecía de espaldas le resultaba familiar. En cuanto se giró, pudo ver que se trataba del hombre de ojos verdes.

—Tiene los ojos más increíbles de este mundo —suspiró Glenna.

Y así fue cómo Blair supo que el hombre de los ojos verdes era el famoso Kerr. El viudo. Apartó la mirada de él, turbada, al pensar en la opinión que se habría formado de ella aquel hombre.

—Podríamos acercarnos a él... —comenzó a decir Glenna.

—Ve tú si quieres —la interrumpió—. Yo tengo que irme.

—Pero Blair —protestó Glenna, al ver que se giraba en dirección al

castillo.

Blair sentía una opresión en el estómago que apenas le permitía respirar con normalidad y caminó de regreso sin levantar la vista del suelo, por miedo a que alguien la detuviese. Necesitaba irse de allí y quedarse a solas hasta controlar la ansiedad que sentía. Ni siquiera pudo contener el grito que se le escapó al colisionar contra alguien. Unas poderosas manos la sujetaron para que no terminase en el suelo, avergonzada por su torpeza.

—Blair, que alegría veros —dijo su salvador.

—Ronnie —Blair sonrió, aliviada de que fuese él y no otro.

A diferencia de otros, Ronnie era amable y correcto con ella en todo momento. Tal vez lo hubiese visto observarla fijamente en alguna ocasión, pero jamás se le había insinuado.

—Hace días que no sé nada de vos —le dijo, sin percatarse de que todavía no la había soltado.

—Tuve que salir. Órdenes del laird —se encogió de hombros.

—Espero que por nada grave.

—Para nada —le sonrió.

Blair notó entonces sus manos todavía sobre ella y se separó, un tanto avergonzada. Ronnie se despidió para reunirse con el resto y cuando lo siguió con la mirada, se topó con unos ojos de un verde tan vívido que era imposible no saber a quién pertenecían. Kerr la miraba con desagrado y, aunque le ofendiese, sabía que era comprensible. Desde que se habían conocido, la había visto ya en brazos de dos hombres distintos. Tres, si contaban a Angus el día de la reunión clandestina.

Sintió el impulso de justificarse, pero lo refrenó. Ni siquiera se conocían, así que no tenía por qué dar explicaciones de algo que había sucedido por casualidad. Apartó la mirada y se alejó de allí con paso decidido. Igual que aquella primera vez un mes atrás, podía sentir la mirada de Kerr clavada en su espalda.

NO LLORES, PEQUEÑA

Blair no quería bajar a cenar. Después de la desastrosa mañana que había protagonizado, decidió desaparecer. Pretendía seguir así, al menos hasta el día siguiente, cuando le preguntase a la duquesa si regresarían pronto a Edimburgo.

Su estancia en las tierras altas no estaba resultando como la había imaginado y echaba de menos a su hermano. Le consolaba saber que estaba bien cuidado, pero quería volver con él. Estaba harta de escapar de hombres que no le interesaban y de sentirse mal porque otros malinterpretasen las situaciones en que se veía involucrada. O debería decirlo en singular. Ni siquiera entendía por qué le afectaba tanto la opinión de aquel hombre. En cuanto regresasen a casa, no se volverían a ver. Y sin embargo, no podía sacarse de la cabeza la imagen de sus ojos verdes mirándola con reprobación cuando Ronnie la sostuvo en sus brazos más tiempo del debido. O cuando la había dejado sola con Ian, como si les concediese intimidad. Kerr debía estar pensando lo peor de ella ahora y gimió de vergüenza.

—He venido a por ti, Blair —Glenna entró en su alcoba después de llamar a la puerta—. La cena está a punto de empezar.

—No voy a bajar.

—Pero tienes que hacerlo. Esta vez habrá un baile también. Para celebrar la llegada de Kerr.

—¿En tan alta estima lo tiene tu laird?

—Hay pocas ocasiones para festejar últimamente —se encogió de hombros—. Cualquiera excusa es buena.

Blair rió. Por primera vez en ese día rió con ganas y le sentó muy bien. Hacía tanto tiempo que no lo hacía, que casi había olvidado como sonaba su risa. Y le gustaba. Se dejó caer en la cama junto a Glenna y suspiró.

—Aún así —le dijo—, no estoy de humor para celebraciones.

—Blair, nunca encontrarás esposo si te empeñas en permanecer encerrada entre estas cuatro paredes.

—Es que no lo busco. Tengo que regresar a Edimburgo —decirlo en voz alta por primera vez, consiguió que sonase más real.

—¿Tienes a alguien allí?

—En cierto modo —no quería hablar de su hermano.

—Vamos —se levantó y la arrastró con ella—. Si te vas a casar en cuanto regreses a Edimburgo, al menos disfruta de las fiestas de las tierras altas. Son infinitamente mejores que las que celebráis allí.

—Nunca he ido a un baile —y era cierto.

Al menos no a uno que mereciese ese calificativo. Había asistido a alguno de los organizados en el barrio donde había vivido con sus padres, pero no eran más que reuniones entre vecinos. Y las ocasiones en que había acudido a la corte, había sido para cuidar de los niños.

—Me estás dando la razón, entonces. Vístete, que bajamos ya.

—No sé bailar así que me iré después de la cena —en realidad sí sabía, pero no se lo iba a decir o la obligaría a quedarse.

—Yo te enseñaré —se ofreció, alegremente.

—Un baile —le advirtió de nuevo, antes de cambiarse de ropa. Y supo que sería más de uno, cuando Glenna se limitó a sonreír.

—Estás preciosa —le dijo después de arreglar su cabello—. Vas a romper corazones esta noche.

—Vamos —ignoró sus palabras—. Antes de que me arrepienta.

Nunca se había considerado hermosa. Sabía que su cuerpo atraía la mirada de los hombres por sus exageradas curvas, pero eso no era lo mismo que ser guapa. Su rostro era de lo más común, su pelo liso y sin gracia, y sus ojos tenían un color extraño. Cuando el sol brillaba en ellos, parecían oro puro, algo que le granjeaba también demasiadas miradas. Seguramente, si tuviese verrugas en la cara o los dientes negros, la habrían mirado de igual modo. Ella despertaba pasiones, no amor.

Glenna entró en el gran salón con ella de la mano, como si temiese que aprovecharía para escapar si se despistaba. No es que no lo hubiese pensado mientras bajaban las escaleras, pero una vez allí, el hambre pudo más que sus ganas de desaparecer.

—Blair —Donella se les acercó—. Precisamente te estaba buscando.

La duquesa había aprovechado aquel viaje para retomar viejas amistades y pasaba mucho tiempo visitando a los familiares que vivían fuera del castillo.

Se había ofrecido a acompañarla, pero Donella se había negado, alegando que sería aburrido para ella.

Blair sonrió ahora, pensando en que podría hablar con ella sobre su regreso a casa. Sabía que no podrían posponerlo demasiado o el invierno se les echaría encima y estaba dispuesta a conseguir una fecha de partida esa misma noche.

—Ven —la duquesa interrumpió sus pensamientos—. Cenarás en la mesa de mi primo esta noche, con nosotros.

—Preferiría hacerlo con Glenna, si no os importa. Me sentiré más cómoda con...

—Tonterías —la interrumpió—. Además, hay alguien a quien quiero que conozcas. Era el esposo de mi prima. La pobre falleció hace un mes. Algo terrible, sin duda.

Blair intentó pedir auxilio con la mirada a Glenna, pero esta se limitó a desaparecer entre la gente, no sin antes regalarle una de sus más amplias sonrisas. Había conseguido su propósito y ahora la dejaba sola.

—Estará destrozado —trató de zafarse—. No creo que le apetezca conocer a nadie ahora.

—No seas tímida, Blair. Es un hombre encantador.

Se dejó llevar por ella, simplemente porque no sabía qué otra cosa hacer. Le permitiría presentárselo y después se escabulliría para cenar con Glenna. Y para recriminarle a su amiga que la hubiese abandonado a su suerte.

—Kerr, querido —lo llamó—. Quiero presentarte a Blair. Ha sido un gran apoyo para mí en las últimas semanas. Estoy segura de que podrá consolarte a ti también.

Un intenso sonrojo cubrió el rostro de Blair al oír la presentación de Donella. La miró con enfado, pero ella la ignoró, así que se obligó a esgrimir una sonrisa para él cuando lo tuvo delante.

—Por lo poco que he visto, consolar se le da bien.

El comentario de Kerr, dicho en un susurro, pasó desapercibido a todos salvo a Blair, que frunció el ceño, disgustada. En cierto modo, podía entender su razonamiento, pero le ofendía que la condenase sin escuchar primero su versión de los hechos.

—Lamento mucho lo de vuestra esposa —dijo, fingiendo no haber oído nada.

Kerr torció el gesto, antes de excusarse y encaminarse hacia la mesa. Ni siquiera se había molestado en mirarla.

—Pobre. Ha de ser difícil para él estar aquí —murmuró Donella con pena—. Los recuerdos deben estar abrumándolo.

Blair guardó silencio, incapaz de sentir lástima por él, después de aquel desplante y de su desafortunado comentario. Lamentaba la muerte de su esposa, pero no podía sentir empatía con él. Tal vez las circunstancias lo habían llevado a pensar lo peor de ella, pero eso no le daba derecho a menospreciarla. Suspiró y Donella debió interpretarlo como un lamento por Kerr, porque le palmeó la mano antes de arrastrarla de nuevo con ella.

Observó a la mujer. Desde que habían llegado a Skye, la veía más alegre y relajada. Incluso la había descubierto en alguna ocasión sonriendo, como si no hubiese pasado nada. Como si su hijo no hubiese muerto. Agradecía el cambio, pero temía que al regresar a Edimburgo, la realidad la golpease con más crueldad.

No supo que la había sentado junto a Kerr, hasta que lo escuchó renegar en bajo. Se giró hacia él y se lo encontró mirándola con enfado.

—¿Tenéis algún problema conmigo? —le espetó, de mala manera. Si él no tenía educación, tampoco ella la usaría.

—Ninguno.

—Pues dejad de murmurar sobre mí. Ni siquiera me conocéis —le dijo, apartando la mirada.

—Seré el único —respondió por lo bajo.

—Sois un grosero —lo miró de nuevo—. Si tenéis algo que decirme, al menos hacedlo a la cara, señor.

—No tengo nada que decir, señora —la miró tan intensamente, que no pudo evitar sonrojarse.

—Pues dejad de murmurar —a pesar de todo, no retiró la mirada.

Kerr no añadió nada, pero tampoco dejó de observarla. Blair no pensaba ceder tampoco, pues sentía que de hacerlo, le estaría dando la razón.

—Blair —la intervención de Anna interrumpió su lucha de miradas—. Veo que ya habéis conocido a Kerr. Su difunta esposa era prima de mi esposo. Todos lamentamos su muerte, pero Kerr más que nadie, desde luego. El suyo fue un amor intenso.

¿Por qué todo el mundo se empeñaba en presentarlo como el viudo desconsolado? A ella no se lo parecía en absoluto. El gesto de fastidio del susodicho tampoco ayudaba a creérselo.

—Lady Donella hizo las presentaciones esta noche —mantenerse al margen sobre aquella situación le pareció lo más sensato.

—Me alegro. Seguro que podréis animarlo durante la cena.

—Lo dudo —dijo ella, adelantándose a los comentarios soeces del hombre.

—Habéis hecho un excelente trabajo con Donella.

—Me temo que eso no es mérito mío sino de todos vos. Su familia — agachó la mirada—. Yo solo me he limitado a acompañarla.

—Tonterías —últimamente le repetían esa palabra con demasiada frecuencia y no le gustaba porque siempre acababa metida en líos después de oírla.

—¿Os arrepentís de venir? —le preguntó Kerr, minutos después de que Anna se hubiese sentado junto a su esposo.

Blair lo miró sorprendida. No esperaba recibir conversación por su parte, y mucho menos sobre algo que ella misma se estaba preguntando en ese momento. Se limitó a encoger los hombros, no segura de querer tratar un tema tan personal con alguien que tenía tan mala opinión de ella. Agradeció el silencio en que se sumieron en cuanto comenzó la cena. No le apetecía hablar con nadie, menos todavía con él.

Estaba deseando escabullirse a su alcoba antes de que empezase el baile, pero Glenna la interceptó por el camino. A pesar de que insistió en que no se encontraba con ánimos, la joven no le dejó marcharse.

—La penas se pasan bailando —le había dicho antes de arrastrarla hasta la pista.

Comenzaron juntas, pero no tardaron en separarse. Los hombres las sacaban a bailar sin descanso y Blair tuvo que admitir que se estaba divirtiendo. Al menos hasta que la intensa mirada de Kerr se posó en ella. Entonces erró un paso y terminó apoyada contra el pecho de su compañero, algo que a este no le molestó, pero que a ella sí, porque no pudo recuperar una distancia decente cuando lo intentó. La frustración que había ido acumulando a lo largo de la noche estalló y le pisó con fuerza el pie al hombre, que la soltó inmediatamente después de proferir una maldición.

—Lo lamento —se disculpó—. Soy un poco torpe.

Se alejó de él antes de que pudiese reaccionar y huyó del salón a toda prisa para evitar que cualquier otro la interceptase. Habían terminado los bailes para ella. Cuando subía las escaleras, oyó de nuevo el llanto del bebé y esta vez decidió descubrir de dónde provenía. Guiada por sus gritos, llegó a una habitación enorme, donde un niño de unos seis años miraba embelesado a una joven que acunaba, desesperada, al bebé.

—Buenas noches —dijo para llamar la atención de la muchacha.

—¿No os deja dormir? —su mirada avergonzada se posó en ella—. Lo lamento.

—Vengo del salón —la tranquilizó, dando un paso hacia el interior del cuarto.

—No sé qué le pasa, no consigo que se duerma —parecía nerviosa y un tanto desesperada—. Su padre me ha dicho que llora toda la noche, pero eso no es normal, ¿verdad?

—No, no lo es —se apiadó de ella— ¿Puedo?

—Os lo agradecería.

Blair tomó al bebé en brazos. Era una niña preciosa, a pesar de tener la cara descompuesta por el llanto.

—Duerme todo el día y se pasa la noche llorando —le informó la joven.

—Intentaremos que deje de llorar —le sonrió, conciliadora— para que pueda dormir por las noches.

La colocó sobre la gran cama, mientras el niño, que se había arrodillado a su lado, y la joven la observaban con curiosidad.

—¿Es tu hermana? —quiso hacer partícipe al niño.

—Sí, señora.

—Puedes llamarme Blair. ¿Cómo te llamas tú?

—Tam, se... Blair. Y ella es Fiona.

—Bonitos nombres, Tam —le sonrió de nuevo.

Apartó la manta del cuerpecito de la niña y comenzó a realizarle ligeros masajes en la barriga. Como había supuesto por el llanto, la pobre niña tenía gases. Tam la observaba con curiosidad.

—Los bebés no son capaces de expulsar por sí mismos el aire que acumulan durante la comida y eso les produce dolor en la tripa —le explicó—. No toma leche materna, ¿verdad?

—No, señora. Ni siquiera tiene nodriza —le explicó la joven y Blair asintió.

—Pero solo llora por la noche —intervino Tam.

—Los niños que no pueden mamar, por el motivo que sea —no le interesaba conocer las condiciones personales de los niños—, son más propensos a acumular ese aire del que te hablé. Si no se le ayuda a eliminarlo, al final del día tendrá tanto en su barriguita, que le dolerá mucho más. De ahí que por las noches esté peor. Los padres que no saben eso, suelen pensar que tienen hambre y les alimentan con más frecuencia, lo que agrava el problema

en lugar de solucionarlo.

Tam asintió, sin dejar de mirar hacia su hermana. La pequeña todavía lloraba, pero más débilmente. Blair encontró el parecido entre ellos inmediatamente. Y aunque sabía que era imposible, le resultaban francamente conocidos.

—¿Hay que hacer eso todo el tiempo para que no llore? —a Blair le gustó la curiosidad del niño y le sonrió.

—No. Si se le ayuda a expulsar el aire tras cada toma, no debería estar tan molesta. Pero si llorase, a pesar de todo, los masajes en la tripa ayudan mucho.

Cuando la tripa de Fiona se deshinchó, la envolvió de nuevo en la manta y comenzó a mecerla mientras le cantaba una canción de cuna que había aprendido de su madre, la misma que usaba con su hermano y con Bruce cuando eran bebés.

No se percató de que alguien más se había unido a ellos minutos antes y que los había estado observando entre las sombras, impresionado por la destreza con que había logrado que Fiona dejase de llorar.

—Ya no llora —dijo Tam, igualmente sorprendido, incluso después de que Blair le dijese que no lo haría.

—No debe hacerlo si está bien —le sonrió con ternura— ¿Verdad que no lloras, pequeña?

En ese momento, Fiona emitió un sonido muy similar a la risa. Tam abrió los ojos y la joven, que había permanecido en silencio soltó una exclamación de sorpresa.

—Se ha reído —dijo Tam, encantado.

—No lo ha hecho —Blair le sonrió a la pequeña—. Todavía es pronto para eso, pero sí que lo ha parecido.

—Es hora de dormir, Tam —la voz de Kerr provocó un escalofrío en la columna de Blair.

Se giró hacia él y se quedó inmóvil al descubrir que su oído no la había traicionado. Debería haber imaginado que aquellos niños eran sus hijos porque, ahora que lo tenía delante, sabía por qué le habían resultado tan familiares. Eran igualitos a su padre.

Con calma, aunque sus manos temblasen, entregó la niña, que ya se había dormido, a la joven que la estaba cuidando. Le sonrió cuando notó lo avergonzada que se sentía de que Kerr hubiese visto que había permitido que una desconocida tocara a su hija. Le dijo, con un gesto de cabeza, que no se

preocupase por eso.

—¿Has visto, papá? —Tam seguía eufórico—. Fiona ya no llora. Blair lo ha hecho.

—A la cama, Tam —repitió su padre sin mirar hacia Blair en ningún momento.

—Pero...

—Haz caso a tu padre, Tam. Es tarde —lo interrumpió ella, a fuerza de costumbre, pero se arrepintió en cuanto vio la mirada ceñuda de Kerr sobre ella.

—Yo ya me voy —murmuró.

—¿Y si vuelve a llorar? —gimió la muchacha, a pesar del miedo que tenía que Kerr la regañase por haber dejado entrar a Blair.

—No lo hará —la miró conciliadora—. Al menos no hoy.

Dicho eso guardó silencio, pasó junto a Kerr sin mirarlo y salió de la habitación tan rápido como sus piernas se lo permitían. De todas las personas que había en aquel castillo, había terminado en la alcoba del único al que no quería volver a ver. El destino parecía querer reírse de ella desde que había llegado a las tierras altas.

—Espera —oyó tras ella.

Por un momento dudó en detenerse, pero lo hizo. En cambio, no se giró hacia él, sino que esperó a que la alcanzase. Aunque otro le habría agradecido la ayuda, sabía que con aquel hombre no se podía esperar lo mismo y se preparó para lo que se avecinaba.

—¿Qué pretendes?

—¿Qué? —no le pasó por alto que la había tuteado.

—¿Qué hacías con mis hijos? —la acusación en su voz tampoco le pasó desapercibida.

—No sabía que eran vuestros —le explicó sin perder la calma—. Oí llorar a la pequeña cuando me retiraba a mi cuarto y me acerqué para ayudar. Lo habría hecho por cualquiera.

—¿Con qué derecho?

—Soy institutriz —su fría mirada la enfureció—. Mi trabajo es cuidar de los niños. Si un niño sufre, hago todo lo posible por ayudarlo. No puedo simplemente dejarlo estar. No está en mi naturaleza.

—Un niño o un adulto —la acusó—. Consolar parece ser algo que se te da muy bien.

—No pienso tolerar que sigáis insultándome —colocó los brazos en

jarras—. Si no os gusto, ignoradme. Yo haré lo mismo con vos.

Se giró y comenzó a caminar. Tras dos pasos, volvió a enfrentar a Kerr, que no se había movido del sitio.

—Sois un maldito arrogante y un desagradecido.

Se giró de nuevo, dispuesta a marcharse cuando lo oyó hablar de nuevo.

—Gracias.

—Demasiado tarde —le dijo sin mirar hacia él.

TE NECESITO

Kerr se despertó de muy buen humor. Fiona había dormido toda la noche y estaba descansado por primera vez en semanas. Por más que le disgustase hacerlo, tuvo que admitir que Blair había hecho algo impresionante con ella. Y tal vez por eso, sentía que le debía una disculpa por las acusaciones que le lanzó cuando la vio en su alcoba. Aunque no estaba dispuesto a dársela porque desde que la había conocido, no había dejado de verla en brazos de algún hombre. Estaba claro que los adultos se le daban tan bien como los niños y no deseaba tener cerca de sus hijos a una mujer como ella. Si se disculpaba, daba a pie a una relación más personal entre ellos por los niños y tampoco lo quería. Su esposa había agotado el cupo de mujeres falsas en su vida.

Como Kate le había dicho, antes de irse aquella noche, que no podría cuidar de ellos por la mañana, decidió llevárselos con él al salón para el desayuno general. Tam se lo había estado pidiendo desde su llegada y pensó que le vendría bien relacionarse con el resto del clan. Algún día, formaría parte de aquello, aunque no le gustase la idea de imaginarlo cómo soldado. Hacía tiempo que había decidido permitir a su hijo elegir su futuro. Esperaba que eligiese la granja, pero si quería ser un hombre del laird, no se lo impediría. Por eso había empezado a enseñarle a usar el arco. Ese era el primer paso.

Tam corría delante de él, emocionado por poder ver a alguien más que a los niños de su edad del castillo. Entraron en el salón, donde ya se había reunido gran parte de los miembros del clan y buscó a Blair con la mirada, intentando convencerse a sí mismo de que solo lo hacía para evitar que se acercase a sus hijos. No estaba y la decepción que sintió no la pudo justificar.

Se sentaron junto a Dougal y Anna. Esta tomó a Fiona en brazos para prodigarle arrumacos. Estaba claro que adoraba a los niños. Kerr sonrió, contento por haber bajado también con Fiona. No debería haberla mantenido

oculta en su alcoba desde su llegada, pues también ella formaría parte activa de aquel clan algún día.

—Blair —Tam corrió hacia ella gritando en cuanto la vio entrar.

El silencio se impuso en el salón y todos los presentes la miraron a ella. Blair se sonrojó intensamente ante semejante atención, pero extendió sus brazos hacia él. No podía ignorar a un niño por más que su padre le desagradase.

—Hola, Tam —le sonrió.

Se había agachado para quedar a su altura al hablarle. Le peinó el pelo revuelto con los dedos, incapaz de contenerse, mientras Tam la miraba con admiración. Tenía el cabello tan rojo como su padre, un color que siempre le había gustado. Decidió no apartar la mirada de él, temerosa de encontrarse con la del padre.

—Fiona no volvió a llorar en toda la noche.

—Me alegro —le sonrió de nuevo, ignorando a todos aquellos que los estaban observando.

—¿Crees que ya no llorará más?

—No sé. Si haces lo que te he dicho, tal vez no lo haga —le sugirió.

—Y si vuelve a llorar puedes hacerle otra vez eso en la tripa.

—Bueno, no sé si tu padre estará dispuesto a dejarme intentarlo de nuevo —bajó la voz para que solo el niño la oyese.

—Papá —Tam se giró hacia su padre para preguntarle, pero Blair lo detuvo a tiempo.

—No hace falta que se lo digas ahora. Lo dejaremos para cuando suceda. Si sucede —las últimas palabras solo fueron un susurro.

Tam asintió y regresó junto a los otros niños, dejándola sola ante la atenta mirada de los adultos, que no parecían avergonzados por indiscreta curiosidad. Se levantó tan dignamente como pudo y caminó hacia la mesa, buscando un hueco donde sentarse, a ser posible, lejos de Kerr y su ceño fruncido.

—Querida Blair —la llamó Anna—, venid a sentaros con nosotros.

Blair declinó la oferta con una sonrisa y se sentó junto a Glenna, que la miraba con una amplia sonrisa en los labios.

—¿Me he perdido algo? —le preguntó en cuanto la atención sobre ella se diluyó.

—Nada —se encogió de hombros.

Glenna alzó una ceja, incrédula, y Blair movió la cabeza en señal de

negación ante su gesto. Empezaba a conocerla y sabía que no dejaría de preguntar hasta averiguar lo que había sucedido, así que bajó la voz para hablar de nuevo.

—Anoche ayudé a la hija pequeña de Kerr con su llanto.

—Fuiste tú —rió en alto—. Kate dijo que un ángel había aparecido para calmar a la diablilla.

—¿Un ángel? —ahora era ella quien la miraba con curiosidad.

—Kate es un tanto fantasiosa —se encogió de hombros— y estaba muy desesperada con Fiona. Estoy segura de que le pareciste un ángel de verdad. Me había dicho que estaba buscando a alguien que la sustituyese en el cuidado de la pequeña.

—No es tan difícil.

—Pues...

—Buenos días —Ronnie se sentó junto a ellas mientras saludaba, interrumpiendo a Glenna.

—Hola —el audible suspiro de su amiga le dijo a Blair que no le había molestado que lo hiciese.

A pesar de que siempre estaba alabando a otros hombres, era evidente que le gustaba Ronnie y que él parecía ser el único que no lo había notado. Se conocían desde siempre y todavía la veía como a la niña a la que ayudaba a bajar de los árboles y a la que enseñaba a montar a caballo. La misma que lo seguía a todas partes, incansable, porque lo consideraba una especie de héroe. Solo que para Glenna ya no era alguien a quien admirar, sino el hombre del que se había enamorado.

Blair se levantó, excusándose para ir a por más comida y los dejó solos. Esperaba que Ronnie descubriese lo que sucedía antes de que Glenna decidiese buscar en otra parte la atención que él no le dispensaba, pues no parecía dispuesta a hacérselo saber.

—Podría funcionar —se dijo en alto, pensando en algo para ayudar a su amiga. Los celos siempre habían sido un arma poderosa si se sabían utilizar correctamente.

—¿Qué podría funcionar? —Ian estaba a su lado, sonriéndole.

—Nada que os incumba —le respondió con rostro serio.

—Vamos, Blair. ¿No seguiréis enfadada por lo de ayer?

—Y por lo de anteayer y lo del día anterior y lo del otro. ¿Sigo? —enumeró—. No me gusta que la gente se tome libertades que no le corresponden conmigo.

—Pero podrían corresponderme si vos lo permitieseis.

—Ya os he dicho que no me interesa. ¿O es que tampoco merezco respeto? —lo acusó.

—No podéis culparme por no perder las esperanzas, Blair. Por una mujer tan bella como vos bien merece la pena insistir.

En ocasiones le recordaba tanto al Angus de los primeros años, que asustaba. Decidió cambiar de estrategia con él, solo por ver si se lo podía quitar de encima por un tiempo.

—¿Me haríais un favor, Ian?

—¿Qué clase de favor? —se acercó a ella más de lo que el decoro le permitía y lo miró con censura.

—No esa clase de favor —lo reprendió después—. Me preguntaba si os importaría demasiado fingir interés en Glenna.

—¿Y por qué habría de hacer eso? Vos sois la que me interesa.

—Ella suspira por un hombre que no la ve como la mujer en que se ha convertido y necesito que cambie de opinión.

—Y habéis pensado que un poco de competencia le haría abrir los ojos —se rascó la barbilla pensativo.

—¿Lo haréis?

—Si con ello consigo un beso vuestro —la tanteó.

Blair se acercó a él y le dio un beso en la mejilla, provocando su risa. Se sonrojó al descubrir que todos los miraban ahora y rezó para que nadie hubiese visto el beso. Había actuado de manera impulsiva, deseosa de deshacerse de Ian, pero no había pensado en que estaban en un lugar demasiado público. Sonrió hacia Ian, al ver que ya nadie les prestaba atención, y este le devolvió la sonrisa.

—Está bien, Blair —le concedió—. Haré eso por vos, pero debéis recompensarme con un beso mejor que este.

Blair supo que se cobraría aquel beso con o sin consentimiento, así que decidió no decir nada al respecto. Si lograban su objetivo, ella misma se encargaría de darle la recompensa donde nadie pudiese verlos. Y no sería para nada como él esperaba.

—Solo si logramos que él se fije en Glenna —le remarcó.

—Os aseguro que para cuando termine con ella, Ronnie suplicará que Glenna lo acepte.

—Sin comprometerla a nada, Ian —no le sorprendió que supiese de quién se trataba, pero necesitaba dejarle claro que Glenna no era alguien con quien

se pudiese jugar.

—Su honor estará a salvo conmigo —le prometió, acercándose a ella—. No podría decir lo mismo del vuestro.

Aquel comentario la reafirmó en su intención de esconderse de todos si aquello sucedía. No pretendía acabar desposada con Ian solo por ayudar a su amiga. Regresaría a Edimburgo con Donella, soltera e intacta.

—Más os vale que retiréis esas palabras o tendréis problemas para cobraros el beso —lo amenazó.

Ian simplemente rió de nuevo y toda la camaradería que había podido surgir entre ellos desapareció. Blair lo fulminó con la mirada antes de alejarse. Cuando salió del salón, Ian ya estaba sentado junto a Glenna sonriéndole seductoramente. No quiso mirar hacia nadie más, por miedo a encontrarse con una mirada que empezaba a conocer bien. Si podía, lo esquivaría el tiempo que le quedase en aquel lugar.

Sin embargo, a lo largo del día, había descubierto la mirada de Kerr fija en ella en más de una ocasión. Cada vez que hablaba con alguien, ya fuese hombre, mujer o niño, sus ojos verdes la estudiaban y parecían juzgar su comportamiento. A media tarde se había sentido tan frustrada, que había decidido esconderse en su alcoba el resto del día. Ni siquiera había bajado a cenar por más que Glenna se lo suplicó. Le había contado el plan con Ian cuando esta le dijo lo insistente que se había vuelto con ella, y se había puesto muy nerviosa. A Blair le habría gustado estar cerca aquella noche para comprobar que Ian no se excedía en su papel de seductor, pero no quería ver de nuevo a Kerr.

Sin embargo, cuando el llanto de Fiona se escuchó aquella noche en todo el castillo, Blair se debatió entre ir a verla o quedarse en su alcoba.

—Maldito sea ese hombre —gruñó de frustración, mientras cubría el camisón con una bata—. No permitiré que controle mi vida. No tiene ningún derecho a juzgarme y condenarme sin conocerme.

Después se acercó a la puerta hecha una furia, dispuesta a acudir al rescate de Fiona, pensando en lo que le diría al padre cuando llegase a su alcoba. Por más que la rechazase, no se iría de allí sin calmar a la niña. Los hijos no debían pagar por los pecados de los padres. Sin embargo, al abrir la puerta, su cuerpo se detuvo, sin llegar a traspasarla. Kerr estaba frente a ella, con un puño alzado y dispuesto a golpear su puerta. Sus miradas se cruzaron y, por un momento, ninguno de los dos dijo nada.

—Te necesito.

Blair se quedó sin aliento al escucharlo. Nunca antes su cuerpo había reaccionado de un modo tan visceral ante dos palabras tan simples. Apenas lograba controlar el latir frenético de su corazón ni el calor que se apoderó de sus mejillas.

—Fiona está llorando otra vez —carraspeó, rompiendo el contacto con sus ojos.

Claro, pensó Blair, *Fiona*. Por ningún otro motivo se acercaría a ella. Volvió a respirar y se cruzó de brazos. Que él estuviese allí cambiaba las cosas. Le obligaría a suplicar por su ayuda, solo por haber sido un grosero con ella desde que se habían conocido.

—La he oído —no se lo pondría tan fácil.

—¿Ibas a algún lado? —entornó los ojos y Blair vio la esperanza en ellos.

—Tenía sed —mintió—. Bajaba a por agua.

—¿No tienes en la alcoba?

—No está fresca —por suerte para ella, pensaba con rapidez.

—Si estás ocupada —dejó la frase sin acabar y Blair quiso golpearlo por ser tan testarudo.

—¿A qué habéis venido?

—Ya te lo he dicho. Fiona te necesita.

No había sido exactamente así como sucedió, pero prefería no pensar nuevamente en ello.

—¿Por qué habría de ayudaros? —atacó—. Desde el momento en que nos vimos por primera vez, no habéis hecho otra cosa que insultarme.

—Yo jamás te he insultado.

—Vuestras insinuaciones son un insulto para mí.

Kerr se pasó la mano por el pelo, frustrado y por un momento, la determinación de Blair flaqueó. Apretó con fuerza los brazos contra su pecho para no caer en la tentación de consolarlo. No se merecía su compasión.

—Si no lo haces por mí, hazlo por mi hija —le pidió él—. Ayer me dijiste que no podías ver sufrir a un niño. ¿Acaso mentías?

Blair se mordió el labio antes de bajar la mirada. Tenía razón. Nunca dejaría sufrir a un niño por culpa de nadie y se recordó a sí misma que estaba a punto de ir en su ayuda justo cuando se lo encontró a él. Fiona no tenía la culpa de que su padre fuese tan exasperante.

—Vamos —le dijo, saliendo de su alcoba antes de cerrar la puerta tras ella.

—Llora otra vez —le dijo Tam en cuanto llegaron. La niña estaba acostada en la cama de su padre mientras su hermano, tumbado junto a ella, la vigilaba.

—Déjame a mí —le sonrió, tratando de ignorar el hecho de que no era correcto estar allí.

La noche anterior había entrado en aquel cuarto cuando Kerr no estaba. Y luego, cuanto este llegó, Kate los había acompañado todo el tiempo. Sin embargo, ahora estaban solos y si alguien los descubriese, su reputación se vería dañada, incluso con los hijos de Kerr en el cuarto. Lo correcto habría sido encontrar carabina antes, pero Fiona era lo más importante, así que se limitó a rezar en silencio para que nadie la viese allí.

Desenvolvió a la niña como la vez anterior y realizó los masajes en su tripa hasta que se tranquilizó y dejó de llorar. Sentía pena por ella, por haber perdido a su madre nada más nacer. Y no pudo evitar pensar en su hermano. Lo echaba mucho de menos.

—¿Ves, papá? —Tam evitó que las lágrimas la delatasen—. Parece magia. La toca y deja de llorar.

—No es magia —rió Blair ante su dulce inocencia—. Solo un viejo truco que me enseñó mi madre.

—¿También te enseñó la canción? —le preguntó, acomodándose cerca de ella en la cama.

—También.

—¿Dónde está tu mamá ahora?

—Murió —una nube de pena cubrió su mirada por un momento.

—La mía también.

Blair extendió un brazo hacia él para acariciarle la mejilla y el niño le sonrió, encantado. Si al menos el padre pudiese aprender modales de su hijo. Desechó el pensamiento en cuanto surgió. El padre no era de su incumbencia.

—Listo —dijo, después de envolverla de nuevo en la manta—. Esta noche ya no llorará.

—¿Le vas a cantar? —Tam seguía sus movimientos con interés.

—Eso puede hacerlo tu padre —lo miró de reojo. Kerr permanecía apoyado en un hombro, contra la pared.

—Papá no sabe cantar —se rió el niño—. Fiona lloraría de nuevo.

—Pobrecita —le siguió la broma.

—Me gusta tu voz —insistió—. Y a Fiona también.

—Está bien. Es decir, si a tu padre no le importa —lo miró, esta vez

directamente.

—Adelante —respondió él, sin cambiar su expresión ni moverse.

Blair acomodó a la niña en sus brazos para mecerla, mientras Tam se cubría con la colcha, una vez acostado. Comprendiendo que el niño también quería dormirse escuchándola, se sentó en el borde de la cama, junto a él, antes de iniciar la nana.

En lo que duró la canción, solo se escuchó su voz y la respiración tranquila de los niños. Blair incluso olvidó la presencia del padre, por eso, cuando ambos se durmieron, arropó a Fiona en su cuna y luego a Tam en la cama.

—Gracias.

La voz de Kerr la sobresaltó y se giró hacia él, encontrándose a escasos pasos de ella. Parecía indeciso con respecto a algo, pero Blair prefirió no saber la razón. Asintió con la cabeza y se alejó de la cama, dispuesta a regresar a su alcoba, pero Kerr la detuvo.

—¿Podrías venir cada noche para...? —su voz se perdió en el aire y no terminó la pregunta.

—Tal vez sea mejor que os enseñe a realizar los masajes —sugirió—. No siempre estaré disponible para...

—Eso ya lo imagino —la ironía en su voz la enfureció.

—Sois el hombre más necio que he conocido jamás —lo enfrentó.

Hablar en voz baja para no despertar a los niños restaba energía a sus palabras, pero la mirada que le envió no dejaba lugar a dudas de lo ofendida que se sentía en ese momento.

—Debería dejaros lidiar con esto solo —continuó—. Os lo merecéis, desde luego, pero Fiona no.

—Yo...

—Mientras permanezca en el castillo —no dejó que le pidiese unas disculpas que sabía que no serían sinceras y continuó hablando—, vendré a dormirla, pero no esperéis nada más de mí. Lo hago por ella, que no se os olvide.

—No te lo he pedido por mí.

—Mejor, porque lo hago por ella —repitió—. Y os aconsejo que la próxima vez os fijéis mejor en lo que hago porque esta etapa puede durar incluso tres meses más y yo no estaré disponible porque regresaré pronto a Edimburgo.

Blair sonrió satisfecha al ver la cara descompuesta de Kerr. Se lo

merecía por haberla juzgado de nuevo. Y por eso mismo se sintió en la necesidad de explicarle por qué no podría ayudarle más. Aunque estaba segura de que ya lo sabía.

—Nos vemos mañana por la noche —le dijo después—. Será mejor que os mantengáis alejado de mí el resto del tiempo. Me basta una sola vez al día con vuestro desdén.

Dicho eso, salió de la alcoba sin mirar a atrás y maldiciéndose por haber perdido los estribos una vez más con él. Aquel hombre sacaba lo peor de ella.

NUEVO DESTINO

La mañana en que el cielo despertó cubierto de nubes y el frío heló su aliento, Kerr supo que era hora de regresar a la granja. Antes de que la nieve le bloquease el camino.

Había llegado a Dunvegan con la intención de permanecer un par de días y llevaba allí una semana. Lo había ido postergando, sin saber bien por qué. Tal vez por cuánto disfrutaba Tam con los demás niños o porque Fiona ya no lloraba, gracias a los masajes que Blair le daba puntualmente cada noche. Desde luego, ella en sí no tenía nada que ver con su decisión de no marcharse todavía del castillo. Ni el hecho de que no la hubiese vuelto a ver en los brazos de ningún hombre. Claro que eso bien podía ser porque Ian parecía haber superado su interés por ella. Ahora prodigaba sus atenciones a Glenna. Y Ronnie tampoco se había acercado a ella desde aquella última vez en el gran salón. Se lo veía huraño y de mal humor desde hacía un par de días.

—Es una gran muchacha —le había dicho Donella en una ocasión en que la encontraron jugando con los más pequeños del castillo en el patio—. Adora a los niños y tiene buena mano con ellos.

Él se limitó a asentir, porque no podía negarlo, pero creyó intuir en sus palabras algo más que un simple cumplido hacia Blair. Tal vez, tanteando la relación que había entre ellos, pues todos en el castillo sabían ya que Blair acudía cada noche a dormir a su hija. No era fácil mantener un secreto allí, razón por la que no había vuelto a llevar a Lorna con él después de casados. Ella creía que la estaba castigando, pero en realidad se estaba protegiendo a sí mismo de la vergüenza de haber sido engañado por ella. Y para no tener que decirle a Dougal qué clase de mujer era su prima.

Sabía que ahora habían empezado a hablar de un posible idilio entre Blair y él, pero no tenía intención de desmentirlo porque eso sería darle

fuerza. Tampoco pensaba justificarse por pedirle ayuda a Blair con su hija ni les diría que la mayoría de las noches terminaban discutiendo. Aquella mujer tenía un fuerte carácter y la había ofendido demasiadas veces con sus acusaciones, algo de lo que no se arrepentía por más que dudase de su percepción en ciertas ocasiones. Su relación era tensa y cualquiera que se fijase un poco en ellos, lo vería. Ella lo veía como un ogro y para él no era más que otra Lorna. Nunca se entenderían.

—Dougall, necesito hablar contigo —había decidido marcharse por fin. No podía retrasarlo más o el camino se volvería demasiado peligroso.

—Yo mismo te estaba buscando —le dijo él, sorprendiéndolo—. Hay cierto tema importante que necesito tratar contigo.

Kerr asintió y lo siguió hasta su despacho. La sorpresa se volvió mayor al encontrarse a Donella y a Blair esperándolos dentro.

—Lo has encontrado —Donella sonrió al verlos.

Kerr vio cómo el cuerpo de Blair se tensaba, su ceño se fruncía y se mordía el labio con fuerza. La vio mover su mirada de Donella a Dougall y de vuelta a Donella. No parecía muy contenta con su presencia, pero él sabía que las mujeres podían ser muy buenas actrices cuando algo les interesaba realmente. Si esperaban que se desposase con ella por haberla tenido en su cuarto todas esas noches, se quedarían con las ganas. No habían hecho nada malo y no había forma de demostrar que hubiese mancillado su honor en algún momento. Esta vez no caería en la trampa.

—¿Qué está pasando aquí? —le preguntó a Dougall.

—Siéntate y te lo explicaremos.

Hizo lo que le pedían y miró de nuevo a Blair fugazmente. Ella se había girado en la silla, de modo que le daba la espalda. Seguía tensa.

—Blair, querida —comenzó Donella, dirigiéndose a ella en primer lugar — ¿Recuerdas que te aseguré que encontraría otro trabajo para ti en cuanto regresásemos a Edimburgo?

Blair asintió, confusa. No entendía por qué Donella quería tratar un tema tan personal delante de ellos. Además, la presencia de Kerr la estaba incomodando. Acudía a su alcoba cada noche para dormir a Fiona, pero su relación continuaba siendo tirante.

—He pensado que tal vez no haga falta que regreses para eso.

Blair frunció más el ceño al pensar en lo que estaba insinuando.

—Todos sabemos que le has tomado cariño a los hijos de Kerr — continuó Dougall en su lugar, lo que hizo que el mencionado se tensase también

ahora—. Tam te adora.

—Sabéis que debo regresar a Edimburgo —Blair lo ignoró y habló a Donella directamente.

—Mis hijos no necesitan una institutriz —intervino Kerr, hablando al mismo tiempo que ella—. Y tampoco tengo con qué pagarle.

—No creo que eso sea un problema —refutó Dougal—. Hay mujeres que trabajan a cambio de comida y un lugar donde dormir. Y...

—Yo me haría cargo del dinero —lo interrumpió Donella—, hasta el momento en que Blair encuentre esposo. Es lo mínimo, después de cuidar tan bien de mi hijo.

—Tengo que regresar a Edimburgo —repitió Blair, molesta porque la ignorasen—. No hay nada que discutir. No me quedaré aquí.

—Blair, no sabemos si en Edimburgo encontrarás trabajo. Aquí lo tienes asegurado.

—No me importa —se cruzó de brazos—. Bruce está en Edimburgo. Le prometí que regresaría con él pronto y no voy a defraudarlo.

Kerr sintió que el estómago se le contraía en un nudo al oír la determinación con que hablaba. Por la emoción en sus palabras, era evidente que había algún tipo de unión especial entre ellos, sin embargo, no parecía haberle importado tanto aquel lazo días antes, cuando se había dejado abrazar por Ian y Ronnie. Frunció el ceño al pensar en que era tan mentirosa como Lorna.

—Podrá venir él más adelante —le aseguró Donella—. Ahora no es seguro porque la nieve pronto bloqueará los caminos. De hecho, yo misma debo marchar ya, pero en primavera podrás tenerlo contigo.

—Jamás nos hemos separado tanto tiempo. ¿Qué va a ser de él? ¿Quién lo cuidará?

—Alpin y yo nos encargaremos de que no le falte de nada. Confía en mí, Blair, estará bien.

Blair negaba con la cabeza una y otra vez, disgustada por aquella situación. Prefería regresar a Edimburgo, a pesar del riesgo a no encontrar trabajo, que quedarse en Skye y pasar el invierno sin su hermano.

—No puedo. No...

—A mí me vendría bien tenerlo cerca un poco más de tiempo —le rogó Donella al ver que no conseguía convencerla—. Me ayudaría mucho.

Kerr permanecía en silencio, al igual que Dougal, mientras ambas mujeres hablaban. La confrontación parecía ser entre ellas y en relación a ese

hombre, pero Kerr no lograba descubrir qué clase de relación mantenían con él. Miró hacia el laird y este le sonrió, como si supiese algo más de todo aquel asunto, pero no pensase decírselo.

—Es demasiado tiempo —Blair seguía negándose.

—No tanto —insistió Donella—. Y te prometo que cuidaremos bien de él. Siempre lo hemos hecho, ¿no?

—Cierto —tuvo que admitirlo, aunque no estuviese convencida del arreglo.

—Kerr —intervino por fin Dougal— ¿Tú qué opinas? Sé que con el trabajo en la granja tienes más que suficiente. La joven podría encargarse de tus hijos y puede que hasta de la casa. Te liberaría de algunas de tus responsabilidades.

Kerr estaba enfadado con su laird. Lo había llamado con el fin de ayudarle a mantener a la joven en las tierras altas y él le había estado dando diferentes opciones, pero Dougal las rechazaba sin más. Ahora comprendía que su plan había sido encasquetársela a él desde el principio. Por eso le había hecho llevar a sus hijos.

—No quiero en mi hogar a nadie que no desee estar en él —dijo, no obstante, no queriendo ser tan directo. Conocía a su laird y sabía que habría consecuencias si se negaba abiertamente.

Blair lo miró con rabia al ver que se estaba lavando las manos en aquel asunto. La había dejado sola en la lucha y eso dolía. Había esperado poder contar con él para que aquello no se llevase a cabo y se había llevado un chasco.

Bueno, ¿qué esperaba realmente? Un hombre que se limitaba a juzgar a las personas antes de conocerlas no podía entender que a veces hay que aliarse con el enemigo para poder vencer.

—Blair —Dougal la miraba ahora a ella. Se sintió acorralada.

—No quiero ir a un lugar donde no sea bienvenida —contraatacó.

Por un instante, que a todos se les hizo eterno, nadie habló. La tensión parecía poder cortarse con cuchillo.

—En ese caso —Dougal rompió el silencio—, como laird, yo decidiré por ambos. Blair irá con Kerr.

—No quiero faltáros al respeto —le dijo ella—, pero no sois mi laird. No podéis darme órdenes.

—Eso no importa, querida —le explicó—. Estás bajo mi techo y por tanto, bajo mi protección. En el mismo momento en que te acogí en mi hogar,

pasaste a ser responsabilidad mía.

—No me iré sin Bruce —insistió.

—Este año ya no podrá venir —le replicó él—. Aunque mandásemos a por él, sería demasiado tarde. La nieve pronto cerrará el paso.

—Entonces me iré con lady Donella ahora y regresaremos ambos en primavera.

—Fiona y Tam te necesitan ahora mismo. Si te vas, es posible que en primavera ya no tengas trabajo —ninguno parecía dispuesto a perder aquella batalla.

—Bruce también me necesita ahora.

—¿Acaso un hombre no sabe cuidarse solo durante unos meses? —preguntó exasperado Kerr.

Había creído que Blair le había tendido una trampa al igual que Lorna, pero ahora que la veía tan dispuesta a alejarse de él, se sentía ninguneado. Y sus hijos también. Con su actitud los estaba despreciando.

—Bruce no es un hombre —lo atacó ella, todavía enfadada por no haberla apoyado antes—. Es un niño de cuatro años.

Kerr enmudeció al oírla. ¿Tenía un hijo? No lo habría imaginado. Aunque, teniendo en cuenta la buena mano que tenía con ellos no sería de extrañar.

—Cálmate, Blair —Donella tomó la palabra de nuevo—. Bruce va a estar bien con nosotros, te lo prometo, pero Fiona es un bebé. Debe tener una mujer a su lado que le dé el cariño y los cuidados que necesita. El invierno en las tierras altas es duro.

Apelar a su buen corazón siempre funcionaba y, si había niños de por medio, el éxito estaba asegurado. Donella lo sabía y por eso lo usó.

—Lo traeréis en primavera —le exigió— o iré a Edimburgo yo misma a buscarlo.

—Tú cuida a los hijos de mi prima —le sonrió Donella—, que yo me encargo de todo lo demás.

—Todo solucionado pues —interrumpió Dougal, satisfecho con el resultado—. Será mejor que partáis cuanto antes porque la nieve no tardará en caer.

Blair huyó del despacho. Sí, huyó. No deseaba hablar con nadie, pues se sentía culpable por abandonar a su hermano. Sabía que Donella y Alpin lo cuidarían bien, pero aquel dolor en el pecho no disminuía. Bruce era su hermano, su responsabilidad y sentía que le estaba fallando al no ir a por él.

—¿Te vas con Kerr? —Glenna entró en su alcoba sin llamar cuando estaba preparando sus cosas.

—Al parecer las noticias vuelan —se limitó a decir.

—Sabía que terminaríais juntos.

—No es lo que crees, Glenna. Solo seré la institutriz de sus hijos. No hay nada romántico en esto —frunció el ceño al pensar en que tal vez todos creyesen que el verdadero motivo por el que se iba con Kerr era que los rumores sobre ellos eran ciertos. Pues sabía que habían estado cuchicheando a sus espaldas sobre sus visitas nocturnas a su alcoba.

Se sentó en la cama cuando el peso de las consecuencias de su decisión oprimió su pecho. Parecía como si todo en su vida fuese a peor desde la muerte del hijo de la duquesa. Glenna la abrazó creyendo que necesitaba consuelo. Y lo hacía, aunque el motivo no tenía nada que ver con lo que habían estado hablando.

—¿Me escribirás? —le preguntó Glenna—. Aunque en invierno será prácticamente imposible enviar correo, pero me gustaría recibir algo tuyo algún día.

—Por supuesto que lo haré —le prometió.

—Te voy a echar de menos —la abrazó de nuevo—. Si no fuese por ti, Ronnie seguiría sin verme realmente.

Blair se separó de ella para mirarla a los ojos y Glenna se sonrojó sin perder, por ello, su eterna sonrisa.

—Me besó —le confesó—. Ronnie me besó anoche y me dijo que ningún otro volverá a acercarse a mí. ¿No es romántico?

—Es... posesivo —consiguió decir.

—Los highlanders son posesivos con todo lo que quieren —rió ella—. Pero ya lo comprobarás por ti misma.

—Me alegro por ti, Glenna —ignoró su última frase. Al parecer, su amiga seguía pensando que había algo entre ella y Kerr.

—Soy feliz —se levantó de la cama y la arrastró con ella—. Vamos, te ayudaré a empaquetarlo todo.

Para cuando bajó, Donella ya se había ido y no pudo despedirse de ella ni pedirle que le diese un beso a su hermano de su parte. Se sintió defraudada.

—¿Pensabais romper nuestro trato, Blair?

—¿Qué? —lo miró, confusa— ¿De qué estáis hablando, Ian?

—Me prometisteis un beso si os ayudaba a unir a Ronnie y Glenna y ya lo he hecho.

—Me acabo de enterar —admitió.

—También yo acabo de descubrir que os vais con Kerr. ¿Pensabais al menos despediros?

—No me voy por decisión propia, Ian. Se me ha impuesto.

—Pero sí podéis decidir si os despedís o no de mí.

—No lo pensé. Lo lamento —se disculpó—. Tengo tantas cosas en...

Ian no la dejó terminar. La sujetó con fuerza por los brazos y la atrajo hacia él para apoderarse de sus labios. No vaciló y antes de que ella pudiese protestar, ya la tenía entre sus brazos y la besaba con pasión. Y con desesperación.

—No me olvides —le susurró junto a la boca—. Que Kerr no se salga de nuevo con la suya.

Blair no entendió su petición y tampoco pudo preguntar porque fueron interrumpidos.

—Si habéis terminado, ya nos vamos —dijo Kerr con voz neutra y una fría mirada clavada en ellos.

Blair se separó entonces de Ian y se entretuvo alisando la falda de su vestido para tratar de tranquilizar a su alocado corazón. Por más extraño que le pareciese, había sido la voz de Kerr quien la alteró de aquel modo y no el beso.

—Adiós, Ian —susurró, alejándose de él. Le temblaban las piernas y aquello tampoco tenía nada que ver con el beso.

Kerr y su gente la esperaban en el patio. Alguien la ayudó a subir al caballo y luego emprendieron la marcha en silencio. Tam la había saludado, emocionado, pero su padre lo obligó a cabalgar lejos de ella. Estaba claro que se sentía molesto por algo.

—Deberías haberle dicho a Dougal que te interesaba Ian —le dijo Kerr un par de horas después—. No te habría obligado a venir.

—No me interesa Ian.

—Permíteme dudar. ¿O es que te despides de la gente con ese tipo de besos?

—Ian me besó a mí, yo no... —comenzó, pero luego cambió de idea para no darle el gusto de discutir— ¿Sabéis qué? No pienso daros explicaciones de nada. Ya os habéis formado una imagen de mí que no es y nada de lo que diga os hará cambiar de opinión. De ahora en adelante, me ocuparé de vuestros hijos y nada más. Nuestra relación estará estrictamente vinculada a los niños. Más allá de eso, no me interesa.

—A mí sí me interesa. Vas a cuidar de mis hijos y no quiero malas influencias en su vida.

—No soy una... —calló de nuevo y aceleró el paso de su caballo. No entraría en su juego.

Kerr no volvió a encararla ni molestarla, pero no se sintió mejor por ello. Suspiró. Aquel viaje había empezado de la peor manera posible. Se estaba alejando de todo cuanto le era familiar para adentrarse en un mundo que le era totalmente ajeno y la única persona a la que conocía y podía darle consejos, la consideraba una mala influencia para sus hijos.

Desde luego, su vida prometía estar llena de emociones. Aunque estaba segura de que ninguna de ellas le gustaría. Sobre todo si se las provocaba aquel hombre.

EL CAMINO

Kerr meció a Fiona en cuanto la oyó llorar. Aunque Blair se iba a ocupar de los niños, algo que en el fondo le agradaba porque era increíble con ellos, había decidido cargar con su hija como había hecho en el camino de ida.

Todavía estaba molesto por el beso que Ian le había dado a Blair. Había llegado a tiempo para ver cómo él se lo robaba, pero aún así, no pudo reprimir el impulso de censurarla. Cada vez que la veía en brazos de otro hombre, era incapaz de contener la ira. Y siempre lo pagaba con ella. Se decía a sí mismo que era porque le recordaba a Lorna, pero, incluso así, no entendía por qué le molestaba tanto, pues ni siquiera se conocían. Ciertamente que había estado ayudándolo con Fiona, pero sabía tanto de ella como el primer día. Absolutamente nada. No debería preocuparle lo que hiciese o dejase de hacer. Y sin embargo le importaba. Mucho.

Cabalgaba tras él ahora, así que no podía verla. Constantemente se descubría a sí mismo deseando girarse en la silla para mirarla. Solo para asegurarse de que iba bien, se decía. No sabía si estaba acostumbrada a cabalgar. Ni se había parado a pensar en si sabía siquiera hacerlo. Pero debía, porque no había protestado cuando la subieron al caballo. Frunció el ceño al comprender que estaba llevando a su hogar a una completa desconocida para cuidar de sus hijos.

Fiona lloró con más intensidad y la miró por encima de la manta en la que estaba envuelta. Tenía los ojos abiertos, con ese pálido verde que se intensificaría algún día, fijo en él. Sabía que no lo veía todavía, pero aún así, le gustaba la idea que lo hiciese. Y le gustaba mucho más saber que ninguno de sus hijos le recordaría a su difunta esposa. Habría sido muy doloroso.

—¿Queréis que la calme?

Blair se había acercado a ellos, sin que se diese cuenta. Parecía cohibida y había dejado de tutearlo. Algo que no le gustó.

—Si vas a vivir en mi casa —dijo, con más brusquedad de la que pretendía—, olvídate de tanta ceremonia. En Lochbay somos una familia y quiero que siga siendo así.

—No sería correcto hacerlo sin que se me dé permiso primero —le contestó ella, con el ceño fruncido—. Pero si es lo que quieres, lo haré a partir de ahora. ¿Puedo?

Extendió los brazos hacia él para tomar en sus brazos a Fiona. Kerr vaciló. No pretendía hacerlo, pero fue así. Blair lo fulminó con la mirada.

—Deberías haberle dicho a Dougal que no querías que cuidase de tus hijos —Kerr notó que estaba repitiendo su misma acusación a ella—. No me habría obligado a venir contigo.

Kerr contuvo la risa. Debería haberse enfadado con ella, pero no pudo. Blair no se dejaba intimidar y eso era algo que admiraba. Nunca le había gustado tratar con mujeres llorosas y asustadizas, que saltaban de miedo cuando alguien les alzaba la voz. Blair no era así en absoluto.

Fiona lloró más alto, haciéndolo reaccionar. Se la alcanzó a Blair y vio cómo ella la acomodaba en sus brazos y susurraba algo que no pudo oír. La niña dejó de llorar al momento.

—¿Cómo has hecho eso?

—Fiona y yo nos entendemos —sonrió hacia la pequeña.

Tam aprovechó el momento para acercarse a ellos. Había estado deseando hacerlo desde que se inició el viaje.

—¿Te gusta el caballo, Blair?

—Es muy bonito —le sonrió.

—Lo elegí yo.

—Ya me parecía.

—Papá dijo que debía ser manso —asintió— porque eres una chica.

—Y te lo agradezco porque no sabía cabalgar.

—¿No sabes? —Tam se sorprendió, pues no concebía que alguien no supiese hacerlo.

—En Edimburgo no necesitaba caballo —le explicó—. Iba andando a todas partes.

—¿Sola?

—Claro que no. Una chica nunca debe salir sola.

—Necesita protección —asintió, orgulloso de saber que eso era lo correcto.

—Cierto. Aunque —le guiñó un ojo—, sé algunos trucos para poder

defenderme sola si es necesario.

—Ya no los necesitas —parecía ofendido ante esa idea—. Papá te protegerá ahora.

Blair miró de reojo a Kerr, que los había estado escuchando sin ningún disimulo. Sonreía a su hijo con orgullo y ella se sonrojó. No pudo evitarlo.

—Tu padre no puede estar en todas partes, Tam.

—Pero yo le ayudaré.

—¡Ah, bueno! —sonrió—. Entonces ya me quedo más tranquila.

Tam hinchó el pecho y Blair tuvo que reír. No había burla en su voz sino admiración. De que un niño tan pequeño pudiese tener un sentido del deber tan arraigado. Y sabía que su padre tenía mucho que ver en ello. No lo conocía mucho, pero estaba segura de que nadie que dependiese de él, se sentiría desvalido jamás. Lo que dudaba era si ella estaría alguna vez bajo esa protección.

—Te va a gustar mucho Lochbay —Tam continuó hablando y Blair supuso que pocas veces permanecía en silencio—. Hay un lago justo al lado de la granja. En verano es muy divertido.

—Me imagino.

—¿Sabes pescar?

—Me temo que no.

—Papá te enseñará, ¿verdad?

—Tal vez no quiera aprender, Tam —Kerr eludió la pregunta.

—Todo el mundo quiere aprender. Pescar es muy divertido.

—Pues en ese caso —intercedió Blair antes de que la situación se volviese demasiado incómoda para ambos—, podrías enseñarme tú, Tam.

—Papá es el mejor —negó con la cabeza.

—Tenemos por delante todo el invierno —cambió de estrategia—. No es necesario decidirlo ahora. Lo haremos cuando llegue la primavera, ¿de acuerdo?

—¿Ayudarás en la granja? —Tam también sabía cómo cambiar de conversación y Blair sonrió ante su astucia infantil.

—Estoy aquí para cuidar de tu hermana y de ti —trató de elegir bien las palabras para no comprometerse a algo que luego no pudiese cumplir—, pero si en algún momento necesitan que les ayude, lo haré encantada. Aunque me temo que vas a tener que enseñarme también.

—A mamá no le gustaba estar con los animales.

Blair notó el modo en que Kerr contuvo el aliento al oír nombrar a su

difunta esposa. Estaba claro que era un tema delicado para él, así que continuó hablando con el niño como si nada, antes de que pudiese reprenderlo.

—Estoy segura de que tu madre hacía bien muchas otras cosas —le sonrió—. No todos tenemos las mismas habilidades o gustos.

—¿A ti que te gusta, Blair?

—Ya basta de preguntas por ahora, Tam —Kerr decidió interrumpir su interrogatorio por fin—. Hay que preparar el campamento ya, antes de que anochezca y no podamos ver ni dónde pisamos.

Le interesaba conocer más de Blair tanto como a su hijo, pero no se sentía bien espiando sus conversaciones. Y eso es lo que había estado haciendo. Y admirando la manera en que Blair trataba a Tam y eludía algunos temas peliagudos sin hacerlo sentir mal por ello. Desde luego, era una excelente institutriz.

Mientras preparaban el campamento, se sorprendió pensando en qué más sería buena Blair. Y deseando averiguarlo. *Con los hombres, al parecer*, se obligó a recordar. Cuando estaba con sus hijos era fácil olvidarse de ese detalle.

Estaba deseando llegar a la granja y reiniciar los trabajos allí. Si los niños no los hubiesen acompañado, podrían haber recorrido el camino en un solo día, pero no podía exigirles una marcha tan forzada. Sobre todo a Fiona. Y por eso debían pernoctar. Había llevado una pequeña tienda para los niños y decidió que esta vez sería Blair quien los acompañaría en ella. Por lo que había oído en el interrogatorio de Tam, no estaba acostumbrada a aquella vida y no quería que se incomodase por tener que dormir fuera con sus hombres. Él mismo lo haría. Sería lo más sensato.

Se acercó a ella, reacio a hacerlo, para comunicarle su decisión. La mujer estaba sentada en la hierba, con Fiona en sus brazos. La tenía recostada sobre sus rodillas, enfrentando sus miradas, y le hacía arrumacos. La pequeña la miraba fijamente. Cada vez que le hablaba, Fiona movía sus manitas.

—Es importante hablarles —le dijo Blair, sabiendo que estaba allí aunque no lo había mirado en ningún momento—. Para que no se asusten de tu voz.

Se acercó más, dispuesto a decirle que dormiría en la tienda con sus hijos y a largarse después. No pretendía estar a solas con ella más de lo estrictamente necesario.

—Está despierta —continuó hablando ella—. Deberías cogerla para que te vaya conociendo.

—Soy su padre —se sentó junto a ella, no obstante, olvidando su plan inicial y Blair le pasó a su hija, ayudándolo a colocarla en la misma posición en que la había tenido ella antes—. Me conoce.

—Es muy pequeña. Hasta ahora ni siquiera era capaz de ver con claridad. Reconoce tu voz, pero no tu cara.

Kerr se sentía incómodo, simplemente observando a su hija. Con Tam nunca había hecho algo así. Lo había cogido en brazos cada vez que tenía un momento para él y cuando no, se lo entregaba a su madre para que lo cuidase.

—Solo háblale —lo animó Blair—. Os dejaré solos, si lo prefieres.

—Espera —la detuvo antes de que se levantase—. En realidad venía a hablar contigo, no con Fiona.

La niña balanceó sus manos hacia él en cuanto oyó su nombre y Kerr la miró sorprendido. La risa pausada de Blair lo sorprendió también. Y le gustó más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Tú dirás —Blair se acomodó de nuevo junto a él.

Kerr comprendió que era la primera vez que hablaban sin que le estuviese recriminando algo o estuviesen discutiendo. Le parecía extraño aunque resultaba agradable. Con Lorna no había podido mantener ningún tipo de conversación tranquila porque siempre intentaba conseguir algo de él en su propio beneficio y acababan acusándose el uno al otro de lo que había sucedido en el pasado.

—Hemos instalado una tienda junto al fuego para los niños y para ti.

—Son tus hijos. Tú deberías dormir con ellos —rehusó la oferta.

—Tú los cuidarás ahora. Es lo correcto.

—No creas que podrás desentenderte de tus hijos porque tengas quien los cuide por ti ahora —hablaba de forma pausada, pero firme.

—No he dicho eso.

—Me alegra saberlo —sonrió—. Dormirás tú con ellos.

—No.

—Nunca he dormido al aire libre —a Kerr no le pasó desapercibido que Blair había cambiado de estrategia, tal y como había hecho con Tam— y no creo que tenga otra oportunidad para hacerlo, así que me gustaría probar esta noche.

Kerr apenas contuvo la sonrisa que amenazaba con delatar cuán divertida le parecía aquella situación. Estaba seguro de que Blair sería capaz de convencer a cualquiera con sus argumentos.

—Por la noche hace frío —insistió, no obstante, solo por ver qué se le

ocurriría a ella para rebatir su afirmación.

—Dudo que la fina tela de la tienda suponga una gran diferencia.

La sonrisa apareció finalmente y, aunque Blair lo imitó, ocultó su rostro, inclinándolo hacia el suelo. Aquella repentina timidez le pareció encantadora.

—Está bien —le concedió—. Dormiré con ellos esta noche, pero si Fiona empieza a llorar...

—No lloraré —lo interrumpió— ¿A que no, Fiona?

Blair se acercó a ellos para hablarle a la niña y Kerr sintió el roce de sus brazos. Fiona se movió de nuevo al oír su nombre, lo que provocó una nueva sonrisa en ellos.

—¿Por qué Blair puede dormir fuera y yo debo quedarme contigo y con Fiona en la tienda? —las protestas de un airado Tam se oyeron en todo el campamento.

—Porque lo digo yo, Tam —Kerr también había alzado la voz, en vista de que su hijo se negaba a obedecer por las buenas.

—Tam —intervino Blair, ofreciéndole la mano para que se acercase a ella. Había intentado dejar que padre e hijo se entendiesen, pero aquello parecía estar a punto de descontrolarse. Cuando el niño le entregó su mano, caminaron juntos hasta la entrada de la tienda. Blair se agachó para mirarlo a los ojos mientras hablaban y le sonrió. El enfado de Tam se diluyó un poco.

—Necesito que me hagas un favor.

—No quiero dormir en la tienda —gritó de nuevo, al comprender lo que pretendía.

—Pero yo necesito que lo hagas —Blair mantuvo un tono tranquilo y bajo—. Si Fiona llora por la noche, tú tendrás que venir a por mí. Tu padre no puede dejarla sola.

—¿Por qué no duermes con nosotros?

—¿Has dormido bajo las estrellas alguna vez, Tam?

—Sí —sonrió, emocionado al pensar en ello—. Muchas veces.

—¿Te gusta?

—Es lo mejor —su sonrisa se amplió.

—Pues yo no lo he hecho nunca —le susurró al oído, como si fuese un secreto entre ambos—. Y me encantaría hacerlo.

Tam la miró asombrado, pero asintió. En su corta edad, entendía que no había podido experimentar ninguna de las cosas que él más disfrutaba y sentía pena por ella. En un arrebato de valentía, le dio un beso en la mejilla antes de entrar en la tienda. Blair se levantó y descubrió a Kerr mirándola

intensamente. Se sonrojó.

—No sé cómo lo haces —le dijo él. Juraría que había admiración en su voz.

—Tengo mis trucos —se encogió de hombros.

Kerr parecía dispuesto a decir algo más, pero al final acomodó a Fiona en su regazo y entró en la tienda.

—Buenas noches, Blair —dijo antes de cerrarla.

—Buenas noches, Kerr.

Se quedó inmóvil un momento antes de regresar a su lugar junto al fuego. Tal vez podrían llevarse bien después de todo.

LOCHBAY

Llegaron a Lochbay a media tarde. Kerr continuaba cargando a Fiona en brazos, algo que Blair agradecía porque casi no se veía capaz ni de mantenerse a sí misma en el caballo aquel segundo día de cabalgata.

Nunca antes había montado a caballo, así que la idea le pareció tan fascinante, que no se le ocurrió protestar o informar de que no sabía. Sin embargo, después de dos días de continuo trote, se empezaba a replantear su decisión. Le dolía hasta el alma.

Por suerte, el viaje había llegado a su fin antes de sentirse en la necesidad de pedir que se detuviesen. Su desánimo se esfumó en cuanto divisó la granja. Estaba situada junto a un inmenso lago, tal como le había dicho Tam, que desembocaba en el mar. Alrededor se divisaban vastos campos de cultivo y de pastoreo. Pudo imaginar lo bonitos que se verían en primavera y lamentó haber llegado en la estación más fría y triste del año. Habría dado cualquier cosa por ver los cardos y los brezos floreciendo en los pastizales.

La casa era pequeña, más de lo que había imaginado, creyendo que la mayoría de los hombres de Kerr viviesen en ella, como en Dunvegan. Tonta idea la suya, reconoció, pues era una granja, no un castillo. Había docenas de coquetas casitas, sin embargo, a un lado de la casa principal. Parecía un pueblo en miniatura y sonrió encantada. Sin duda, le gustaría vivir en aquel lugar.

—Llegamos —el grito de Tam la sacó del lugar al que había ido con sus pensamientos.

Lo vio espolear a su caballo y encaminarse hacia la casa en una desenfrenada carrera mientras lanzaba un nuevo grito cargado de euforia. Quiso impedirlo, pues todavía recordaba el accidente fatal del pequeño Bruce, pero se detuvo. Tam se había criado en el campo y estaba convencida de que

había aprendido a montar antes que a caminar.

En cambio, giró su cabeza hacia su derecha para descubrir que Kerr la estaba mirando fijamente. Un intenso sonrojo cubrió sus mejillas y fingió mirar hacia la casa. ¿Habría estado estudiando su reacción ante su hogar? Probablemente.

—Es un lugar precioso —se sintió en la obligación de decir. Aunque probablemente, su rostro ya la habría delatado.

—Está bastante aislado del resto del mundo —le dijo él y sonó, tal vez, un tanto ansioso— ¿Podrías llegar a ser feliz aquí?

—No veo por qué no —se encogió de hombros, todavía sin mirarlo. Todavía no estaba dispuesta a admitir ante él que sería más que feliz allí, aunque no sabía por qué se empeñaba en ocultárselo.

—Es muy distinto a Edimburgo —insistió.

—Nunca me gustó Edimburgo —lo miró ahora.

—En cambio querías regresar a toda costa.

—Por Bruce —ocultó su pena mirando al frente. Kerr no preguntó más y se quedó con ganas de explicarle quién era y de hablarle de él. De decirle cuánto deseaba que estuviese ya allí y de que disfrutase de aquel lugar y de la libertad que le proporcionaría. Del miedo que le provocaban los largos meses que debían estar separados todavía. Y de tantas otras cosas que la preocupaban. Sin embargo, lo vio alejarse, con resignación. Tuvo que hacer un terrible esfuerzo por continuar en su caballo, a pesar del dolor, y seguirlo.

Tam los esperaba junto a una hermosa muchacha de cabellos dorados y ojos tan azules como el cielo en un día de verano. Les sonreía con entusiasmo. Ni siquiera se extrañó de verla, aunque la observó con detenimiento mientras Tam le hablaba en bajo. Seguramente el niño le estaba explicando quién era ella y por qué estaba allí.

Kerr bajó del caballo con Fiona en sus brazos y esperó a que ella hiciese lo mismo. El día anterior la había ayudado a desmontar, pero al parecer en esta ocasión tendría que hacerlo sola. Se le escapó una mueca de dolor al deslizarse hasta el suelo y trató de disimularlo, recolocando su ropa y aprovechando para masajear su trasero en el proceso. Sin embargo, aquel gesto no pasó tan desapercibido como pensaba, porque varias personas la miraban con una sonrisa cómplice en sus labios.

—Ella es Blair —Kerr frunció el ceño al comprender que ni siquiera sabía su nombre completo—. Se hará cargo de mis hijos a partir de ahora. Espero que la hagáis sentirse a gusto y bien acogida.

—Bienvenida a Lochbay.

Un hombre, ya entrado en años, se acercó a ella con los brazos extendidos y una amplia sonrisa, a la que le faltaban un par de dientes. Su pelo cano le rozaba los hombros y, aunque se veía que lo había peinado hacia atrás con bastante esmero, algunos mechones rebeldes caían sobre su frente. Sus ojos grises, que imaginaba que en algún momento habían sido azules, la miraban con simpatía y candidez. No descubrió sus intenciones hasta que se encontró perdida entre sus fuertes brazos. Aquel gesto, tan espontáneo, la descolocó y tardó en reaccionar. Le devolvió el abrazo finalmente, justo antes de que se presentase.

—Mi nombre es Seoc. Seoc MacLeod.

—Blair Gordon —susurró ella.

—Así que Gordon —exclamó en alto, sorprendido—. Una muchacha de las Lowlands.

—Así es.

Seoc la inspeccionó de nuevo, como si estuviese sopesando la información o, tal vez, buscando alguna falla en ella. Blair soltó el aire que había estado reteniendo sin percatarse, cuando asintió satisfecho.

—Creo que podremos hacer de ti una buena mujer de las tierras altas.

—Gracias —se sintió un poco tonta al decirlo, pero salió de forma espontánea de sus labios.

Seoc sonrió y comenzó a presentarles a los demás, mientras Tam la seguía de cerca. El hombre le aseguró que tendría tiempo de sobra para ir conociéndolos a todos, pero ella trató de retener el mayor número posible de nombres. Sobre todo los de aquellos con los que pasaría más tiempo. En cuanto las presentaciones concluyeron, Shona, la joven que le había sonreído antes y que resultó ser la nieta de Seoc, le mostró su alcoba.

—Está comunicada con la de Fiona —le explicó mientras pasaban a la habitación de la niña—. Así podrás estar cerca de ella en todo momento durante la noche. Te hará falta porque llora siempre al caer el sol. Jamás he visto nada igual.

—¿A dónde lleva esa otra puerta? —ignoró el comentario sobre la niña porque para ella no supondría un problema que durmiese toda la noche.

—A las dependencias de Kerr —le respondió, sin darle importancia al asunto—. La alcoba donde dormirás era la de Lorna. Su esposa.

¿Acaso no dormían juntos? La sorpresa de tal descubrimiento le hizo olvidar que solo dos puertas la separarían de Kerr durante la noche.

—¿Dónde duerme Tam? —se centró en lo que debería importarle: los niños.

—En la alcoba al otro lado del pasillo. En cuanto Fiona sea mayor, dormiré en la contigua. Son cuartos más amplios— Shona era una muchacha muy habladora—. La casa se ve pequeña desde fuera, pero en realidad es grande. Lo notarás cuando nos toque limpiar y airear todas las estancias.

—No sabía que las tierras altas tenían cuarto para el bebé aparte.

—En realidad antes era una sala —le explicó—. Muy acogedora, por cierto, pero como no la usaban nunca y Kerr quería estar cerca de sus hijos mientras eran pequeños, la convirtieron en el cuarto provisional de Tam. Y Fiona lo heredó al nacer.

Blair decidió que no preguntaría nada más aunque se muriese de curiosidad. La relación entre Kerr y su difunta esposa no era de su incumbencia, aunque empezaba a comprender que no había sido tan maravillosa como le habían hecho creer en Dunvegan. Sonrió a Shona y guardó silencio mientras le seguía hablando de todo cuanto creía que debía saber en ese momento.

—Te dejaré sola para que te instales —dijo finalmente, cuando se sintió satisfecha—. Después, si tienes ánimo todavía, te enseñaré el resto de la granja.

Blair asintió antes de verla desaparecer por la puerta. Miró a su alrededor, enamorada del cuarto y de lo amplio y luminoso que era. Aunque hubiese preferido no saber que había pertenecido a la esposa de Kerr. Eso la incomodaba un poco.

—Puedes cambiar lo que no te guste —la voz de Kerr la sobresaltó.

Estaba apoyado en el marco de la puerta, con Fiona en brazos, y la observaba fijamente. Blair permaneció en silencio, sin saber qué decir. Una hora antes se había alejado, dejándola con ganas de hablarle de su hermano, pero ahora no se sentía preparada para retomar esa conversación.

—Fiona se ha dormido —Kerr rompió el silencio.

Blair asintió y se acercó a ellos, suponiendo que quería que se hiciese cargo de la niña. Había regresado a su granja después de una semana ausente y era probable que tuviese mucho trabajo retrasado. Tomó a Fiona en brazos y su aliento se cortó al sentir el roce de las manos de Kerr en el intercambio, sin embargo no miró hacia él, sino que se centró en la niña. Entró en el cuarto y la depositó en la cuna con cuidado de no despertarla. Después la arropó y acarició su mejilla. Siempre se encariñaba con rapidez de los niños y con

Fiona no había sido diferente. Tampoco con Tam. Mucho antes de que la obligasen a venir, ya había temido el momento de separarse de ellos porque sabía que los echaría en falta una vez en Edimburgo.

Regresó a su cuarto después de velar por unos minutos el sueño de la niña y se paró en seco porque Kerr no se había marchado, como había pensado que haría, sino que seguía donde lo había dejado. Parecía estar esperando por ella porque en cuanto la vio, le hizo la pregunta.

—¿Quién es Bruce?

Al parecer iban a poder continuar con esa conversación. Suspiró, no sabía si agradecida o asustada por esa oportunidad. Hablar de su hermano podía hacerla caer de golpe y no quería que Kerr la viese llorar. Nunca le había gustado demostrar debilidad, así que se acercó al arcón donde había traído su ropa y se sentó en él, solo porque necesitaba reunir fuerzas antes de hablarle de su hermano.

—Bruce es mi...

Un grito fuera de la casa la interrumpió. Se levantó y corrió tras Kerr, que se mantenía unos pasos por delante de ella. Ambos habían reconocido la voz de Tam.

—¿Qué ha pasado? —exigió saber Kerr, una vez comprobó que su hijo estaba bien.

—Solo quería ayudar, papá —protestó el niño, antes de que nadie dijese nada.

—Intentaba soltar al caballo del carro —explicó alguien, Arran creyó recordar Blair—. Le dije que me esperase, pero ya sabes lo impaciente que es. Por suerte, él no se lastimó, pero me temo que el caballo tiene una herida bastante fea en la pata.

Kerr lo miró con reprobación y Tam hizo un puchero antes de correr hacia Blair en busca de protección. Ella lo recibió entre sus brazos amorosamente. Sabía que estaban pendientes de ellos y se sintió como si su aceptación dependiese de aquel momento. De si se enfrentaba a Kerr para impedir que Tam fuese castigado o si se mantenía al margen.

—No dejes que me castigue, Blair —le susurró, dando veracidad a su teoría.

—Tú sabes que eso ha sido peligroso —le respondió, en el mismo tono—. Podrías haberte hecho mucho daño.

—No lo haré nunca más —le rogó con lágrimas en los ojos.

—No es a mí a quien debes decírselo, Tam. Ni soy yo quien debe decidir

si tendrás un castigo —le acarició la mejilla y le sonrió con cariño, a pesar de las circunstancias.

Lo envió hacia Kerr, empujándolo con suavidad. Tam se acercó a su padre arrastrando los pies y esquivando su mirada. Se veía derrotado y arrepentido.

—Lo siento, papá —dijo con los ojos fijos en el suelo y las manos enlazadas en su espalda.

—Espero que entiendas que tengo que castigarte, Tam —le dijo su padre — por el caballo herido. Y para que no se vuelva a repetir.

Tam asintió apenado y se preparó para el castigo. Su padre había tenido que darle ya en más de una ocasión unos azotes, aunque no solía lastimarlo, salvo en su orgullo de niño, pero esa vez, la humillación sería mayor porque Blair lo presenciara.

Tam se mantuvo firme mientras su padre le palmeaba el trasero hasta diez veces, frente a todos los presentes. Blair lo miró con una tierna sonrisa todo el tiempo, animándolo a soportarlo con valentía. Cuando su padre hubo terminado, Tam corrió hacia ella y Blair lo envolvió en sus brazos mientras le besaba la coronilla y le susurraba palabras de aliento y orgullo.

Blair hubiese preferido evitarle el castigo físico, pero entendía que en aquellas tierras se hacían las cosas de diferente manera y que no podía inmiscuirse en eso nada más llegar. Aunque tenía la firme intención de cambiarlo con el tiempo porque sabía que no era tan efectivo como creían. Sin embargo, por el momento, se había granjeado la aprobación de muchos al mantenerse al margen.

Una vez el niño dejó de sollozar, Blair miró hacia Kerr y lo vio asentir hacia ella, antes de que desapareciese de nuevo, seguido de sus hombres, rumbo al establo. Nuevamente, su conversación terminó incluso antes de iniciarse.

EDIMBURGO

Donella llegó agotada del viaje, pero tan feliz que no le molestó. Después de la muerte de su hijo se había sumido en un profundo círculo autodestructivo del que la desesperación y el dolor no le permitían salir. Aunque nunca habían dejado de intentarlo, hacía tiempo que había asumido que no podría tener más hijos. Bruce se había convertido en su mundo y con frecuencia, lamentaba no poder dedicarle más tiempo. Pero, después de aquel fatídico día en que su corta vida terminó, se había recriminado el haberle permitido cabalgar solo. Sus sueños, plagados de pesadillas en las que veía a su hijo caer del caballo una y otra vez mientras ella trataba de llegar a él antes de que tocase el suelo, no le dejaban descansar lo suficiente y veía cómo, poco a poco, su cuerpo y su alma se iban distanciando. Sabía que se estaba dejando morir.

Sin embargo, aquel día en que el hermano de Blair la abrazó, vio prender una pequeña luz en la oscuridad de sus pensamientos. Y cada ocasión en que el niño estaba con ella, la esperanza crecía en su interior, hasta el punto de convencerse de que Bruce era la solución a sus males. De que lo necesitaba a su lado para seguir viviendo. Llevarse a Blair con ella a las tierras de su primo había sido un acto desesperado, pero no sabía qué más hacer para que Bruce no se fuese de su lado. Ella jamás consentiría en alejarse de él sin más, pues siempre había sido muy protectora con su hermano.

Hubiese preferido que su primo le encontrase esposo para que no pudiese regresar a Edimburgo, pero este se había mostrado más terco que una mula en cuanto a convertirla en una MacLeod sin conocerla. Por suerte, habían encontrado en Kerr al hombre ideal para mantenerla atada a las tierras altas durante todo el invierno. Con suerte, cuando llegase la primavera, ya tendría un plan mejor para impedir que Bruce se reuniese con su hermana en Dunvegan. Y para convencer a Alpin, sin que pidiese pruebas, de que Blair había sido quien les pidió que cuidasen de Bruce por ella.

—Lo siento mucho, Blair —dijo en alto, intentando disculparse con ella por lo que pensaba hacer—. Hubiese preferido que las cosas fuesen de otro modo, pero ya no puedo vivir sin tu hermano.

Había llegado a apreciarla, hasta casi considerarla una más en la familia, y no se sentía bien engañándola de aquel modo, pero su necesidad del niño era más fuerte que su cargo de conciencia. Lo había pensado mucho antes de actuar y ahora ya no había vuelta a atrás.

—Alpin, querido mío —lo abrazó en cuanto estuvo junto a él— ¿Me has extrañado?

—Mucho —la besó— ¿Todo bien?

Sabía que se refería a su estado de ánimo. Se habían desposado por orden del rey, cuando no habían coincidido más que un par de veces en su vida, pero Alpin se había convertido en su todo. Lo amaba tanto, que dolía pensar que algún día pudiese perderlo también a él.

—El viaje me ha sentado bien —admitió.

—¿Blair está con su hermano? ¿Le han gustado las tierras altas?

—No te lo vas a creer —era el momento de empezar con el plan—. Ha encontrado trabajo allí. ¿Recuerdas a mi prima Lorna?

—La que se casó con aquel granjero... ¿cómo se llamaba?

—Kerr —asintió—. Por desgracia, mi prima murió durante el parto de su segundo hijo. Oh, deberías ver a la pequeña, es tan bonita.

—Estoy seguro.

—El pobre Kerr no tiene tiempo para cuidar de sus hijos y llevar la granja al mismo tiempo. Y la niña no deja de llorar a todas horas, la pobrecita. No le permite descansar lo suficiente tampoco.

—Cuánto lo lamento.

—Pero Blair se ha ofrecido a cuidarlos. Si vieses lo bien que se le da mantener tranquila a la niña. Es un angelito cuando está con ella.

—¿Qué pasa con Bruce? —lo vio fruncir el ceño.

—¿Qué pasa con Bruce? —repitió Angus, que entró a tiempo de oír la pregunta de su cuñado— ¿Dónde está Blair?

—Se ha quedado en Skye. Ha encontrado trabajo como institutriz —le contestó alegremente su hermana.

—Jamás abandonaría a su hermano.

—No lo ha hecho —admitió Donella hacia ambos hombres—. Le he prometido que Alpin y yo cuidaríamos de él.

Angus elevó una ceja, incrédulo, mientras que Alpin, en cambio, parecía

sorprendido.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó Alpin.

—Blair sabe que Bruce tendrá más oportunidades en Edimburgo que en las tierras altas —intentó sonar convincente—. Lo hemos estado hablando mucho en este viaje y me he comprometido a criarlo como si se tratase de nuestro propio hijo.

—¿Blair está de acuerdo? —Angus no podía creérselo— ¿Qué estás tramando, Donnie?

—Nada en absoluto, Angus —se hizo la ofendida—. Blair sabe que lo mejor para Bruce es que se quede aquí con nosotros. Incluso ha accedido a que lleve nuestro nombre.

—Pretendes suplantar a tu propio hijo con el hermano de Blair —la acusó.

—¿Estás segura de eso, querida? —Alpin parecía tan preocupado como su cuñado—. Comprendo tu dolor porque yo también perdí un hijo y me siento tan perdido como tú, pero no sé si cederle a Bruce nuestro nombre será lo correcto.

—Piénsalo bien, mi amor —se dirigió a él, colocando las manos en sus hombros—. Nosotros necesitamos un heredero y no podemos tener más hijos. Bruce podría serlo. Apenas han visto a nuestro hijo en la corte, así que nadie notaría la diferencia. Y ya responde al nombre de nuestro pequeño.

—¿Realmente hablas de suplantarlo? —Angus atacó a su hermana.

—Blair ha sabido ver las ventajas para Bruce, ¿por qué tú no? —lo encaró—. Además, no es tu incumbencia.

—Todo lo referente a Blair es de mi incumbencia.

—A ella ni siquiera le interesas, hermano.

—Preguntará por Blair —no iba a negar que aquello le dolió, pero no permitiría que su hermana lo descubriese. Se dirigió ahora a su cuñado—. Lo ha estado haciendo desde que llegamos, Alpin. ¿Vas a permitir que esta locura continúe?

Alpin los observó a ambos, sin decir nada. Podían ver su lucha interna entre su conciencia y sus ansias de tener un heredero. Su legado se perdería sin un hijo a quien entregar sus posesiones y su título. Donella supo cuándo había vencido ella, al ver cómo su esposo miraba con nuevos ojos a su hermano. Sin un heredero, Angus o sus descendientes, el día que se dignase a tenerlos, se quedarían con todo.

—Bruce es muy pequeño todavía —decidió asestar el golpe final—. Si le

decimos ahora que su hermana ha muerto, lo superará con facilidad. Y...

—Eso es muy cruel, Donella —la interrumpió Angus— ¿Qué te está pasando? No te reconozco en la mujer que tengo delante.

—Preferirías que no tuviésemos un heredero —lo acusó—. Quieres quedarte con todo, ¿verdad? Puede que el irreconocible seas tú, Angus. ¿Acaso tienes algún bastardo por ahí escondido del que no nos hayas hablado?

—Tus palabras me ofenden, hermana. Sabes que aprecio a Alpin y que jamás le desearía ningún mal. ¿Cómo puedes pensar eso?

—Basta —Alpin decidió intervenir—. Nadie le dirá a Bruce que su hermana ha muerto. No es necesario llegar a ese extremo. Blair ha accedido a que lo criemos como propio y eso haremos. Pero el niño sabrá que su hermana solo quiere lo mejor para él. No...

—¿Vas a creer en la palabra de Donella sin más? —lo interrumpió Angus—. Ha estado actuando de un modo extraño después de la muerte de Bruce. No puedes fiarte de que te esté diciendo la verdad.

—¿Por qué tanto interés en que Blair se lleve a su hermano? —lo acusó Donella.

—He dicho que ya basta —Alpin alzó la voz—. Tu hermana jamás me ha mentado, Angus, y no empezaré a dudar de ella ahora. Así como tampoco creeré que tú estás conspirando contra mí. Ahora lo importante es Bruce. Debemos hacerle ver que su hermana no lo está abandonando, sino que le está dando la oportunidad de aspirar a algo más que el ser un simple granjero o un guerrero en las tierras altas. Yo mismo me encargaré de explicárselo, para que la decisión de Blair no sea un trauma para él. Y si el niño quiere ir a visitar a su hermana alguna vez, lo llevaremos.

Su voz sonó firme y no dejó lugar a más discusiones. Angus salió de la sala enfurecido porque su hermana hubiese conseguido, al final, alejarlo de Blair y se perdió el miedo en su mirada tras las últimas palabras de su esposo. De otro modo, habría insistido en desenmascararla.

Caminó, sin rumbo fijo, sumido en sus pensamientos, hasta que sus ojos se toparon con la taberna. Se encogió de hombros antes de entrar. Aquel era tan buen momento como otro para ahogar su frustración en alcohol. Ni siquiera le molestó que el olor en el lugar apestase a humanidad y que no fuese todo lo salubre que debería. Solo buscaba beber. A aquella hora de la tarde estaba lleno a reborar, pero encontró una mesa libre al fondo del local, donde nadie lo molestaría. Pidió una botella sin abrir y pagó por adelantado. Bebió durante horas, sin dejar de pensar en cómo se le estaba escapando de las manos, una

vez más, la posibilidad de meter a Blair en su cama.

Llevaba cuatro años obsesionado con ella. Había querido darle la oportunidad de elegir libremente el acudir a él, pero ahora que sabía que no volvería a Edimburgo, se lamentaba de no haberla forzado aquella noche en que cayó, literalmente, en sus brazos. Una vez refugiados en casa de su hermana, debería haber ido a su alcoba y exigirle el pago justo por su benevolencia; pero se había creído tan irresistible, que pensó que sería más divertido seducirla. De ese modo, podría usarla tanto como le apeteciese y, cuando se cansase de ella, abandonarla sin más. Pero Blair le había supuesto un desafío insalvable y, aunque discutía mucho con su hermana, no quería enfrentarse a ella, por lo que forzar a la joven dejó de ser una opción en cuanto Donella la acogió bajo su manto de protección.

—Y ahora está donde no puedo alcanzarla —gruñó, masajeando su cabeza, que ya amenazaba con mandarlo al suelo si se movía con demasiada rapidez. Decidió que era el momento de regresar a casa.

Caminó hacia la salida, tambaleante, pero antes de abandonar la taberna, se topó con una muchacha de cabello claro que sonreía con picardía hacia él, insinuándosele. Parpadeó un par de veces, incrédulo, pues el parecido con Blair era impresionante.

—Tú —le dijo con voz pastosa—. Ven conmigo.

La arrastró hacia el mostrador, donde pagó una habitación por adelantado. La muchacha le acariciaba el pecho mientras se reía tontamente y, en el sopor de la embriaguez, Angus llegó a creer que era Blair quien lo hacía. Se excitó al momento y apenas logró llegar al cuarto sin poseerla. Para cuando cerraron la puerta tras ellos, Angus ya había desgarrado el vestido de la joven en varios lugares y la besaba con desesperación.

Incapaz de esperar, la arrinconó contra la cama y levantó la falda de su vestido, dejando su trasero al aire. Se colocó detrás de ella y sujetando con una mano su cabello para que no se levantase, entró en ella con fuerza.

—Blair —gimió contra su espalda, mientras se introducía en ella sin piedad una y otra vez— ¡Oh, Blair! Eres mía por fin.

Con cada embestida, la cama crujía en armonía con la joven, que gemía de dolor. Angus no la había preparado para su arrebatado de pasión enfurecida y su cuerpo intentaba rechazarlo. Pero ni sus ruegos ni su llanto lo detuvieron, sino todo lo contrario. Cuanto más se resistía ella, más disfrutaba Angus. Gritaba el nombre de Blair una y otra vez, mientras se movía en su interior.

Tras unos minutos de frenesí descontrolado, cayó rendido sobre ella.

Había sido demasiado rápido y demasiado brusco, pero tan satisfactorio, que estaba deseando repetir. Sin embargo, al girar a la muchacha, que lloraba quedamente, para verle la cara en aquella segunda vez, descubrió que no era Blair y que, ni siquiera se parecía a ella como había pensado. Se levantó frustrado y la joven sujetó su ropa sobre el pecho para cubrirse.

—No me mires así, muchacha —la acusó, colocando su ropa sin el menor rastro de arrepentimiento—. Viniste por voluntad propia. Si no estás preparada para yacer con un hombre de verdad, no deberías trabajar en esto.

—Fuisteis muy rudo conmigo, mi señor.

—Y te compensaré por ello. No te preocupes —le lanzó unas pocas monedas al regazo antes de salir de la habitación. Con aquello bastaría, pues era más de lo que vería en todo el mes.

No volvió la vista atrás y caminó por las calles desiertas hasta llegar a su propia casa. Últimamente le resultaba extraña, pues los últimos cuatro años había permanecido más tiempo en casa de su hermana que en la suya propia. Todo por Blair y sus deseos de poseerla. Por un segundo, el alcohol le había hecho creer que lo había conseguido y la decepción fue tal, que lo recordaría por mucho tiempo.

—Encontraré el modo de hacerte mía —dijo, en la oscuridad de su alcoba. Pero tendría que esperar. El invierno había llegado y no tardaría en nevar. Era peligroso viajar a las Highlands en aquella época del año—. Tarde o temprano, serás mía, Blair.

DECIR LA VERDAD

Blair nunca había visto tanta nieve junta y durante tanto tiempo. Llevaba dos meses en Lochbay y desde su segundo día allí, que había amanecido nevando, no había dejado de hacerlo, con tal frecuencia, que la capa de nieve no llegaba a derretirse nunca.

Había poco que hacer en la granja, salvo alimentar a los animales y asegurarse de que estaban a buen resguardo. O acarrear leña a las casas y permanecer frente al fuego para no notar el frío. Tam se había aficionado a las historias de Blair y cada tarde, ella le contaba una nueva. Incluso Kerr disfrutaba de ellas siempre que podía, pues le fascinaba el modo en que narraba la historia de Escocia sin que su hijo llegase a descubrirlo. Blair había creído que le prohibiría contarlas cuando la descubrió, pero fue todo lo contrario. La animó a continuar con ellas.

No habían vuelto a hablar en privado desde su llegada, pero Blair llegó a la conclusión de que era mejor así. Cada día que pasaba, sentía más la ausencia de su hermano y no pretendía terminar llorando delante de Kerr. Ni de nadie, en realidad. Se guardaba aquel pesar para sus momentos a solas en su alcoba.

—Cuéntanos algo de tu mamá —le pidió un día Tam.

Blair intentó ocultar la pena tras una tímida sonrisa, pero supo que no lo había logrado, cuando Kerr lo reprendió por su osadía.

—No importa, Kerr —le dijo antes de que lo hiciese sentir mal—. No le regañes, solo siente curiosidad. Es un niño.

—Pero debe aprender que hay cosas que...

—Si no pregunta —lo interrumpió—, no aprenderá. Y aunque duela, a veces es bueno recordar. Verás, Tam, mi madre era la mujer más buena que he conocido nunca. Y siempre olía a rosas.

Tam rió bajito. Se acomodó junto a ella, sentado en el suelo, con su cabeza en las rodillas de ella para escucharla mejor. Ella tenía a Fiona en brazos y la miró con ternura antes de continuar.

—Mi madre siempre estaba cantando. Al cocinar, mientras cosía, cuando limpiaba la casa. Incluso cuando se bañaba. Sobre todo cuando se bañaba — rió al pensar en ello—. No hay momento que yo recuerde de ella en que no tuviese una canción en los labios. Tenía una voz preciosa.

—¿Como la tuya?

—Más bonita que la mía.

—¿Ella te enseñó la nana que le cantas a Fiona?

—Sí. Y también me enseñó a ser una buena persona. A respetar, a valorar y a ayudar a los demás. A decir siempre la verdad.

—¿Siempre?

—Siempre, Tam —le aseguró—. Las mentiras solo hacen daño a las personas que queremos. Nunca debes mentir, aunque la verdad te acarree un castigo después.

—¿Qué más te enseñó? —Blair sonrió al ver que el niño cambiaba hábilmente de tema. Para ser tan pequeño era muy espabilado.

—A leer y escribir. A apreciar y valorar la historia de nuestro pueblo — la mirada concentrada de Tam le hizo sonreír—. A bailar.

—Yo no quiero aprender a bailar. No quiero abrazarme a ninguna niña.

—Ya cambiarás de opinión —le sonrió.

—¿A tus hermanos también les enseñó?

—Solo tengo un hermano —no era a Tam a quien quería hablarle de él, pero tampoco pretendía mentirle. Sobre todo después de decirle que mentir estaba mal—, pero él no pudo conocerla.

—Fiona tampoco pudo conocer a mamá —la tristeza lo embargó unos segundos, antes de que su curiosidad ganase la batalla— ¿Dónde está tu hermano?

—En Edimburgo —notó que Kerr le prestaba más atención ahora—. Lo están cuidando por mí hasta que pueda venir a Lochbay. Si a tu papá no le importa que lo haga.

—Seguro que le deja venir —sonrió Tam— ¿A que sí, papá? Y podría ayudarte en la granja.

—Tiene cuatro años, Tam —prosiguió Blair, sin dar tiempo a Kerr a contestar—. Es muy pequeño para eso.

—Yo podría enseñarle —Tam parecía entusiasmado con la idea.

—Estoy segura de que os llevaríais muy bien.

—¿Cómo se llama tu hermano? —la pregunta de Kerr la obligó a mirarlo.

—Bruce.

Finalmente, después de dos meses, Kerr había descubierto quién era Bruce y por qué era tan importante para Blair. Y se sintió mal por haber pensado en un primer momento que era un amante. Siempre pensaba lo peor de ella, sin darle la oportunidad de explicarse antes, no podía evitarlo. Su experiencia con Lorna le hacía desconfiar de todas las mujeres y después de encontrar a Blair en más de una situación comprometida con otros hombres, se había convencido de que no era muy diferente a su esposa.

Y aún viendo que no era como creía, temía dejarse engañar por sus palabras bonitas y por lo bien que cuidaba de sus hijos y las buenas lecciones que le daba a Tam. Blair defendía la verdad sobre todas las cosas, pero a Kerr le asustaba pensar que solo lo hiciese para conservar su puesto como institutriz. Si regresaba a Edimburgo, se quedaría en la calle. ¿Y si había inventado que Bruce era solo su hermano para que no supiesen que era un hijo bastardo? ¿Y si también había un hombre en su vida, pero no lo quería más en ella y estaba aprovechando aquella oportunidad para alejarse de él? Estaba harto de buscar intenciones ocultas en todo lo que hacía Blair, pero tampoco podía evitarlo. No solo porque creyese que podía ser una interesada, como el resto de las mujeres, sino por lo que le hacía sentir, aún sin proponérselo. No había querido quedarse a solas con ella por miedo a que la esperanza creciese en su interior, solo para descubrir finalmente que se había equivocado con ella también. Una Lorna en su vida era más que suficiente. Y sin embargo, su corazón anhelaba una liberación que parecía poder conseguir a través de Blair y eso lo asustaba todavía más.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Blair había ido a acostar a Fiona y Kerr decidió esperarla en su alcoba para hablar. Necesitaba aclarar ciertos asuntos con ella y necesitaba hacerlo en privado.

—Supongo que todavía me resulta duro hablar de él —se sentó en el arcón, como aquella primera vez en que casi mantuvieron esa misma conversación.

Kerr permaneció en el marco de la puerta, dándole el tiempo y el espacio que necesitaba para seguir hablando.

—Mis padres se casaron enamorados —comenzó—. Al menos es lo que mi madre me decía siempre. Ella pertenecía a clase alta y mi padre era un

tercer hijo sin título ni propiedades. Mis abuelos no aceptaban esa relación, pero mi madre amenazó con huir con él y no presentarles jamás a sus nietos, así que se casaron. Y fueron felices, al menos mientras vivieron mis abuelos. La mala gestión de mi padre del capital que habían heredado de mis abuelos tras su muerte, provocó nuestra ruina y la pérdida del título en aras de un primo de mi madre. No me quejo, porque fuimos felices a nuestra manera. No necesitábamos mucho. Mi madre y yo. Ella trabajaba, se encargaba de la casa y cuidada de mí. Me enseñó todo cuanto sé para prepararme para el futuro.

—¿Y tu padre?

—Se pasaba el día borracho. Nunca se preocupó de nosotras salvo para conseguir el dinero que necesitaba para beber más.

—¿Por qué tu madre seguía con él?

—Mi madre era muy devota. Cuando le preguntaba eso mismo, siempre me decía que había hecho la promesa de serle fiel hasta que la muerte los separase y que lo cumpliría. Y así fue. Murió al dar a luz y yo tuve que huir con mi hermano recién nacido —las lágrimas acudieron a sus ojos al recordar aquella terrible noche, pero las ocultó bajo su cabello suelto—. Ni siquiera pude despedir a mi madre. Supe donde la habían enterrado y la visité después, tan a menudo como me lo permitieron mis obligaciones. Pobre consuelo.

—Lo lamento.

—En nuestra huida choqué con Angus y cuando le expliqué lo que había pasado, se apiadó de nosotros y nos llevó con su hermana, que tenía un bebé también. Al final me quedé con ellos como institutriz. Les debo mucho. La vida de mi hermano, sobre todo —se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y fue cuando Kerr descubrió que estaba llorando—. Lo añoro más que nada en este mundo.

Se acercó a ella y la ayudó a levantarse para abrazarla. La rodeó con sus brazos y Blair suspiró contra su pecho, permitiendo que las lágrimas largo tiempo contenidas, escapasen al fin.

—Por esto no quería hablarte de él —se disculpó, en cuanto pudo dejar de llorar—. No me gusta que me vean llorar. Me hace sentir vulnerable.

Kerr acarició su mejilla con los nudillos en un acto reflejo y Blair cerró los ojos por el contacto. Se sentía incapaz de luchar contra los sentimientos que Kerr despertaba en ella.

—Blair, abre los ojos —le dijo él, con voz ronca.

Le obedeció. Sus ojos verdes la miraban con intensidad, como si tratase de ver más allá de ella, en su centro mismo, la verdad de sus palabras. Su

mano continuaba acariciándole la mejilla y notó que se deslizaba hasta su nuca. Se enredó en su cabello y apretó su cara contra la de Kerr. Sus labios estaban cada vez más cerca. Sabía que aquello era un error y que debía detenerlo, pero no lo hizo. Por una vez en su vida, se dejaría llevar por sus deseos y no por lo que debía hacer. Cerró los ojos nuevamente para saborear aquel beso.

—Blair —una voz fuera de su alcoba rompió la magia del momento y ambos se separaron bruscamente.

Tam entró segundos después, bostezando. Blair se acercó a él y lo abrazó mientras trataba de normalizar el latido de su corazón. Consciente de lo que había estado a punto de suceder, llevó a Tam hasta su propia alcoba sin mirar hacia Kerr.

—Cuéntame una historia, Blair —le pidió Tam, ya en cama.

—¿No has tenido suficiente por hoy? —le sonrió con cariño.

Tam bostezó de nuevo mientras negaba con la cabeza y Blair lo arropó y depositó un beso en su frente. Había llegado a quererlo en tan poco tiempo, que le asustaba, porque temía que, si algún día tenía que separarse de él o de Fiona, se le partiría el corazón. Incluso de Kerr, gritó su subconsciente, aunque intentó ignorarlo por su propio bien. No debería haber permitido que se acercase tanto a ella. Era la institutriz, no podía olvidar eso.

—Duérmete. Mañana te contaré tantas como desees —le prometió en un susurro.

—Blair —la llamó de nuevo cuando se disponía a dejarlo solo.

—Dime.

—¿Puedo llamarte mamá?

Blair se quedó muda. Las lágrimas regresaron a sus ojos, pero las obligó a retroceder. No lloraría delante de Tam, ni siquiera de felicidad. Se acercó a él y se sentó en el borde de su cama para acariciarlo con ternura.

—Para mí sería todo un honor que lo hicieras, Tam —le dijo—, pero me temo que no puede ser. Tú ya tienes una madre.

—Pero ella ya no está aquí.

—Puede que ya no puedas verla, Tam, pero ella está aquí —señaló su corazón—. Siempre velará por ti porque estoy segura de que te quería con todo su corazón.

—Me estoy olvidando de ella —le confesó, avergonzado—. Tú me dijiste que recuerdas como olía tu mamá, pero yo no recuerdo ni su voz.

—Deberías hablar con tu padre de esto, Tam. Él podría contarte cosas de

tu madre para que no la olvides.

—Papá nunca habla de ella.

—La echa de menos, como tú. Pero si se lo pides...

—Ellos nunca se hablaban. Y mamá tampoco hablaba conmigo si papá no estaba delante —la interrumpió—. Contigo sí que lo hace. Y tú siempre me estás abrazando y besando. Ojalá tú fueses mi mamá.

—No digas eso, Tam —le dolió escuchar palabras tan duras en boca de un niño tan pequeño—. Tu madre merece que la recuerdes con cariño. Estoy segura de que te quería mucho, pero no todos saben cómo expresarlo.

—¿No quieres ser mi mamá? —parecía dolido.

—Me encantaría, Tam. Nada me haría más feliz —besó su frente.

—Yo quiero que lo seas.

—No es tan sencillo. No puedo ser tu mamá, pero te prometo que te querré siempre como si fueses mi hijo —lo arropó—. Y ahora duérmete. Es tarde.

—Le pediré a papá que me deje llamarte mamá.

Blair cerró los ojos para evitar derramar más lágrimas. Salió del cuarto y cerró la puerta con cuidado. Cuando se giró, se topó con Kerr. Lo había escuchado todo. Lo supo en cuanto sus miradas se cruzaron.

—Yo...

Kerr no le permitió continuar. La acorraló contra la pared y se apoderó de sus labios. El suelo tembló bajo sus pies y su corazón dejó de latir durante unos interminables segundos. Nunca antes un beso la había hecho sentir de tal modo. Separó los labios para permitir que el aire entrase en sus pulmones y gimió cuando la lengua de Kerr invadió su boca en un ardiente asalto. Sintió sus brazos rodeándole la cintura para acercar sus cuerpos hasta que ni un solo centímetro de ellos quedó separado.

Kerr deslizó una mano por su costado, sin dejar de besarla, y olas de calor quemaron su piel allí por donde pasaba. Cuando le rozó ligeramente un pecho, ella gimió de nuevo. Kerr lo tomó como un consentimiento, porque se apoderó del pecho con su mano, acariciando el pezón sobre la ropa hasta que se endureció. Lo oyó gemir a su vez y apretarse más contra ella.

Consciente de donde acabaría aquel beso si no lo detenía, Blair trató de hablar. Las dos primeras veces no lo logró.

—Kerr, por favor —rogó.

No tenía miedo de él. Sabía que no la obligaría a hacer nada que no quisiese, pero debía detener aquella locura antes de que las cosas entre ellos

se complicasen más por una noche de pasión.

Kerr se separó a duras penas de ella después de oír su ruego. Con la respiración todavía acelerada, permaneció con la frente apoyada en la suya, hasta que su alocado corazón se tranquilizó. Nunca antes se había dejado llevar de aquel modo por un beso. Solo había sido un beso y sin embargo, sabía que si Blair no los hubiese frenado, le habría hecho el amor en aquel pasillo, contra aquella pared.

—Lo siento —logró decir.

—Solo procuremos que no vuelva a pasar —dijo ella—. No debemos confundir las cosas.

¿Confundir las cosas? En ese momento, lo último que sentía era confusión. Estaba muy seguro de lo que quería. Y era a ella en su cama.

—Será mejor que nos acostemos —continuó hablando Blair.

—Me parece buena idea —su voz salió demasiado ronca y Blair supo que había malinterpretado a propósito sus palabras. Lo vio en su deliciosa boca entreabierta y en su intensa mirada sobre sus labios. Deseaba besarla de nuevo.

—Cada uno en su cama, Kerr —especificó.

—Por supuesto —dijo, sin dejar de mirarla fijamente a los labios.

Pero ninguno de los dos se movió. Kerr parecía querer devorarle la boca y Blair no lograba encontrar las fuerzas suficientes para obligar a su cuerpo a alejarse de él.

—Buenas noches, Kerr —aclaró su garganta y mojó los labios antes de hablar. De repente sentía la boca seca.

—Buenas noches, Blair.

Posó sus labios levemente contra los de ella y se alejó. Esa noche no lograría dormir.

JUEGOS EN LA NIEVE

Después de su encuentro en el pasillo, decidieron, por separado, evitar quedarse a solas nuevamente. Cada uno tenía sus razones y no diferían demasiado la una de la otra.

Kerr temía no ser capaz de detenerse si volvía a besarla, así que optó por eludir cualquier situación que los comprometiese. Blair, en cambio, huía del anhelo que aquel beso había despertado en ella.

Una tarde de aquel largo invierno, el sol hizo acto de presencia por primera vez en semanas y Tam exigió salir fuera a disfrutar de la nieve. Aunque hacía frío, Blair no se sintió con fuerzas para negarse y Kerr tampoco puso objeciones, pues un cambio en su rutina les vendría bien a todos. Fiona dormía, por lo que incluso Blair salió con ellos después de que Tam le insistiese.

—Tam —lo reprendió en broma cuando sintió la fría nieve chocar contra su espalda—. Eso ha sido deshonroso. ¿Por la espalda?

—Es la guerra —le gritó el niño, evidentemente emocionado con la idea de una pelea en la nieve.

—No llores cuando pierdas —rió ella, mientras formaba una bola con nieve para lanzársela. Tam gritó eufórico cuando la esquivó. Sobre todo porque había impactado de lleno en el pecho de su padre.

—Con que esas tenemos —lo oyeron decir, antes de que la nieve comenzase a volar por todas partes.

Varias personas se unieron a ellos para participar en la batalla y terminaron formando dos equipos. Las risas inundaron el lugar como nunca antes lo habían hecho tras la llegada de Lorna. Blair no sabía que aquella mujer había logrado acabar con los días de diversión en la granja con sus inquinas.

—Cuidado —oyó gritar a Arran, segundos antes de que rodease su

cintura con un brazo para apartarla del camino de un proyectil. Cayeron pesadamente en la nieve y las carcajadas les impidieron volver a levantarse.

—Esto ha sido excesivo, Arran —logró decir Blair.

—Pero ha sido muy divertido —dijo él, finalmente, mirándola. En sus ojos azules bailaba todavía la risa.

—Cierto, pero me temo que mañana me dolerá todo el cuerpo —le sonrió.

Arran se levantó y le ofreció una mano para ayudarla. Ella negó con la cabeza y comenzó a mover sus brazos y sus piernas contra la nieve antes de aceptar su mano.

—Siempre quise hacer eso —le dijo, observando el ángel que había formado con su silueta.

Comenzó a sacudir la nieve de su falda, pero sintió un golpe en su espalda y cuando se giró, vio a Tam riendo.

—¿Otra vez, malandrín?

—Nunca des la espalda al enemigo —dijo él, tan lleno de razón que Blair no quiso reír por si lo ofendía. Aunque le costó contenerse.

En cambio, corrió en su dirección, algo difícil porque la nieve le dificultaba los movimientos y lo tiró al suelo cuando lo alcanzó. Comenzó a hacerle cosquillas en venganza, pero la risa de Tam era tan contagiosa, que acabó riendo con él.

—Papá —gritó el niño—, sálvame.

Blair sintió que la alzaban en el aire y gritó. Los fuertes brazos de Kerr la dejaron sin aliento y no porque la estuviese apretando de más, sino porque no se habían vuelto a tocar desde el beso y un escalofrío la recorrió de arriba abajo en ese momento. Qué fácil había sido olvidar lo que le provocaba su contacto y qué rápido se lo había recordado él.

—Bájame —protestó, intentando ignorar los frenéticos latidos de su corazón.

Kerr le dio la vuelta para enfrentar sus miradas antes de bajarla, pero lo que Blair encontró en ellos le hizo olvidar sus protestas. Había deseo, pero también reproche. ¿Por qué? No había hecho nada para merecérselo. Y dudaba que haber tirado en la nieve a su hijo fuese la causa. Entonces, ¿qué?

—Venganza —oyeron decir a Tam, justo antes de que los golpease con todo el peso de su menudo cuerpo.

No habría logrado derribarlos si Kerr hubiese estado atento a sus movimientos, pero lo pilló con la guardia baja y acabaron los tres cayendo en

la nieve. Blair sobre Kerr y Tam sobre ambos. El peso del niño la obligaba a permanecer tan cerca de su padre, que podía sentir su aliento en la cara, la presión de su pecho contra el suyo y el latir desenfrenado de su corazón. La mirada de Kerr en sus labios, la ruborizó.

Y aunque ambos sabían que debían separarse cuanto antes, Tam parecía tener otros planes para ellos, pues se sentó a horcajadas sobre Blair, aplastándola más contra su padre. Ambos dejaron de respirar por un momento, al verse tan estrechamente unidos.

—Tam —la voz de Kerr estaba ronca y Blair suspiró ligeramente. La mirada de Kerr volvió a ella mientras hablaba de nuevo—. Quítate de encima. Estás lastimando a Blair.

Aquello no era cierto, pero no pensaba sacarlo de su error, pues necesitaba alejarse de Kerr antes de que su cuerpo la delatase. O que su subconsciente actuase por ella, haciendo caso omiso a su mente.

—Pero papá —sonaba decepcionado y se apoyó en los hombros de Blair para mirarlo a los ojos—, la venganza.

Su movimiento obligó a Blair a bajar la cabeza hacia Kerr hasta quedar a escasos centímetros de su boca. Su cabello, suelto en algún momento de la tarde, ocultó sus rostros de los demás. Los ojos de Kerr regresaron a sus labios y antes de que Blair pudiese asimilar lo que estaba a punto de suceder, la besó. Fue un beso demasiado corto, pero cargado de intenciones. Blair tembló.

Después, Kerr la sujetó por los brazos y se incorporó, llevándola con él y tirando a su hijo en el suelo, que protestó sonoramente. Ninguno de ellos le prestó atención y aunque Kerr debería haber soltado a Blair en cuanto estuvieron de pie, no lo hizo. No podía. No quería.

—¿Estás bien? —le preguntó finalmente, cuando logró separarse de ella.

—Sí —Blair acertó a sonreír.

—Papá —la protesta de Tam, lo obligó a romper el contacto visual con ella y centrarse en su hijo.

La realidad golpeó con fuerza a Blair cuando miró a su alrededor y recordó que no estaban solos. Un intenso rubor la cubrió al ver la sonrisa cómplice de Shona. ¿Qué habían visto?

—No han visto nada —le susurró Kerr al pasar junto a ella, como si le hubiese leído el pensamiento. Luego cargó a su hijo sobre su hombro, provocando su risa—. Ha sido suficiente por hoy, hijo. Empieza a bajar la temperatura. Entremos en casa —alzó la voz para decir unas últimas palabras

—. Esta noche habrá cena en la casa. Hace tiempo que no nos reunimos todos.

Y era cierto. Desde que Lorna lo había drogado aquella segunda vez para intentar atraerlo a su cama. Frunció el ceño al recordar cómo Arran había sujetado a Blair cuando la tiró al suelo. La mirada de su amigo no le había gustado nada.

Y como si hubiese sido una premonición, acabó arrepintiéndose de haberlos invitado a cenar horas más tarde. En realidad solo a Arran, que se había sentado junto a Blair al inicio de la noche y no había dejado de hablar con ella desde entonces. En muchas ocasiones, demasiadas para su gusto, la había hecho reír con sus comentarios. Le gustaba su risa, pero habría querido ser él quien se la provocase y su ánimo se fue ensombreciendo a medida que el tiempo pasaba y el alcohol embotaba sus sentidos.

—Creo que es hora de retirarme —oyó decir a Blair poco después de medianoche—. Seguramente Fiona querrá comer temprano y dudo que tenga en cuenta que yo haya trasnochado.

Arran la despidió con una sonrisa que a Kerr le disgustó, pero en cuanto Blair se acercó a él, su corazón se aceleró y le hizo olvidar el reproche que había bailado en sus labios segundos antes.

—¿Podrías ayudarme con Tam? —le pidió—. Se ha dormido hace un momento y pesa demasiado para mí.

—No creía que te hubieses percatado de ello —contestó, acallando a su corazón—. Parecías demasiado concentrada en Arran.

—Sé lo que hacen tus hijos en todo momento, Kerr. Conozco mis responsabilidades. ¿Y tú las tuyas? —le hablaba con los brazos en jarras, desafiante, a pesar de susurrar para no llamar la atención de nadie—. Porque no has sido muy buen anfitrión esta noche.

—¿Eso son mis hijos para ti? —ignoró su acusación— ¿Una maldita responsabilidad?

—Sabes que no. ¿Qué pasa contigo, Kerr?

—¿Qué pasa contigo, Blair?

—Nada en absoluto —lo desafió, frunciendo el ceño—. No soy yo el que está de pésimo humor esta noche.

Kerr se levantó tan rápido que se balanceó peligrosamente antes de conseguir estabilizarse. Fijó su mirada en ella y descubrió que sus pupilas estaban tentadoramente dilatadas por su inesperado acercamiento. El calor subió por su cuerpo quemando el alcohol a su paso, espabilándolo al momento. *Haré que olvides a Arran*, pensó.

Tomó a su hijo en brazos y subió tras Blair en silencio, esperando pacientemente a que ella preparase la cama de Tam. Lo recostó en ella y le quitó la ropa, como tantas otras veces había hecho y comprendió que lo echaba de menos. Desde la llegada de Blair, se había encargado de todo, eficazmente, debía admitirlo, pero en ese momento, lamentaba no haber buscado tiempo para ello. Besó su mejilla y lo arropó, permitiéndose observarlo mientras dormía, por unos minutos.

—Me encanta esto —la voz de Blair a su lado lo sobresaltó. Se había olvidado de ella—. Es la mejor parte del día para mí. Hay tanta inocencia en sus rostros cuando están durmiendo.

—Sí.

Blair apoyó una mano en su hombro antes de salir del cuarto. No supo si había intentado animarlo con aquel gesto o hacerle ver que se iba. De cualquier modo, había decidido hacerle olvidar a Arran y no la dejaría escapar de él ahora. Ni aunque mirar a su hijo hubiese diluido su enfado.

Salió tras ella cuando Blair ya había entrado en su alcoba, pero no dudó en entrar. La encontró de espaldas a la puerta, con la cabeza gacha. Se acercó a ella para enfrentarla pero, al hacerlo, vio con consternación que estaba llorando. El gesto había sido para consolarse a sí misma y lo supo en cuanto vio sus lágrimas.

—Estás llorando —señaló lo obvio.

—No lo había notado —intentó bromear, pero fracasó, porque sus lágrimas se intensificaron y se apretó contra el pecho de Kerr. Él la envolvió en sus brazos y apoyó la barbilla en su cabeza. No sabía qué más hacer.

—¿Es por algo que haya dicho yo? —lamentaba haberla acusado de coquetear con Arran. Cuando se trataba de ella, no conseguía controlar sus impulsos. Ni los buenos ni los malos.

—Mi hermano —sollozó, negando con la cabeza contra su pecho—. Hoy lo he extrañado especialmente.

Kerr le acarició la espalda con una mano y le susurró palabras de consuelo, que aunque sabía que no servirían de nada, no podía evitar decirlas. No le gustaba verla en aquel estado y sentía que debía hacer lo que fuese para tranquilizarla.

—Gracias —Blair levantó el rostro hacia él y le regaló una sonrisa que se le antojó triste—. Siento que me hayas visto así de nuevo. No debería...

—Puedes llorar en mi hombro siempre que quieras.

—Me confundes, Kerr —frunció el ceño—. En un momento me estás

acusando de algo que no entiendo y al otro me consuelas como el más tierno de los hombres. ¿Qué quieres de mí?

—Lo quiero todo —le dijo, besándola. Pero en esa ocasión, Blair se separó bruscamente de él y retrocedió cuando intentó acercarse de nuevo a ella al notar su agitada respiración.

—Esto no está bien, Kerr —le dijo, con voz firme—. Será mejor que te vayas antes de que hagamos algo de lo que nos arrepintamos.

—Créeme que yo no me arrepentiré de esto —intentó alcanzarla.

—Sí lo harás —se alejó una vez más—. Cuando hayas conseguido de mí lo que quieres, tu... deseo se apagará y te alejarás. Entonces, será tan incómodo para los dos vivir bajo el mismo techo, que tendré que regresar a Edimburgo. Y yo me moriré si tengo que abandonar a tus hijos ahora.

—Blair.

—No —lo interrumpió—. Será mejor que te vayas y que olvidemos lo que ha pasado.

—Esto no va a quedar así, Blair. Te lo aseguro.

Kerr la dejó sola y ella tuvo que sentarse en la cama. Las piernas le fallaban y el corazón estaba a punto de estallarle, pero sabía que había hecho lo correcto, porque ya no podía negarse que se había enamorado irremediabilmente de él. Incluso con aquellos extraños cambios de humor.

PLANES

Angus estaba en la corte, después de varios meses aguardando ese momento y temiéndolo en cierto modo. El invierno tocaba a su fin y Jacobo parecía más ansioso que nunca por reiniciar sus planes de ocupación de la isla de Lewis. Aunque las revueltas en Inglaterra no estaban totalmente sofocadas, parecían haber sido controladas por el momento, lo que le permitía centrar, por fin, su atención en el norte de Escocia y en sus bárbaros habitantes.

Angus, como descendiente directo de highlanders y conocedor de aquellas salvajes tierras, se había convertido en un apreciado consejero del rey y jamás faltaba a ninguna de sus reuniones. Lo tenían en gran estima en el círculo de amistades más íntimas de Jacobo y lo creían totalmente fiel a la corona.

Si llegasen a descubrir la verdad sobre él y sus intenciones, sería acusado de alta traición y ejecutado en público, pero eso no le preocupaba en demasía. Llevaba años haciéndolo y nadie nunca había sospechado de él. Que su hermana estuviese casada con uno de los mejores amigos de rey tenía sus ventajas también.

—Los Aventureros de Fife estarán listos para cuando la nieve se haya derretido —informó lord Seton, con orgullo.

Había sido idea suya llamar así a los colonos de las Lowlands que acudirían a la ocupación. A Angus le había causado mucha gracia que los nombrase de ese modo, pues parecía como si estuviesen hablando de una partida de viajeros en busca de aventuras y no de una fuerza de colonización. No sonaba tan serio como creían, pero no sería él quien se lo dijese.

—No deberíamos ser tan raudos —Angus intentó bajar los ánimos y darse un tiempo para informar de los cambios—. Los caminos pueden ser peligrosos durante el deshielo. Yo esperaré a que la primavera ya esté algo

más avanzada.

—Eso sería esperar demasiado tiempo —se quejó Jacobo.

—Pero aseguraríamos el éxito de la expedición —insistió Angus—. Nuestras fuerzas podrían verse reducidas antes de llegar a Lewis por culpa de un terreno tan traicionero como ese. Y el mar es otro inconveniente a tener en cuenta. Es época de tormentas y podríamos perder algún barco. Y os aseguro, majestad, que para vencer a los highlanders vamos a necesitar hasta el último de nuestros hombres.

Jacobo sopesó la información de Angus. Se tomaba muy en serio sus advertencias, pues conocía bien el terreno y a los habitantes de las islas y había quedado demostrado en más de una ocasión, que no debía desechar sin más lo que le decía. Desde su primera incursión fallida, tampoco quería cometer más errores, pues eso repercutía en las arcas reales y sus súbditos no parecían muy contentos con tanto gasto. Se paseó por la habitación, inquieto. Deseaba acabar con aquel asunto cuanto antes, pero también reconocía el peligro que entrañaba llegar a Lewis en el momento equivocado.

—Esperaremos, pues —decidió finalmente—. Angus, mantenedme informado de cuándo podemos emprender la marcha sin riesgos para los colonos. Y tal vez debierais también hacer una nueva visita a vuestro primo para asegurarnos de que no sospecha. No quiero que vuelva a intervenir en auxilio de sus parientes.

Jacobo creía que Angus espiaba para él, pero solo le decía lo que le convenía. Claro que su primo estaba al tanto de todo, pues él mismo lo informaba. Los aventureros de Fife no tendrían más posibilidades de colonizar Lewis ahora, que habían tenido en el primer intento. Las Highlands permanecerían libres, mientras un solo hombre se mantuviese en pie. Y eran muchos todavía. Más de lo que Jacobo creía.

—Como deseéis, alteza —se inclinó en una estudiada reverencia—. Haré el viaje en cuanto el camino sea mínimamente practicable.

Había estado esperando que el rey le diese aquella orden. Tenía sus propios motivos para querer visitar Dunvegan, pero prefería no tener que hacerlo a escondidas. Ansiaba poder permanecer en casa de su primo unos cuantos días para verla. Porque Blair estaría allí o al menos no muy lejos. Probablemente iría con Kerr a Dunvegan si este era llamado por su primo. Y él se encargaría de que así fuese.

Regresó a casa para disponer de todo lo necesario para el viaje. Había convencido al rey de que el camino era peligroso, pero en realidad estaba

bastante practicable ya. Al menos para alguien que sabía por dónde moverse. Y, aunque había dejado de visitar a su hermana con tanta frecuencia como antes, decidió que iría a despedirse de ella. En realidad la había perdonado por sus duras palabras un mes después de la discusión y había aceptado que el pequeño Bruce fuese el heredero de los Cockburn, pero sin Blair en la casa, su interés por visitar a su hermana había menguado.

Aunque estaba al tanto de los progresos con el niño. Sabía que le había costado entender que Blair no iría a buscarlo y cada día durante meses había preguntado por ella, para exasperación de su hermana. Sin embargo un día, simplemente dejó de hacerlo. Y Angus sabía que era solo cuestión de tiempo que comenzase a llamar mamá a Donella. Ella insistiría hasta lograrlo.

—Mañana parto hacia Dunvegan —informó a su cuñado nada más llegar— a petición de Jacobo, para ver cómo marchan las cosas por allí.

A él también lo engañaba. Alpin toleraba que Donella conservase el trato con los MacLeod, solo porque creía que Angus y ella eran fieles al rey y que él los mantenía controlados en beneficio de Jacobo.

—Habla con Donnie antes de partir —le dijo—. Tal vez desee enviar una carta a Blair y alguno de los dibujos que Bruce ha hecho para ella.

A pesar de que Donella les había asegurado que Blair había dicho que prefería que Bruce se quedase en Edimburgo con ellos y de que Alpin así lo creyese, Angus tenía sus dudas. Conocía el amor de Blair por su hermano y le costaba imaginar que accediese de buen grado a separarse de él. Incluso aunque pudiese visitarla de vez en cuando, como había prometido Alpin, si así lo pedía el niño.

—Está bien —sonrió. La idea de tener una buena excusa para verla le parecía perfecta. Más aún cuando estaba convencido de que su hermana los había engañado a todos y Blair no quería alejarse de su hermano.

—Debo pedirte un favor, Angus —le dijo Donella, después de darle una carta lacrada con el sello de los Cockburn—. Dos, en realidad.

—Tú dirás.

—El primero es te asegures de que esta carta no llega a las manos de Blair —aquello prometía y Angus sonrió anticipándose a lo que seguiría—. Y el segundo que me guardes el secreto.

—Sabes que lo haré —le prometió—, pero a cambio, quiero saber la verdad.

Su hermana parecía nerviosa y temerosa de que alguien pudiese oírlos, pero asintió.

—Blair espera que su hermano se reúna con ella en Dunvegan en cuanto el tiempo lo permita.

—Lo sabía —sonrió triunfante—. Blair jamás abandonaría a Bruce.

—No puede llevárselo, Angus —la angustia en su voz lo conmovió—. No podría perderlo también a él.

—¿Y cómo pretendes evitar que venga a por él cuando vea que tú no lo envías?

—Mi primo no se lo permitirá.

—No subestimes a Blair.

—Me preocupa más Alpin. Si no consigo convencerlo de que Blair no quiere que el niño viaje a las tierras altas, me pedirá que se lo lleve tan pronto como el paso esté en condiciones. Y si descubre lo que he hecho...

—No lo hará —le prometió—. Yo me encargaré de todo, Donnie.

—¿Cómo?

—Es mejor que no lo sepas —ya se estaba formando un plan en su cabeza—. Solo disfruta de tu heredero.

—Pero Alpin...

—Alpin tampoco será un problema, hermanita —le aseguró—. Solo debes dejarlo en mis manos.

—¿Estás seguro?

—¿Te he fallado alguna vez, Donnie? —la besó en la mejilla a modo de despedida—. Me pasaré por aquí, con la solución en la mano, en cuanto regrese de Dunvegan.

Angus salió de la casa con una sonrisa en los labios al pensar en que Donella le había dado un mejor motivo para hacer sucumbir a Blair ante él. Había llegado el momento de meterla en su cama al fin y para cuando terminase con ella, no le quedarían ganas de regresar a Edimburgo. Sabía que la poseería en una sola ocasión, pero para bien o para mal, la haría totalmente inolvidable.

REENCUENTROS

Fiona había crecido mucho en sus primeros seis meses de vida y Blair no podía dejar de disfrutar de cada pequeño cambio. Ya se sostenía sola al sentarla y en poco tiempo empezaría a gatear. Su trabajo se vería duplicado entonces, pero no le importaba. Más bien lo prefería, pues, entre los niños y la casa, se mantenía tan ocupada, que apenas tenía tiempo para pensar en Kerr y en lo que sentía por él.

No habían vuelto a hablar de lo que había sucedido entre ellos aquella noche en su cuarto, pero tampoco lo hacían de nada que no fuese lo estrictamente necesario. Y aunque lo sorprendía en muchas ocasiones mirándola con el ceño fruncido, sobre todo cuando hablaba con Arran, trataba de ignorarlo para no discutir con él. Por desgracia no era fácil, pues Arran se había convertido en un buen amigo y solían hablar a menudo de cualquier cosa, lo que implicaba demasiadas miradas furibundas por parte de Kerr. Aún así, no dejaría que eso le afectase. Arran le enseñaba sobre la vida en las tierras altas, sobre la granja, el ganado, los pastos, y le contaba anécdotas sobre los habitantes de Lochbay. Gracias a él los conocía ahora a todos. Y había sido él también quién le contó la historia de Kerr y Lorna.

—Ella lo engañó —le dijo una tarde en que el sol había hecho acto de presencia y pudieron salir de la casa.

—¿Con otro hombre?

—Ojalá hubiese sido eso. Habría sido más fácil de asimilar. Pero Lorna jugó con sus sentimientos. Desde el principio, ella lo veía como un trofeo o algo así. Mostró interés en él porque creía que sería el tanaiste de Dougal. La verdad es que todos lo creíamos, pero Kerr ama esta granja más que cualquier otra cosa y rechazó la oferta porque habría supuesto abandonar este lugar. El caso es que Lorna esperaba que aceptase y así ella se convertiría en la esposa

del tanaiste.

—¿Y por qué se casó con ella si sabía que no lo quería?

—Eso lo descubrió después de estar casados, aunque habría dado igual que lo hubiese sabido antes, porque los encontraron juntos en la cama —Arran sonrió al notar el sonrojo de Blair—. Kerr dio a entender que le había pedido matrimonio antes de acostarse con ella, pero los que vivimos con ellos después, sabemos que lo engañó de algún modo para llevarlo al altar.

—Bueno, tuvieron dos hijos. Debió perdonarla en algún momento.

—Tam nació nueve meses después del casamiento —negó— y Fiona fue otro engaño de Lorna. Lo drogó durante una cena que dieron en la casa. Tal vez también lo hizo así la primera vez. Encaja con su personalidad mezquina.

—Esa es una acusación muy fuerte, Arran.

—Es la verdad, Blair. Me consta que Kerr no volvió a tocarla desde que los encontraron en la cama aquella noche. Apenas le dirigía la palabra si no era para discutir. No se habría acostado con ella por voluntad propia.

El sonrojo de Blair iba en aumento a medida que Arran avanzaba en la historia, pero no intentó detenerlo porque le intrigaba esa parte de la vida de Kerr. Creía que era la clave para entenderlo, así que se tragó su vergüenza y siguió escuchando.

—Lorna era una arpía. Y no lo digo solo por lo que le hizo a Kerr, sino también por lo que intentó y no consiguió.

—¿Cómo qué?

—Como engañarlo con alguno de nosotros.

—Eso es horrible.

—Y Kerr lo sabía. Aquí no es fácil ocultar un secreto —el sonrojo de Blair se intensificó, pero esta vez por sí misma y los besos que se había dado con Kerr. Solo esperaba que ese secreto sí estuviese a buen recaudo.

—¿Por qué continuó con ella si le hacía tanto daño? Pudo haberla enviado a Dunvegan con alguna excusa.

—Kerr es un hombre de fuertes ideales. Juró cuidarla y respetarla y eso hizo, aunque no pudiese soportar el tenerla cerca —Blair se acordó de su madre, que había hecho lo mismo con su padre, y no pudo sino admirar más a Kerr—. Y no habría renunciado a sus hijos por no verla.

—Era una situación complicada —admitió.

—Y me temo que ahora Kerr no tiene buen concepto de ninguna mujer.

—No se puede juzgar a todo un rebaño por una oveja descarriada —la comparación hizo reír a Arran— ¿Qué?

—Ya hablas como una granjera.

—Supongo que todo se pega —sonrió.

Aquel fue uno de aquellos días en los que Kerr lució un humor de perros. Si no supiese que era imposible, Blair habría jurado que había escuchado su conversación.

—Dougal nos reclama —le dijo Kerr una mañana.

Había dejado de nevar semanas atrás y el sol comenzaba a secar la tierra. El trabajo había aumentado así que Blair había asumido todas las tareas del hogar para que el resto pudiese ayudar en la granja. La casa se le daba bien y con los animales solo estorbaría.

—Supongo que irás sin los niños en esta ocasión —le dijo mientras terminaba de remendar un calcetín. Le gustaba coser porque la relajaba.

—Ha dicho que tú también debes ir. Al parecer, tiene noticias de tu hermano.

—Bruce —se le iluminó el rostro al pensar en él—. Tal vez ya pueda ir a buscarlo.

—Tal vez.

—Ahora que lo pienso, nunca llegaste a contestar la pregunta de Tam —dijo, de repente con timidez, cuando Kerr ya se disponía a salir del cuarto. No había vuelto a pensar en ello y ahora la duda la atormentaba. Dejó la costura a un lado y se levantó. No podía quedarse quieta cuando Kerr la miraba de aquel modo.

—¿Qué pregunta?

—Si permitirías que Bruce viviese en la granja.

—Por supuesto. ¿Qué clase de hombre sería si alejase a un niño de cuatro años de la única familia que tiene?

—Gracias.

Blair se abrazó a él, impulsada por el alivio. Ni siquiera lo pensó, hasta que sintió sus brazos rodeando su cintura y apretándola contra él. De repente, la estancia parecía más caldeada y su rostro comenzaba a arder también. Intentó separarse, pero Kerr se lo impidió.

—Debería hacer más cosas buenas por ti, si esta es la recompensa —le dijo, con los labios demasiado cerca de su cuello. Su aliento le provocó escalofríos por todo el cuerpo, pero cuando su boca finalmente rozó su piel, dejó escapar un suspiro. Sabía que debía detenerlo y, sin embargo, se permitió disfrutarlo un instante. Su corazón enamorado así se lo pedía— ¿Sientes lo mismo cuando Arran te besa?

El susurro de Kerr rompió la magia y se apartó de él, molesta por su insinuación. Sin pensárselo, lo abofeteó tan fuerte que incluso le dolió la mano.

—Cretino —le dijo—. Jamás vuelvas a insultarme de este modo.

—¿O qué?

—O te arrepentirás, Kerr MacLeod —lo señaló con el dedo—. Las mujeres no estamos todas cortadas por el mismo patrón. No me juzgues a mí porque hayas tenido una mala experiencia con otra. Yo no soy ella.

—Tú no sabes nada —la sujetó por el brazo, lastimándola.

—No, no sé nada. Salvo que mi padre era un borracho que pegaba a mi madre si no le daba más dinero para beber. Y que me habría matado si no hubiese huido la noche en que nació mi hermano. Y aún así, no creo que todos los hombres sean como él. Ahora, haz el favor de soltarme porque me estás haciendo daño.

Kerr obedeció y Blair salió del cuarto sin mirar atrás. De haberlo hecho, habría visto sus lágrimas y no estaba dispuesta a permitir que la supiese tan débil. Tampoco dejaría que la comparase con su difunta esposa nunca más. Si se le ocurría hacerlo, aunque su corazón sangrase por abandonar a los niños, se alejaría de aquel lugar para siempre.

Preparó los arcones para el viaje, después de avisar a Shona de que la dejaría a su cargo en esta ocasión. Había dejado de llorar por las noches y ahora todos estaban encantados con las gracias de la pequeña. A Tam había sido imposible persuadirlo de no ir, así que también metió su ropa. Por suerte, según había dicho su padre, podrían llegar en un solo día si salían al amanecer. Blair no estaba tan feliz de eso porque todavía recordaba el dolor que le había causado el cabalgar tanto tiempo sin descanso.

Tam estaba tan nervioso, que acabó por dormir con Blair en su cama. Su padre no le había permitido llamarla mamá, pero había accedido a hablar con él de su verdadera madre siempre que se lo pidiese. Las primeras semanas le había pedido que le contase cada noche una historia sobre ella, pero con el paso de los días, sus ansias de recordarla disminuían. Así como crecía su deseo de que Blair pudiese llegar a ser algún día su madre.

Al amanecer, partieron rumbo a Dunvegan, en silencio y con el sueño todavía en el cuerpo. Estaban acostumbrados a levantarse pronto, pero el día anterior había resultado extenuante por toda la cantidad de trabajo que quisieron dejar hecho antes de partir. Siempre sabían cuándo iban al castillo, pero no cuándo volvían y, aunque Kerr intentaba prescindir de tantos hombres

como podía para que la granja no quedase desatendida, el viaje no dejaba de ser peligroso y no podía ir desprotegido.

Por suerte, el camino estaba practicable, a pesar de que la nieve no se había derretido del todo, y pudieron llegar en la noche de aquel mismo día, tal y como habían previsto. Ian los aguardaba en el patio para darles la bienvenida, como parte de su deber de tanaiste. Después de que Kerr rechazara el puesto, Ian lo ocupó de buen grado.

—Bienvenidos —se acercó a ellos y ayudó a Blair a bajar del caballo para susurrarle al oído—. Estás más bella de lo que recordaba, Blair.

Blair miró en dirección a Kerr para comprobar que no lo hubiese oído. Después de la discusión que habían tenido el día antes de su partida, no quería ver más reproche en sus ojos si veía cómo Ian la coqueteaba nada más llegar.

—¿No me digas que lo ha vuelto a hacer?

—¿Qué? —Blair lo miró, sin comprender.

—Hace años Kerr y yo competíamos por el amor de una mujer —le explicó— y me venció llevándosela a la cama. ¿No habrá hecho lo mismo contigo?

—Por supuesto que no —su rostro enrojeció, mezcla de vergüenza y enfado— ¿Pero qué os pasa a los hombres, que os creéis con el derecho a juzgar a las mujeres sin más?

Se alejó de él, claramente ofendida y cuando su mirada se topó con la de Kerr, habría deseado que sus ojos lanzasen dagas para poder clavárselas en el pecho en pago por su furibunda mirada. Tal vez fuese cierto que todos los hombres eran iguales. Igual de idiotas.

Entró en el castillo, sin siquiera ayudar a descargar la carreta. No podía seguir fuera, con aquellos dos hombres, sin recriminarles su censurable comportamiento y dejarse en evidencia a sí misma en el proceso. Se dirigió a las escaleras después de que alguien le indicase que su alcoba sería la misma que en la ocasión anterior y, en sus ansias por desaparecer, no vio que alguien avanzaba en su dirección hasta que chocó de frente con él.

—Lo siento —dijo, intentando recuperar el aliento. Por suerte, la habían sujetado para que no diese con su trasero en el suelo. Ya le dolía lo suficiente después de la cabalgata.

—Blair, querida, qué alegría verte. ¿Me has echado de menos? Yo a ti sí, desde luego.

No era otro más que Angus y Blair maldijo su mala suerte. Trató de mostrarle su mejor sonrisa, aunque no le apeteciese hablar con él en ese

momento, porque estaba segura de que era quien le traía noticias de su hermano. *Ojalá lo hubiese traído ya con él*, pensó.

—Mucho tiempo, sí —ignoró su pregunta, para centrarse en lo que realmente le importaba— ¿Traéis noticias de mi hermano?

—Tan directa como siempre.

—Me temo que acabo de llegar de un largo viaje a caballo y me duele todo el cuerpo, así que no tengo tiempo ni paciencia para ser menos directa.

—En ese caso —la tomó del brazo y la arrastró hasta las escaleras—, será mejor que busquemos un lugar menos concurrido.

—¿Por qué?

—Me temo que lo que tengo que contarte no será de tu agrado, Blair.

—¿Le ha pasado algo a mi hermano? —su voz sonó en apenas un susurro.

Angus la llevó con él hasta su propia alcoba, seguro de que no lo notaría, tan angustiada como se veía en ese momento. Una vez allí, le daría la noticia y creyendo que le proporcionaría consuelo, caería en sus brazos, sin saber que él buscaba mucho más. Blair sería suya mucho antes de que el ajeteo de la llegada de Kerr desapareciese.

—No hay forma delicada de decir esto, querida Blair —comenzó.

—Pues dilo de una vez —le exigió. Apretaba los puños con fuerza, temerosa de lo que estaba a punto de escuchar.

—El invierno ha golpeado duro esta vez en Edimburgo — con cada palabra, el rostro de Blair se contraía de miedo, imaginando mil posibilidades, mientras Angus sonreía internamente, anticipando lo que sucedería—. Muchas personas se han visto afectadas.

—Dilo de una vez, Angus —repitió.

—Hicieron todo lo humanamente posible por él —continuó—. Hasta mandaron buscar a los médicos más reputados, pero no sirvió de nada. Lo siento, Blair.

—No —se llevó las manos al rostro para ocultar las lágrimas—. No puede ser. No te creo.

—Lo lamento, querida —Angus aprovechó el momento en que ella flaqueó para abrazarla—. Es un duro golpe, lo sé. Terrible.

—Muerto —sollozó contra su pecho—. Bruce muerto. No puede ser.

—Sé que es difícil de asumir, pero no estás sola, Blair —la acercó más a él—. Estoy aquí para ayudarte a sobrellevarlo. Apóyate en mí.

Angus le sujetó la barbilla y alzó su rostro, surcado en lágrimas, para besarla, a sabiendas de que Blair no reaccionaría a tiempo de rechazarlo.

Puede que incluso le dejase hacer mucho más sin oponerse, pues el dolor por la muerte de su hermano pequeño, la dejaría fuera de combate un buen rato.

—No —a pesar de las esperanzas de Angus, Blair intentó detenerlo después de unos segundos—. Angus, no. Soltadme.

—Vamos, Blair, no te reprimas —su boca la buscó de nuevo—. Será bueno para ti. Te ayudará a olvidar el dolor.

—He dicho que no —estiró los brazos, tratando de liberarse de su abrazo—. Soltadme ahora mismo o gritaré.

—No gritarás. Sé que lo estás deseando tanto como yo.

—Soltadme ya.

—Será mejor que le hagas caso, Angus —una potente voz llegó del otro extremo del cuarto—. No me gustaría tener que matarte por atreverse siquiera a tocarla.

—Piérdete, Kerr. Esto no es asunto tuyo.

—Desde el momento en que Blair quedó bajo mi cuidado, todo lo que le suceda es asunto mío. Y aunque no lo fuese, nunca dejaría a una mujer en manos de un hombre cuando claramente no lo desea.

Angus soltó a Blair finalmente, cuando vio que Kerr había llevado con él la espada. No se medirían en una pelea porque sabía que perdería. No había nadie mejor que él en la batalla. Sin embargo, juró vengarse por aquella interrupción, al ver cómo Blair corría hacia Kerr y lo abrazaba. Esperaría el tiempo que fuese menester para tenerla en su cama y para demostrarle a Kerr que con él no se jugaba. Su paciencia era infinita.

—Quédatela, si tanto te gusta —dijo, fingiendo desprecio por ella—. Yo prefiero a una mujer más... complaciente.

—No te vuelvas a acercar a ella o no vivirás para contarlo —Kerr lo amenazó por última vez, antes de salir de su alcoba.

—El que no vivirá serás tú, Kerr —susurró en cuanto se quedó solo.

Kerr se llevó a Blair hasta el cuarto que le habían asignado a ella, mientras la sentía temblar bajo su abrazo. Al entrar, se sentó con ella en la cama y permanecieron en silencio unos minutos.

—¿Estás bien? —le preguntó al fin.

—No —susurró, intentando controlar las lágrimas.

—Suerte que Tam te siguió al llegar —le explicó, aún cuando no le había pedido que lo hiciese—. Me avisó de lo que estaba pasando en cuanto descubrió a dónde te llevaba. Si él no os hubiese visto, ahora...

No pudo terminar la frase. Estaba furioso con Angus por haber intentado

forzar a Blair y solo sentía deseos de regresar a por él y cortarle la cabeza. Inspiró profundamente y trató de serenarse, antes de continuar hablando. No quería decir algo que la hiciese sentir peor.

—Bruce está muerto —fue ella quien inició la conversación.

—¿Qué? —apenas lo había susurrado y Kerr creyó haber oído mal.

—Mi hermano —dijo, alzando el rostro hacia él— está muerto.

—No puede ser —frunció el ceño.

—Lo dejé solo en Edimburgo y ahora está muerto. Es culpa mía.

—Eso no es cierto, Blair. Tú no podías saber lo que pasaría. Y no estaba solo.

—Era su única familia. No debí abandonarlo —las lágrimas corrían por sus mejillas, bañando su rostro y Kerr las limpió con ternura.

No le gustaba verla tan vulnerable. Había creído que su angustia era por lo que Angus había estado a punto de hacerle, pero se había equivocado. Ojalá no lo hubiese hecho porque la realidad era más aterradora. Su hermano había muerto y no sabía cómo consolarla, así que permanecieron en silencio, uno en brazos del otro, como si con eso bastase para borrar el recuerdo de lo que había pasado.

—Necesitas descansar, Blair —le dijo Kerr, finalmente—. El viaje ha sido agotador y la noticia de tu hermano demasiado dura. Estoy seguro de que Dougal comprenderá que no acudas a la cena esta noche. Acuéstate e intenta dormir. Mañana podremos hablar de ello cuanto quieras, si te sientes preparada para hacerlo.

Kerr la tumbó en la cama y la cubrió con una manta y le dolió ver cómo Blair se dejaba hacer sin protestar. Siempre había sido una mujer enérgica y con mucho carácter, pero en ese momento se asemejaba más a una muñeca de trapo. Acarició su cabello en un acto espontáneo y luego se alejó para dejarla sola. Sin embargo, ella lo detuvo, sujetando su brazo con manos temblorosas.

—No te vayas, por favor —le rogó—. Quédate conmigo.

Kerr dudó. Los recuerdos de la noche en que lo descubrieron con Lorna en la cama lo asaltaron de golpe. No quería creer que Blair fuese capaz de hacer algo así, pero le resultaba difícil confiar en ella. En cualquier mujer.

—Solo necesito que me abras hasta que me duerma, Kerr —Blair supo interpretarlo—. Si no te sientes cómodo con esto, atranca la puerta por dentro, pero no te vayas.

Algo dentro de Kerr se quebró ante su súplica. Se acostó junto a ella, después de trancar la puerta como le había sugerido, y los cubrió a ambos con

la manta. Cerró los ojos, concentrándose en cualquier cosa, salvo en la mujer que tenía en brazos y en todo cuanto le hacía sentir su cercanía.

Ella oyó llorar por su hermano durante horas, hasta que agotada, se quedó dormida. Debería haberse ido entonces, pero se limitó a permanecer junto a ella, en la oscuridad de la noche, sin mover un solo músculo para no despertarla, hasta que el sueño venció a su miedo de ser descubiertos. El amanecer lo encontró todavía en la cama de Blair.

GLENNA

Por primera vez en su vida, a Blair no le importó que alguien la viese llorar. La pérdida de su hermano era demasiado dolorosa como para intentar ocultarla a ojos de los demás. Sin embargo, se alegraba de que hubiese sido Kerr y no otro quien la hubiese consolado. Su presencia, aunque silenciosa, le había ayudado a controlar las lágrimas finalmente y se durmió sintiéndose segura a su lado.

Al despertar, no le sorprendió encontrarse sola en la cama, pero se sintió decepcionada. A pesar de todo lo que habían vivido ya, Kerr todavía no confiaba en ella y ese pensamiento la lastimó en su orgullo de mujer. De mujer enamorada. Estaba claro que Kerr jamás podría corresponderla.

Sin embargo, no tuvo ocasión de pensar más en ello, porque un vendaval de pura energía mañanera irrumpió en su alcoba, para arrasar con todo. Destapó la ventana y dejó que la luz entrase a raudales por ella, buscó un vestido bonito en su arcón sin pedirle permiso y la obligó a levantarse de la cama y vestirse. Y todo ello sin dejar de hablar en ningún momento.

—Te he echado de menos, Glenna —le dijo, sin poder evitar que la sonrisa acudiese a sus labios.

—Y yo a ti —la obligó a levantarse—. Hace un día estupendo hoy, así que nada de quedarse en cama, holgazaneando. Saldremos a ver a los hombres entrenar sin camisa y nos recrearemos la vista.

Blair se vistió, con ayuda de su amiga, mientras esta parloteaba sin descanso. Su conversación, casi unilateral, le permitió olvidar la dolorosa realidad por unos minutos.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Glenna, antes de salir de la alcoba, mirándola fijamente a los ojos. Sabía perfectamente a qué se refería, aunque le sorprendía que ya se hubiese enterado de todo. Las lágrimas

acudieron a sus ojos.

—No llores —Glenna la abrazó—. No debería haber preguntado. Soy una tonta. Lo siento mucho, Blair.

—No te preocupes —intentó sonreír, sin éxito—. No has hecho nada malo. Es solo que...

—Es demasiado reciente —terminó Glenna por ella—. Y demasiado difícil de asimilar. Ojalá pudiese hacer algo para cambiarlo.

—Nadie puede, por desgracia —cerró los ojos, intentando alejar las lágrimas—. Solo necesito tiempo para...

—Lo que necesitas es dejar de pensar en ello —Glenna se levantó, arrastrándola con ella—. Y yo sé cómo hacerlo.

La arrastró hasta las cocinas para que comiese, pues se había saltado la cena y el desayuno y su estómago rugía por el hambre. Después, se la llevó al campo de entrenamiento donde se habían reunido muchos de los habitantes del castillo a disfrutar del sol y de los juegos de los hombres.

—¿No es el más guapo de todos? —suspiró Glenna, de repente.

Blair siguió su mirada hasta Ronnie. Sonrió hacia su amiga y ella le correspondió con una gran sonrisa de dientes blancos. Se veía radiante.

—Veo que va todo bien con Ronnie ahora.

—Nos casaremos este verano —asintió—. Ronnie hubiese preferido que fuese antes, pero mi familia se negó. Tengo muchos primos que no me perdonarían que no los invitase a mis esponsales, así que nos ha tocado esperar.

—Seguro que sabréis compensarlo después.

—Ronnie quiere tener hijos cuanto antes. Y te aseguro —se acercó a ella para susurrar el resto—, que si el resto es tan bueno como los besos y las caricias, no tendré ningún problema en intentarlo las veces que haga falta.

—Glenna —se sonrojó intensamente, pues no había sido eso lo que había insinuado cuando le habló de compensación. Y porque las imágenes de Kerr besándola aquella noche en el pasillo, tras su conversación con Tam, asaltaron su mente.

—Vamos, Blair —chasqueó la lengua—. No me digas que nunca te han besado de tal manera que no te importaría llegar hasta el final.

—Aunque así fuese, no es algo que debas ir contando por ahí.

—Estamos entre amigas y nadie nos escucha —se quejó.

—¿Estás segura? Diría que hasta las piedras tienen oídos a veces.

—Tampoco me preocupa —se encogió de hombros—. Ronnie es mi

prometido, así que no hago nada malo si fantaseo con él en voz alta.

—Supongo que no.

—En tu caso, sería diferente, claro. No está bien que una mujer se deje besar por un hombre con el que no esté comprometida. Y tú jamás haría algo así —la miró con malicia— ¿O sí? Los hombres de las tierras altas son tan irresistibles. ¿Has probado a calentar tus labios con los de algún highlander este invierno?

—Desde luego que no —se hizo la ofendida, pero Glenna no se veía tan convencida, porque entrecerró los ojos.

—¿Quién es? —la pregunta confirmó sus sospechas—. Mejor no me lo digas. Prefiero adivinarlo. Será más divertido.

Paseó la mirada por la liza, observando uno a uno a los hombres. Para disgusto de Blair, Kerr había aparecido poco antes, así que estaba segura de que Glenna acabaría preguntándole por él. Y no estaba segura de poder ocultarle la verdad a su amiga.

—Cuando estuviste aquí, había varios interesados en ti —comenzó a especular Glenna—. Ian era uno de ellos, ¿verdad?

—Lo era, sí —intentó parecer desinteresada—. También Ronnie.

—Ronnie no cuenta ya —hizo un aspaviento con la mano—. Es mío.

—Pero estamos hablando de qué labios he probado —bromeó con ella. Si conseguía que su amiga se centrara en su prometido, tal vez dejara aquella búsqueda ridícula— ¿Y si fuese Ronnie?

—Tú sabías desde el principio lo que sentía por él, así que jamás le habrías permitido que te besara.

—Gracias.

—¿Por qué? —la miró, extrañada.

—Por tener tanta fe en mí.

—Somos amigas —le restó importancia—. Las amigas confían entre sí.

Blair decidió entonces, que si Glenna descubría que había sido Kerr quien la había hecho suspirar con sus besos, no lo negaría. Si era capaz de confiar en ella de una manera tan altruista, debía corresponderle en igual medida.

—Veamos —Glenna volvió a la carga y Blair le dejó hacer—. Ian te ha besado, eso lo sabe todo el mundo.

—¿Qué?

—Bueno, él no es muy discreto que digamos cuando le gusta una mujer.

—Lo voy a matar —murmuró por lo bajo, en tono amenazante.

—¿Significa eso que sus besos no te derriten? —alzó una ceja.

—Lo que se va a derretir es su cerebro cuando termine con él.

Glenna rió y atrajo la mirada de varios de los presentes. El rostro colorado de Blair también llamó la atención más de lo que a ella le gustaría.

—Descartado, entonces. Pobre Ian —rió por lo bajo—, se va llevar una decepción cuando lo sepa.

—Uy sí. Pobre Ian —estaba muy molesta con él.

—Entonces, si no es Ian, ni Ronnie... ¿Robert?

—No.

—¿David?

—Ni siquiera sé quién es.

—Bailasteis juntos el día en que... —Glenna se detuvo y la miró con los ojos bien abiertos—. Claro, ¿cómo no lo pensé antes?

Blair ocultó un ligero rubor, fingiendo entretenerse con algo que encontró junto a sus pies. No podía mirar a Glenna sin delatarse.

—Si has conseguido que Kerr te bese —continuó su amiga, en tono bajo—, eres una mujer afortunada.

—Seguro —ni se molestó en disimular la ironía.

—Todos piensan que entre él y Lorna debió pasar algo muy malo para que ella no regresase a Dunvegan nunca más. Y dicen que seguramente haya sido que ella lo llevó al altar con el truco más viejo: engañándolo para que los encontrasen juntos en la cama. Y no me extrañaría que ocurriese así, porque Lorna siempre fue una mujer ambiciosa.

—No sé nada eso —mintió.

—Pues te diré —se acercó más a ella para que nadie más oyese lo que hablaban— jugaba a dos bandas. Consiguió enfrentar a Ian y a Kerr porque dispensaba su atención a los dos al mismo tiempo. Y no es que lo haya oído, sino que lo vi con mis propios ojos.

—No sé qué decirte —Arran no le había comentado nada sobre ese tema. Aunque recordaba que Ian lo había insinuado a su llegada el día anterior, solo que estaba tan enfadada con él, que no le había prestado la suficiente atención.

—Muchas mujeres intentaron llevar a Kerr a su cama cada vez que venía al castillo —Glenna parecía en trance al contarle la historia— porque decían que Kerr no amaba a su esposa, pero ninguna lo logró. Supongo que eso solo lo hace más honorable.

—Supongo.

—Si no suspirase por Ronnie ya en aquella época, yo misma habría

intentado conseguir un beso suyo.

—Glenna —la reprendió.

—Ya he dicho si no suspirase por Ronnie —rió, sin sentir ni un poco de vergüenza por lo que había confesado.

—Tal vez no lo lograsen porque estaba enamorado de su esposa.

—Tonterías.

—¿Haces caso de las habladurías sobre sus problemas, pero no de esto?

—Si estuviesen enamorados, Lorna lo acompañaría a todas partes. Ella odiaba la granja. Siempre decía, a quien quisiese escucharla, que cuando Kerr fuese su esposo, lo convencería para aceptar la propuesta de su primo de ser su tanaiste. Quería quedarse en Dunvegan con él, así que imagino que dejarla en Lochbay fue el castigo que Kerr le impuso por engañarlo.

—Está claro que Lorna no es de tu agrado.

—Lorna era una arpía y todos lo sabíamos, excepto nuestro laird. Para él, su prima no tenía defectos y es por eso que guardamos silencio sobre todo el mal que hacía. Y sobre lo que creemos que sucedió la noche en que la descubrió con Kerr en la cama.

—Pero todo cuanto dices son solo suposiciones. Salvo lo de que le gustaba coquetear con Ian y Kerr al mismo tiempo —aclaró al ver cómo Glenna se disponía a contradecirla.

—¿Me estás diciendo en serio que no te has enterado de lo que pasó, viviendo en Lochbay?

—No tengo tiempo para cotilleos, Glenna.

—¿Y yo sí? —sonó ofendida.

—Tú lo haces sin malgastar tu tiempo —rió—. Será la costumbre.

—Pero que mala eres, Blair.

—¿Acaso miento?

—No intentes liarme. Con tanta cháchara nos hemos olvidado de lo más importante.

—Qué es...

—Tus besos con Kerr.

—Beso —susurró.

—¿Qué has dicho?

—Beso. Solo hubo uno —en realidad fueron dos, pero el segundo ni siquiera merecía ese apelativo por lo poco que había durado.

—Pero al parecer fue suficiente para enamorarte —le dijo Glenna, después de estudiar su rostro.

—No me enamoré por el beso —suspiró—. Es...

—Es él —concluyó Glenna, por ella de nuevo—. El adecuado.

—Supongo. Aunque yo no soy la adecuada para él.

—¿Por qué lo dices?

—Porque siempre parece estar enfadado conmigo.

—¿Te besó él?

—Eso no tiene nada que ver.

—Eso tiene mucho que ver —le aseguró—. Los hombres son simples y su forma de actuar, todavía más. Si te besa, le interesas. Solo hay que averiguar hasta qué punto.

—No me gusta esa sonrisa, Glenna —le dijo al ver cómo sonreía.

—Harás bien en temerla porque tengo un plan para saber cuánto le interesas a Kerr.

—No quiero oír nada sobre ese tema, Glenna. Además a Kerr no le hará ninguna gracia que lo engañemos para enterarnos de eso.

—Tú sabes algo que no me estás contando —la acusó.

—Déjalo estar.

—No, no —insistió—. Ahora me cuentas.

Por suerte, Tam decidió interrumpirlas, llamando la atención de Blair para que lo observase mientras disparaba sus flechas. Ella agradeció su intervención, saludándolo con la mano.

—¿Ganándote al hijo? —se burló Glenna.

—Al hijo me lo gané hace meses. Aunque, debería decir que fue al revés. Es un niño maravilloso.

—Bien por ti —rió por lo bajo.

Permanecieron en silencio mientras observaban cómo acertaba en la mayoría de las dianas. Estaba tan excitado por lo bien que lo había hecho, que corrió hacia ellas para arrojarle en brazos de Blair.

—¿Has visto, Blair? Solo he fallado dos veces.

—Eso ha estado muy bien, Tam.

—Ahora papá tendrá que enseñarme a usar la espada —la emoción del niño la contagió por un momento—. Me lo prometió.

—Pues será mejor que se lo vayas a recordar —le revolvió el pelo.

—Blair —protestó—, que nos están mirando.

—Lo siento —le sonrió—, mi hombrecito.

Tam la miró un momento. Era evidente que quería preguntarle algo, pero estaba dudando. Blair tendió sus manos hacia él para que se sentase en su

regazo. Y aunque había protestado antes por lo del cabello, no se molestó por si lo consideraban muy niño en esta ocasión.

—¿Qué pasa, Tam? ¿Qué te preocupa?

—Ayer... —dudó de nuevo—. El primo de Dougal...

—Tu padre llegó a tiempo —acarició su mejilla y la besó. Tampoco protestó esta vez por el gesto de cariño—. Gracias por cuidar tan bien de mí, Tam.

—Te quiero —dijo él, apretándose contra ella. Fue un abrazo corto, pero junto con aquellas palabras, le llegó al corazón. Y cuando Tam se alejó, tuvo que parpadear varias veces para espantar las lágrimas, no solo por el niño, sino por el recuerdo de la muerte de su hermano. Nunca más podría escuchar aquellas palabras de sus labios, ni recibir sus abrazos. Nunca más podría verlo sonreír o contarle alguna de sus historias.

—Ya veo que te lo has ganado —la voz de Glenna la regresó a la realidad—. Estaré encantada de ver cómo haces lo mismo con en padre.

Blair trató de sonreír, pero ya no se sentía tan cómoda allí como antes. Le apetecía regresar a su alcoba y ocultarse del mundo.

—Por cierto —Glenna continuó hablando, sin ser consciente de su lucha interna—, Kerr ha estado pendiente de ti desde que llegó. ¿Seguro que no te lo has ganado ya? Porque juraría que sí, por la forma en que te mira.

—Tenemos que regresar al castillo —dijo, en cambio, no queriendo seguirle el juego. Sin embargo, cuando ya se alejaban, no pudo evitar mirar hacia atrás y se arrepintió al momento, porque sus piernas temblaron al ver la forma en que Kerr la devoraba con la mirada. Si Glenna no la estuviese sujetando, se habría caído al suelo.

Sintió la risa de su amiga, pero no se atrevió a mirar hacia ella. Todavía sentía el corazón galopando. ¿Sería posible que Glenna tuviese razón? Y aunque se supiese enamorada de él, no estaba segura de querer averiguarlo.

QUÉ HAS HECHO

Esa misma tarde, Dougal se reunió con sus mejores hombres en privado, para que Angus les informase de los planes de Jacobo y sus Aventureros de Fife.

—¿Cuánto tiempo puedes retenerlos? —preguntó Ian, preocupado por lo que habían averiguado.

—No mucho más —se lamentó Angus—. Jacobo está ansioso y si los freno demasiado tiempo, podrían sospechar de mí.

—¿Cuánto? —repitió Ian.

—Un par de semanas más. Tres a lo sumo, si me arriesgo un poco.

—No es necesario que te arriesgues —negó Dougal—. Dos semanas serán suficientes si nos movilizamos de inmediato.

—Lo primero será mandar aviso a nuestros parientes en Lewis —Ian tomó el mando de algunas decisiones, con el beneplácito de su laird—. Me encargaré de ello sin falta, mañana por la mañana.

Kerr se mantuvo en silencio. En parte porque le disgustaba tener que entrar en batalla de nuevo, en parte porque sabía que dar su opinión sería tomado por Dougal como un consentimiento para tenerlo en cuenta en cada asunto que se le presentase, ya fuese pequeño o grande. A pesar de haber rechazado ser su tanaiste, su laird todavía deseaba atraparlo en su favor porque, según sus propias palabras, desperdiciaba sus habilidades en una maldita granja. Pero a él le gustaba aquella maldita vida de granjero.

Sin embargo, debía reconocer que en aquella ocasión, no quería participar por un motivo mucho más personal que su odio por la guerra. Si le obligaban a intervenir y debía enfrentar a Angus de alguna forma, no estaba seguro de poder resistir el impulso de golpearlo por lo que había intentado hacerle a Blair. Todavía se estremecía al pensar en lo que habría podido pasar

si Tam no los hubiese seguido. Y le enfurecía aún más que Dougal le hubiese restado importancia al asunto cuando se lo comentó. No debería haberle sorprendido porque, en lo referente a su familia, estaba ciego. Así había sido con Lorna y así era con Angus. Sobre todo cuando este le era tan valioso en la corte de Jacobo. No pensaba castigarlo por algo que, según él, Kerr había malinterpretado.

—Los rumores sobre los verdaderos motivos de tu presencia aquí crecen, Angus —dijo Dougal para dar por finalizada la reunión—. Así que celebraremos un baile esta noche, para disipar cualquier preocupación que pudiese tener mi gente. Después, regresarás a Edimburgo para seguir informando si hubiese alguna novedad.

Se levantó y todos lo imitaron. En el último momento, Douglá le pidió a Kerr que se quedase para hablar en privado con él. Más de uno los miraron con suspicacia, pero nadie dijo nada.

—Espero que no sigas molesto por el incidente con esa muchacha de las lowlands.

—Se llama Blair, Dougal —lo corrigió—. Y sigo molesto. Si ella fuese una MacLeod, ya habrías hecho algo al respecto.

—Estamos a las puertas de una batalla importante, hijo. Y no me sobran los aliados precisamente. Ese pequeño lío de faldas no se interpondrá en mi camino hacia la liberación de las Highlands del yugo de Jacobo. Sabes perfectamente que necesitamos a Angus. Y también te necesito a ti de mi lado, Kerr.

—Haré lo me ordenes —le aseguró—. Sabes que te soy leal, pero si Angus se acerca de nuevo a ella, no detendré mi mano.

—En cuanto desaparezca la amenaza de Jacobo sobre nosotros, tampoco yo te detendré si quieres darle un escarmiento. Hasta entonces, te mantendrás lejos de él.

—Si él hace lo propio con Blair, no será necesaria tu advertencia.

—¿Tanto te importa ahora la muchacha? Si mal no recuerdo, hace unos meses ni siquiera la querías en tu casa.

—Ahora está bajo mi protección.

—Y tú cuidas de los tuyos, como tiene que ser —concluyó Dougal, pero algo en su mirada le aseguró que no creía que esa fuese la verdadera razón. Pero no le importaba, siempre que lograra que Angus no molestase de nuevo a Blair.

—Hablaré con él —era más de lo que esperaba, habida cuenta de las

circunstancias.

—Bien.

Salió del cuarto, satisfecho a medias. Si bien, había logrado parte de su cometido, que era mantener a Blair a salvo, sabía que no podía fiarse de Angus mientras estuviesen en Dunvegan, incluso aunque el laird hablase con él. Se creía con derecho a hacer y a deshacer a su antojo solo por ser primo de Dougal, y por eso, lo mantendría vigilado hasta que regresase a Edimburgo.

Hubiese preferido marcharse aquella misma tarde a la granja y olvidarse de las batallas que estaban por venir, pero Dougal no le permitiría desentenderse. Y mucho menos cuando las Highlands estaban en peligro. Tal vez los clanes vecinos siempre tuviesen sus rencillas personales, pero cuando se trataba de vencer a un enemigo en común, nadie era más unido que los highlanders. En este caso, tampoco él pretendía quedarse al margen, aunque le disgustase luchar.

Sin embargo, aunque años atrás no le habría molestado alejarse de la granja durante una larga temporada a pesar de cuánto le gustaba, solo por no tener que soportar la presencia de Lorna, ahora, algo le impulsaba a desear quedarse. ¿Sus hijos? Tal vez, aunque sabía que estarían bien cuidados por Blair. ¿La propia Blair? No quería pensar en ella de ese modo. No, sin estar seguro de que no era como su difunta esposa. Unas veces estaba seguro de que era distinta, pero luego, cuando la veía hablar con Arran por horas, tan relajados y cómodos juntos, sentía aflorar en él el sentimiento de duda. No quería que sus esperanzas creciesen y que luego resultase herido de nuevo. Y menos todavía sus hijos.

Tam adoraba a Blair. El día que le pidió permiso para llamarla mamá, su corazón casi le obliga a aceptar, ansioso como estaba por creer que podría llegar a ser una verdadera madre para él, pero su mente racional le instó a ser prudente. Tam ya tenía una madre, tal vez no la que merecía, pero era la suya. Le prometió que le hablaría de ella siempre que él quisiese, pero pasado un tiempo, Tam dejó de preguntar. Por un lado lo agradeció, porque decir algo bueno de ella le resultaba demasiado difícil, pero por otro, sentía que sus hijos la olvidarían. Y aunque no hubiese sido la mejor para ellos, era su madre al fin y al cabo. Les había dado la vida y eso, de por sí, ya era bueno.

Sabía que Blair había llevado a Tam a visitar su tumba cada vez que les fue posible y le estaba muy agradecido. Al menos, sabía que ella no intentaba usurpar su lugar, pero aún así, se lo estaba ganando igualmente con el cariño que profesaba a sus hijos. Y no solo ante Tam. Nada le gustaría más a él que

fuese en verdad la madre de sus hijos.

Pero las dudas continuaban atormentándolo. Imaginar que todo el interés que creía ver en ella era solo una farsa, le carcomía por dentro. El beso había parecido tan real, tan sincero que hubiese accedido a cualquier cosa que ella le pidiese. Aún así, después de aquella noche, Blair lo había rechazado en cada ocasión que se le acercó. Y eso era todavía más frustrante porque, si deseaba algo de él, ¿para qué alejarse? ¿Se trataba, acaso, de algún tipo de juego cruel? Por más que pensaba en ello, no concebía la idea de que una mujer tan cariñosa con sus hijos, fuese tan maquiavélica también. No era como Lorna. O quería creer que no lo era.

Decidió que aquella noche, le pediría un baile y hablaría con ella. No habían vuelto a hacerlo después de que se durmiese en sus brazos la noche anterior y necesitaba saber que estaba bien. La había visto aquella mañana en el campo de entrenamiento con Glenna y aunque parecía estar mejor, pues la había visto reír, no acababa de creérselo. Si algo había aprendido de ella en el largo invierno, era que sabía esconder muy bien sus sentimientos para no preocupar a los demás. Otra razón más para creer que no era como su difunta esposa.

Y sin embargo, la había visto hablar con Glenna y mirar hacia los hombres en el campo en varias ocasiones. Incluso la había visto ruborizarse con los comentarios de su amiga. ¿De quién estarían hablando? ¿De él? La última mirada que le había lanzado Blair, cuando regresaban al castillo, después de que Glenna susurrase algo en su oído, le decía que al menos en aquella ocasión, sí lo habían hecho. Y eso no hacía más que alimentar sus dudas.

Pero llegado el momento aquella noche, ya no estaba tan seguro de querer bailar con Blair. Ni de hablarle tampoco, pues parecía que estuviese demasiado entretenida con Arran. Una vez más. Y verlos hablar, tan cerca el uno del otro, le hacía pensar en que, tal vez, había buscado a Arran en la liza aquella mañana y no a él como le había parecido. ¿Lo habría rechazado porque sentía algo por Arran? Frunció el ceño al pensar en ello porque, aunque eso le demostrase que no era una mujer de jugar a dos bandas, no le gustaba pensar que Blair pudiese estar interesada en su amigo.

—Parece que Blair y Arran han congeniado bien.

Miró hacia Glenna, sorprendido de verla, porque ni siquiera la había oído llegar. ¿Cuánto tiempo llevaba allí, observándolo? A juzgar por su comentario, el suficiente.

—Las relaciones en la granja son más estrechas que aquí —intentó restarle importancia a la situación, aunque estuviese de acuerdo con ella—. Nos necesitamos los unos a los otros y es habitual que los lazos de amistad se fortalezcan con rapidez.

—No creo que eso sea tan solo amistad. Arran parece interesado en Blair.

En ese momento, como si quisiese darle veracidad a las palabras de Glenna, Blair apoyó su mano en el brazo de Arran y Kerr sintió un latigazo en el pecho. Apretó la mandíbula y los puños para no levantarse y estamparlos en el rostro de su amigo.

—¿Será mutuo el interés? —añadió Glenna.

Kerr se levantó hecho una furia y abandonó el salón para no dar un espectáculo, peleándose con su mejor amigo por una mujer. Ya había sucedido algo parecido con Ian por culpa de Lorna y no estaba dispuesto a repetir. Si hubiese visto la sonrisa de Glenna, tal vez habría comprendido que sus celos eran infundados, pero el recuerdo del pasado lo cegó.

—Creo que Kerr tendrá mucho qué decirte mañana —Glenna miró hacia la salida, para que Blair comprendiese mejor sus palabras.

—¡Qué has hecho! —Blair se levantó, espantada—. Dime que es una broma, Glenna.

—Alguien tenía que abrirle los ojos.

Blair salió del salón, en busca de Kerr. Necesitaba encontrarlo, aunque ni siquiera sabía por qué. Se detuvo en medio del pasillo, indecisa. No sabía hacia dónde dirigirse y comenzó a llorar, presa de la desesperación.

—No te pongas así, Blair —Glenna la había seguido—. Los celos han funcionado desde siempre con todos los hombres.

—Aunque te lo parezca, no todos son iguales, Glenna. Con Ronnie funcionaron —la enfrentó—, pero nunca lo harán con Kerr. Él está dolido con las mujeres y piensa que son todas manipuladoras y mentirosas como Lorna. Con lo que sea que le hayas dicho, solo le has mostrado que no soy distinta a las demás.

—Estás exagerando.

—No —limpió las lágrimas con el dorso de la mano—. Sabes que te aprecio mucho, Glenna, pero te juro que si que Kerr me aparta de sus hijos por lo que le has dicho, no volveré a hablarte en la vida.

—Blair, yo...

—Maldita sea —la interrumpió—. Te dije que no te metieses en eso. Yo

habría sido feliz viviendo a su lado, simplemente cuidando de sus hijos.

—Solo han sido unas palabras, Blair. No creo que te aleje de sus hijos por eso.

—Tú no conoces su dolor, Glenna. Por todo lo que ha pasado por culpa de Lorna. Yo apenas sé la mitad y me siento horrorizada. Separarme de sus hijos es lo menos que podría hacerme.

—Eso es que le interesas.

—Ya no importa lo que sienta o deje de sentir. Le has dicho lo que necesitaba oír y no permitirá que una mujer como yo críe a sus hijos.

—No creí que hiciese nada malo. Lo siento mucho, Blair.

—Deberías.

Blair se alejó de Glenna antes de que le volviese a hablar. Sabía que estaba siendo muy dura con ella, pues solo había pretendido ayudarla con Kerr, pero se sentía tan asustada por lo que fuese a pasar, que no pudo contener su lengua. Aunque, en el fondo, la culpa había sido suya por no contarle la verdad sobre Lorna. Tal vez así no habría sucedido aquello.

Segura de que ya no podría encontrar a Kerr, subió a su cuarto y paseó, nerviosa, hasta que el agotamiento le ganó la batalla y se durmió, con la ropa todavía puesta. Si hubiese sabido que Kerr había escuchado cada palabra de su conversación con Glenna, tal vez sus sueños habrían sido más tranquilos. Pero no fue así y las pesadillas la atormentaron lo que restó de noche. Que no lograba alcanzar a Tam y Fiona por más que corriese hacia ellos, fue la más recurrente.

HACER LO CORRECTO

El viaje de regreso a Lochbay fue extremadamente silencioso e incómodo. La mayoría lo achacó a la inminente partida a Lewis de los hombres para ayudar a los MacLeod de la isla contra los Aventureros de Fife. Otros, en cambio, sabían que la sombra que los atenazaba no tenía nada que ver con eso.

Kerr había estado eludiendo a Blair. Tras las palabras de Glenna, había huido del salón, dispuesto a alejarse de Dunvegan aquella misma noche. Y lo habría hecho, de no haber recordado, cuando ya se encontraba junto a los establos, que no había ido solo. Su hijo lo necesitaba y no podía abandonarlo.

Cuando regresaba al castillo, escuchó las voces de Blair y Glenna. Se mantuvo oculto y tenso, esperando oírlas reírse de él. Había sido tan estúpido, como para tener esperanzas con Blair, a pesar de todas las veces en que la había visto con Arran. Pero no fue risa lo que escuchó, sino a Blair llorando y acusando a Glenna de haber mentido. Sus palabras sonaban tan sinceras, que necesitó acercarse para verlas. Blair parecía realmente afectada y Glenna se veía avergonzada. Cuando le oyó decir a Blair que habría sido feliz viviendo a su lado y cuidando de sus hijos, la duda se instaló en su corazón una vez más. Incluso había amenazado a su amiga con no volver a hablarle si él la apartaba de sus hijos. Eso debía significar algo, ¿no? No todo podía ser fingido, ¿o sí?

Esa noche no pudo dormir. Se paseó como un animal enjaulado por su alcoba, hasta que finalmente decidió ir a hablar con ella, pero su determinación flaqueó cuando quiso golpear su puerta y acabó dormitando en el pasillo, junto al cuarto de Blair.

Y ahora, en su viaje de regreso, era consciente de su presencia a unos pocos pasos frente a él. Su hijo la acompañaba, cabalgando a su lado y mirándola con disimulo de vez en cuando. Tam sabía que Blair estaba triste e

intentó animarla en más de una ocasión, pero solo obtuvo una leve sonrisa en respuesta. Kerr, impotente al ver cómo su hijo se iba inquietando cada vez más, decidió que debía ser él quien hablase con ella y aclarase la situación. Lo que no sabía era cuándo reuniría las fuerzas necesarias para hacerlo.

Blair estaba abatida. Ni siquiera Tam había logrado animarla y no había sido por falta de insistencia. Pero no podía pensar en otra cosa que no fuese en Kerr y en su reacción a las provocaciones de Glenna. Y ahora se iría a luchar contra los colonos de Jacobo y no podría aclararle que todo había sido una pésima broma de su amiga, porque no la escucharía. Pero tenía la esperanza de que, al menos, le permitiese seguir cuidando de sus hijos. Si la llevaba de regreso a Lochbay, tenía que ser por ellos.

Sabía que cabalgaba detrás de ella, probablemente pendiente de su hijo, pero no se atrevía a mirar porque temía lo que pudiese encontrarse en sus ojos. Tal vez odio, reproche o rechazo, y no podría soportarlo. Por ese motivo no lo había mirado ni una sola vez desde que iniciaron el viaje.

Arran, comprendiendo lo delicado de la situación, había optado por mantenerse a un lado, aunque Blair sabía que la situación le gustaba tan poco como a ella. Se había ofrecido a explicarle la verdad a Kerr, pero no quería que se involucrase más en aquello. Fuese lo que fuese aquello.

—Estamos llegando —Tam sonrió, entusiasmado.

Blair era consciente de que el niño amaba su hogar tanto o más que su padre. Y podía entenderlos, pues era un lugar hermoso que había aprendido a querer en los pocos meses en que había estado viviendo allí. Lo extrañaría mucho, si al final tenía que abandonarlo. Las lágrimas acudieron a sus ojos al pensar en ello y parpadeó un par de veces para reprimirlas, sin mucho éxito. Se sentía tan vulnerable como cuando Angus intentó forzarla. O tal vez más. Aquella sensación, unida al dolor que todavía la aturdió al pensar en la muerte de su hermano, la estaban matando por dentro. Y por eso, cuando vio que Shona los esperaba con Fiona en brazos, frente a la casa, a pesar de que la noche empezaba a oscurecerlo todo, espoleó a su montura para llegar hasta ellas. Tam la siguió de cerca, riendo y gritando de alegría por estar en su hogar al fin, y se le contagió un poco de su entusiasmo. Para cuando llegó a su destino, había logrado espantar las lágrimas.

—Shona —la abrazó con fuerza, antes de tomar en brazos a Fiona—. Os he echado mucho de menos.

—Y nosotras a ti —le sonrió—. Fiona ha sido todo un desafío. Parece que solo está tranquila en tu presencia.

Blair sintió cómo Kerr se colocaba junto a ella y le tendió al bebé sin mirarlo a los ojos en ningún momento. Todavía no tenía valor para hacerlo.

—Aquí está mi pequeña —Kerr sonrió cuando Fiona jugó con unos mechones de su cabello y los metió en la boca finalmente—. Eso no se come, hija.

Le pasó la niña a Blair, sin decir palabra, y se acercó a Seoc para hablar con él. No tenían mucho tiempo antes de partir de nuevo al amanecer y debía informarles de todo primero. Odiaba tener que dejar la granja sin hombres cuando más trabajo había, pero no podía hacer nada para eludir su deber con su laird.

—Mañana al amanecer debemos marchar rumbo a Lewis. Jacobo ha planeado una nueva colonización —le informó—. No tenemos mucho tiempo.

Blair no siguió escuchando, pues no le interesaban la lucha ni el rey y sus ansias de conquista. Rezaría para que los hombres de Kerr regresasen sanos y salvos, pero más allá, no tenía nada que decir o hacer.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué os mandaron llamar? —le preguntó Shona, cuando los hombres no aparecieron para cenar.

—El rey quiere atacar Lewis de nuevo. Dougal ha convocado a sus hombres.

—¿A todos?

—A todos —le sonrió, comprendiendo su preocupación. Ella había contribuido en cierto modo a que ahora se sintiese así—. Él estará bien, Shona. Es un hombre fuerte y un gran guerrero.

—No sé de qué me hablas, Blair.

—Sabes perfectamente de quien te hablo —recalcó—. Y si estás tan preocupada por él, deberías decírselo. Tal vez te sorprenda su respuesta.

Shona se sonrojó, pero no dijo nada. Cuando desapareció, a Blair no le extrañó en absoluto. Ella habría hecho lo mismo si pudiese. Sin embargo, se llevó a los niños a sus cuartos, que era lo que se esperaba de ella y lo que querría hacer por muchos años más si el padre se lo permitía.

—Buenas noches, Tam —lo arropó y besó su frente.

—Buenas noches —dijo él, en medio de un gran bostezo—, mamá.

Blair fingió no escucharlo, pues no tenía fuerzas para hablar con él esa noche, sin que las lágrimas apareciesen. Ya lo haría por la mañana, cuando su mente estuviese descansada. Llevó a Fiona a su cuarto y la arropó con cariño. ¿También ella querría llamarla mamá? Ni siquiera sabía si estaría allí el tiempo suficiente para escuchar sus primeras palabras.

Estaba agotada, no solo por el viaje, sino por la falta de sueño y el descontrol de sus emociones. Le hubiese gustado hablar con Kerr antes de que partiesen hacia Lewis, pero tampoco para eso tenía fuerzas. Prefería ignorar su rechazo por el momento, como si con ello no tuviese que renunciar a la esperanza de que Kerr le permitiese quedarse en Lockbay cuidando a sus hijos. Tal vez a su regreso, podrían hablar con calma y se escucharían el uno al otro. Si regresaba. Ese era uno de sus mayores temores, que él o alguno de sus hombres no regresasen de la guerra.

Kerr sentía una gran pesadez en su cuerpo después de terminar con los preparativos para el amanecer. Envío a sus hombres a dormir, pues quedaban pocas horas para el alba y necesitaban estar descansados para el viaje. Dougal hubiese preferido que marchasen desde Dunvegan, pero Kerr se negó. No podía dejar a su gente sin antes explicarles lo que sucedía. Tampoco quería ir a la guerra sin ver a su hija antes. Y sin acompañar a su hijo hasta su hogar.

También él debería dormir, pero Blair ocupaba cada uno de sus pensamientos. Sabía que hablar con ella le ayudaría a quitarse de encima aquella pesadez, pero no estaba seguro de que fuese una buena idea hacerlo antes de ir a Lewis. Si las cosas se torcían más entre ellos, afectaría a su rendimiento en la batalla. Aún así, le atormentaba la idea de no tener otra ocasión para hacerlo. En la guerra nada era seguro, salvo la muerte.

—Blair es solo una buena amiga, Kerr —Arran estaba a su lado y lo miraba con pesar—. Nada más.

—No me importa lo que haya entre vosotros —replicó, demasiado brusco—. Ambos sois adultos y libres de hacer lo que queráis.

—Piensa lo que quieras, Kerr, pero solo me estaba aconsejando.

—¿Sobre qué?

—¿Arran? —la suave voz de Shona interrumpió su conversación—
¿Podemos hablar?

—Sobre ella —susurró Arran, antes de acercarse a la mujer con una amplia sonrisa en los labios. Shona lo imitó, con más timidez, pero Kerr supo que estaban enamorados.

Enamorados. ¿Desde cuándo estaba tan ciego para no verlo? Tal vez desde que su difunta esposa le enseñó, de la peor manera, que amar era doloroso. O tal vez, había estado tan centrado en ver lo que no había entre Blair y su amigo, que no entendió que ella solo lo estaba aconsejando sobre la mujer a la que amaba.

—Lo estaba aconsejando —repitió en un murmullo. Entonces, su mente

vio la relación de Blair y su amigo desde otra perspectiva y las piezas encajaron con tal perfección, que se sintió un tonto por haberlos acusado sin motivos.

Sin pensarlo demasiado para no arrepentirse, corrió hacia la casa y subió las escaleras de dos en dos, hasta llegar a la alcoba de Blair. Abrió la puerta sin llamar y la encontró en total oscuridad. No había pensado en que, a esas horas de la noche, Blair estaría durmiendo ya. Sin embargo, cuando pretendió salir fuera, sintió cómo se removía en la cama e intentaba encender una vela.

Esperó impacientemente, deseando verla. Ahora más que nunca, necesitaba aclarar las cosas entre ellos. No podía abandonar su hogar sin saber la verdad de lo que sucedía entre ellos.

—Kerr —estaba sorprendida de verlo allí—. Creí que eras Tam. Se durmió un tanto inquieto.

Kerr la observó en silencio. Cubría su cuerpo con la manta, pero sabía que debajo llevaba, tan solo un camisón. Su cabello, suelto y revuelto, enmarcaba su rostro de facciones perfectas. Estaba hermosa y su cuerpo reaccionó de forma intensa. No se atrevió a moverse, por miedo a no poder controlarse si lo hacía.

—¿Es cierto?

Necesitaba escucharlo de sus labios. Todo. Que Arran solo era un amigo al que había estado ayudando, que ella no le había pedido a Glenna que le dijese aquellas cosas para ponerlo celoso... que sentía lo mismo que él cuando se besaban.

—Os oí hablar a Glenna y a ti —especificó, al ver que lo miraba con ojos ingenuos.

—No creí que lo hiciese —habló al fin—. Le pedí que no interfiriese.

—Que no interfiriese, ¿en qué?

—Estaba convencida de que había algo entre nosotros y cuando le aseguré que se equivocaba, dijo que me lo demostraría.

—¿No crees que haya algo entre nosotros?

—Claro que pasa algo, pero no sé ponerle nombre —se aclaró la garganta y le ocultó su mirada—. Creo que hay algo en mí que te molesta.

—Me molesta que mires a otros hombres —admitió—. O que hables con ellos durante horas, cuando a mí solo me dedicas unas pocas palabras.

—Hablar contigo me resulta difícil —lo miró de nuevo.

—¿Por qué?

Blair se levantó, cubriendo su cuerpo con la manta. No se sentía cómoda

manteniendo aquella conversación, metida en la cama, cuando Kerr no dejaba de mirarla de aquella forma que no sabía interpretar. Se acercó a la ventana, encendiendo más velas en su camino.

—¿Por qué, Blair? —insistió Kerr, todavía en la puerta.

—Por todo lo que me haces sentir —le confesó finalmente. Si había sido sincero con ella, debía corresponderle en la misma medida.

Al momento, sintió sus manos en los hombros. ¿Cómo se había movido tan rápido? Cerró los ojos, intentando no sucumbir a su toque. Era tan fácil de provocar por él.

—¿Qué te hago sentir? —susurró en su oído, erizándole la piel con el roce de su aliento.

—Cuando estás cerca no puedo pensar con claridad —gimió sus últimas palabras, porque Kerr ya le estaba besando el cuello.

—Yo me siento arder cada vez que te toco —sus labios bailaban en su cuello mientras hablaba—. Mi instinto grita que no me aleje, pero mi corazón te teme.

Blair se apoyó contra su pecho cuando las piernas le flaquearon. *Dulce tortura*, pensó, cuando las manos de Kerr comenzaron un camino de descenso por sus brazos para terminar enlazadas con las suyas.

—¿Qué es Arran para ti? —esta vez, no había reproche en su voz, sino genuina curiosidad.

—Lleva varios años enamorado de Shona —respondió— y me pidió consejo para cortejarla. Yo le ayudaba con ella y él me hablaba de la granja y de tu gente. Fue inevitable hacernos amigos.

—Somos tu gente también —la giró hacia él—, si tu quieres.

—Yo solo quiero quedarme aquí —Kerr acarició su mejilla y le falló la voz— y cuidar de tus hijos.

La boca de Kerr se posó donde segundos antes había estado su mano y Blair dejó de hablar, perdida en las sensaciones. Hubiese preferido mantenerse lejos de él para hablar, pero ya no podría alejarse aunque él se lo pidiese.

—¿Solo eso?

—¿Qué?

—¿Qué más quieres, Blair? —sus labios se encontraban cada vez más cerca de su boca.

—¿Qué más quiero? —le costaba procesar la conversación, tanto la frustraba que no la besase—. A ti.

—Repítelo, Blair —le rogó.

Sí, le rogó, porque necesitaba oírle decir que era solo a él a quien quería. No su poder, sus tierras o incluso, sus hijos, sino a él.

—Te quiero, Kerr.

Y la besó por fin. La besó como si el mundo fuese a terminar al amanecer. La aprisionó contra la pared y su cuerpo, solo para asegurarse de que no se alejaría de él. En el fondo, todavía temía que lo rechazase. Sin embargo, Blair respondió a sus besos y se aferró a él con igual necesidad. Kerr la recorrió con las manos, mientras se frotaba contra ella, hasta terminar apoderándose de sus pechos. Escuchar sus gemidos lo volvía loco y no podía dejar de devorarle la boca.

Pero sabía que si no se detenía antes de llevarlo más lejos, ya no podría hacerlo. Y en esa ocasión, necesitaba hacer las cosas bien. No quería cometer los mismos errores que con Lorna. Haciendo acopio de la poca fuerza de voluntad que le quedaba, se separó de ella. Sus frentes todavía permanecían unidas cuando habló.

—Quiero hacerlo bien, Blair —le dijo cuando recuperó el aliento—. No voy a empezar otro matrimonio de la forma incorrecta, por más que desee llevarte a la cama ahora mismo.

—¿Matrimonio?

—Si me aceptas, por supuesto —le sonrió.

—¿Estás seguro de esto, Kerr? Apenas nos conocemos.

—Sé todo lo que necesito saber de ti, para entender que te quiero en mi vida —la besó en los labios antes de sentarse en el banco, junto a la ventana, y arrastrarla con él—. Dejé de creer en el amor después de Lorna. No quería volver a sufrir. Pero luego te conocí y todas mis convicciones se tambalearon. Te acusé sin pruebas de muchas cosas terribles, porque era la única forma que tenía de protegerme de lo que me hacías sentir. Me ha costado mucho admitirlo y ahora que sé que sientes lo mismo, no renunciaré a ti.

—No estarías renunciando a mí —le respondió—, pero...

—Quiero casarme contigo, Blair —la interrumpió—. No digo que sea ahora mismo, pero estamos a las puertas de una guerra que no sé cuánto durará y no quiero irme temiendo no encontrarte aquí cuando regrese. Te prometo que tendremos mucho tiempo para conocernos durante el compromiso y por el resto de nuestras vidas. Pero quiero asegurarme de que aceptas antes de irme.

—Yo... —sus ojos se anegaron en lágrimas.

—Quiero que seas la madre de mis hijos. De los que ya tengo y los que

vendrán —la besó, al ver su sonrojo, y se prometió que no se volvería a contener— ¿Te casarás conmigo?

—¿Y si descubres algo de mí que no te gusta?

—¿Y si tú descubres algo de mí que no te gusta? —alzó una ceja—. El amor es un riesgo que estoy dispuesto a asumir, si es contigo.

—Me casaré contigo, Kerr —sonrió finalmente.

—Bien —y la besó de nuevo, tan feliz, que quería gritar—. Quisiera dormir contigo esta noche, como hicimos en Dunvegan.

Blair asintió y lo besó, tomando la iniciativa por primera vez, algo que le agradó mucho. Lo llevó con ella hasta la cama y se metió dentro. Cuando vio la intención de Kerr de desnudarse, apartó la mirada, cohibida.

Kerr se acostó junto a ella y la abrazó. Blair apoyó la cabeza en su pecho y se quedó dormida al momento. Otra vez la seguridad que le proporcionaba la presencia de Kerr, la arrulló.

—Ya eres mía, Blair —susurró Kerr, antes de dormirse también.

LEWIS

En una semana, ya todos se encontraban en Lewis. Los MacLeod de Dunvegan, su gente, habían sido los primeros en llegar, pero los MacKinnon se les unieron a los pocos días. Su presencia no le hacía mucha gracia a ninguno por la rivalidad entre sus clanes de los últimos años, pero tenían clara la importancia de mantenerse unidos en aquel enfrentamiento contra un enemigo común.

Los MacDonald de Dunyveg y los MacLean de Duart y de Coll se reunieron con ellos, con apenas unas horas de diferencia. Un par de días después, los MacLaine de Lochbuie y los MacQuarrie de Ulva completaron sus fuerzas. Ninguno había fallado al reclamo de los MacLeod de Lewis, pues sabían que si la isla caía, nadie se libraría de Jacobo y sus colonizadores. El rey no se detendría allí.

Gracias a los informes de Angus, sabían que se enfrentarían a un gran contingente de colonos, de entre los que, prácticamente la mitad, eran soldados. En esta ocasión el rey no parecía dispuesto a arriesgarse a repetir lo sucedido en su primera tentativa. Pero igual que entonces, estaban preparados para repelerlos.

En los siguientes días, mientras esperaban a las tropas enemigas, entrenaron, comieron y durmieron juntos, buscando crear lazos de compañerismo que les ayudase a luchar como un solo clan y bajo el mando de un solo laird. O dos, en el caso de Lewis.

Angus no lucharía con ellos en aquella ocasión, pues había dicho que empezaban a sospechar de él y debía conservar su tapadera. Les había asegurado, no obstante, que viajaría con los colonos y que trataría de mantenerlos informados de cualquier cambio de última hora que pudiese surgir. Por ello, habían designando a un par de sus soldados más rápidos que

harían de mensajeros con él. Y precisamente, estaban esperando noticias en ese momento.

—Están cerca —informó Robbie después de saciar su sed y reponer fuerzas con un gran trago de agua—. Angus cree que atacarán en un par de días por el sur de la isla, pero está intranquilo. Nota cierto secretismo entre los colonos.

—Tal vez todavía desconfíen de él —sugirió Neil, uno de los lairds de los MacLeod de Lewis.

Él y Tormod dirigían esa rama de los MacLeod con férreo control. Ahora, encabezaban la lucha por la defensa de sus tierras y nadie ponía en duda su mandato. Eran los encargados de dirigir a todo el grueso del ejército que habían formado con los clanes.

—Dice que no es por eso. Siguen contando con él para planear sus movimientos, pero al parecer hay cosas que no solo él ignora. Un destacamento se ha separado del resto hace dos días y nadie ha sabido decirle con qué propósito. Cree que la orden llegó del rey en persona, mucho antes de que los colonos iniciaran su marcha, pero es una simple conjetura suya.

—Un plan oculto —intervino Kerr—. Parece que Jacobo quiere jugar duro en esta ocasión.

—¿Qué crees que pretenden? —preguntó Tormod— ¿Dividirnos?

—Sea lo que sea, primero necesitamos saber a dónde se dirigen —respondió—. Tal vez solo pretenda averiguar de cuantas fuerzas dispone Lewis antes de atacar.

—Puede que Jacobo sospeche que estamos aquí —corroboró Ian— y pretenda que nos descubramos antes de tiempo.

—Un paso en falso —continuó Arran— y podríamos perder el factor sorpresa.

—Yo puedo seguir su rastro —se ofreció Lachlan MacLean, uno de los mejores rastreadores que aquel clan poseía.

—De acuerdo —Neil dio su permiso y el joven desapareció en la espesura del bosque poco después de coger algunas provisiones.

Se mantenían ocultos a la vista entre los árboles para no delatar su presencia ni las fuerzas de que disponían. Si alguien los viese antes de tiempo, su mayor ventaja desaparecería.

Ronnie les habló de la distribución y los efectivos colonos y de la ruta que habían decidido elegir para arribar a Lewis. Durante un par de horas, lo estuvieron interrogando y él trató de contestar a todas cuantas preguntas pudo.

Aún así, habían quedado algunas incógnitas por resolver, como el hecho de que aquel grupo se hubiese separado del grueso del ejército enemigo. El relevo de Ronnie emprendió la marcha con noticias para Angus. Tratarían de mantener un flujo continuo de información mientras les fuese posible.

—Para ser tantos —le comentó Ronnie a Kerr durante la primera guardia que enfrentaron juntos—, se mueven con rapidez. Incluso llevando a mujeres y niños con ellos.

—Jacobó lleva tiempo deseando conquistar esta isla. Cree que hay una riqueza inexplorada en ella y que si la encuentra, le ayudará a financiar la conquista de las tierras altas.

—Pues se equivoca. Esta tierra es rica, pero para labrarla. No va a encontrar nada, salvo bosques, brezales y terreno cultivado.

—Eso lo sabemos nosotros, Ronnie.

—Alguien debería hacérselo saber al rey entonces —gruñó.

Kerr rió ante la idea de ir a la corte y tratar de convencer al rey de que Lewis no era el tesoro en potencia que él creía. Sabía que en el fondo, a Jacobo le importaba más bien poco si lo era o no. Que lo que realmente le interesaba era el poder que los lairds ejercían en las islas. Temía que intentasen derrocarlo y pretendía acabar con su hegemonía antes de que se les ocurriese la idea. Si los rumores de riquezas ocultas le ayudaban en ese propósito, lo utilizaría. Y si resultaban ser ciertos, sería un extra para sus arcas prácticamente vacías después de la revuelta inglesa.

—No importa lo que crea, Ronnie. Jacobo encontraría otro motivo para venir porque lo que le interesa es arrebatarle el poder a los clanes. Nos ve como una amenaza en potencia.

—No lo seríamos si nos concediese el respeto que merecemos —le dijo, taciturno.

—Es un rey ambicioso. Compartir nunca fue su fuerte.

Kerr tenía razón en eso. Desde que Jacobo se hizo con la corona, ambicionó el poder supremo de las islas. Las continuas disputas entre los clanes le habían abierto las puertas a una tierra que se debilitaba día a día sin un líder, sin un Señor de las Islas que los mantuviese unidos. Había obligado a los lairds a comparecer año tras año ante él en Holyrood para, supuestamente, demostrarle su lealtad, pero no era más que una estrategia para mantenerlos bajo control. Y los clanes, creyéndose sus mentiras, se dedicaban a pelear con los vecinos por las tierras y el ganado.

Sin embargo, Jacobo los había subestimado. Porque los hombres de las

tierras altas jamás se quedan impasibles cuando atacan sus hogares. Siempre están dispuestos a abandonar sus rencillas personales y luchar junto al clan enemigo, por un bien mayor. En su empeño por aplastar a los clanes y mantenerlos enfrentados, Jacobo había logrado justamente lo contrario.

—Han tomado el castillo de Stornoway —les informó Lachlan, días después—. Cuando alcancé a la guarnición ya no pude hacer nada salvo huir para salvar la vida.

Estaba agotado por el esfuerzo que había realizado para llegar cuando antes al campamento e informar. Se veía demacrado por el hambre y el sueño y sucio por el polvo del camino, pero no se quejaba de ello, pues la misión era más importante.

—¿Cómo es posible? —Tormod estaba furioso—. Angus no dijo que fuesen a llegar tan al norte.

—El plan secreto de Jacobo —concluyó Kerr—. Nos ha hecho creer que llegarían por el sur, mientras atacaba el norte.

—Pero Angus dijo que el grupo que se había desmarcado no era muy numeroso —les recordó Ronnie— ¿Cómo es posible que haya logrado asaltar un castillo?

—Porque no estaba debidamente protegido —admitió Neil—. Nos centramos tanto en que llegarían por el sur, que dejamos pocos hombres para defenderlo.

—Está claro que Jacobo contaba con ello —rugió Dougal.

—¿Creéis que los demás colonos —preguntó Arran— se dirigirán a Stornoway ahora que está en sus manos?

—No les daremos esa opción —intervino Neil de nuevo—. Vamos a obligarles a retroceder y después nos ocuparemos del castillo.

Nadie protestó por el plan y se prepararon para la lucha. Había llegado el momento de mostrarle a Jacobo que conquistar las islas no sería tan fácil como creía. Le harían frente y vencerían siempre, por la simple razón de que ellos luchaban por su hogar.

LA GRANJA

Cuando Blair se ofreció para ayudar en la granja, jamás imaginó que trabajar en ella fuese tan duro. A los pocos días, le dolían todos los músculos del cuerpo, incluso algunos que no sabía que tenía. Y después de un mes, creía que jamás dejarían de dolerle.

Seoc le aseguraba que se acostumbraría, pero ella no estaba tan segura. Aún así, no protestó y continuó trabajando sin descanso. Si Tam, con siete años recién cumplidos podía hacerlo, ella no se quedaría atrás, aunque por la noche solo desease tirarse en la cama con ropa y dormir hasta que su cuerpo se recuperase.

Sin embargo, ni eso podía hacer, porque las noches las ocupaba en preocuparse por Kerr y sus hombres. La batalla que se estaría librando en Lewis la mantenía en vela y no era a la única. Tam ya no hacía siquiera el amago de intentar dormir en su cuarto. Tras la partida de su padre, le había pedido permiso para dormir con ella cada noche y no se vio con fuerzas para negarse. Al menos con su compañía, no se sentía tan sola.

Shona era, sin duda, la que más exageraba de todos. Suspiraba y se lamentaba en alto por Arran cada vez que tenía ocasión. Se habían sincerado la noche antes de su partida y habían hecho pública su relación al alba, con un apasionado beso de despedida ante todos. Blair, en cambio, había preferido pedirle a Kerr que lo mantuviesen en secreto hasta su regreso.

Su situación era más complicada que la de Shona y Arran, pues había niños de por medio y no quería que se ilusionasen con algo que, tal vez, no sucediese nunca. Si Kerr no regresaba, no quería ver cómo el corazón de Tam se rompía, no solo por la muerte de su padre, sino por la pérdida de una nueva madre, que nunca llegaría a serlo en realidad. Por más que el niño se empeñase en llamarla mamá a todas horas desde la noche antes de la partida

de Kerr. No había tenido corazón a negárselo, así como tampoco Kerr lo había hecho al escucharlo el día en que se fue.

—Cuidaré de Fiona y de mamá —le había dicho con determinación, desafiándolo a contradecirlo.

—Lo sé, hijo —Kerr se había limitado a despeinar su pelo, algo que el niño no soportaba, para restarle dramatismo al momento—. Lo harás bien.

Kerr se había acercado a ella en última instancia, antes de partir. Su corazón había latido con rapidez y por un momento, deseó no haberle pedido que guardase silencio sobre su relación. Le había tomado una mano para besársela con reverencia, demorándose más tiempo del debido. Ninguno había hecho el amago de soltar aquel agarre y sus miradas permanecieron tan unidas como los labios de Kerr a su mano. Solo cuando un ligero sonrojo cubrió las mejillas de Blair, rompió Kerr el contacto.

La verdadera despedida entre ellos había sido en la intimidad de su alcoba y todavía se sofocaba al recordar el modo en que Kerr la había besado. Si el destino decidía no permitirle regresar, el recuerdo de sus labios reclamándola, demostrándole cuánto la amaba, permanecería por siempre en su mente y en su corazón.

—Volveré —le prometió y ella le creyó.

Cuando ya partía, Tam se acercó a ella y la abrazó, brindándole un consuelo que seguramente también él necesitaba. Solo tenía siete años, pero siempre había sido más maduro que los demás niños de su edad. Blair imaginaba que la vida en el campo hacía crecer más deprisa a los niños. O tal vez solo sucedía con Tam. En ocasiones, incluso se descubría a sí misma pensando en su hermano y en si habría acabado siendo igual de prematuro que Tam de estar con ellos allí.

Su muerte ya no era un clavo ardiendo en su corazón, aunque no había dejado de doler. Ni creía que lo hiciese en algún momento. La pérdida de su hermano sería un peso que cargaría siempre en su interior. Podría superarla con el tiempo, pero jamás olvidaría a Bruce y cuánto lo amaba.

—Ya va a nacer —Tam se acercó a ella corriendo un día en que se había quedado en la casa para limpiarla—. Vamos, mamá.

La agarró por una manga del vestido y tiró de ella. Su entusiasmo infantil era contagioso y cuando llegaron al establo sonreía tanto como él. Tam ya había presenciado cientos de partos, pero para ella era una novedad y el niño se veía tan excitado por mostrarle el acontecimiento, que Seoc tuvo que reprimirlo antes de que pudiese entrar.

—Sabes que no debes molestar a los animales, muchacho.

—Lo siento, Seoc —parecía avergonzado, pero arrastró a Blair con él, un segundo después de disculparse.

Se sentaron tan cerca de la vaca como pudieron, sin asustarla, y Blair rodeó los hombros de Tam con un brazo. Permanecieron en silencio, observando cómo el animal mugía y empujaba, ajeno a su presencia. Poco después, Seoc se les unió, según él, solo para comprobar que todo marchaba bien. Pero Blair sabía que ella era el verdadero motivo.

No sabía si por la forma en que Kerr había besado su mano en la despedida o por su interés en aprender todos los entresijos de la granja, pero se había ganado el respeto y el cariño de las pocas personas que habían quedado en Lochbay. Cada vez más, para su asombro, le consultaban y le pedían su opinión. Al principio, los remitía a Seoc, consciente de que ella no tenía idea de qué decirles, pero con el paso de los días y gracias al apoyo constante del viejo guerrero convertido en granjero, se había ido sintiendo más segura de sus decisiones, hasta el punto de que ya casi no precisaba de su consejo.

—Es hermoso —le susurró.

Seoc asintió con una sonrisa en los labios, pero sin decir nada. Lo más probable es que él no opinase lo mismo, cansado de verlo.

—El instinto en los animales es muy fuerte —dijo él, cuando vieron asomar al ternero—. Saben qué han de hacer en todo momento. Los humanos deberíamos seguir su ejemplo.

—Somos más complicados —asintió ella.

—Pensamos demasiado —concluyó él.

La miró intensamente y Blair supo que le hablaba de Kerr, pero no supo si en relación a la guerra en la que estaba participando o a lo que había pasado entre ellos. Apartó la mirada, incapaz de sostenérsela más tiempo. No parecía ser tan buena ocultando su preocupación como creía.

—Estará bien, Blair —le palmeó una mano, antes de dejarlos solos. Quiso creer que se refería a la vaca o al ternero. Y sin embargo, deseaba que tuviese razón en cuanto a Kerr, porque sentía, en lo más hondo de su ser, que corría un gran peligro. Y no se trataba de la guerra en sí, sino de algo más que no lograba discernir. Era un sentimiento más visceral, un mal presagio.

—En la guerra todos están en riesgo —se decía una y otra vez para acallar a su subconsciente, pero eso no la consolaba. Porque su corazón le decía que el peligro no venía del enemigo.

LA LUCHA INICIAL

Obligar a los aventureros de Fife que no estaban en Stornoway a retirarse no resultó muy complicado, pues la mayoría de ellos no eran más que campesinos, acompañados de sus mujeres e hijos. Muy en contra de lo que creían, la mayoría de los soldados había marchado en la guarnición hacia el norte. Un golpe maestro de Jacobo, tenían que admitirlo. Aunque ahora jugaba en su contra.

Dividieron las fuerzas invasoras con sus propios barcos antes de atacarlos. Eran isleños y nadie dominaba el mar como ellos, por lo que el grupo de lowlanders no supuso un gran desafío.

Kerr había divisado a Angus en uno de los barcos, dando órdenes como un poseso. Era parte de su tapadera, por supuesto, pero no dejó de advertir la mirada de desprecio que le dirigió cuando sus ojos se encontraron. Al parecer, todavía le guardaba rencor por haber rescatado a Blair de sus garras. Le sostuvo la mirada mientras pudo, sin poner en peligro su integridad física, para demostrarle que no le tenía miedo. Tal vez otros se mantuviesen lejos por ser primo de su laird, pero no él. Eso no le preocupaba y mucho menos si lo que intentaba aquel hombre era propasarse con alguien más débil. Que hubiese sido Blair en aquella ocasión, solo lo había enfurecido más.

Blair. La extrañaba tanto. Habían tenido poco tiempo para estar juntos después de que solucionaron sus malentendidos y sentía que había estado desperdiciando mucho el tiempo desde que se conocieron. Estaba dispuesto a regresar junto a ella a toda costa, pero no podía evitar sentir desazón en su corazón cada vez que pensaba en ello. No había sido muy afortunado en el amor hasta conocerla a ella y temía que el destino decidiese burlarse de él, acabando con su vida en la batalla. Era un gran guerrero y parte de su éxito radicaba en su falta absoluta de miedo al enfrentarse a una espada enemiga,

pero ahora no era así. Seguía luchando con igual valentía y destreza, pero no lograba hacer desaparecer el miedo. No por él, sino por Blair. Por haberla encontrado en el peor momento de su vida. Necesitaba sobrevivir a aquello para demostrarle que nada podría separarlos.

Angus continuaba dando voces y, por un momento, Kerr deseó que fuesen verdaderos enemigos para poder acabar con él, solo por lo que le había intentado hacer a Blair en Dunvegan. Incluso siendo aliados, deseó lanzarle una flecha al corazón, pero frenó su mano porque sabía que lo necesitaban, incluso aunque hacer retroceder al grupo en el que estaba, supusiese perder la ventaja de estar informados sobre los movimientos de sus enemigos. Los lairds se habían enfurecido al comprender que Angus no podría ir ya a Stornoway después de que los colonos fuesen rechazados, porque eso levantaría más sospechas sobre él. Sin embargo, aún podía serles útil en Edimburgo, junto a Jacobo.

Tras dos días empujando a los colonos lejos de la costa, lograron hacerlos huir rumbo a Fife, pero supuso una victoria agri dulce para ellos, pues sabían que el castillo de Stornoway no sería tan fácil de recuperar. Y si Jacobo conseguía enviar refuerzos antes, aquel sería el inicio de una guerra que podría durar meses.

—Dejaremos algunos destacamentos en la costa sur para prevenir la llegada de más soldados —informó Neil—. No subestimaremos de nuevo al rey.

—El resto marcharemos hacia Stornoway —concluyó Tormod.

—Un ataque directo sería un suicidio —previno Ian—. Si los rumores son ciertos, no habrá solo una docena de hombres custodiando el castillo.

—Les obligaremos a salir —explicó Tormod—, evitando que accedan a los suministros que les envíen.

Todos sabían lo que aquello les supondría. Interminables días de espera a que los barcos de suministros llegasen a la costa, luchas sin fin para evitar el desembarco, más días infinitos esperando a que el hambre acuciante obligase a los soldados a abandonar la seguridad del castillo y muchos más días viviendo en el bosque y ocultándose de las partidas de vigilancia.

—Me parece que lo de regresar pronto a casa es una quimera —se quejó Arran Kerr estaba de acuerdo, aunque no lo dijo en alto.

Después de decidir quién se quedaría y quien cabalgaría hacia el norte, los grupos se separaron con la promesa de mantenerse en contacto por si había novedades.

Kerr y sus hombres fueron designados al sitio de Stornoway, algo con lo que ya contaba. Ellos eran los expertos en asaltos rápidos y camuflaje, lo que los convertía en valiosos aliados, a la hora de vigilar y atajar a las patrullas.

—Será duro —Arran cabalgaba junto a él.

—Sí.

Un sitio podía suponer una dura lucha mental para los hombres. No solo para los que estaban dentro del castillo, sino para los de fuera también. Habían participado en demasiados para su gusto.

—Nuestra ventaja es que los víveres en el castillo serán escasos todavía, después del largo invierno —continuó Kerr—. Necesitarán las provisiones que les envíe la corona para subsistir.

—Si logramos impedir que lleguen —Arran parecía más animado con esa perspectiva—, puede que todo acabe rápido.

—Solo es una suposición, Arran —no quiso desanimarlo, pero no podía tampoco dejar de ser realista—. Habrá que esperar a llegar para ver cuál es la situación.

—Siempre tan aguafiestas —rió Ian, que se les había unido justo a tiempo de escuchar la última parte de su conversación.

—Ya me conoces.

A pesar de lo que había sucedido entre ellos por culpa de Lorna, Ian y Kerr nunca había dejado de ser amigos. Se había criado en Dunvegan, prácticamente al mismo tiempo, pues sus padres los habían enviado a vivir al castillo a la tierna edad de ocho años, para que aprendiesen lo necesario para ser buenos guerreros en las tierras altas. Habían congeniado desde el principio y, a pesar de sus continuas disputas, la mayoría en broma, se respetaban mutuamente.

—Y aún así siempre te llevas a la chica —rió Ian de nuevo.

Probablemente, si el comentario hubiese venido de otro, Kerr se hubiese sentido ofendido, pero no podía enfadarse con él. Ni al encontrarlo con Lorna, le pudo recriminar nada. Lo había estado rehuyendo durante un tiempo, pero nunca llegó a enfrentarse a él para reclamarle por su atrevimiento. Y puede que su actitud hacia Blair le hubiese molestado más de lo que querría admitir, pero sabía cómo era Ian: un conquistador en todos los aspectos de su vida. No, no podía culparlo por lo sucedido porque, para él, la única culpable había sido Lorna. Había jugado con ambos.

—Soy irresistible —le dijo a su vez—. No puedo evitarlo.

—Es esa maldita granja tuya. Está tan aislada, que no tienen más opción

que caer rendidas ante ti. Es eso o el aburrimiento total.

—En la granja hay más hombres, aparte de Kerr —le recordó Arran, claramente ofendido.

—No como él —siguió riendo. Y aquellas risas ayudaron a disipar la tensión que los mantenía en alerta constante.

—Dougal quiere que nos adelantemos para explorar el terreno —dijo después Ian—. Y para que busques dónde acampar.

—Lo mejor es estar en continuo movimiento —aseguró Kerr—, pero intentaré localizar dos o tres emplazamientos para alternarlos.

—Odio esta parte del sitio —se quejó Ian y sus dos compañeros no pudieron estar más de acuerdo con él.

Se adelantaron al resto, dejando las bromas atrás. Había llegado el momento de apelar a su experiencia y sentido común, pues Stornoway estaba cerca y el juego se había iniciado ya. Ganaría el más listo y el más perseverante.

PLANES PERSONALES

Angus no regresó a Fife con los demás colonos, pues el rey exigió verlo en Edimburgo en cuando fue informado del fracaso de la expedición. Hubiera preferido permanecer cerca de Lewis, pues tenía planes propios que llevar a cabo, pero tendría que esperar un poco para ello.

Fue recibido por un rey furioso, que culpaba a todos de su mala gestión. Angus dejó que liberase toda la frustración con gritos y después calmó sus ánimos, permitiéndole escuchar lo que más ansiaba. Le prometió que él mismo encabezaría la marcha con los refuerzos y que no le fallaría. Y evitó mencionarle que aquello convenía a sus propios propósitos.

—No quiero más retrasos, Angus —lo amenazó—. Ni más fallos. O tendré que empezar a pensar que alguien me está traicionando.

—Si hay un traidor entre los nuestros —respondió, con calculada determinación—, me encargaré de descubrirlo y darle caza por vos, majestad.

—No me importa cómo lo hagáis, ni a cuantos hombres haya que enviar para lograrlo. Quiero la isla bajo mi control ya.

Jacobo paseaba por el salón de reuniones, haciendo aspavientos con las manos y rechazando todo cuanto le ofrecían sus lacayos para calmar los nervios. No era té lo que necesitaba, sino la isla.

—Es imposible que los MacLeod de Lewis nos hayan repelido sin ayuda —continuó hablando.

—La última vez que visité Dunvegan, los MacLeod no sospechaban nada —le dijo Angus, con voz pausada—. Si así lo disponéis, pasaré por allí primero, para comprobar que todo está en orden.

—No —rechazó su ofrecimiento—. Si no estaban en la isla a nuestra llegada, estoy seguro de que ahora habrán acudido en auxilio de sus parientes. No podemos perder el tiempo con eso.

—Organizaré, entonces, el envío de refuerzos para los nuestros —se ofreció—. Por suerte, el castillo está bien fortificado y podrán defenderlo bien hasta nuestra llegada.

—Ya he dado la orden —movió la mano, como si lo que había dicho careciese de importancia—. Os están esperando. Y también he mandado enviar los suministros. Si todo va según lo previsto, no deberían tardar en recibirlos. Como he dicho, no quiero perder más tiempo con este asunto.

—Me voy ya, entonces —hizo una reverencia hacia el rey.

—Angus —lo llamó, antes de que abandonase el salón—, no falléis esta vez. Mi paciencia tiene un límite con los fracasos.

—Haré todo lo que esté en mi mano, majestad.

Abandonó el castillo, con la sensación de que aquella amenaza le había sido lanzada a título personal. Le constaba que algunos de los íntimos del rey sospechaban de él desde hacía un tiempo y por ese motivo había ido con los colonos en aquella ocasión. ¿No había sido suficiente prueba de lealtad para ellos? ¿Acaso Jacobo les había escuchado esta vez y comenzaba a sospechar también? Sabía que pisaba terreno resbaladizo en aquel nuevo intento de colonización y que, cuando no tuviesen éxito, debería ser mucho más ingenioso que la primera vez para que las culpas recayesen en otro.

Pero en aquel momento, su mente solo podía pensar en regresar a Lewis y encontrarse de nuevo con Ruadh MacKinnon. Le había alegrado saber que el joven hijo del laird de los MacKinnon fuese uno de los mensajeros que le habían asignado, porque, con un pequeño aliciente, lo convertiría en su cómplice para subsanar la afrenta que había sufrido en Dunvegan en su última visita.

Su intención había sido llevar a cabo el plan, al desembarcar en Lewis, pero sus compatriotas habían sido tan contundentes en el contraataque, que los hombres del rey solo pudieron batirse en retirada. Se alegraba de ello, por supuesto, porque no deseaba que Jacobo gobernase en las islas, pero aquello había arruinado sus propios planes.

Ahora que lo habían enviado de regreso a Lewis, tenía una nueva oportunidad y, al igual que el rey, el fracaso no era una opción. Había esperado demasiado tiempo ya para cumplir una parte de aquel plan. Cinco largos años.

—Angus, querido. Te estaba esperando.

Había ido a su casa a buscar el dinero que necesitaría adelantarle a Ruadh, antes de reunirse con las tropas del rey, y no esperaba encontrarse a su

hermana allí.

—¿Qué haces aquí, Donella? —le preguntó con demasiada rudeza—. Tengo prisa.

—Necesitaba hablar contigo antes de que regresases a Lewis. Es importante —lo seguía por la casa, corriendo para mantenerse a su altura.

—Es más importante obedecer las órdenes del rey. La presión que ejerce sobre mí es excesiva y lo último que necesito es escuchar tus lamentos ahora.

—Alpin ha escuchado rumores en la corte.

—Los rumores no me interesan —la interrumpió. Tomó el dinero y lo guardó en una bolsa de terciopelo negra.

—¿Para qué es ese dinero, Angus?

—No es asunto tuyo, Donella —la enfrentó—. Cuanto menos sepas mejor para ti.

—Angus —lo sujetó por un brazo cuando se disponía a escapar de ella de nuevo—. Escúchame, por favor.

—No tengo tiempo —protestó hastiado.

—Para esto lo tendrás —le aseguró.

—Habla, rápido.

—Alpin ha oído en la corte que Jacobo sospecha de que alguien lo ha traicionado.

—Eso ya lo sé. Él mismo me lo dijo —recordó sus últimas palabras, tan cercanas a una acusación.

—¿Te dijo también que sospechan de ti?

Angus frunció el ceño, preocupado. Al parecer la amenaza había sido real y su instinto no le había fallado. Observó a su hermana con detenimiento, se la veía realmente angustiada.

—Lo pensé tras nuestra conversación —admitió—. Hace tiempo que algunos observan mis movimientos con gran interés, pero nunca imaginé que el rey tomase en serio sus acusaciones. Siempre le he demostrado mi lealtad...

—Una falsa lealtad —lo interrumpió su hermana.

—Eso él no lo sabe.

—Puede que ahora sí.

—Si desconfiase de mí, no me habría enviado con sus hombres en esta segunda ofensiva —frunció el ceño.

—Tal vez sea una prueba.

—Me salvaré de la horca si ganamos —concluyó él, sopesando la idea. Y no le agradaba tener que perder las islas para conservar la vida.

—No debes regresar a Edimburgo si perdéis —había miedo en la voz de su hermana.

—En ese caso tampoco vosotros estáis a salvo, Donella.

—Lo estamos. Nadie creería que Alpin pueda estar involucrado. Ni yo, por descontado.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque hemos estado frecuentado la corte con Bruce a petición del rey. Está encantado con el niño.

—Eso no prueba nada.

—Si sospechase de nosotros, lo notaríamos —dijo—. Jacobo no sabe ocultar sus sentimientos.

Angus tuvo que darle la razón, pues había sido testigo de ello, no hacía tanto. Ya no le cabía duda de que lo había amenazado.

—Debo irme, Donella. Me están esperando.

—Ten cuidado, Angus —le rogó—. No quiero que te pase nada.

—Si fracasamos, Dougal me acogerá en Dunvegan —la tranquilizó.

—Si fracasáis no podré visitar a Dougal de nuevo —se lamentó.

—Tampoco creo que quisieses encontrarte con Blair —le recordó.

Desde que le había asegurado que no iría a reclamar a Bruce, su hermana se veía más relajada. Nunca le había explicado cómo lo logró y, aunque sabía que se moría de curiosidad, tampoco ella le preguntó. En ocasiones, la ignorancia era infinitamente mejor que el saber.

—Sé precavido —le rogó, ignorando sus últimas palabras.

—Vigila al rey, ya que os veis tanto ahora. Si tienes la menor duda, huye —le dijo él, a su vez.

Se abrazaron y Donella abandonó la casa, sin que de sus labios saliese nada sobre Blair. Así había sido desde que la dejó en Skye a cargo de su primo. De Kerr, pensó. Cogió más dinero, solo por precaución, tras las palabras de su hermana, y salió también. Se había demorado más de lo esperado, pero nadie dijo nada a su llegada.

Le informaron del plan por el camino, pues era cierto que Jacobo no quería perder el tiempo, y tuvo de admitir que era bastante ingenioso. Si él no fuese el informante, la palabra traidor nunca le había gustado, puede que hasta tuviesen alguna oportunidad de salir victoriosos. Incluso sabiendo lo que pasaría, pondrían en serios problemas a sus compatriotas.

Varios días después de su llegada a Lewis, en un descuido de sus compañeros, mientras ponían en marcha el plan, pudo reunirse con el

mensajero de las Highlands, que para su alegría, resultó ser Ruadh. Sabía que tenía una cuenta pendiente con Kerr desde que este lo había acusado de robar su ganado y lo condenaron a devolver el doble de lo que había cogido. Que Kerr tuviese razón y hubiese presentado las pruebas necesarias para incriminarlo, no había disminuido su sed de venganza. Algo que Angus quería aprovechar en su propio beneficio.

—Esa es una trampa muy ingeniosa —Ruadh se había sorprendido tanto como él cuando escuchó el plan—. Parece que Jacobo está desesperado.

—No subestiméis la desesperación de un hombre.

—No lo haremos. Estaremos preparados.

—Perfecto —miró a su alrededor, a fuerza de costumbre, antes de seguir hablando—. Y ahora, si pudieses dedicarme un poco de tu tiempo, quería comentarte sobre un plan personal que tengo en mente y que no puedo llevar a cabo solo.

—¿Por qué habría de importarme a mí tu plan? —la arrogancia de aquel hombre no tenía parangón, pero a Angus le gustaba. Sería esa misma arrogancia la que le llevase a aceptar su oferta.

—Porque tiene que ver con Kerr MacLeod —aunque Ruadh intentó ocultarlo, Angus supo que había captado su atención y sonrió.

—No me involucraré en nada que tenga que ver con ese hombre.

—Te aseguro que esto te interesará escucharlo —sacó la bolsa de terciopelo y se la lanzó—. Ese sería solo el primer pago. El resto, cuando concluyas el encargo.

—¿Esto es la mitad? —había contado el dinero y parecía conforme.

—Si aceptas —asintió—. O un tercio si me ayudas en otro asunto.

—¿También tiene que ver con Kerr?

—En cierto modo, sí.

—Que sea entonces un tercio —sentenció.

Angus sonrió, ansioso por detallarle lo que esperaba de él. Había llegado el momento de su venganza y ya nadie se interponía en su camino. Ni siquiera el mismísimo Kerr MacLeod.

TRAICIÓN

Reconquistar Stornoway estaba resultando más difícil de lo que habían esperado en un principio. Al parecer, aquellos lowlanders no estaban dispuestos a claudicar, ni con la escasez de alimentos a la que los estaban sometiendo. Los highlanders habían logrado interceptar la mayoría de los barcos que intentaban hacer llegar suministros a sus compatriotas, algo que les venía muy bien para reabastecerse. También habían logrado ocultarse de las patrullas con bastante eficacia. Lo que menos necesitaban era mermar sus filas con escaramuzas sin importancia, mientras esperaban las grandes confrontaciones que estaban por llegar. Con ese mismo objetivo, se movían continuamente. Cada pocos días cambiaban la localización del campamento. Era una tarea desagradable pero necesaria para su propia seguridad.

Las noticias de que los refuerzos no tardarían en llegar solían ser frecuentes, pero generalmente falsas. La mayoría de los barcos interceptados, bastantes menos de los que habrían esperado, no llevaban más que suministros. Sin embargo, la mañana en que planeaban el asalto al castillo, cansados de esperar, Ruadh llegó con un mensaje de Angus. Desde el fracaso de los barcos de con los colonos, no habían vuelto a saber de él ni lo habían esperado. Jacobo lo había reclamado en Edimburgo y nunca pensaron que lo enviase de regreso a la lucha tras aquella vergonzosa retirada. Conocían el fuerte carácter del rey y sus renombrados castigos a los que le fallaban.

—Hemos sido afortunados de que Jacobo haya decidido darle otra oportunidad —dijo Ruadh— porque la información que traigo será vital para nosotros.

—Dinos cuando llegan esos dichosos refuerzos para acabar de una vez con ellos —dijo Neil exasperado. Llevaba días insistiendo en lanzar un ataque contra el castillo y la llegada de Ruadh suponía otro retraso más en sus planes cuando por fin creía que los iban a poner en marcha.

—El problema no es cuando —continuó Ruadh— sino por dónde.

—¿A qué te refieres? —preguntó Dougal, intrigado.

Había logrado captar la atención de todos. Hubiera preferido no ser portador de tan malas noticias, pero al menos dar a conocer el engaño del enemigo para poder aprovecharlo, lo dejaría como a un héroe. Algo que le beneficiaría en caso de que el encargo de Angus se torciese. Había aceptado una buena cantidad de dinero por hacerlo, pero también sabía que arriesgaba mucho.

—Jacobó ha dividido sus tropas de apoyo —comenzó a explicar—. Tres barcos llegarán a la costa de Stornoway en dos días, como muy tarde, cargados de soldados cuya misión es entrar al castillo antes de que los descubramos y apoyar a sus compatriotas en la lucha después.

—No son tantos como esperaba —dijo Ian, contrariado.

—¿Y las otras tropas? —preguntó Kerr, consciente de que Ruadh lo miraba de un modo extraño desde que había regresado.

Habían tenido sus diferencias en el pasado y todavía las tenían, aunque el padre de Ruadh y Dougal hubiesen dejado claro que no querían más peleas entre ellos. Ruadh era temperamental y vengativo, la ética y la moralidad no tenían cabida en su vida. Kerr sabía que, aunque en ese momento tuviesen un objetivo en común y debiesen dejar a un lado sus diferencias por el bien de todos, Ruadh no era confiable.

—Seguramente han desembarcado ya al norte de aquí. Al parecer tienen previsto atacar en conjunto para rodearnos —concluyó.

—Jacobó está resultando agresivo en esta ocasión —dijo Tormod, preocupado—. Parece que quiere vencer a toda costa.

—Y que ha aprendido algunos trucos nuevos durante las revueltas inglesas —dijo Neil con fastidio—. Ahora tendremos que modificar nuestros planes. Y apresurarnos en ello porque dos días es muy poco tiempo.

—Habrá que llamar a los que quedaron en el sur —sugirió Arran—. Los necesitaremos también.

—Defenderán esta zona —asintió Neil—, mientras avanzamos hacia el norte. No permitiremos que ambos frentes se unan.

—Yo los avisaré —se ofreció Ruadh.

—Has realizado un gran esfuerzo en estos últimos días, con tanto viaje al sur —negó Tormod—. Encontraremos a otro que vaya en tu lugar para que puedas descansar.

—No me importa hacerlo —insistió—. Me quedaré con ellos. Lo que

menos me apetece ahora es avanzar más al norte. El terreno es más dificultoso y eso sí me desgastará.

—Está bien —le concedió Neil.

—Hablaré con mis hombres antes de marchar, para que os sigan al norte. La lucha allí será más reñida.

Después de obtener permiso, buscó a los MacKinnon y les contó los nuevos planes, dispuesto a dejarlo todo en sus manos, pues la segunda parte del encargo le había llamado poderosamente la atención y no quería esperar a que se cumpliese la primera, tal y como había prometido, para llevar a cabo tan tentadora tarea.

Angus le había dado suficientes datos para saber exactamente el modo en que procedería. Ya podía anticipar el momento de su éxito y tan solo esperaba no llevarse una decepción después. En ocasiones, la gente podía exagerar hasta el punto de distorsionar la realidad. Angus había sido demasiado tan vehemente en la descripción, que bien podía ser uno de esos casos.

—Muchachos —dijo a sus hombres una vez dio las instrucciones—, no me falléis. Me habría gustado hacerlo personalmente, pero algo más importante reclama mi atención en este momento.

—No lo haremos, Ruadh —le aseguraron.

—Bien. Cubrid mi ausencia mientras podáis —se despidió de sus hombres y salió del campamento para avisar a las tropas del sur sobre el cambio de planes. Una vez hecho eso, se dedicaría en exclusiva a la segunda petición de Angus. La expectación bullía bajo su piel.

A pesar del malestar manifestado por algunos clanes al dejar la zona desprotegida hasta la llegada de sus compatriotas, Tormod y Neil estaban tan ansiosos por iniciar la batalla, tal vez creyendo que así se librarían de los colonos mucho antes, que no atendían a razones. Kerr ya había combatido a su lado en más ocasiones y sabía que no los harían cambiar de opinión y por eso, instó a sus hombres a prepararse para partir al amanecer.

Como si el tiempo también los advirtiese del peligro de partir tan pronto, la mañana amaneció tan brumosa, que apenas veían por dónde iban. Aún así, nadie habló de posponer la marcha.

—Iremos con calma, muchachos —oyeron decir a Neil—. Y atentos al camino.

No es que les hiciese falta el aviso, pues sabían que la situación era suficientemente crítica como para mantenerse alerta, pero Neil intentaba mantener el ánimo alto y recordarles que estaban juntos en eso. Sobre todo

cuando debían fiarse de su oído para detectar y evitar el peligro.

Cuando habían avanzado hacia el norte unas cuantas horas sin descanso, tuvieron el primer indicio de que ya no estaban solos. Lentamente y en silencio, fueron tomando posición de ataque al escuchar los pasos que cada vez se acercaban más. La niebla, en ese momento, les proporcionaba camuflaje, aunque empezaba a disiparse.

A una señal de Tormod, el grito de guerra resonó en el valle y la batalla dio comienzo, pillando desprevenidos a los lowlanders. El entrechocar del metal, los gritos de los combatientes y el bufido de los caballos rompieron el silencio reinante segundos antes.

Kerr y sus hombres formaron un círculo para protegerse los unos a los otros. Aquel trabajo en equipo era el principal motivo de su éxito en la lucha cuerpo a cuerpo. El resto le correspondía a su pericia con las armas y, en cierto grado, a su buena fortuna. Pero también a su intenso entrenamiento, pues aunque Kerr prefería no entrar en batalla y dedicar todo su tiempo a la granja, sabía que Dougal contaría siempre con sus hombres y con él, y por eso no permitía que desatendiesen sus habilidades.

Al enemigo no le resultaba fácil romper el círculo y ellos podían luchar con mayor libertad, a sabiendas de que nadie los atacaría por la espalda. Sin embargo, mientras perseguía la victoria junto a sus hombres, una flecha perdida rozó su brazo. Un movimiento brusco, hecho con el fin de esquivar la espada del enemigo con el que luchaba, había evitado que el proyectil acertase de pleno en su corazón.

A su señal, tras una segunda flecha fallida, sus hombres cerraron filas en torno a él, atentos a la nueva amenaza. *Traición*, pensó, pues ambas flechas habían llegado desde sus propias filas.

PELIGRO

—Encontrad al arquero —gritó Kerr por encima del alboroto. Había logrado esquivar ya cuatro flechas desde aquella primera, pero sabía que seguirían llegando mientras no diesen con el culpable. Mantener a raya a los enemigos y tratar de evitar que alguien lo asesinase, era agotador. Y la herida del brazo no ayudaba. Había podido detener la hemorragia, pero dolía y el vendaje le restaba movilidad. Estaba en serios apuros.

—Allí —gritó a su vez Arran, señalando una loma elevada, cerca de su posición. Luego, echó a correr hacia ella, espada en mano.

Kerr se deshizo de su oponente y lo siguió. Los colonos gritaban ya retirada, cuando alcanzó la retaguardia de sus tropas. Debía encontrar al traidor antes de que se mezclase entre los hombres que corrían en pos de los huidos, aunque tenía una ligera idea de quién podía estar detrás del ataque. La mirada que le había dado Ruadh en la reunión era evidencia más que suficiente para él.

Arran había desaparecido en el bosque cuando llegó a la linde y tuvo que seguir su rastro antes de poder oírlo. El ruido del metal delante le indicó que había alcanzado su objetivo. Escuchó a sus hombres detrás de él y supo que la lucha estaba servida. Y esta vez no tenía que ver con sus parientes de Lewis.

—Cobardes —oyó decir a Arran, antes de darle alcance—. Deberíais tener la decencia de atacar de frente al menos.

—No puedes esperar nada bueno de los MacKinnon —le respondió él, uniéndose a la pelea.

Habían rodeado a Arran, pero era él quién dominaba la situación con su fiera determinación. Con la llegada de Kerr y los demás a pocos segundos de unirse, los MacKinnon no tenían ya nada que hacer. Una de las razones por las que Ruadh no se había atrevido a vengarse en un enfrentamiento directo era, precisamente, la destreza de los hombres de Kerr en el campo de batalla. Por eso, en cuanto los tuvieron rodeados a su vez, depusieron las armas con

rapidez.

—¿Dónde está Ruadh? —preguntó Kerr, deseoso de solucionar el incidente antes de que Dougal, o cualquier otro laird descubriese lo que había pasado.

—Con las tropas en el sur —contestó uno de ellos.

—Así que os deja el trabajo sucio —sentenció—, el muy cobarde.

—No es un cobarde —bramó—. Él tiene otros asuntos que atender.

El que estaba a su lado lo golpeó con fuerza en las costillas y Kerr supo que estaban ocultando algo. A pesar de lo traicioneros que podían llegar a ser, entre ellos eran tan leales como sus hombres con él.

—¿Qué asuntos? —preguntó aún sabiendo que no responderían.

—Nada que debas saber.

—¿Y por qué tengo la sensación de que soy, precisamente, quién debe saberlo? —lo desafió.

—Ninguno hablará —sentenció, con firmeza.

—Puedo haceros hablar.

—No sacarás nada de nosotros.

Parecían decididos y Kerr se acercó a sus hombres para hablar en privado con ellos.

—Deberías intentar convencerlos de que serán perdonados si nos dicen la verdad —sugirió Robert.

—Saben que esa no es una decisión que pueda tomar yo, así que no serviría de nada.

—No tenemos tiempo para torturar a alguno de ellos —dijo Iagan, con frustración.

—¿En serio, Iagan? ¿Tu estrategia es la tortura? —preguntó Kerr.

—He dicho que no hay tiempo.

Iagan era el único de ellos que disfrutaba de una buena batalla. Como buen descendiente de nórdicos, creía que le llegaría la gloria si era lo suficientemente valiente y bravo. Kerr movió la cabeza, resignado. Nadie ni nada podría cambiarlo nunca.

—Necesitamos algo menos rotundo, pero igualmente efectivo —les explicó— ¿Alguna otra sugerencia?

—Cuando está borracho, a Gavin se le suelta bastante la lengua —recordó Arran.

—Por algo eres mi segundo al mando —le palmeó el hombro con fuerza, mientras sonreía—. Traed el whisky que nos queda.

Se acercó a los cautivos y levantó a Gavin para llevárselo con él. Supo que los demás habían descubierto sus intenciones porque comenzaron a protestar. *Mejor esto que la tortura*, pensó.

—Bebe conmigo, Gavin. Estarás sediento después de la batalla —lo animó.

—No voy a traicionar a mi jefe.

—Nadie dice que lo hagas, solo intento ser amable. Creo que esto se ha descontrolado un poco y estoy seguro de que ninguno de nosotros quiere que los demás se enteren de lo que ha pasado. Tu jefe podría estar en serios problemas si así fuese. Sobre todo después de que su padre le prohibiese tomarse la revancha por lo de las reses.

Se habían alejado lo suficiente como para que las advertencias de sus compañeros no se escuchasen. Kerr estaba convencido de que Gavin acabaría cediendo. Su mirada recaía una y otra vez en la petaca, aunque intentaba disimularlo. Flaco intento.

—No creo que tenga problemas por eso. No puedes probar nada.

—Mis hombres son testigos.

—Son tus hombres. Mentirían por ti.

—Tengo una herida de flecha en mi brazo.

—Podría haberla disparado uno de los hombres del rey —a pesar de sus respuestas, se estaba poniendo nervioso.

—Se ve claramente que la flecha rasgó la piel desde atrás.

Eso no había forma de probarlo, pero Gavin no lo sabía, porque tragó con dificultad. Kerr le ofreció de nuevo la petaca y esta vez no la rechazó.

—Solo un trago —le dijo, antes de vaciar el contenido de la misma.

Arran le pasó otra y Kerr se la ofreció también. En esta ocasión, la resistencia de Gavin a beber fue nula. Después de otras dos, tal y como había augurado Arran, comenzó a hablar sin pensar en lo que decía.

—Ruadh jamás osaría enfrentarse a ti en batalla.

—Cierto. Es un hombre sensato —mintió Kerr.

—Pero alguien le ofreció mucho dinero y eso es algo que nuestro clan necesita.

—¿Dinero?

—Mucho. Y solo era el pago de una tercera parte —le dijo, a modo de confidencia.

—¿Quién pagaría tanto dinero por verme muerto?

—Ruadh no lo mencionó.

—¿Y cuáles son esos otros asuntos que debía atender tu jefe? —si no podía sacarle quién era el pagador, intentaría que le contase más sobre los planes de Ruadh— ¿Tienen algo que ver conmigo?

—No lo sé. A mí no me contó nada al respecto.

—¿Nada en absoluto?

—A mí no. Aunque... —se quedó en silencio un momento, antes de continuar, como si estuviese recordando algo— creo que escuché algo sobre una mujer a la que quería conocer. Pero no creo que tenga nada que ver.

—Supongo que no —Kerr frunció el ceño.

—Sí, ahora lo recuerdo —continuó hablando, después de dar otro trago a la única petaca que les quedaba—. Dijo que aquel sería un trabajo muy grato y que tal vez se divirtiese con la mujer, antes de entregársela al hombre. Le pagaba bien por llevársela intacta, pero dijo que si era tan bonita como le había dicho, merecería la pena perder parte del dinero.

Su risa le heló la sangre, al igual que pensar en aquella mujer en manos de Ruadh. No tenía buena fama tampoco en cuanto a eso y Kerr temía el estado en que la entregase si decidía hacer caso omiso a la advertencia del hombre que lo había contratado.

—¿Recuerdas si dio algún nombre? —intentaría averiguar de quién se trataba, antes de volver al tema de su intento de asesinato. Si podía ayudarla de algún modo, lo haría.

—No, que yo recuerde. Pero sí que habló de unos ojos del mismo color de oro —bebió la última gota de whisky—. Daría lo que fuera por ver esos ojos.

Kerr se levantó, alterado al escucharlo y miró hacia Arran. Por su expresión, supo que había llegado a la misma conclusión que él. Porque, ¿cuántas posibilidades había de encontrar a dos mujeres con aquel extraño color de ojos?

—Blair está en peligro —dijo al fin, dando forma a sus miedos.

—No podremos irnos, sin informar antes a Dougal —Arran conocía sus intenciones.

—No perdamos tiempo, entonces.

Llevaron a los MacKinnon hasta el campo de batalla, ahora lleno de cadáveres, heridos y de presos de guerra. Cuando los vieron llegar, Dougal y Neil se acercaron para pedir explicaciones.

—Intentaron matarme por dinero —informó Kerr—. Y he sabido que el mismo hombre que pidió mi cabeza, quiere también a Blair. La revuelta aquí

ya está prácticamente controlada, así que me voy. Debo llegar antes de que se la lleven.

—Esto es una locura, Kerr —su laird no parecía conforme— ¿Quién querría tu muerte hasta el punto de pagar por ello?

—¿De verdad tengo que decirlo, Dougal? —alzó una ceja—. Porque desde el mismo momento en que supe que deseaba mi muerte y quería a Blair, no tuve ni la menor duda de quién era.

—¿Qué estás insinuando?

—No insinúo nada, lo afirmo. Angus intentó aprovecharse de Blair en Dunvegan y yo lo detuve. Ahora clama venganza.

—Angus no sería capaz de una cosa así.

—Lo tienes en muy alta estima, pero tu primo sería capaz de eso y de mucho más. Puede que estés tan ciego que no lo veas, pero yo no —lo desafió—. Me voy ahora y me llevo a mis hombres.

—Esto todavía no ha acabado. Stornoway nos aguarda. No te daré permiso para irte.

—No me importa. La vida de la mujer que amo está en peligro y nadie me va a impedir salvarla.

Lo había dicho en voz alta por fin. Amaba a Blair y ya no quería ocultarlo más, menos aún cuando su vida peligraba.

—Harás lo que tu laird te ordena o lo lamentarás —lo amenazó.

—Está bien, Dougal —intervino Neil, en tono conciliador—. No será necesario llevarlo tan lejos. Deja que regrese a su hogar y proteja a la muchacha. Si está en lo cierto, lo necesita. Y si se equivoca, al menos podrá disfrutar de sus brazos amorosos mientras le da la bienvenida.

Se escucharon risas de fondo por el comentario, pero Kerr solo podía pensar en Blair y en lo que Ruadh le haría si la encontraba primero. O Angus, cuando el otro se la entregase.

—Ve —dijo Dougal, de muy mala gana—, pero cuando descubras lo equivocado que estás con Angus, lamentarás haber difamado su nombre. Y me encargaré personalmente de que pagues por ello.

—Cuidado con lo que dices, Dougal —le respondió él—, puede que te tengas que tragar tus palabras.

A una señal de Kerr, sus hombres le siguieron. Tenían un largo y arduo camino por delante y muy poco tiempo para recorrerlo. Ruadh les llevaba ventaja, lo que ponía a Blair en serios apuros.

—Llegaremos a tiempo, Kerr.

—Eso espero, Arran. Eso espero.

NOTAS

Si quieres saber qué le pasó realmente a tu hermano, reúnete conmigo en el Puente de las Hadas.

¿Quién había le dejado aquella nota? ¿Y cuándo? Blair miró a su alrededor, aún siendo consciente de que quien hubiese sido, ya no estaría allí.

Esa mañana se había levantado temprano, como cada día, para preparar el desayuno para los pocos residentes de la granja. Al marchar Kerr, los que quedaron habían comenzado a acudir a la casa, para acompañar a Blair y los niños durante las comidas. No eran muchos y agradecían la compañía los unos de los otros. Al entrar en la cocina, se había encontrado la nota y la sola idea de que alguien ajeno a la granja se hubiese atrevido a adentrarse en la casa, le provocaba pavor. Si había resultado tan sencillo para él pasar desapercibido, qué no haría si se le antojaba. Aquella nota parecía el señuelo perfecto para alejarla de la seguridad de la granja, pero sospechaba que si quisieran sacarla por la fuerza, también podrían hacerlo. Se estremeció solo de pensarlo.

Era muy rastrero usar a su hermano como carnaza, pero lo que realmente le preocupaba era quién más podía saber que Bruce estaba muerto, aparte de los presentes y de aquellos que habían partido hacia Lewis.

—No importa lo que crean saber —se dijo en voz alta, arrugando el papel—. No caeré en la trampa. Sea lo que sea lo que traman.

Le apenaba y enfadaba a partes iguales que usasen de ese modo a su hermano y su forma de protestar sería ignorarlos. ¿Cuántos serían? Un nuevo escalofrío recorrió su cuerpo. Decidió olvidar el asunto y, para cuando llegaron todos a desayunar, lucía una vez más una sonrisa sincera.

—Buenos días, Seoc. ¿Qué tareas nos esperan hoy?

—Nada que no podamos resolver sin tu ayuda, muchacha.

—En ese caso, adelantaré algunas tareas aquí. ¿Podrías prescindir

también de Shona?

—Por supuesto.

Shona y ella pasaron la mañana aireando las estancias de la casa, lavando la ropa y limpiando los suelos. Estar tan atareada era la mejor forma para no pensar en la nota. Y aún así, a media tarde, no pudo contenerse más.

—Shona, ¿crees que alguien podría estar rondando la granja sin que nos enterásemos?

—¿A qué viene esa pregunta? ¿Es que has visto a alguien?

—No. Es curiosidad. Por saber cuán seguros estamos aquí.

—Dudo que alguien lograra acercarse durante el día a la casa sin ser visto.

—¿Y por la noche?

—Supongo que es más fácil, pero no sé quién querría arriesgarse. El terreno es traicionero en la oscuridad si no lo conoces bien.

—Vale, gracias —sonrió—. Ya me quedo más tranquila.

Shona le sonrió de vuelta y continuó cosiendo, mientras Blair se entretenía limpiando a Fiona. A la pequeña le estaban naciendo los dientes y se metía en la boca cualquier cosa que encontrase a mano. Además, había aprendido a gatear e intentaba escapar de ella en cuanto se despistaba un poco. Y por eso necesitaba estar más pendiente de ella que antes.

Tam, en cambio, apenas le daba trabajo. Durante el día ayudaba en la granja y cada vez que Seoc le podía dedicar algo de tiempo, entrenaba con la espada que le había regalado su padre antes de marchar. También ella había estado practicando con las dagas e incluso había empezado a manejar una espada corta, aunque no era tan buena como le hubiese gustado. Seoc le había asegurado que no sería necesario que aprendiese e incluso había alegado que a Kerr no le gustaría saber que había usado un arma, pero nada de lo que dijo le impidió seguir intentándolo. Y después de aquella extraña nota, lo agradecía más que nunca.

—Es hora de entrenar, mamá.

Tam irrumpió en el salón, provocando que su hermana gritase de alegría y gatease hacia él. El niño se agachó para quedar a su altura y la besó en la mejilla.

—Ta, ta —Fiona sabía decir algunas palabras, entre ellas el nombre de su hermano. O parte de él.

—Hola, Fiona. ¿Lista para vernos a mamá y a mí en acción?

La niña gritó de nuevo e intentó levantarse. Tam le ayudó.

—¿Cuándo va a aprender a andar sola? —le preguntó a Blair.

—Todavía es pronto. Puede que en un par de meses, si sigue tan decidida como hasta ahora.

—Yo le enseñaré a cabalgar después.

—Con tranquilidad, Tam —sonrió ante su entusiasmo—. Todavía es muy pequeña para eso.

—Papá dice que yo aprendí a montar antes que a andar —su pecho se hinchó de orgullo.

—Fiona es una señorita —rió Blair.

—Eso no tiene nada que ver. Las señoritas también van a caballo.

—Te recuerdo que yo no sabía montar hasta que llegué a aquí.

—Porque no eras una highlander.

—Querrás decir que no soy una highlander.

—No, mamá. Ahora ya eres una de las nuestras. ¿A que sí, Seoc?

Habían salido fuera de la casa mientras hablaban y Seoc, que los esperaba con las espadas, sonrió, como cada vez que oía a Tam llamarla mamá.

—Por supuesto, Tam. Blair es toda una mujer de las tierras altas.

La aludida se sonrojó intensamente. Había aprendido a valorar los elogios de aquellas personas, que se habían convertido en su familia en tan poco tiempo, pero aún se sentía incómoda cuando se los prodigaban.

—En ese caso —trató de desviar la atención de ella—, será mejor que lo demuestre mejorando mi técnica con la espada.

Tam rió entusiasmado, Shona ayudó a Fiona a aplaudir y Seoc les entregó las espadas. Seriedad y diversión se entremezclaron en una tarde de lo más amena, donde Blair consiguió al fin olvidar la nota. Y al llegar la noche, se dejó caer en la cama, agotada por el entrenamiento, y se quedó profundamente dormida, con Tam acurrucado a su lado.

¿Acaso no quieres saber nada de tu hermano? Él estará muy decepcionado. Te sigo esperando en el Puente de las Hadas.

Habían pasado dos días desde la primera nota y Blair no había vuelto a pensar en ella hasta que llegó la segunda. Se mordió el labio con fuerza para evitar que temblase. No había pasado por alto el modo en que estaba escrita, como si su hermano siguiese vivo y esperando por ella. Aunque sabía que era imposible, las dudas comenzaron a corroerla por dentro. No quería ir, pues era demasiado arriesgado, pero tampoco podía dejar de pensar en lo que había dicho sobre su hermano.

—Está muerto —se dijo—. Y es muy cruel que jueguen así conmigo.

Arrugó de nuevo la nota y la tiró al fuego, obligándose a dejar de pensar en ella y en la posibilidad de que su hermano estuviese vivo. Por suerte, que siempre hubiese tanto trabajo en la granja, le ayudaba en su propósito. Y por si eso no era suficiente, Fiona decidió que quería jugar al escondite sin avisar a nadie.

Durante lo que a Blair le pareció una eternidad, la buscaron por toda la granja, sin encontrar rastro de ella. Tam, que se lo había tomado como una competición, se arriesgaba cada vez más, al buscar en lugares donde ni siquiera él podría entrar.

—Socorro —lo oyeron gritar una de aquellas veces—. Mamá, ayuda.

Cuando Blair lo localizó, estaba colgando de una viga en lo alto del establo. Contuvo un grito de angustia y se situó debajo de él para que de caerse, pudiese amortiguar el golpe.

—¿Cómo diablos has subido hasta ahí, Tam? ¿Es que no me llega con preocuparme por tu hermana?

—Lo siento, mamá —dijo, avergonzado, cuando se dejó caer hasta los brazos de Blair cuando esta se lo pidió.

El impacto los arrastró a ambos al suelo y Tam aprovechó para abrazarla con fuerza. Blair lo rodeó con sus brazos y comenzó a acariciarle el cabello.

—No pasa nada, Tam —lo consoló—. Sé que solo intentas ayudarme a encontrar a Fiona, pero prométeme que no volverás a hacer algo así. Es muy peligroso.

—Vale, mamá. Te lo prometo.

—La hemos encontrado —oyeron gritar fuera del establo.

Se levantaron inmediatamente y salieron. El alivio de Blair al ver a Fiona en brazos de Shona fue instantáneo. Parecía encontrarse bien y suspiró, agradecida, cuando la tuvo en sus brazos al fin. Nunca lo admitiría en voz alta pero, durante la búsqueda, había llegado a temer que se la hubiesen llevado los que enviaron las notas.

—No vuelvas a darme un susto así, Fiona —la besó en la coronilla, mientras la apretaba contra el pecho—. Jamás.

Por la noche, mientras la acostaba en su cuna, dudó entre dejar que durmiese allí o llevársela a su propio cuarto. Temía perderla de vista y que desapareciese de nuevo. Incluso sabiendo que la habían encontrado bajo de un árbol durmiendo, la sensación de que no se había ido sola, seguía asaltándola.

—¿Podemos meterla en cama con nosotros, mamá? —la voz de Tam tras

ella la sobresaltó. Lo miró con dulzura, comprendiendo que también él se había asustado y asintió. Cogió de nuevo en brazos a Fiona y se la llevó a la cama, seguida de Tam. Esa noche durmieron los tres juntos.

Los niños pueden ser tan traviosos. Nadie puede estar pendiente de ellos todo el tiempo, ¿verdad? Sería una tragedia que le ocurriese algo a alguno de los hijos de Kerr mientras están a tu cargo. Te esperaré una última vez en el Puente de las Hadas esta noche. Si no acudes, atente a las consecuencias.

Aquello era una amenaza demasiado directa y Blair sintió que le fallaban las piernas mientras la leía. No hablaba de Bruce, pero sus palabras le causaban mayor angustia. Después de todo, a su hermano nadie podría dañarlo ya, pero a Tam o a Fiona sí. Tragó un sollozo para que nadie la escuchase y corrió escaleras arriba, solo para comprobar que ambos continuaban durmiendo, en su cama, a salvo de todo mal.

—Shona, ¿tú sabes dónde está el Puente de las Hadas? —preguntó más tarde.

—Y tú también —le sonrió—. Has pasado por él cada vez que ibas o venías de Dunvegan.

—No tenía idea. Había oído hablar de él, pero no sabía cuál era.

—¿Por qué me preguntas?

—Curiosidad —sonrió, antes de disculparse con ella, fingiendo que tenía algo importante que hacer.

Aquel día se le hizo eterno y la noche, difícil. Parecía como que los niños intuían algo, porque Fiona tardó más de lo habitual en dormirse y Tam decidió que quería que le contase dos historias en lugar de una porque no tenía sueño. Cuando finalmente todo quedó en silencio y los niños dormían profundamente, Blair se levantó, se vistió sin hacer ruido y bajó sigilosamente, mientras se cubría con una gruesa capa para protegerse del frío. Caminó en dirección a los establos, insegura de poder manejarse con un caballo ella sola, pero segura de que lo necesitaría para llegar. Y como temía ser descubierta, siguió caminando con el caballo tras ella, hasta estar segura de que podía montar sin que la viesen. Lo guió hacia el Puente de las Hadas, rezando para no perderse por el camino. Por suerte, la luna iluminaba sus pasos.

—Ya creía que tampoco vendrías hoy —una ronca voz la sobresaltó al llegar al puente.

—¿Qué queréis de mí?

—Una mujer directa —rió—. Como a mí me gustan. Y con unos ojos más

increíbles de lo que me habían dicho.

—No tengo tiempo para tonterías. Decid lo que tengáis que decir y luego marchaos.

—Tu hermano está deseando verte. ¿No quieres reunirse con él?

Parecía tan seguro al hablar de él, que dudó por un momento.

—Mi hermano está muerto —dijo, finalmente.

—Eso te han hecho creer, preciosa —le respondió él—. Tu hermano vive y se encuentra en mi poder.

—¿Por qué habría de creerlo?

Ruadh se acercó sin desmontar y tomó uno de sus mechones de pelo entre los dedos. Se sentía sedoso y suave. Inspiró y le llegó un dulce olor a rosas.

—Eres preciosa.

—Creo que estoy perdiendo el tiempo. Ni siquiera debería haber venido —obligó a su montura a girar para regresar.

—Si te vas, lo mataré.

Volvió a vacilar y Ruadh lo aprovechó para colocarse a su lado de nuevo. La miró a los ojos y supo que tenía miedo, aunque había sabido disimularlo muy bien hasta el momento.

—Tal vez esto te haga cambiar de opinión —le entregó un pequeño colgante.

—¿De dónde lo habéis sacado?

Todavía recordaba el día en que su madre se lo había regalado, cuando cumplió los quince años. *Ya eres toda una mujercita*, le había dicho, con orgullo. Aquel colgante había sido el legado que pudo dejarle, después de que su padre acabase con la fortuna familiar. Se lo había entregado a Bruce el día que se separaron, cuando acompañó a Donella a Skye, junto a la promesa de que regresaría con él para pedírselo de vuelta. Por desgracia, nunca pudo cumplirlo.

—Ya te he dicho que está conmigo. Y está esperando por ti.

Blair estaba segura de que mentía, pero necesitaba saber porqué tenía el colgante y cómo lo había conseguido. Odiaba pensar que Donella se hubiese deshecho de todas sus cosas tras la muerte de su hermano.

—Traedlo y os creeré —lo desafió.

—No es tan sencillo —chasqueó la lengua—. Hay alguien más que desea verte, pero necesita asegurarse de que Kerr no te seguirá.

—¿Qué pretendéis que haga?

—Que regreses a la granja y dejes una nota donde te despidas de él. Y

convéncelo de que es lo que quieres.

—No puedo hacerlo. No puedo mentirle.

—En ese caso, tu hermano morirá.

—¿Quién me asegura que no habéis encontrado el colgante en un mercado y que esto no es más que un engaño?

—Aunque lo hubiese hecho, ¿cómo podría saber que pertenecía a tu hermano sino me lo hubiesen dicho? —la estudió, convencido de que acabaría cediendo—. Regresa mañana por la noche o tu hermano sufrirá una muerte terrible. Y si eso no te convence, tal vez deba hacer una nueva visita a los hijos de Kerr. La pequeña es muy confiada.

Aquella era una amenaza real, que no podía ignorar. Asintió, con lágrimas en los ojos, y desanduvo el camino hasta la granja en silencio. Aquella noche ya no durmió más.

Y el día siguiente le resultó tan pesado y perturbador como había sido la noche y, para cuando tuvo que escribir la nota, estaba tan agotada que apenas podía pensar en cómo convencer a Kerr de que quería abandonarlo, cuando lo único que deseaba era correr a sus brazos y rogarle que terminase con aquella pesadilla.

—No puedo —lloró—. Tengo que hacerle saber, de alguna manera, que me están obligando.

Ruadh la había amenazado, recordándole que podía entrar con facilidad en la granja y leer la nota, antes de que la viese Kerr, si se le antojaba. Y por ese motivo, necesitaba resultar convincente a ojos de ese hombre. Tenía que ocultar la verdad tras la mentira de modo que el uno no la viese y el otro supiese encontrarla.

—Terminada —no había resultado fácil de escribir, pero al final se sintió conforme con ella.

Dejó la nota en la mesa del gran salón, donde cualquiera pudiese verla, y rezó para que Kerr la leyese, sin cegarse por su enfado, al imaginarse engañado nuevamente.

Necesitaba desesperadamente que Kerr creyese en ella y en el amor que sentía por él.

FE

—Papá —Tam corrió hacia su padre en cuanto lo vio.

Kerr lo recibió con los brazos abiertos y lo envolvió en un abrazo cariñoso que le decía a su hijo cuánto lo había echado de menos. Vio a Shona a lo lejos, con Fiona en brazos, pero no había rastro de Blair, lo que lo preocupó todavía más de lo que ya estaba. No habían detenido su avance hasta llegar, temeroso de que aquello sucediese, pero imaginarlo de antemano no lo hacía más fácil.

—¿Y Blair? —le preguntó a su hijo, solo para constatar que había desaparecido.

—No lo sé —lo miraba con los ojos anegados en lágrimas—. No la encontramos.

Kerr corrió hacia la casa, con el corazón en un puño, mientras rogaba a Dios que solo se tratase de una confusión y que Blair apareciese con una tonta excusa para explicar su ausencia. Pero sus mayores temores se vieron confirmados cuando alcanzó a Seoc y este le tendió un papel.

—Dejó esto para ti —le dijo.

Kerr,

Me resulta difícil escribir estas palabras, después de todo por lo que hemos pasado, pero no tengo más opción.

No puedo seguir viviendo más una mentira y por eso debo irme ahora.

No me busques, por favor. Ni me odies tampoco. El pasado ahora es mi futuro, como no podía ser de otra forma.

Siempre tuya,

Blair M.

No se esperaba aquello. Una carta de despedida no era lo había imaginado encontrarse. Por un momento dudó de que Ruadh se la hubiese

llevado. ¿Y si ella había decidido abandonarlo incluso antes de que intentasen secuestrarla? Kerr leyó la carta varias veces más, incapaz de creer que Blair se hubiese ido por propia voluntad. No ahora. No después de haberse confesado el uno al otro que se amaban. Porque tampoco podía creer que lo hubiese engañado de un modo tan cruel. Si algo sabía de ella, es que no era como Lorna. Ella jamás fingiría que lo amaba ni le haría daño a propósito.

—Ha debido obligarla a escribir eso, Kerr —le dijo Arran, haciendo eco de sus propias sospechas y recordándole también la traición de Ruadh—. No sé cómo, pero lo ha hecho.

Kerr lo miró con ojos ausentes por un momento, antes de fijar de nuevo su mirada en la carta. Arran tenía razón. Habían vuelto porque sabían que Ruadh iba a por Blair. Aquella carta debía ser obra del MacKinnon. De alguna forma, había logrado asustarla tanto, que consiguió que la escribiese.

La leyó de nuevo y fue entonces cuando lo vio. Era tan sutil que se le había pasado por alto en las otras ocasiones. Había firmado colocando una *M* junto a su nombre. Ella era Blair Gordon y no había forma de que una *G* se confundiese con una *M* al escribir. Tenía que ser intencionado.

—Blair MacLeod —murmuró, antes de sonreír.

Había firmado como Blair MacLeod, para demostrarle que todo era una farsa. Y si todo era mentira, seguramente había algo más oculto en aquella carta, por lo que la leyó de nuevo, prestando atención a cada palabra y al posible doble sentido que tuviesen. Y lo encontró.

—Ruadh ha debido amenazarla con algo —informó— y por lo que Blair dice en su carta, está relacionado con su pasado.

—Si Angus está detrás de esto, no me extraña —asintió Arran.

—Blair estaba rara desde hacía unos días —se atrevió a intervenir Shona.

—¿En qué sentido? —Kerr la miró, interesado.

—Una mañana me preguntó si alguien podía entrar y salir de la casa sin ser visto. Parecía preocupada por eso, pero dijo que solo era curiosidad. En aquel momento no le di mayor importancia, pero... ¿Y si alguien vino y se la llevó a la fuerza?

Arran la rodeó con sus brazos para confortarla. La joven estaba ahora afligida y se recriminaba no haber insistido con el tema.

—La encontraremos —intentó tranquilizarla Kerr—. ¿Dijo algo más que nos pueda ayudar?

—No —respondió, apenada.

Kerr se disponía ya a dar las órdenes para partir en su busca, cuando Shona lo interrumpió de nuevo, al recordar otra de sus conversaciones con Blair.

—También me preguntó dónde estaba el Puente de las Hadas. No sé si sirva de algo.

—Sirve de mucho, Shona —le sonrió, emocionado—. Esa es la mejor pista que tenemos hasta ahora.

Arran la besó en la boca, antes de seguir a su exaltado amigo. Sabía perfectamente a dónde irían, antes incluso de que Kerr se lo dijese. El Puente de las Hadas no quedaba lejos y era el lugar perfecto para un encuentro entre Ruadh y Blair sin que nadie lo descubriese.

—Sabes que no estarán allí, ¿verdad, Kerr? —dijo Arran, mientras cabalgaban hacia el lugar—. Ya han pasado varios días desde que encontraron la nota.

—Ruadh cree que no iré a por ella o, en el mejor de los casos para él, que estoy muerto. No habrá ocultado sus huellas y podremos seguirlos fácilmente si nos damos prisa —le respondió él.

Arran asintió, entendiendo el razonamiento de su amigo. Ruadh siempre había sido un hombre presuntuoso y con una estima por las nubes, que solía ser su perdición. Igual que lo sería en aquella ocasión.

—Esperemos que todavía no se la haya entregado a Angus —le dijo de repente, recordando al verdadero artífice de todo aquel plan.

—Esperemos que no haya tocado uno solo de sus cabellos —rugió Kerr—. Ni él, ni Angus.

Arran comprendía perfectamente a su amigo porque pensar que pudiese sucederle lo mismo a Shona lo enloquecía. Admiraba la templanza de Kerr. Él no sería capaz de mostrarse tan tranquilo si la mujer que amaba estuviese en manos de su mayor enemigo.

—¿Estás bien? —le preguntó, no obstante.

—Lo estaré en cuanto Blair regrese a mis brazos —la voz le tembló ligeramente.

Arran lo observó con más detenimiento y vio que no estaba tan relajado como parecía. Sus nudillos, blancos de tanto apretar las riendas, su espalda rígida, tratando aparentar una fortaleza que no sentía, y sus ojos, fijos en el horizonte para que nadie viese la aflicción que sentía en ese momento, eran claras señales de que estaba batallando contra la desesperación. Y contra el miedo. Un terrible y agonizante miedo a no poder alcanzarlos a tiempo para

evitar que la lastimasen o que desapareciese para siempre de su vida.

—La encontraremos, Kerr —repitió sus palabras, incapaz de buscar algo mejor para confortar a su amigo. Tampoco es que pudiese tranquilizarlo con palabras, porque solo tener a Blair a su lado, sana y salva, lo lograría. Kerr asintió en su dirección, sin hablar, y pudo vislumbrar de nuevo, por un segundo, la agonía que estaba padeciendo. No sintió lástima por él, pues sabía que era fuerte y más que capaz de soportarlo, pero se preocupó.

—La encontraremos —repitió una vez más, con mayor convicción—. La llevaremos a casa sana y salva.

No habría otra opción. No aceptarían otra opción. Blair tenía que regresar a su hogar y ellos no descansarían hasta lograrlo.

Kerr lo miró una vez más y asintió, con mayor seguridad. Sabía que sus hombres no lo abandonarían, así como estaba seguro de que Blair tampoco lo haría en cuanto la rescatasen. No era un deseo, sino una certeza. Una cuestión de fe.

CAMINO A ALGÚN LUGAR

—¿A dónde me lleváis? —preguntó, por enésima vez, Blair.

Habían viajado toda la noche, a pesar del riesgo que suponía ir a ciegas, y Ruadh no se había dignado a hablarle en todo aquel tiempo. Se limitaba a tirar de las riendas de su caballo para que no intentase huir, incluso sabiendo que no lo haría. ¿A dónde podría ir? ¿O por qué intentarlo? ¿No se suponía que la estaba llevando con su hermano? Si era cierto, cosa que empezada a dudar por su extraño comportamiento, lo seguiría de buen grado y a donde fuese necesario para reunirse con Bruce.

—Si no me decís algo —dijo, tirando de las riendas para frenar su montura—, no daré un paso más.

—Te llevo con alguien que tiene mucho interés en reencontrarse contigo, preciosa —dijo al fin, con fastidio, volviendo a tomar las riendas entre sus manos y reiniciando su avance.

—Creía que me llevaríais con mi hermano.

—Tu hermano solo fue una excusa para hacerte salir de Lochbay por tu propio pie —rió—. Ignoro si sigue vivo o no.

—Pero...

—Y tú tampoco deberías preocuparte por eso —la interrumpió—. Dudo que quien nos está esperando, tenga intención alguna de dejarte con vida después de que haga lo que quiera que desee hacer contigo. Parece muy enfadado contigo, preciosa.

Blair se quedó muda. ¿Alguien quería matarla? Eso no podía ser cierto. Jamás había tenido enemigos, no era nadie importante. Ni siquiera recordaba haber ofendido a nadie en toda su vida.

—Una pena, la verdad —ahora que había empezado, no parecía dispuesto a detenerse—. Eres demasiado hermosa para acabar muerta y

enterrada en algún lugar perdido de la mano de Dios. Pero qué sabré yo de sus verdaderas intenciones. Tal vez decida conservarte como amante, si su deseo por ti es más intenso que sus ganas de matarte.

Aquello conmocionó todavía más a Blair. Ya no estaba segura de qué opción le parecía mejor. No elegiría ninguna, de ser posible, pero temía que no tendría opción. Y no podía decidir cuál de las dos era la menos mala.

—No te tortures por ello —rió él, al ver su pálido rostro—. Solo te servirá para sufrir antes de tiempo.

Blair lo fulminó con la mirada, deseosa de tener más fuerza para enfrentarse a él. Solo le quedaba la esperanza de que Kerr fuese a rescatarla, si es que había entendido el mensaje. Y si regresaba de Lewis a tiempo para leerlo. O directamente regresaba. No le gustaba pensar en ello, pero sabía que era una posibilidad.

Inspiró profundamente varias veces y trató de no dejarse llevar por el pánico. Si Ruadh le había obligado a dejar una carta, tenía que ser porque sabía que podría regresar en cualquier momento y se aferró a esa esperanza.

Una vez más, se removió visiblemente en la silla, fingiendo estar incómoda. Había comprobado que si lo repetía suficientes veces, Ruadh disminuía el ritmo durante un tiempo. Y eso le hacía creer que era más caballeroso de lo que le demostraba. O tal vez, que aquel al que debía entregarla lo acobardaba. Prefería pensar en la primera opción, porque la segunda era muy mala para ella.

—Nos detendremos para comer algo —informó Ruadh, claramente hastiado por sus movimientos—. Las mujeres de las tierras bajas sois demasiado débiles.

—Eso no es cierto —protestó—. Dudo siquiera que hayáis conocido a alguna otra mujer de las tierras bajas. Además, ¿a qué diablos viene eso de diferenciar entre unas y otras? Una mujer es fuerte solo por el hecho de ser mujer. Nuestra vida es más dura que la de cualquier hombre. Y...

Debería haber permanecido en silencio, pero lo supo cuando las palabras ya habían salido de su boca. La mirada furiosa de Ruadh se había clavado en ella y se mordió el labio, asustada. Lo había enfurecido y temía cómo fuese a reaccionar, pues no lo conocía. Bien podía decidir matarla y acabar con todo allí mismo. Y tal vez por eso, se sorprendió cuando lo oyó reír.

—No le veo la gracia —dijo finalmente en un murmullo, al ver que no tenía intención de parar pronto.

—Menudo carácter —dejó de reír de repente y eso la preocupó—. Te

tumbaría ahora mismo en el suelo y te daría una buena razón para guardar silencio la próxima vez, preciosa. Me encantan las mujeres ardientes en la cama y estoy seguro de que tú lo eres.

Mientras hablaba, se iba acercando a ella con una mirada felina que la hizo retroceder, con tan mala suerte, que enredó un pie con el fondo de su vestido y terminó en el suelo frente a él.

—¿Eso es una invitación? —rió de nuevo.

—No os acerquéis más —lo amenazó, consciente de que no podría detenerlo si lo hacía, pero asustada de que lo intentase, porque su corpulencia le proporcionaba una ventaja insalvable para ella. Y a pesar de todo, mantuvo su barbilla en alto, desafiante.

—Comamos algo —dijo él, finalmente, apartándose—. No le gustará que le hagamos esperar tanto y tus tiernas posaderas nos van a retrasar bastante ya. Intacta, exigió. Y así te llevaré.

Blair se levantó en silencio y se acercó para tomar su ración. Iba a necesitar de todas su fuerzas para lo que le aguardaba. No se consideraba débil, pero tampoco estaba acostumbrada a largas caminatas a caballo y aquella parecía que duraría unos cuantos días más.

Ruadh le dio la espalda sin preocupación, mientras revisaba las cinchas de ambos caballos y los ojos de Blair viajaron hasta su vestido. Bajo él, podía ver sobresaliendo, un trozo deshilachado de su enagua, justo en el lugar donde la había pisado con el pie. Durante un instante, su mirada se quedó prendida en el trozo de tela que colgaba, sin llegar a verlo realmente. Pero, de repente, como si una luz iluminase su mente, lo comprendió. Terminó de romper la enagua, con cuidado de no hacer ruido, y dejó la tela, semioculta, cerca del lugar donde estaba sentada. Después, se levantó y se acercó a Ruadh, para evitar que pudiese descubrir lo que acababa de hacer.

Hacía tiempo que se habían desviado de los pocos lugares que conocía y quería asegurarse de que Kerr sabía dónde buscarla. Ella lo habría agradecido si estuviese en su lugar, aunque tenía la sensación de que él la encontraría allá donde fuese, con o sin su ayuda. Siempre y cuando, encontrase primero el mensaje oculto en la carta. Necesitaba creer que lo haría y que les daría alcance antes de ser entregada a quien fuese que la aguardaba al final de aquel viaje.

—¿A dónde me lleváis? —preguntó a la espalda de Ruadh una vez más. Sabía que era tentar a la suerte, después de todo lo que le había dicho, pero no pudo evitar intentarlo. Aún así, retrocedió un paso cuando Ruadh se giró hacia

ella.

—A algún lugar en las montañas. Pero me dejaría convencer por ti de no hacerlo, si eres lo bastante persuasiva —le respondió—. No me importaría desafiarlo por tenerte en mi cama, preciosa.

Blair retrocedió otro paso, después de la alusión a su cama, y él rió de nuevo. Sin esperar su ayuda, se acercó a su caballo y trató de subirse. Oyó pasos detrás de ella, justo antes de sentir cómo la impulsaba hacia arriba, colocando las manos en su trasero. No pudo evitar que un pequeño grito saliese de su garganta, lo que hizo que la risa de Ruadh se intensificase.

—Creo que disfrutaré este viaje —le dijo, cuando lo fulminó con la mirada por su osadía.

—No diréis lo mismo cuando Kerr venga a por vos —puede que no debiera decirlo, pero estaba tan enfadada que se le escapó—. La carta no lo hará renunciar a mí.

Ruadh la miró con ojos rabiosos y juraría haberlo visto apretar su mandíbula, pero fue un momento tan efímero, que bien lo pudo imaginar. Lo que no se esperaba y hubiese deseado no escuchar, fueron sus siguientes palabras.

—Olvídate de esa tonta idea, preciosa. Kerr jamás vendrá a por ti —había furia en su voz, pero también convicción.

—Por supuesto que vendrá.

—No lo hará, porque está muerto —la frialdad en su voz le provocó un escalofrío.

—Mientes —lo acusó, con la voz estrangulada por el miedo.

—Es la verdad, preciosa. Mis hombres ya se habrán ocupado de él a estas alturas.

—Entonces la carta... —no quería creerlo. No podía hacerlo o sus esperanzas se harían añicos.

—Solo quería hacerlo más creíble para ti —rió—. Otra treta como la de tu hermano.

Blair se sintió palidecer y ni siquiera protestó cuando Ruadh tiró de las riendas de su caballo con tanta brusquedad, que casi la derriba. Ya nada importaba si Kerr estaba muerto.

LAS PISTAS

Cuando llegaron al Puente de las Hadas, no esperaban encontrar a nadie allí, pero sí alguna pista de hacia dónde habían dirigido sus pasos. Aunque Kerr sabía que no sería tan fácil, pues si algo había aprendido a lo largo de su vida, era que las complicaciones lo perseguían. Sin embargo eso no lo desanimó, porque también había aprendido que la perseverancia siempre daba sus frutos. Y en aquella ocasión, la suerte parecía querer sonreírle, pues había suficientes huellas, como para no tener problemas para seguir el rastro.

Desde luego, Ruadh parecía muy seguro de que sus hombres no fallarían. O tal vez creyese que la carta lo persuadiría, en caso de que sus hombres no lograsen su objetivo. Craso error, pues nada ni nadie le impediría ir tras Blair. Ni siquiera ella, aunque hubiese creído lo que había puesto en la carta. Había tardado mucho en encontrar el amor y más aún en admitirlo y, por eso, no habría estado dispuesto a renunciar a él sin pelear.

—Nos llevan bastante ventaja —se lamentó Arran.

—Cabalgaremos hasta el anochecer —asintió—. Y continuaremos en cuanto amanezca. Estoy seguro de que Ruadh no espera que los sigamos y se lo tomará con calma.

—Te creerá muerto.

—Esa será nuestra ventaja.

—Nos ayudará a cogerlo desprevenido.

—Partimos —avisó a todos sus hombres, montando en su caballo.

Tal y como le había dicho a Arran, cabalgaron durante todo el día sin descanso, siguiendo sin dificultad las huellas, que todavía no se habían borrado con el paso del tiempo. Al llegar la noche, estaban seguros de que Ruadh no se dirigía a sus tierras, pues se había desviado del camino. La pregunta era hacia dónde iba.

—Con milla recorrida, estoy más convencido de que Angus tiene mucho

que ver todo con esto —le dijo a Arran, mientras removía las brasas de la hoguera.

—Yo no lo he dudado ni por un instante. Jamás me ha gustado ese hombre.

—Ni a mí —suspiró—. Algo turbio ha de haber en él, si ha sido capaz de engañar a Jacobo todos estos años.

Arran no respondió, pero estaba de acuerdo. Angus era más de lo que aparentaba y no necesariamente en el mejor sentido. La ambición brillaba en sus ojos y la soberbia lo acompañaba en sus decisiones. Esas cualidades podían resultar peligrosas, si se unían en un solo hombre.

Al amanecer, reiniciaron la marcha con más optimismo, y solo se detuvieron para refrescar a los caballos y buscar nuevas pistas a medida que avanzaba el día. Su intención era mantener un ritmo constante para poder darles alcance cuanto antes. No confiaban en Ruadh ni en su falta de honor. Era rastrero y tramposo y no le importaba nada, salvo su propio beneficio. Angus debía haberle pagado muy bien, si no le preocupaba enfrentarse a la ira de los demás clanes por aquella traición. Robar ganado no estaba bien visto, aunque sí permitido, mientras no te cogiesen haciéndolo, pero asesinar era algo serio. Así como el secuestro.

Kerr se sentó junto a un árbol, apoyando la espalda contra él, y cerró los ojos para intentar descansar, mientras el resto comía. Su estómago estaba cerrado y meterle algo, sería como invitarlo a echarlo fuera después. Se concentró en no pensar, para dar un respiro a sus hombres, porque sus ansias por encontrar a Blair lo instaban a seguir cabalgando hasta que la noche cayese.

—Deberías comer algo —Arran estaba a su lado, ofreciéndole pan y un trozo carne.

—No podría —lo rechazó.

—Es necesario —insistió.

Y solo porque sabía que tenía razón, se lo llevó a la boca, aunque de mala gana. Sorpresivamente, logró mantenerlo dentro.

—¿A dónde crees que la está llevando? —Arran se veía tan ansioso como él.

—No lo sé, pero si el rastro continúa hacia el sur, me temo que no será tan fácil seguirlo como hasta ahora.

Todos lo habían pensado en algún momento de aquella frenética persecución, pero ninguno había querido decirlo en voz alta, por si sus

sospechas se hacían realidad.

—La roca no deja huella —admitió Arran ahora.

—Tendremos que darles alcance antes de que ocurra —se levantó— y aquí parados no lo lograremos.

Cuando se disponía a montar en el caballo, su mirada se posó en un pequeño objeto que bailaba al sol del viento. Se acercó y vio que era un pedazo de tela, que había quedado prendido en una piedra. Lo sostuvo entre sus dedos, simplemente observándolo.

—Debemos partir ya —Arran se acercó, mientras hablaba— ¿Qué es eso?

—Tal vez nada —murmuró, pero se lo guardó en el sporrán, antes de dar la orden de continuar.

Las Cuillins no estaban lejos y si no los alcanzaban antes de que se adentrasen en ellas, la travesía se volvería peligrosa. Aquella era, sin duda, una de las sierras más yerma y difícil de toda la isla y no solo porque no había posibilidad de encontrar agua en las 7 millas que ocupaban los doce munros que la conformaban, sino por lo escarpado de sus barrancos y lo hondo de sus precipicios, que complicaban la marcha con los caballos. Un paso en falso y sería el último que diesen.

A Kerr le intrigaba el motivo por el que Ruadh se aventuraría en una empresa como aquella. Lo entendería si pretendiese librarse de sus perseguidores, pero suponiendo que nadie lo seguía, ¿por qué arriesgarse de ese modo? No tenía sentido. Y al final del día, cuando acamparon, todavía le daba vueltas al asunto.

Inconscientemente, mientras escuchaba, sin escuchar realmente la conversación de sus hombres, sus dedos jugaban con el trozo de tela que había conservado y su mente divagaba sobre lo que podría estar planeando Ruadh.

—¿En qué piensas, Kerr? —le preguntó Arran, que se había vuelto su sombra en aquellos días.

—No tiene sentido que tome esa ruta —dijo al fin, en voz alta—. Si lo que pretende es llegar a la costa para cruzar al otro lado, hay caminos menos peligrosos y que se recorren en menos tiempo.

—Tal vez para despistarnos —sugirió Robert.

—Ni siquiera cree que lo estén siguiendo —negó—. No es por eso.

—¿Y si Angus lo ha citado allí? —preguntó Arran.

—¿En un lugar tan peligroso?

—Piénsalo —insistió—. Los colonos no vencerán en Lewis y el rey

querrá culpar a alguien. ¿Quién crees que será el principal chivo expiatorio? Seguramente esté escondiéndose y las Cuillins son el lugar idóneo para eso.

—Dougal lo acogerá en Dunvegan —negó de nuevo.

—No, si secuestra a Blair en el proceso. Puede que nuestro laird le consienta ciertas licencias, pero no permitirá que retenga a una mujer en contra de su voluntad. Ni siquiera siendo su primo.

Kerr pensó en ello y empezó a encontrarle sentido. Tal vez Angus pretendía huir con Blair y había citado a Ruadh en la sierra, pues desde allí, podía tomar cualquier dirección y nadie lograría saber cuál.

—Debemos alcanzarlos antes de que se la entregue —les dijo.

—Lo haremos —prometieron todos sus hombres.

Pero un par de días después, cuando se quedaron sin huellas que seguir, su ánimo se desinfló. O Ruadh había decidido borrarlas o se habían desviado de su rumbo en algún lugar del camino. Y por eso, Kerr ordenó regresar sobre sus pasos, para comprobar que no se les había pasado nada por algo.

—Esperad —les gritó Kerr, desmontando con prisa, una hora más tarde.

Corrió hacia el objeto que había visto en la distancia y sonrió al descubrir que era otro trozo de la misma tela que se había encontrado días atrás. Solo para estar seguro, los comparó antes de comentarle nada a sus compañeros.

—Creo que Blair nos está dejando pistas —los informó, extasiado.

—¿Estás seguro?

—Son iguales —le mostró los dos trozos de tela—. Han de ser suyos.

—Es una chica lista —admiró Arran—. Nos está ayudando a seguirla, en un camino donde no pueden dejar huellas.

—Solo esperemos que Ruadh no lo descubra.

Esa era una opción bastante probable si Blair no se andaba con cuidado y temían lo que podría llegar a hacerle. Ruadh era cruel y que fuese una mujer solo lo haría más interesante para él. Kerr ni siquiera quería pensar en ello o se volvería loco.

—Angus la querrá sin un rasguño —le aseguró Arran, intuyendo lo que estaba pensando—. Ruadh no se atreverá a hacerle daño.

—Si se libra de Ruadh, Angus no será más benevolente—negó—. Ya dio muestras de lo que quiere de ella en Dunvegan. En aquella ocasión estaba yo para detenerlo, ahora estará sola.

—Llegaremos a tiempo para detenerlo —dijo Arran, moviéndole la mano donde sujetaba la tela—. Blair nos lo facilitará.

Kerr asintió. Se aferraría a cualquier esperanza por pequeña que fuese.

—No puedo perderla —le dijo a Arran.

—No lo harás —apoyó la mano en su hombro y la dejó allí por unos segundos, antes de alejarse—. En marcha, muchachos. Tenemos un rumbo que seguir.

—Y estad atentos al camino —añadió Kerr—, por si Blair ha dejado más pistas para nosotros.

UN GRITO Y UNA MUERTE

Una vez se adentraron en las Cuillins, no tardaron en encontrar nuevas señales de la presencia de Blair en aquellas montañas, unas más sutiles que otras, pero todas ellas marcando un rumbo que siguieron sin dudar, en silencio y a buen ritmo, a pesar de la dificultad de la orografía.

Habían empezado a recortar la distancia con ellos. Una vez más, Blair se había encargado de hacérselo saber con una técnica de lo más ingeniosa. Empapaba en agua las telas que iba dejando y cuantas más millas recorrían, más húmedas las encontraban. Eso solo podía significar que estaban cerca. Muy cerca.

Aunque Kerr agradecía la ayuda, solo podía pensar en que no se quedase sin agua en aquel inhóspito lugar, pues podía suponer la diferencia entre la vida y la muerte. Lo que le hacía sospechar que, o bien creía que estaban tan cerca, que podía arriesgarse, o bien, estaba tan desesperada, que no le importaba desperdiciar el líquido. Solo rezaba para que fuese la primera opción. Y para que llegasen a tiempo de evitar el intercambio.

Ruadh podía ser un desgraciado, pero no tocaría a Blair mientras la recompensa ofrecida por Angus fuese realmente sustancial. Y le constaba que lo sería, porque Ruadh jamás se habría prestado si el beneficio no lo valiese. En cambio, Angus no tendría ningún problema en hacer con ella cuanto se le antojase. Y por más que Arran le hubiese asegurado que Blair había aprendido a usar un arma, Angus era mucho más corpulento y fuerte que ella.

—Blair es fuerte —le repitió una vez más Arran. Kerr sentía que lo había tomado por costumbre y que se lo diría en cada ocasión en que lo notase bajo de ánimo.

—No porque lo digas más veces será más cierto —lo miró, aunque en el fondo, agradecía que se lo recordase.

—Necesito parar un momento —jadeó Blair.

—Ya nos hemos retrasado demasiado, preciosa —negó—. Nos están esperando y no quiero llegar tarde.

—Si queréis llegar, me permitiréis recuperar el aliento —insistió—. De otro modo, tendréis que seguir sin mí.

Le dolían todos los músculos del cuerpo, hasta el más pequeño. Su respiración era entrecortada por el esfuerzo de escalar riscos y bajar pendientes a toda prisa y su corazón bombeaba con tal velocidad, que temía que se le detuviese de golpe en protesta. Tenía las manos y las piernas llenas de cortes, el pelo revuelto y la ropa ajada. Y aunque Ruadh le había asegurado que no faltaba mucho para llegar, necesitaba detenerse para no colapsar.

Se sentó en una roca y tomó un pequeño sorbo de agua, apenas el suficiente para mojar sus labios. Ruadh le había dicho que no obtendrían más en las montañas así que decidió reservarla tanto como le fuese posible, pues ya le quedaba muy poca, después de usarla para mojar la tela que iba dejando tras ellos. Se negaba a creer que Kerr estuviese muerto, tal y como le aseguraba Ruadh, y por eso dejó caer un nuevo trozo de tela cuando este no la vio.

—Tenemos que seguir —el hombre la apremió a los pocos minutos de sentarse y Blair gimió al ponerse en pie. Estaba extenuada.

—¿Quién os ha pagado por mí? —le preguntó, inquieta, por si esa vez conseguía que le respondiese. Se había obsesionado con eso desde que Ruadh le había explicado el verdadero motivo por el que la obligó a ir al Puente de las Hadas. Jamás se había creído tan importante como para que alguien pagase por ella.

—Lo sabrás en seguida. Estamos llegando.

Había cierto alivio en su voz, no así en el pecho de Blair, que se comprimió de miedo. Su mente trabajaba a marchas forzadas en busca de más modos de frenar su avance, pero no se le ocurría nada más, salvo fingir que se había hecho daño en un pie. Y aún así, imaginó que Ruadh encontraría la forma de hacerla caminar. Empezó a hiperventilar y tuvo que sentarse de nuevo para evitar caer al suelo desmayada.

Ruadh se acercó a ella, riendo. Cada minuto que pasaban juntos, descubría una nueva y oscura faceta en él que la hacía temer por su vida. Y aunque eso no le había hecho desistir de su intento de impedir lo inevitable, siempre se mantenía alerta.

—Tal vez ahora quieras convencerme de que retrase tu entrega —la sujetó con fuerza por un brazo para levantarla—. Ya sabes que no me importaría hacerlo. Podría enseñarte unas cuantas formas placenteras de entretenernos juntos. A estas alturas, dudo que a quien te espera le importe si estás intacta o no. Yo mismo dudo de que lo estés, tal y como has hablado de Kerr.

Blair lo miró con verdadero pánico, antes de intentar soltarse de su agarre. Era demasiado fuerte para ella y estaba agotada, pero los trucos que Seoc le había estado enseñando le ayudaron. Con un rápido movimiento, que ni ella creía capaz de hacer, lo golpeó en el costado y Ruadh se apartó más sorprendido que lastimado.

Blair comenzó a correr, aprovechando su desconcierto. La falda se le enredaba en las piernas y amenazaba su equilibrio, pero no se atrevió a parar para sujetarla. Simplemente la fue recogiendo con las manos, mientras sus piernas no dejaban de moverse. El corazón quería salirse del pecho, pero no se permitió frenar el ritmo.

—Maldita zorra —le oyó gritar, demasiado cerca—. Me las pagarás.

Imprimó mayor velocidad a sus cansados pies e ignoró el dolor en su pecho al respirar, pero Ruadh le dio alcance igualmente y acabaron rodando por el suelo. Se situó sobre ella y le sujetó las manos sobre la cabeza, para que no pudiese golpearlo. Cuando vio sus intentos desesperados por liberarse, comenzó a reír.

—Esta sí que es una clara invitación, que no pienso rechazar —le sujetó las manos con una sola de las suyas, mientras con la otra comenzó a subirle la falda del vestido—. Hubiese sido mejor que colaborases, pero no voy a quejarme por ello.

—Suéltame —le gritó.

Ruadh la besó, mientras le acariciaba con rudeza los muslos y se los separaba para colocarse entre sus piernas. Le mordió el labio, en un último intento desesperado. Ruadh se lo tocó y sus dedos se mancharon de sangre. Cuando la golpeó en la cara, Blair sintió el sabor de su propia sangre en la boca. Pero eso solo consiguió que la rabia la inundase y con una fuerza que no sabía que tenía, lo golpeó en la entropierna con la rodilla. Él aflojó su agarre y se llevó las manos a aquella parte de su cuerpo, gimiendo. Blair lo empujó y logró salir de debajo de él.

Corrió de nuevo, alejándose tanto como pudo, pero no tardó en escuchar sus pasos tras ella. Cuando la agarró por un brazo y vio la daga en su mano, se

le escapó un grito de terror.

—¿Habéis oído eso? —preguntó Arran, alzando una mano para que se detuviesen.

—Un grito —dijo alguien—. En aquella dirección.

Dejaron los caballos y corrieron, desenvainando sus espadas por el camino. Minutos después oyeron un segundo grito, ahora más cerca de ellos.

—Allí —gritó Kerr, al descubrirlos forcejeando—. MacKinnon.

Ruadh se giró hacia ellos, situando a Blair frente a él, a modo de escudo humano, y la daga en su garganta.

—Kerr MacLeod. Resulta que no estás muerto, después de todo.

—Esta locura ha terminado, Ruadh. Déjala ir.

—¿Acaso me crees un estúpido, Kerr?

—¿La verdad? Intentar matarme y llevarte a Blair no te dejan en muy buen lugar que digamos —no pretendía provocarlo, pero no pudo evitar decirlo.

—Nadie debía saber que había sido yo —lo miró con rabia y apretó la daga en el cuello de Blair—. No debería haber encargado a mis hombres que hiciesen el trabajo por mí. Si quieres que algo salga bien, hazlo tú mismo.

—Todavía no es tarde para intentarlo —lo desafió Kerr.

—O podría matarla a ella —apretó el filo contra el cuello de Blair, hasta que un hilo de sangre se deslizó por él—. Sí, estoy seguro de que esa sería una mejor venganza contra ti.

Kerr se tensó porque lo creía capaz de cualquier cosa, si tenía el incentivo necesario. En su desesperación, no lograba dar con las palabras que pudiesen hacerle más atractivo enfrentarse a él y dejar libre a Blair. Entonces, Ruadh comenzó a retroceder hacia los caballos y se llevó la mano a la espada. Sabía que no llegaría a tiempo para evitar que montase, pero tampoco podía dejar de intentarlo. No permitiría que se llevase a Blair con él.

Blair lo miraba en la distancia y se centró en ella. Quería hacerle ver que todo saldría bien, pero en cambio, descubrió una súplica de perdón en ella. No lo comprendió hasta que los ojos de Blair se desviaron al barranco que estaba peligrosamente cerca de los caballos.

—Blair, no —le gritó, pero fue demasiado tarde.

Blair golpeó a Ruadh con el codo en las costillas cuando notó que

aflojaba el contacto del cuchillo con su cuello y se giró hacia él, sujetando su mano para evitar que la atacase. Sabía que no sería capaz de desarmarlo e intentó arrastrarlo hacia el barranco para tirarlo por él, pero fue el suelo bajo sus pies el que desapareció. Incapaz de mantener el equilibrio, se sujetó con fuerza a Ruadh, dispuesta a llevárselo con ella. Oyó el grito desesperado de Kerr, pero no pudo verlo. Solo se sintió caer, con Ruadh por delante.

OLVÍDALO

Kerr sintió cómo su corazón se paralizó, en el mismo momento en que Blair caía al vacío tras Ruadh. Corrió hacia el barranco y se asomó. Cerró los ojos por un segundo, temeroso de lo que fuese a encontrarse. Si estaba muerta, todavía no se sentía con fuerzas para verlo, pero un gemido le obligó a mirar hacia abajo.

—Está viva —le gritó a sus hombres, aliviado, y se tiró al suelo para intentar alcanzarla—. Ayudadme. Vamos.

Arran fue el primero en llegar y se colocó junto a él. Blair colgaba precariamente ante ellos, sujeta con sus trémulas manos a una roca sobresaliente. Apenas encontraba apoyo para sus pies y se resbalaba poco a poco.

—No puedo —sollozó, cuando perdió pie.

—Aguanta, Blair —le rogó Kerr.

—No puedo —repitió—. Me resbalo.

—Ya voy por ti —le dijo.

Uno de sus hombres había llevado una cuerda consigo, pero Kerr sabía que Blair no sería capaz de sujetarla antes de caer al vacío, así que se la ató a la cintura para bajar hasta ella. Le temblaban las manos y no dejaba de mirar al barranco, preocupado de que se despeñase antes de poder alcanzarla.

—Kerr —gritó—, cuida de tus hijos y diles que los quiero.

—Ni se te ocurra hacerlo, Blair —la amenazó—. No te despidas. Ya voy a por ti.

—Te amo —le dijo, ignorando sus palabras, segundos antes de que una de sus manos se soltase del saliente.

Un grito escapó de su garganta y, aunque se había despedido, su instinto de supervivencia le impidió dejarse caer. Después de un agonizante instante, logró asirse de nuevo a la roca.

—Aguanta —le pidió Kerr mientras iniciaba el descenso sin dejar de observarla—. Ya voy. No te suelte, mi amor. No me dejes ahora.

Su súplica le dio fuerzas para resistir, aunque le dolían las manos y veía cómo la sangre las estaba volviendo resbaladizas. Quería llorar de desesperación, pero se obligó retener cada lágrima para que Kerr no se preocupase más por ella.

—Kerr —gritó, al sentir que se resbalaba de nuevo—, me caigo.

Se sujetó como pudo y buscó apoyo para sus pies, pero no halló más que piedra lisa y el más profundo de los barrancos bajo ella.

—Ya casi estoy —le repetía Kerr, cada vez más cerca—. Aguanta un poco más.

Le hubiese gustado descender con más rapidez, pero en su afán por llegar hasta ella, podía desprender piedras que la golpeasen y la enviasen al fondo. De vez en cuando, la miraba y le suplicaba con los ojos que no se dejase caer. Jamás en su vida había estado tan asustado.

—Kerr —gritó una última vez, cuando la sangre en la roca impidió que sus manos pudiesen sostenerla por más tiempo.

Voy a morir, pensó y cerró los ojos para no verlo. Fue entonces cuando sintió que no caía, que una fuerza poderosa la mantenía inmóvil en el aire. Abrió los ojos y se encontró en brazos de Kerr.

—Dios mío, Kerr —lloró al fin, abrazándose a él.

—Te tengo —le dijo, sujetándola con más fuerza—. Se acabó, amor. Ya estás a salvo.

Arran dio orden de subirlos y comenzaron a ascender. Blair solo podía abrazarse a Kerr y llorar. Por haberse dejado engañar por Ruadh y pensar que Bruce pudiese estar vivo, por sus amenazas e intento de violación, por la dificultad del camino y por haber estado a punto de morir sin poder abrazar a Kerr una última vez. O a sus hijos.

—Shhhh —Kerr besó su cabello—. Tranquila, Blair, ya pasó. Ya estás a salvo. Nadie volverá a hacerte daño.

La sentía temblar. También él lo hacía. Había estado tan cerca de perderla. Cuando vio que sus manos abandonaban la roca y que comenzaba a caer, creyó que no llegaría a tiempo. Un segundo. Solo un segundo tardó en alcanzarla, pero fue el más largo de su vida. En cuanto alcanzaron la cima, la arrastró lejos del barranco y de rodillas, uno frente al otro, le sujetó el rostro con las manos para buscar su mirada y cerciorarse de que estaba.

—Blair —la llamó, mientras sus manos le apartaban el cabello de la cara

— Dios, Blair, creí que no llegaría a tiempo. Nunca en mi vida he pasado tanto miedo.

La besó con desesperación, con el ansia de quien creía perdida la esperanza y se encontraba con una nueva oportunidad para ser feliz. Necesitaba sentirla, saber que era real y no un sueño.

—Kerr —lo miró, cuando terminaron el beso, tan ansiosa como él—. Estás vivo. Él dijo que...

—Shhhh —la interrumpió—. Él se equivocó.

—Has venido a por mí.

—Por supuesto. ¿Acaso lo dudabas?

—Me obligó a dejar esa nota —sollozó de nuevo—. No sabía si...

—Entendí tu mensaje —la interrumpió de nuevo antes de besarla—. Pero habría venido igualmente, Blair, porque te amo. Y no voy a renunciar a ti, ni aunque seas tú quien me lo pida.

—Kerr —se abrazó a él, llorando—. Estaba tan preocupada porque creyeses que te había estado mintiendo. No podía...

—Ya pasó, amor —la besó una vez más—. Todo está bien ahora.

—No hay rastro de Angus —le informó Arran a Kerr, horas después.

Se había quedado junto a Blair, cuidando de ella y vigilando a los caballos, mientras sus hombres lo buscaban. Le hubiese gustado ir también, pero todavía no estaba dispuesto a separarse de ella. Había aprovechado aquel tiempo a solas, para contarle el resto de la historia.

—Hasta dónde puede llegar la obsesión de un hombre —le había dicho ella apenas al saber que Angus había sido el culpable de toda aquella locura.

—Lo encontraremos —respondió Kerr, abrazando a Blair—. Aunque tenga que viajar hasta la mismísima Edimburgo.

—No —Blair posó una mano en su pecho para obligarlo a mirarla—. Olvídalo, Kerr. Regresemos a casa.

—Te secuestró, Blair —insistió—. Y a saber con qué intenciones. ¿Es que no entiendes que podrías estar muerta por su culpa?

—No quiero más derramamiento de sangre por mi culpa, Kerr —lo miró con ojos suplicantes— ¿Es que no entiendes que solo deseo acabar con esta pesadilla? Quiero regresar a casa y abrazar a tus hijos y no soltarlos nunca más. Quiero olvidarlo todo y empezar nuestra vida juntos por fin. Te amo y es lo único que me importa ahora. Por favor.

Kerr no pudo negarse, pero no iba a olvidar lo que había pasado. Mientras Angus siguiese vivo, el riesgo de que lo intentase otra vez era

demasiado alto y por eso, Dougal sabría lo que su primo había hecho, en cuanto regresase de Lewis. Le obligaría a tomar partido, para asegurarse de que Angus no sería nunca más una amenaza para Blair.

Antes de regresar a su hogar, envió a algunos de sus hombres al barranco, a recuperar el cuerpo de Ruadh, para que lo llevaran al clan MacKinnon. A pesar de lo que había hecho, se merecía un entierro decente. Y su padre, una explicación. Con las relaciones tan deterioradas entre ambos clanes, no podía dejarlo estar, o se arriesgaba a una nueva lucha entre ellos.

—Olvidarlo no será tan fácil como pretendes, Blair —le explicó una noche, durante el viaje de regreso—. Ruadh era el primogénito y el laird de los MacKinnon no es un hombre razonable. Exigirá un pago por la pérdida.

—Pero Ruadh es culpable.

—Eso carecerá de valor para él. Se ha quedado sin su heredero.

—¿Qué harás entonces?

—Hablaré con Dougal. Él sabrá mantenerlo a raya —dudó, antes de seguir hablando—. Al igual que tendrá que hacer con Angus.

—¿Se lo contarás? En realidad no tienes pruebas. Ruadh nunca lo mencionó y...

—Sé que fue él, Blair —la interrumpió— y no descansaré hasta que haya pagado por su osadía.

—No me importa si fue o no el culpable. Yo solo quiero estar a tu lado y olvidarlo todo de una vez.

—Si sigue libre, la amenaza seguirá ahí también —le recordó, pero al ver la congoja que sus palabras le producían, la abrazó—. No te preocupes, Blair. Yo me encargaré de que no se vuelva a acercar a ti.

Horas después, mientras la observaba dormir en sus brazos, se prometió que la haría su esposa en cuanto llegasen a Lockbay. Sería suya en cuerpo y alma, ante la Ley y ante Dios, por el resto de sus días.

NO PUEDO ESPERAR

A pesar de poseer su propio caballo, Blair tuvo que montar en el de Kerr. Había estado a punto de perderla y necesitaba tenerla a su lado hasta convencerse de que ya estaba a salvo.

—No volveré a perderte de vista jamás —le había dicho, sonando casi como una amenaza.

—No puedes estar pendiente de mí el resto de tus días —le había reprendido ella con dulzura—. Además, sé defenderme.

—Sé que Seoc ha hecho un excelente trabajo, pero no necesitarás ponerlo en práctica nunca más, amor. Yo te defenderé.

Blair lo había besado con devoción y Kerr supo que le resultaría muy difícil contenerse para no hacerla suya antes de desposarla. Y se maldijo por haberle pedido que esperasen, para no cometer los errores del pasado. En aquel momento lo había considerado correcto, pero después de haberla visto enfrentada a la muerte, le parecía algo superfluo. Sabía que con ella nada sería un error y no necesitaba esperar ni demostrar nada.

—¿Estás bien? —le preguntó Blair, cuando se removió en la silla, incómodo por las respuestas de su cuerpo ante las imágenes que su mente se había empeñado en mostrarle sobre lo que deseaba hacerle a Blair.

—Perfectamente —le contestó, con voz ronca—. Solo pensaba en ti.

Blair alzó la vista por encima del hombro divertida, pero cuando se encontró con su mirada, se ruborizó al descubrir hacia dónde se dirigían aquellos pensamientos. Apartó la mirada y Kerr rió en bajo, para que nadie más que ella pudiese oírlo.

—Tranquila, amor —susurró—. No pasarán de pensamientos hasta después de la boda.

Puede que pretendiese tranquilizarla, pero en realidad, se sintió decepcionada. Entendía sus razones para esperar, después de lo que había

ocurrido con Lorna, pero ella no se sentía tan capaz de contener su necesidad de él. Lo quería todo de él, No solamente los besos, sino todo lo que seguía a ellos y se ruborizó de nuevo al imaginarlos juntos.

Le hubiese gustado provocarlo, si supiese cómo, pero sabía que no sería mejor que Lorna si lo hacía. Puede que su deseo por él fuese genuino, pero Kerr quería esperar a desposarla y no podía no respetar su decisión. Aunque la espera se le hiciese eterna.

Llegaron a Lochbay cuando ya anochecía, pero no impidió a los habitantes de la granja darles la bienvenida que se merecían. No solo por el regreso de todos los hombres desde Lewis, que no habían podido celebrar en su momento, sino también por haber rescatado a Blair sana y salva.

Kerr relató su estadía en la isla de sus parientes, después de la cena. Los deleitó con las anécdotas más divertidas, pero también los estremeció con las batallas más peligrosas. La traición de los MacKinnon fue abucheada por todos y su fracaso, vitoreado.

Pero fue el relato de Blair el que más los conmovió. Los engaños de Ruadh para atraerla, la cabalgata frenética hasta las Cuillins, las pistas que había ido dejando para dirigir a Kerr y sus hombres hasta ellos. Blair tenía un don para cautivar con las palabras y no solo con los niños, como ya había demostrado, sino también con los adultos. Nadie habló mientras relataba los hechos y muchos de ellos contuvieron la respiración cuando llegó al momento más dramático: su rescate de una muerte segura.

Cuando los relatos terminaron, regresaron a sus hogares y Blair aprovechó para llevar a Tam y a Fiona a sus cuartos. La pequeña se había alegrado tanto de verla, que no había querido bajar de su regazo en toda la noche y allí se había dormido. Tam tampoco se había separado de ella, salvo para estar junto a su padre.

—No te volverás a ir, ¿verdad, mamá?

—No, Tam. No me iré —le acarició la mejilla con cariño—. Si lo hice, fue para protegeros. No quería irme.

—Lo sabía —el bostezo deformó lo que había empezado como una sonrisa.

—Duerme ahora, cielo —lo besó en la frente.

—Te quiero —le dijo él, antes de cerrar los ojos.

—Y yo a ti —susurró para no despertarlo.

Las lágrimas empañaron sus ojos, pero no llegó a derramarlas. Cada vez que Tam le decía aquello, no podía evitar emocionarse. Había aprendido a

quererlos casi sin darse cuenta, como si fuese lo que siempre debió ser. Como si hubiese estado predestinada para ellos. Sabía que haría cualquier cosa por ellos, como dar su vida. Algo que había estado a punto de suceder.

Cuando entró en su alcoba no había rastro de Kerr. Creyó que lo encontraría allí, después de que no se separase de ella en ningún momento tras el rescate, pero al no verlo, imaginó que estando en la granja, no tendría esa necesidad de no perderla de vista. Y aunque se sentía decepcionada, pensó que no era tan mala idea dormir cada uno en su cuarto hasta después de la boda.

Le habría gustado darse un baño, pero era tan tarde, que tuvo que conformarse con asearse en la jofaina. Estaba mojando su cuello cuando la puerta se abrió de golpe. El agua se escurrió por su pecho, empapando la camisola que se había dejado puesta y que apenas la cubría más allá de sus muslos. Ninguno de los dos se movió, mientras Kerr la devoraba con la mirada.

—Debí llamar antes —se disculpó, con voz ronca.

—No importa —Blair se acercó a la cama para colocar la bata sobre su ropa, pero nunca pudo alcanzarla, porque Kerr llegó a ella en un par de zancadas y la estrechó en sus brazos.

—No creo que pueda esperar a nuestra boda, Blair —dijo, rozando sus labios al hablar—. Lo he intentado, pero me resulta imposible mantener las manos lejos de ti. Si quieres que me marche, dilo y no volveré a entrar en tu cuarto. De lo contrario, voy a hacerte el amor esta misma noche.

Blair lo miró a los ojos, sin decir palabra, y vio brillar el deseo en ellos. El mismo que sentía y que, seguramente, también se podía ver en los suyos. Cuando apoyó las manos en su pecho, notó la decepción de Kerr al creer que lo detendría. En cambio, con toda su inexperiencia, atrapó sus labios en un beso cargado de anhelo por algo que no conocía, pero que deseaba descubrir con él.

Kerr se hizo cargo del beso, segundos después, y su corazón latió con rapidez al sentir cómo Blair se abandonaba en sus brazos, sin miedo, con absoluta entrega. La llevó hasta la cama, sin dejar de besarla y la depositó en ella con sumo cuidado.

—Última oportunidad Blair —le dijo.

—Cállate ya, Kerr —respondió, antes de besarlo. No lo rechazaría, después de que él lo iniciase. Él le había hecho la promesa y él la iba a romper. No se lo reprocharía, porque estaba deseando que sucediese. Además,

estaban prometidos, así que no importaba el orden en que hiciesen las cosas, si ambos estaban de acuerdo en ello.

Kerr recorrió su cuerpo con las manos, retirándole la camisa. Por un momento, se sintió cohibida. Ningún hombre la había visto desnuda antes y se tensó ante la idea de exponerse de ese modo ante él.

—No debes avergonzarte, amor. Eres preciosa —le susurró, antes de besarla, hasta que consiguió relajarla nuevamente.

Blair sintió cómo sus manos jugaban con sus pechos, mientras lo oía murmurar contra su boca algo sobre lo magníficos que eran. Ella solo acertó a gemir, absorta por las placenteras sensaciones que sus rudas manos le provocaban. Pero cuando su boca ocupó el lugar de las manos, se arqueó, extasiada. Jamás había pensado que hacer el amor fuese así, tan ardiente. Y creía que todavía no había probado lo mejor. Su cuerpo conocía la verdad y esperaba algo más. Ansiaba mucho más.

La mano de Kerr continuó su exploración y Blair se tensó cuando la sintió descender hasta su centro mismo. Kerr la besó de nuevo para relajarla, para nublar su sentido con el placer de sus besos.

—No temas, amor —habló contra sus labios—. Iré despacio.

Su mano le acarició el muslo mientras separaba sus piernas y ella gimió de nuevo.

—Estás casi lista para mí —gimió él, al sentir la humedad en su mano—. Mírame, Blair. Quiero ver tus ojos.

Obedeció y la bruma del deseo le impidió enfocararlo con nitidez. Alzó una mano y le acarició la cara. Sintió un beso en su palma y sonrió, pero cuando Kerr se levantó, Blair protestó.

—Solo voy a quitarme la ropa —le sonrió—. No me llevará mucho.

—Bien —acertó a decir y la sonrisa de Kerr se amplió.

Blair lo vio desnudarse ante ella sin ningún pudor y admiró su cuerpo trabajado. Hombros anchos, pecho musculoso y cintura estrecha. Su escrutinio había saltado una parte de su anatomía, que ahora centraba toda su atención. El miedo debió reflejarse en sus ojos, porque Kerr se recostó junto a ella y le acarició la mejilla.

—Encajaremos perfectamente —le prometió—. No tengas miedo.

—No te tengo miedo —pero le falló la voz.

—Iremos con cuidado —le dijo, antes de besarla.

Blair sintió que su cuerpo se relajaba con cada caricia y cuando la mano de Kerr regresó a su sexo, simplemente se apretó contra ella para sentirla

mejor.

—Eres tan dulce —lo oyó susurrar contra su cuello—. Tan perfecta.

La invasión de su dedo provocó un gemido en ella. Jugó con ella, obligándola a amoldarse a él, hasta que su húmeda respuesta le permitió probar con otro dedo más. Blair gimió de nuevo.

—Esto tal vez te duela un poco —le explicó, mientras se colocaba sobre ella—. Te prometo que solo será un momento.

Blair se tensó al sentirlo dentro y dudó de que pudiesen encajar tan bien como le había dicho Kerr, pero cuando lo miró a los ojos supo que todo saldría bien.

—Te amo, Blair —le dijo, antes de empujar más fuerte y borrar su virginidad para siempre.

Blair gimió cuando un intenso dolor la atravesó, pero el consuelo que Kerr le proporcionó con su abrazo y sus palabras de amor, la ayudaron a relajarse. La besó con ternura, hasta que el malestar remitió y para cuando comenzó a moverse dentro de ella, Blair solo sintió placer.

—Kerr —veneró su nombre y él aumentó el ritmo, embriagado por todo cuanto le hacía sentir con tan solo pronunciar su nombre. Y cada embestida, los elevaba a un nivel más alto de placer, hasta que ambos llegaron al clímax juntos.

Kerr se dejó caer a su lado en la cama, para no aplastarla con su peso y la arrastró con él. La besó y le prodigó caricias que solo aumentaron la sensación de unión que habían compartido.

—¿Estás bien? —le preguntó después, acariciando su espalda con los dedos.

—Mejor que bien —se sintió rebotar ligeramente contra el pecho de Kerr, cuando este rió.

—Me alegra oírlo —la besó en la coronilla.

—Te amo, Kerr —lo miró—. Jamás dudes de ello.

—No lo haré —sonrió—, porque no permitiré que dejes de amarme.

Blair estuvo segura de ello, porque ella tampoco se lo permitiría.

NUEVO INTENTO

Kerr decidió acudir a Dunvegan en el mismo momento en que le informaron de que Dougal había regresado de Lewis. Los colonos lowlanders habían fracasado una vez más y se habían batido en retirada, con el rabo entre las piernas. Todos sabían que no sería la última tentativa, pero estaban conformes con el resultado. Sus tierras se mantendrían a salvo por el momento.

Blair insistió en acompañarlo cuando supo que Angus estaría allí, segura de poder impedir que se enfrentase a él, pero a Kerr no le importó ceder en aquella ocasión, pues pretendía aprovechar el viaje para anunciar su compromiso a todo el clan. Tam y Fiona acudirían con ellos, porque formaban parte de aquello. Al fin y al cabo, se convertirían en una familia después de la boda. Y desde luego, se encargaría de Angus igualmente.

Arran y Shona ya habían formalizado el suyo, después de que su amigo pidiese la mano de la muchacha a Seoc. El hombre no se lo había puesto fácil, pues todavía pensaba en ella como en su niña y le costaba desprenderse, a pesar de que no estarían lejos porque se quedarían en Lochbay. Aún así, acudirían a Dunvegan con ellos porque el laird debía dar su visto bueno antes de poder casarse.

—¿Crees que pondrá alguna objeción? —le preguntó Blair a Kerr, antes de entrar en el castillo.

Kerr recordó la conversación que había mantenido meses antes con Dougal sobre ella. Sabía que la reticencia del laird había sido por no conocerla y por no saber si sería una buena aportación al clan. Además de que la sospecha de que podía ser una espía de Jacobo todavía bailaba en su cabeza por aquel entonces. Ahora, Kerr podría rebatir cada inconveniente que se le pudiese ocurrir a Dougal, aunque estaba seguro de que no se opondría.

—Estará encantado con nuestro compromiso —le sonrió.

—Tanto como encantado —rió ella y el corazón de Kerr aleteó en su pecho—. Hasta no hace mucho creía que era una espía. Dudo que lo haya olvidado.

—Eso es agua pasada. Y si no lo fuese, nos beneficiaría.

—¿En qué sentido?

—Si me caso contigo, no regresarás a Edimburgo —le guiñó un ojo—. Y eso le conviene.

—Visto así, tiene sentido —Kerr la abrazó y depositó un beso en su cabello. Ella se apoyó en su pecho y cerró los ojos para disfrutar de las sensaciones que la embargaban con su contacto. Suspiró sonoramente y sintió la risa de Kerr.

—Me volverás loco, mujer —le dijo, antes de besarla en los labios—. No es así como quisiera anunciar nuestro compromiso.

—A mí no me importa —lo miró con un profundo amor en sus ojos.

—Pero a mí sí. Quiero hacerlo bien, amor.

—Yo creo que lo has hecho más que bien hasta el momento —que se hubiese sonrojado solo daba veracidad a sus palabras. Y Kerr supo en qué estaba pensando.

—¡Dios mío —gimió—, pero que he hecho!

Rió de nuevo antes de besarla con mayor necesidad. Desde que habían hecho el amor por primera vez, no podía dejar de tocarla y besarla cada vez que tenía ocasión. Se había vuelto adicto a su sabor y saber que sentía lo mismo, le hacía más difícil mantener las manos quietas.

—¿Enamorarte? —contestó Blair cuando terminaron el beso.

—Locamente.

Entraron en el castillo. Los demás se habían adelantado a ellos, llevándose a los niños para darles un tiempo a solas, pues habían notado cómo los nervios de Blair iban en aumento a medida que se acercaba el momento de hablar con Dougal. Y a pesar de ello, el encuentro fue mucho mejor de lo que ella esperaba. No solo porque aceptó en seguida, a sabiendas de que si se negaba, Kerr dejaría de acudir a su llamado, sino porque, en el fondo, le gustó la idea de tener dos compromisos que celebrar.

—Dios sabe que necesitamos un poco de alegría por aquí, después de lo de Lewis —había dicho. Aunque Kerr no había tenido que lamentar bajas entre sus hombres, Dougal no había corrido con la misma suerte.

—Dulces sueños, Fiona —susurró Blair, horas más tarde. Depositó un beso en su creciente mata de pelo rojo y sonrió. Cada día que pasaba, se

parecía más a su padre. Al igual que Tam, que a estas alturas era un calco exacto de Kerr, pero en miniatura.

—¿Seguro que no te importa quedarte con tu hermana, Tam? —le preguntó una última vez—. Sabes que una vez dormida es difícil que se despierte y bastará con venir de vez en cuando a vigilarla.

—Estoy cansado, mamá —asintió—. Además, mañana me levantaré temprano para ir al campo de entrenamiento.

—Ya me parecía a mí que no tenía nada que ver con Fiona —sonrió con ternura—. No pretendas crecer tan rápido. Quiero disfrutarte un poco más, Tam.

—Te quiero, mamá —se abrazó a ella.

—Y yo a ti, cielo —lo besó en la coronilla—. Descansa ahora.

—¿Irás a verme mañana?

—Por supuesto —prometió. Luego lo besó en la frente y lo arropó. Comprobó que Fiona siguiese dormida y salió de la alcoba que compartían ambos niños.

—Me encanta verte con ellos —Kerr la esperaba fuera y la abrazó.

—Me gusta estar con ellos —le sonrió.

—¿Preparada?

—Contigo a mi lado, siempre —lo besó.

Bajaron al salón, donde ya solo faltaban ellos, y Dougal anunció ambos compromisos formalmente al clan, entre los vítores y las felicitaciones de todos.

Kerr había logrado mantener a Blair lejos de Angus durante todo el día, pero ahora parecía que tendrían que compartir mesa y no estaba feliz por ello. Sin embargo, cuando pretendió hacer algo al respecto, Blair apoyó una mano en su brazo y lo detuvo.

—No es el momento, Kerr —le susurró—. No debemos estropear la celebración que tanto necesitan.

—¿Y pretendes comer junto a él como si nada? —rugió por lo bajo, para no llamar la atención.

—Por supuesto que no —le aseguró—, pero tampoco pretendo ser el centro de atención, sino es por mi compromiso contigo.

—Pues ya me dirás cómo evitarlo.

—Tú eres bueno en la confrontación directa —le dijo—, pero yo he tenido que aprender a ser más sutil.

Dicho eso, se acercó a Dougal para hablarle, ignorando a Angus

totalmente. Y este tuvo el buen tino de no inmiscuirse en aquella conversación. Aunque tal vez se debiese a la mirada amenazante de Kerr sobre él.

—¿Os disgustaría en demasía que Kerr y yo cenásemos con sus hombres, laird? —usó su mejor sonrisa y un tono de voz pausado y suave—. Me temo que Shona se sentirá sola en medio de todos ellos. Además, me gustaría disfrutar de la celebración con ella, puesto que nos hemos hecho buenas amigas en el tiempo que he estado viviendo en Lockbay.

—Con tal despliegue de buenas maneras, es imposible negarse —le sonrió Dougal.

—Os lo agradezco mucho, laird.

—Llámame Dougal, muchacha. Ahora serás una MacLeod.

—Dougal —se inclinó ante él y le sonrió en respuesta. Después se volvió hacia Kerr, que la miró con un gesto divertido en su cara.

—Eres única, mi amor.

—Me lo tomaré como un cumplido —le sonrió.

—Lo es.

La idea de Blair resultó del todo acertada, pues durante la cena, se olvidaron de la presencia de Angus y pudieron disfrutar junto a su verdadera familia, la gente de la granja. Y aunque no sabían por qué, Angus incluso se mantuvo lejos durante el baile. Tal vez por prudencia, después de la advertencia visual de Kerr.

Por la mañana, Blair se acercó al campo de entrenamiento como le había prometido a Tam, mientras Kerr hablaba en privado con Dougal sobre Angus. Hubiese preferido estar con ellos, pero Tam la esperaba y no quería decepcionarlo.

Lo encontró luchando con otro muchacho, unos años mayor que él. Aún así, se defendía bien y Blair pudo notar el orgullo en los hombres de Kerr, que los estaban observando. Tam solo sonrió al verla, para no bajar la guardia y perder la ventaja que llevaba en la pelea. Ella lo saludó con la mano.

—Parece que te los has ganado a todos, preciosa.

Al escuchar la voz de Angus, se estremeció de miedo. Había rabia contenida en ella y algo que solo pudo describir como peligro. Se sentía muy enfadado, aunque a simple vista pareciese tranquilo.

—Aunque no debería extrañarme. Sabes cómo calentar el corazón de un hombre.

—Dudo que vos tengáis corazón —a pesar del miedo que sentía, no pudo evitar decirlo.

—Y sin embargo lo tengo —se acercó más, hasta que sus brazos se rozaron—. Harías bien en no olvidarlo, Blair. Todo hombre tiene un límite.

—No me amenacéis, Angus —enfrentó sus miradas, decidida—. No os funcionaré. Ya no.

—La arrogancia no te sienta bien, preciosa.

—Ni a vos la condescendencia, pero la usáis igual —le replicó—. Si no tenéis nada constructivo que decir, mejor dejadme en paz.

—Solo pretendía saludarte, Blair —dijo—. ¿O acaso en tu nueva vida no tienen cabida los viejos amigos?

—Vos no sois un viejo amigo.

—Eso ha sido muy cruel, incluso para ti, preciosa.

—¿Más cruel que pagar a alguien para secuestrarme?

—Para lo que sirvió —se quejó.

—Lo admitís —lo miró, sorprendida.

—No tengo por qué negarlo ante ti, aunque lo haré ante Dougal. Si crees que tu futuro esposo —pronunció las palabras con asco— podrá difamar mi nombre ante mi primo, estás muy equivocada. El único que saldrá perjudicado aquí, será él. En cuanto lance sus acusaciones sobre mí, Dougal le dará la espalda y lo echará del clan. Ya se lo advirtió hace tiempo.

—Mientes —lo acusó.

—No tengo por qué. Hay testigos de lo que estoy diciendo.

Blair desconfiaba de cada palabra que salía por su boca, pero se veía tan seguro de sí mismo, que no pudo evitar preocuparse por Kerr. ¿Y si tenía razón y en su afán por descubrir a Angus, recibía el exilio de por vida? Sabía que disfrutaba de la vida en la granja, pero sin el apoyo del clan, su vida se complicaría. Serían blanco fácil para los demás clanes, lo había oído decir infinidad de veces desde su llegada a las tierras altas.

Y aunque seguía desconfiando, corrió hacia el castillo, dispuesta a detener a Kerr, pero temiendo llegar demasiado tarde. Lo que no vio, en su afán por impedir aquel desastre, fue cómo Angus la seguía de cerca y, en cuanto estuvieron lejos de la vista de todos, la sujetó por un brazo.

—¿Qué creéis que estáis haciendo? —forcejeó para soltarse.

—Lo que el inepto de Ruadh no pudo —la arrastró con él hacia los establos.

—No —intentó alejarse—. Gritaré si no me soltáis.

—Entonces no me dejas otra opción, preciosa —le dijo, justo antes de sentir un fuerte golpe en la cabeza, que la dejó inconsciente.

Para cuando despertó, se encontraba a lomos de un caballo, con Angus sujetándola firmemente para evitar que se cayese. Sentía su cercanía demasiado intimidante ahora. Angus siempre había sido un hombre difícil de tratar y se había sentido amenazada en varias ocasiones por sus actos y sus palabras, sobre todo tras la muerte del pequeño Bruce, pero jamás lo creyó capaz de un acto tan desesperado como aquel. Y fue esa reacción, precisamente, la que la hizo temer por su vida.

—Estate quieta, preciosa —le dijo él, cuando la sintió removerse—. No querría tener que golpearte otra vez. Aunque he de admitir que tenerte en mis brazos, totalmente abandonada, es un placer para mis sentidos.

—¿Qué pretendéis, Angus? —disfrazó su miedo, con ira— ¿Creéis acaso, que podréis ocultaros de Kerr? En cuanto sepa lo que está pasando, vendrá a por mí.

—Para cuando lo sepa, ya será demasiado tarde, Blair —su risa le provocó un escalofrío.

—¿Qué vais a hacer?

—Pregunta mejor qué vamos a hacer, preciosa —Blair tragó con dificultad—. Me hubiese gustado tenerte de otro modo menos... definitivo, pero no me has dado más opciones.

—¿Qué queréis decir? —temió escuchar la respuesta.

—Que nos casaremos y así nadie podrá alejarte de mí. Y yo podré hacer lo que me venga en gana contigo.

—No —su voz sonó desesperada e intentó bajar del caballo.

—Sí. Y colaborarás conmigo o haré que Tam y Fiona lo paguen —la retuvo contra él—. Puede que fallase con el padre, pero los niños no supondrán un gran desafío.

—No —esta vez fue un sollozo lo que escapó de sus labios—. No te atreverás.

—Créeme que lo haré —le oyó susurrar y le sonó más amenazante que si lo hubiese gritado—. Llevo mucho tiempo esperando por ti, preciosa. Estoy harto de tus evasivas.

Blair no intentó huir de nuevo, después de semejante amenaza, pero se mantuvo tan lejos de él como se lo permitió el caballo, pues se sentía asqueada por su contacto. Trató de no pensar en lo que le esperaba junto a un hombre que había sido capaz de pagar por ver muerto a Kerr y que no dudaría en matar a un par de niños inocentes por conseguirla a ella, pero fue imposible no hacerlo y se estremeció del miedo. Su vida nunca más estaría a salvo.

—¿A dónde me lleváis? —preguntó de nuevo, minutos después.

—Cerca de aquí hay una capilla. El cura ya nos está esperando.

—Lo teníais todo planeado, ¿no es así? —lo acusó.

—Como te he dicho, no me has dejado más opción, preciosa.

—¿Hasta dónde pensáis llevar vuestra obsesión por mí, Angus? —le preguntó, desesperada— ¿No veis que esto es una locura? No podéis casaros conmigo, solo para tenerme en vuestra cama.

—Tenerte en mi cama es solo una parte de lo que quiero hacer contigo, preciosa —sonó como una amenaza incluso antes de que continuase hablando—. Haré que lamentos el haberme rechazado por tanto tiempo.

Un nuevo escalofrío recorrió su espina dorsal. Si no lo detenía de algún modo, se vería avocada a un futuro incierto, donde estaba segura de que el dolor formaría parte de todas sus experiencias. Y por eso, dejó caer una de sus zapatillas al suelo, mientras se afanaba en buscar la forma de retrasar lo inevitable. Blair pensó que dejar pistas para Kerr, se estaba volviendo una costumbre, y rezó para que aquella fuese la última vez que lo necesitase, pues no le agradaba la idea de repetirlo demasiado a menudo. Y rezó para que Kerr llegase a tiempo de rescatarla.

—¿Cuán lejos está la capilla?

—Lo suficientemente cerca como para que nadie pueda impedirlo —rió él, adivinando lo que se escondía bajo su pregunta—. No hay nada que puedas hacer para evitarlo, preciosa. Serás mi esposa antes de la hora de la comida.

Blair quiso gritar de frustración, pero se mantuvo en silencio, por miedo a que Angus cumpliera su amenaza. Pensar en perderlos le producía tal congoja, que las lágrimas acudieron a sus ojos. No podía permitirlo, pero tampoco quería desposarse con Angus, así que se concentró en seguir dejando pistas para Kerr. La segunda zapatilla no tardó en deslizarse de su pie. No sabía lo que diría a Angus cuando lo descubriese, pero si aquella conversación servía para retrasar la boda, la alargaría tanto como pudiese.

—Podéis obligarme a ser vuestra esposa, Angus —le dijo cuando la atrajo hacia él sobre la montura de nuevo—, pero no creáis ni por un segundo que me doblegaré a vuestra voluntad. Lucharé cada día del resto de mi vida contra vos.

—No esperaba menos de ti, preciosa —rió, antes de susurrarle al oído—. Sé que disfrutaré de todas esas confrontaciones, pero te aseguro que jamás ganarás ni una de ellas. Terminarás por hacer todo cuanto te pida, por las buenas o por las malas.

Blair pensó en Kerr y temió que no llegase a tiempo de rescatarla esa vez. La última casi no lo consiguió y estuvo a punto de morir.

—Siento no tener un vestido para ti adecuado a la ocasión —le dijo Angus, acariciando uno de sus brazos—, pero tu belleza será más que suficiente para mí.

—Los halagos no funcionarán para suavizar la situación —espetó—. Me estáis obligando a casarme. Yo no deseo esta unión.

—Te aseguro que la desearás cuando termine contigo esta noche —le susurró al oído una vez más— y no necesitarás ningún vestido bonito para eso, bastará con tu piel.

Blair se estremeció ante semejante imagen y cerró los ojos para intentar alejarla de su mente. Pensar en compartir esa intimidad con él le repugnaba. Y no porque no fuese un hombre atractivo, pues había admirado, en más de una ocasión su apostura, sino por cómo era y cómo se comportaba con ella.

Llegaron a la pequeña capilla poco antes de mediodía y para ese entonces, estaba tan nerviosa, que apenas opuso resistencia al ser bajada del caballo y llevada al interior del edificio. El corazón le latía desenfrenado y cuando vio al cura frente al altar, entró en pánico. Comenzó a hiperventilar y las piernas le fallaron. Tuvo que detener sus pasos para apoyar las manos sobre las rodillas e inclinarse hacia adelante. Le faltaba el aire y quería vomitar.

Angus sujetó con impaciencia su brazo para obligarla a caminar hasta el altar, para terminar cuanto antes con aquello, pero el cura, al ver la actitud alterada de ambos, se preocupó por Blair.

—¿Os encontráis bien, muchacha?

Blair sintió el impulso de contarle la verdad, pero recordó a los hijos de Kerr y simplemente asintió. Fijó su mirada en el hombre y una idea se formó en su mente.

—Solo necesito un momento a solas para serenarme —le aseguró—. Esto está resultando demasiado intenso para mí.

No trató de negar que estuviese allí por decisión propia, porque sabía que Angus ya le habría contado alguna mentira sobre ello. Y por el bien de Tam y Fiona, no debía contradecir a Angus, sino frenarlo hasta que se le ocurriese algún plan o hasta que llegase Kerr.

—Podéis pasar a la sacristía, si lo deseáis —la acompañó—. Hay agua fresca en una jarra y un vaso limpio, por si necesitáis beber un poco antes de comenzar.

—Os lo agradezco —dijo, mirando a Angus—. El viaje ha resultado agotador.

Supo que Angus no haría nada para detenerla porque necesitaba hacerle creer al cura que no había mentido al decirle que era una boda deseada por ambos, y se sintió mejor al pensar que en esa ocasión, se había salido con la suya. El cura se quedó con ella en el pequeño local, observándola, mientras bebía varios tragos de agua seguidos. Podía sentir su inquisitiva mirada sobre ella, pero no se atrevía a enfrentarla.

—¿Estáis segura de querer esto, muchacha? —le preguntó al fin.

—Por supuesto —mintió sintiéndose mal por engañar a un hombre de Dios—. No sé qué os habrá contado Angus sobre nosotros...

—Me dijo que vuestro padre se había opuesto al matrimonio —le explicó.

—Cierto —mintió de nuevo.

El cura entrecerró los ojos y Blair sintió como si pudiese mirar en su interior y descubrir la verdad. Se ruborizó y tuvo que apartar la mirada. De repente, se sentía una cobarde.

—¿Estáis segura de querer seguir adelante con la boda? —repitió—. Si vuestro padre decidiese repudiaros, la vida no será fácil para vos, sin nadie que vele por vuestro bienestar.

—Lo sé —en esta ocasión no necesitó mentir. Su vida con Angus no sería un camino de rosas—, pero debo hacerlo.

—¿Esperáis un hijo, acaso? —la sorpresa en la voz del cura, la hizo sonrojarse de nuevo.

—No —contestó con rapidez—. Por Dios, no. No es eso.

—¿De qué se trata, entonces?

Vio la compasión en los ojos del hombre y no pudo contener por más tiempo las lágrimas. El párroco la abrazó y el consuelo que sintió en sus brazos le hizo llorar más.

—¿Hay algo que necesitéis contarme? —la miró a los ojos.

—Necesito una confesión, padre —dijo entonces.

Le contaría la verdad, pero bajo secreto de confesión. Sabía que aquello empeoraría la situación, porque el hombre sabría que la estaba casando a la fuerza, pero no podría hacer nada. Aún así, necesitaba decírselo.

—Está bien —le concedió.

Blair le relató la historia completa. Desde su llegada a Dunvegan, acompañando a Donella, hasta su secuestro por parte de Angus, que la

amenazó con los hijos del hombre al que amaba. Omitió la historia con Ruadh, pero no su compromiso con Kerr.

—Si estáis prometida no podéis casaros con Angus —dijo él.

—No tengo otra opción —se lamentó—. La vida de los hijos de mi prometido depende de ello. La única alternativa sería retrasarlo lo suficiente para que Kerr llegue a tiempo.

—¿Cómo estáis tan segura de que vendrá?

—Simplemente lo sé —y así era. En el fondo de su corazón, sabía que Kerr aparecería. Le había prometido estar siempre a su lado y no era un hombre que rompiese sus promesas.

—De acuerdo —asintió, después de un momento de reflexión—. Si me niego a officiar la ceremonia, encontrará a otro que lo haga. Si estáis tan segura de que vuestro prometido vendrá a por vos, os ayudaré a retrasarlo un poco más.

Salieron de la sala y el cura habló con Angus. Blair no podía oír lo que le decía, pero Angus no parecía contento. Se mordió el labio y apretó los puños para evitar que un temblor se apoderase de ella.

—Si no os confesáis, no podré casaros —el cura alzó la voz y Blair entendió de qué habían estado hablando—. Y ningún otro cura lo hará, eso tenedlo por seguro.

Angus cedió finalmente, pero para desesperación de Blair y del párroco, no tardó demasiado en confesarse. La mirada furibunda de Angus le indicó que su humor había empeorado con aquella interrupción.

—Si vuelves a retrasarlo, preciosa —le gruñó en bajo, mientras la arrastraba hasta el altar—, lo lamentarás.

—Yo no...

—No juegues conmigo —le apretó el brazo—. Mi paciencia tiene un límite y lo estás rebasando en este momento.

Blair decidió no volver a hablar hasta que no fuese necesario. El miedo se apoderó de ella a medida que la ceremonia avanzaba y no ocurría nada. El párroco la miraba con aprehensión cada poco tiempo, nervioso también. Poco más podían hacer para detener aquella situación.

—Si alguien conoce algún motivo...

—Saltaos esa parte, padre —gruñó Angus impaciente—, aquí no hay nadie que vaya a impedir esta boda.

—En eso te equivocas, Angus.

Blair gimió al escuchar aquellas palabras. Conocía perfectamente aquella

voz. Su alivio fue instantáneo cuando lo oyó hablar por segunda vez.

—Blair es mi prometida y nadie salvo yo la desposará.

Kerr entró en la capilla seguido de sus hombres y una sonrisa de alivio iluminó el rostro de Blair. Cuando Dougal apareció tras él, Angus se tensó visiblemente. Blair decidió alejarse de él, tirando del brazo del cura, antes de que Angus pensase en utilizarlos de escudos humanos. Ya había pasado por eso y no quería volver a sentirse así de vulnerable nunca más.

Cuando Angus se vio solo, se irguió en todo su tamaño y fingió no sentirse acobardado. Blair podía ver la rabia bullendo en él, pero también el reconocimiento de que aquello se había puesto difícil para él.

—Dougal, primo —comenzó a hablar—, que sorpresa verte aquí.

—La sorpresa ha sido mía —la fría mirada de Dougal heló la sangre de Blair aún cuando no iba dirigida a ella— cuando Kerr me contó lo que habías hecho. No lo creí al principio, por supuesto. No era posible que mi primo, que tan bien nos había servido todos estos años, cometiese semejantes vilezas por una mujer.

Cuando dirigió su mirada hacia Blair, la suavizó. Dougal le sonrió y ella le correspondió, entendiendo que ahora la consideraba un miembro del clan y, como tal, la defendería. Blair se abrazó más fuerte a Kerr, sintiéndose segura y arropada.

—Por más hermosa que sea —añadió, antes de mirar a su primo de nuevo—. Ella ya ha hecho su elección, Angus. Debes respetarla.

—Ella sabe qué debe hacer —Angus la miró y Blair se estremeció.

La amenaza de Angus estaba clara en sus palabras, pero con Kerr y Dougal de su lado, Blair no sentía ese terror a verla cumplida. Ellos no lo permitirían.

—Me habría casado con vos, Angus —sintió la tensión en los brazos de Kerr— para mantener a salvo a los hijos de Kerr. Pero ahora ya no es necesario. Su clan los defenderá.

Una sonrisa de disgusto adornó el rostro de Angus al saberse en desventaja y aún así se mostró arrogante. Blair se estremeció de nuevo y Kerr la atrajo más hacia él dándole a entender que nada malo le pasaría ya.

—También es mi clan, Blair —le recordó.

—No creo que lo siga siendo por mucho más tiempo —le respondió Kerr, en su lugar.

—Eso no es algo que tú puedas decidir, Kerr. No tienes la...

—Ya basta —terció Dougal—. Me temo que Kerr tiene razón, primo. Has

de responder por todo lo que has hecho y esta vez nuestro parentesco no te salvará del castigo.

Indicó a sus hombres, con un gesto de cabeza, que lo apresasen. Angus no se molestó en defenderse, pues sabía que tenía las de perder en ese momento.

—Esto no quedará así —murmuró cuando pasó junto a Blair.

—Por supuesto que no —le dijo Kerr en su lugar—. Si Dougal no se encarga de ti como debe, lo haré yo.

El desafío había sido lanzado y a nadie le pasó desapercibido, sin embargo tampoco dijeron nada. Ni siquiera el laird. Kerr salió de la capilla con Blair todavía en sus brazos.

—Tus zapatillas —le sonrió, al tendérselas—. Otra vez has resultado ser de lo más imaginativa para ayudarnos a encontrarte.

—No se me ocurrió nada más —se encogió de hombros.

Kerr la encerró entre sus brazos el camino de regreso y la besaba cada vez que tenía ocasión, susurrándole una y otra vez cuánto la quería. Blair no puso más que corresponderle, feliz de haber evitado su matrimonio forzoso con Angus.

Días después, celebraron el juicio de Angus. Ambos testificaron, junto a algunos de los hombres de Kerr, que corroboraron lo que los MacKinnon habían intentado en Lewis. Angus, seguro de que su primo no le infligiría un duro castigo, admitió haberlo hecho, pero Blair nunca supo qué pasaría con él después, porque se fue mucho antes de que dictasen sentencia. Le bastaba saber que lo habían hallado culpable.

LA CAPTURA

Una de esas tardes en que Donella jugaba con Bruce y Alpin los observaba, mientras fingía trabajar en sus papeles, apareció uno de sus sirvientes, nervioso y con la respiración agitada.

—Vamos, Logan —le dijo Alpin, después de hacerle tomar asiento—. Respira, muchacho.

Alpin había salvado al joven de una muerte segura años atrás, en las calles de Edimburgo y ahora trabajaba para él como espía. Había sido gracias a Logan, que se habían enterado de que el rey sospechaba de la traición de Angus.

—He venido corriendo en cuanto me enteré, milord —le informó, con la voz todavía tomada por el esfuerzo—. Se ha producido un gran revuelo con el asunto y tuve que cerciorarme antes de que no era solo un rumor.

—Al grano, muchacho —se impacientó Alpin.

—Han capturado al hermano de vuestra señora —miró hacia ella, temiendo su reacción.

—¿Angus? —preguntó, al tiempo que hacía un gesto a la institutriz de Bruce para que se lo llevase a su cuarto—. Tenía entendido que estaba en Dunvegan y que no regresaría después de lo que pasó en Lewis.

—Está en Edimburgo —le aseguró Logan—. Yo lo vi.

—¿Dónde? —quiso saber Alpin.

—Dicen que lo capturaron cerca de su casa, milord. Me colé en los calabozos para asegurarme de que era él, antes de venir a hablar con vos.

Alpin miró disimuladamente a su esposa. La mujer estaba pálida y le temblaban las manos, así que le dio las gracias al muchacho y lo despidió para quedarse a solas con ella.

—Iré a verlo —sentenció Donella, en cuanto Logan se fue.

—No —se negó su esposo—. De ninguna de las maneras.

—Es mi hermano, Alpin. No lo abandonaré. Necesito hablar con él y tratar de averiguar si hay algo que pueda hacer para sacarlo de ahí.

—Es demasiado peligroso. Ahora que él ha caído, estaremos en el punto de mira de Jacobo. No podemos dar un paso en falso.

—Por favor —le rogó.

Alpin se compadeció de su esposa y, con unos cuantos sobornos, logró que la dejasen entrar en los calabozos por unos minutos. Donella se cubría la nariz con un pañuelo, disgustada por el olor nauseabundo de aquel lugar y lamentando que Angus estuviese allí encerrado, como un miserable delincuente más.

—Hola, hermana —lo oyó decir, pues la luz era escasa en la celda—
¿Has venido a sacarme?

Había amargura en su voz. Y resignación. Sabía que nadie podría ayudarlo, pues la traición se pagaba con la muerte y no se hacían concesiones.

—Ojalá pudiese —sollozó ella.

—Sabía a lo que me arriesgaba regresando.

—¿Por qué lo hiciste, entonces?

—Porque en Skye ya no había nada para mí.

—En Dunvegan...

—Blair se va a casar —la interrumpió.

—¿Qué?

—Blair se va a casar con Kerr. ¿No es eso lo que querías cuando la enviaste a su granja engañada? —Donella pudo notar la acusación en la voz de su hermano, como si la considerase culpable de su desdicha—. Así te librarías de ella y podrías quedarte con Bruce.

—¿Qué tiene que ver ella en esto?

—Todo —le gritó—. Ella era todo lo que yo quería, Donella. Y tú la arrojaste a los brazos de Kerr. La alejaste de mí.

—Angus —trató de razonar con él—, jamás habrías podido desposar a Blair. Sabes tan bien como yo, que Jacobo no...

—Yo la quería —la interrumpió de nuevo— en mi cama, como mi amante. Y en mi hogar, cuidando de los hijos que habría tenido con la mujer que Jacobo aprobase. Pero tú lo estropeaste todo.

—Sabía que esa obsesión por ella acabaría siendo tu perdición —le dijo, con lástima—, pero no debiste regresar, Angus. Sabías lo que te pasaría si volvías a Edimburgo.

—Cometí algunos errores y ya no soy bienvenido en Dunvegan.

—¿Qué es lo que has hecho, Angus?

—Nada que te importe —la cortó—. Lárgate de aquí, antes de que Jacobo decida cortar tu cabeza también.

—No puedo irme sin más —se sentía angustiada.

—No puedes hacer nada por mí, Donnie —el cariño con el que la trataba siempre había regresado y con él, las lágrimas en los ojos de Donella—. La alta traición siempre se paga. Y si no te vas ahora mismo, acabarás en un lugar como este muy pronto. Vete ya.

—Lo siento mucho, Angus.

—Las Highlands siguen libres —le dijo él en respuesta—. Pagaré con

gusto el precio.

Donella regresó a la mansión en el más absoluto de los silencios. No podía dejar de pensar en la inminente muerte de su hermano y lo impotente que se sentía la no poder hacer nada por él.

—¿Qué sucede, Alpin? —se encontró a su esposo dando órdenes a todos sus sirvientes, que corrían de un lado a otro obedeciendo.

—Logan ha vuelto con noticias —le explicó, mientras guardaba más papeles—. Jacobo cree que hemos estado conspirando con Angus contra él y pretende enviar a apresarnos.

—Dios mío —cubrió su boca con las manos— ¿Y Bruce?

—Lo están preparando para marchar en cuanto acabe con esto —la miró—. Deberías cambiarte de ropa, amor. Intenta que sea algo con lo que puedas pasar desapercibida.

—Está bien.

Corrió a su alcoba, seguida de su doncella, para hacer lo que su esposo le pedía. Guardó también sus joyas en un falso bolso bajo su vestido, segura de que las necesitarían más adelante, y luego se dirigió al cuarto de Bruce. Al no hallarlo en él, se reunió Alpin de nuevo.

—¿Dónde está Bruce? He ido a por él y no...

—Ya lo he enviado delante.

—¿Qué? ¿Solo? —se escandalizó—. Estará muerto de miedo.

—Logan se hará cargo de él hasta que nos reunamos con ellos en el puerto —la tomó de las manos—. Es más seguro así, mi vida. Si nos pasase algo por el camino, Logan sabe lo que debe hacer. Lo protegerá con su vida.

—Se quedará solo —sollozó, nerviosa.

—Regresará con su hermana —le aseguró—. Le he dado dinero y un mapa para que sepa dónde debe ir para llevarlo con Blair. Bruce no estará solo, mi amor.

Donella supo que estaba pagando por haberse quedado al niño. Que todo aquello estaba sucediendo por haber sido egoísta. En su dolor, había creído que saldría impune por su delito, pero no sería así. Y solo lamentaba que su esposo no se hubiese ido con Bruce, pues por su culpa, también él caería.

—Te amo, Alpin —le dijo.

—Y yo a ti, mi vida —la abrazó—, pero no te despidas todavía de mí. Tenemos una oportunidad de huir y la aprovecharemos.

Sin embargo, no llegaron a salir de la casa, pues le rey envió una docena de hombres en su busca antes de lo que había esperado Alpin. Al parecer, no

estaba dispuesto a dejar cabos sueltos.

Y mientras ellos eran conducidos a los calabozos, Jacoco estaba ocupado en la ejecución de Angus. Desde su lugar predilecto, en el que la plebe podía verlo, aún cuando estuviese lejos de ellos, y siempre protegido por su guardia personal, se sentaba, orgulloso en su trono, mientras veía cómo Angus era conducido al patíbulo entre gritos e insultos.

El condenado enfrentaba a la multitud con envidiable entereza y no trataba de esquivar la comida podrida que impactaba contra él, sino que mantenía su mirada fija en Jacobo, desafiante. Solo cuando llegó al patíbulo, se hizo el silencio.

—Angus MacLeod —un rumor comenzó entre la muchedumbre, al oír su apellido—, habéis sido acusado de alta traición.

El rey tuvo que elevar sus manos para acallar los abucheos y los silbidos que siguieron a sus palabras. Cuando el silencio se hizo de nuevo, continuó hablando.

—Has sido encontrado culpable y sentenciado a muerte. ¿Tienes algo que decir, antes de morir?

El silencio se volvió más acuciante, si cabe. Todos estaban ahora expectantes por lo que el hombre pudiese decir. ¿Rogaría por su vida? Muchos lo hacían, aún sabiendo que nadie se libraba, tras ser acusado de traición.

—Lo volvería a hacer —dijo con voz firme y fuerte—. Por las tierras altas y sus habitantes. Por su libertad de un rey tirano y déspota. Vivan las Highlands.

A medida que los abucheos aumentaban, así crecía el volumen de su voz. Nadie fue capaz de acallar sus palabras ni oscurecer la lealtad que profesaba a su gente. Iba a morir, pero con el orgullo bien alto.

—Mejor hubierais rogado por una muerte rápida, Angus —le dijo Jacobo, cuando los gritos se acallaron.

—No temo a la muerte.

—Bien. Acabemos con esto, entonces.

Jacoco inclinó la cabeza en un leve asentimiento y el verdugo lo obligó a postrarse ante el tocón de madera. El highlander apoyó la cabeza contra él, impávido. El silencio era demasiado denso y pesado. Incluso se pudo escuchar cómo el hacha bajaba silbando hacia el cuello de Angus y cómo cortaba su piel, carne y huesos, hasta separar la cabeza del cuerpo de un solo tajo.

La multitud rugió, algunos de júbilo por el traidor muerto y otros de la impresión, pero todos ellos, vitorearon a su rey cuando se disponía a regresar

al palacio y anunció, primero, que habría más ejecuciones por traición. Para ellos, no era más que espectáculo.

Al anochecer, un solitario, abatido y preocupado joven regresaba a la posada dónde se había hospedado a media tarde. Aquellos a los que esperaba desde hacía horas, no aparecerían y no podía sino lamentarlo. Había servido fielmente al duque de Cockburn y ahora no volvería a verlo. Un hombre inocente moriría pronto.

Logan se reunió con Bruce en la habitación que había alquilado. El niño lo esperaba, mirando fijamente al fuego. Aunque parecía pequeño, algo en su actitud, le aseguró que sabía lo que estaba sucediendo.

—Vamos, pequeño —sonrió, para que no se asustase—. Es hora de ir con tu hermana.

—¿Mamá y papá no vienen, entonces?

—Me temo que no —le ayudó a coger sus cosas y se dirigieron al establo donde un caballo esperaba por ellos, para llevarlos hasta el puerto—. Has de ir solo. ¿Te ves capaz, pequeño?

—Sí —asintió decidido, antes de que Logan se montase detrás de él en la silla.

—Pronto estaremos con tu hermana, pequeño. Te lo prometo —le susurró—. No temas.

—No tengo miedo —le dijo él.

Aquella confianza plena le llegó al corazón. Sabía que necesitaría de toda su astucia e ingenio para llevar sano y salvo a Bruce hasta su hermana, pero lo haría. Jamás había roto una promesa y no tenía intención de empezar en ese momento. Y menos aún, cuando el niño parecía tener una fe ciega en él.

UNA CEREMONIA ÍNTIMA

—¿A dónde vamos, Kerr?

—Paciencia —le dijo, una vez más, con una sonrisa en los labios.

Kerr sabía que estaba nerviosa y podía entenderla. En las últimas semanas, había sido secuestrada en dos ocasiones, había estado a punto de morir en una y casi se había convertido en la esposa de un hombre al que odiaba. Y ahora era arrastrada por él, hacia quién sabe dónde. Sabía que las sorpresas no le entusiasmaban demasiado en ese momento, pero esperaba poder cambiar eso con la suya.

Blair frenó su avance, obligándolo a parar también. Sus mejillas tenían un hermoso tono sonrosado, por el sol de la mañana y la larga caminata. El pelo alborotado por la brisa, solo la hacía más dulce a sus ojos. Y el rápido movimiento de su pecho al respirar, más deseable. Saber que Blair lo amaba, lo hacía el hombre más afortunado de la tierra, y no quería esperar más para hacerla su esposa. Para que fuese totalmente suya.

—Estamos llegando, amor —la animó, tirando suavemente de ella para reiniciar la marcha.

—¿A dónde? —insistió.

—Es una sorpresa.

—Para sorpresas estoy yo a estas alturas —protestó, pero siguió caminando, de la mano de Kerr.

—Esta te gustará, Blair —le prometió.

Blair sonrió y no dijo nada más. En el fondo, sabía que cualquier sorpresa que viniese de Kerr sería maravillosa. La quería más que a su vida, se lo había dicho en incontables ocasiones, pero oírlo le provocaba siempre un incesante revoloteo de mariposas en el estómago.

Supo el momento exacto en que llegaron a su destino porque allí los

esperaban Arran, Shona, Seoc y los hijos de Kerr. Sus hijos, en cuanto se desposase con él. El hombre que estaba con ellos, le hizo fruncir el ceño.

—¿Es un párroco? —le preguntó a Kerr, que se limitó a sonreír.

Shona se acercó con una sonrisa idéntica a la de Kerr y se la llevó a un lugar apartado. Habían levantado una especie de tienda y la obligó a entrar en ella. Blair comenzó a sospechar lo que estaba sucediendo, pero en cuanto vio el precioso vestido de novia, no le quedó ninguna duda al respecto.

—Esto es una locura —protestó—. Dougal se enfadará.

Y aún así, no opuso resistencia cuando Shona la ayudó a vestirse. Ni cuando le recogió el cabello en un improvisado, pero bonito peinado. Una tonta sonrisa de felicidad se instaló en su rostro, a medida que Shona la preparaba, y ya no desapareció.

—Eres la novia más bella que he visto nunca —le dijo, emocionada Shona—. Kerr no podrá quitarte los ojos de encima. Ni las manos. Ni la boca. Ni...

—Lo he captado —la interrumpió, riendo. Luego se observó—. Es un vestido precioso, pero no podemos casarnos ahora. Dougal está deseando que lo hagamos en Dunvegan. Se enfadará si se entera de que...

—Kerr no dejará que Dougal te intimide.

—No quiero más problemas —pero sus protestas fueron apartadas a un rincón de su conciencia, en el mismo instante en que vio a Kerr con el kilt de gala. Su corazón aleteó de amor y la sonrisa regresó a sus labios. Estaba impresionante e iba a ser su esposo. Se olvidó de Dougal, de sus objeciones y del mundo. Nada más le importaba, salvo Kerr y lo que estaban a punto de hacer.

—Estás increíble con ese vestido, Blair —le susurró él, mientras la tomaba de las manos para acercarla.

—No mejor que tú.

—Por supuesto que mejor que yo. Infinitas veces mejor que yo —la besó.

Oyeron el carraspeo del párroco y se separaron. Blair, un tanto avergonzada y Kerr, encantado con el intenso rubor de ella. Lo fulminó con la mirada, pero él se limitó a sonreír más.

—Soy el padre Filib —se presentó a Blair, la única que todavía no lo conocía.

—Blair —le sonrió, todavía abochornada porque los hubiera tenido que separar.

—¿Preparados? —les preguntó y ambos asintieron.

Se colocaron frente a él, con los testigos tras ellos y el padre Filib comenzó la ceremonia.

—Estamos aquí reunidos, ante Dios y ante sus testigos en la tierra, para unir en santo matrimonio a este hombre y a esta mujer...

Blair no pudo evitar emocionarse y mirar hacia Kerr. Él le sonrió y pudo ver en sus ojos el mismo brillo que sabía que tendrían los suyos. Aquella unión era algo que ambos deseaban y, aunque le atemorizaba la reacción de Dougal cuando descubriese que no habría ceremonia en Dunvegan, se alegraba de que tuviese lugar allí y ahora. Con su familia y Dios como únicos testigos.

—Yo, Kerr MacLeod, te tomo a ti, Blair Gordon, como legítima esposa, y prometo serte fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, y amarte y respetarte todos los días de mi vida —dichos los votos, añadió los suyos propios—. Te protegeré con mi nombre, con mi espada y con mi vida. Mi corazón es tuyo ahora, así como lo es mi alma también.

Los ojos de Blair se empañaron por la emoción y unas gruesas lágrimas se deslizaron por sus mejillas. Kerr le sostuvo la cara con ambas manos y limpió sus lágrimas con los pulgares. La besó dulcemente, ignorando las protestas del padre Filib.

—Yo, Blair Gordon, te tomo a ti, Kerr MacLeod, como legítimo esposo y prometo serte fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, y amarte y respetarte todos los días de mi vida —su voz sonaba firme, a pesar de la emoción con que pronunciaba los votos—. Hoy pongo mi vida en tus manos porque mi corazón hace tiempo que lo tienes. Te prometo que no habrá engaños ni mentiras en este matrimonio. Tu felicidad es la mía y me propongo hacerte feliz mientras me quede aliento en el cuerpo.

Kerr la besó de nuevo tras aquellas palabras y, en esa ocasión, el párroco se limitó a esperar a que terminasen. Había entendido que sus protestas no servirían de nada.

—¿Tienes el anillo, Kerr? —le preguntó, en cuanto le devolvieron la atención.

Kerr hizo una señal a Tam y el niño se acercó para entregárselo. Blair lo besó en la mejilla y él se abrazó con fuerza a ella. Oyeron protestar a Fiona, que también reclamaba su atención, lo que les hizo reír a todos.

—Después será tu turno, pequeña —le dijo Blair, sonriendo.

El padre Filib bendijo el anillo y se lo entregó nuevamente a Kerr, para

que se lo colocase a Blair en el dedo.

—Recibe este anillo como símbolo de fidelidad y muestra de mi amor por ti —dijo Kerr, mientras deslizaba el anillo en su dedo. Le encajaba perfectamente.

—Padre Santo —continuó el párroco—, tú creaste la humanidad a tu propia imagen y semejanza e hiciste que el hombre y la mujer estuvieran unidos como marido y mujer en una unión perfecta de cuerpo y alma. Señor, concédeles ahora los dones de tu amor y una vida plena en mutua comunión —realizó el símbolo de la cruz sobre ellos, antes de continuar—. Si por la presente, hay aquí alguien que tenga motivos para impedir este matrimonio, que hable ahora o calle para siempre.

El silencio se hizo y sin poder evitarlo, los novios miraron hacia sus testigos. Todos ellos se veían emocionados y conformes con lo que estaba sucediendo.

—Por el poder que me ha sido conferido por nuestra Santa Iglesia, yo os declaro marido y mujer —miró a Kerr sonriente—. Ahora sí puedes besar a la novia.

Kerr no se hizo de rogar y la tomó por la cintura para apretarla contra él y para besarla como ansiaba. Con toda la pasión que había estado conteniendo durante la ceremonia. Blair era suya al fin y no podía sentirse más feliz.

—Ya no podrás huir de mí —le susurró.

—Jamás quise huir de ti —le dijo ella—. Todo cuanto ha ocurrido en mi vida ha sido necesario para llevarme hasta donde debía estar. Junto a ti, para ser tu esposa.

—Y la madre de mis hijos.

—Y la madre de tus hijos —le sonrió.

—De los que ya tenemos y los que tendremos —le recordó.

—De todos ellos, Kerr —rió—. Te amo.

—Yo también te amo —y la besó de nuevo, reclamándola. Blair era suya por fin.

Horas después, la música todavía sonaba en la casa, a pesar de que ya nadie bailaba. Era madrugada y los asistentes al banquete estaban agotados. Había sido un día cargado de emociones.

Fiona hacía tiempo que se había dormido, pero había sido Shona quien la había acostado. Esa noche Kerr no le había permitido a Blair ocuparse de ella. Ni de Tam tampoco, que acababa de caer rendido sobre un banco. Arran se lo llevó y el niño ni se inmutó.

—Creo que es hora de dar por finalizada la celebración —dijo Blair a su esposo—. Todos estamos cansados.

—Tienes razón —Kerr la besó dulcemente en los labios, antes de susurrarle al oído—. Solo espero que mi señora esposa no esté tan cansada como para no poder disfrutar de su noche de bodas.

Un intenso rubor cubrió las mejillas de Blair, pero aún así lo miró con diversión, antes de responderle en el mismo tono de voz.

—Creía que ya habíamos adelantado nuestra noche de bodas, mi señor esposo.

—Hemos adelantado nuestros deberes conyugales —le respondió— mi señora esposa, no la noche de bodas.

—Así que ahora lo consideráis un deber, mi señor esposo —sonrió ampliamente, cuando la apretó más contra él.

—Si todos mis deberes fuesen tan placenteros, estaría encantado de cumplirlos —la besó, esta vez con más apremio.

—Es hora de dejar celebrar en privado a los recién casados —oyeron decir a Seoc.

Blair se sonrojó, pero nadie lo vio porque Kerr la tomó en brazos para llevársela a su alcoba. La que compartirían a partir de esa misma noche. La única estancia en toda la casa, en la que nunca había estado, ni siquiera para limpiarla. De repente, se sintió un poco cohibida. Y bastante nerviosa.

—¿Estás bien? —Kerr lo notó—. No va a ser distinto a lo que hemos hecho ya, Blair.

—Eso ya lo sé —le dio un pequeño golpe en el pecho y sonrió. Supo que el comentario de Kerr pretendía relajarla en cuanto este le guiñó un ojo.

—¿Entonces?

—No sé —se encogió de hombros—. Jamás he estado en tu cuarto.

Kerr la había soltado para abrir la puerta, cuando ella habló. Se quedó con la mano en el pomo y la miró. El rubor persistía en sus mejillas y no reprimió la necesidad de acariciarla. La besó con ternura, mientras sus manos atrapaban su rostro. Blair suspiró al sentir sus ardientes labios.

—No me creo que estés nerviosa por ver mi cuarto —dijo después.

—Pues lo estoy —sonrió con timidez—. No sé que me encontraré en él.

—Nada del otro mundo —rió. Después se puso serio—. Nada que te recuerde a mi anterior matrimonio.

Blair se mordió el labio, pues Kerr había acertado. La conocía tan bien que casi se asustó por ello. La verdadera razón de su temor era encontrarse

con algo perteneciente a Lorna. Incluso si sabía que jamás habían compartido alcoba.

—Ven —la tomó en brazos de nuevo—. Lo haremos bien esta vez.

Atravesó el umbral, con ella rodeando su cuello y mirándolo con tanto amor, que el corazón amenazaba con escapar de su pecho e instalarse en el de ella. La besó de nuevo, para luego dejarla en el suelo y que pudiese explorar el dormitorio a su antojo.

Blair se paseó por él con curiosidad. Era mucho más amplio de lo que había imaginado y tenía un enorme ventanal, con vistas al lago, aunque en aquel momento pudiese verlo. La cama ocupaba gran parte del lugar y era mayor incluso, que la que había estado usando ella. Un gigantesco ropero al fondo y un escritorio en el otro extremo eran los únicos muebles que había.

—Podrás ponerlo a tu gusto —dijo, al ver que permanecía callada—. Colocaremos un tocador para ti y...

—Me gusta tal y como es —lo interrumpió, girándose hacia él, con una sonrisa en sus labios—. Un tocador estaría bien, pero no hace falta cambiar nada más. En realidad, este lugar es muy como tú.

Kerr se acercó y la rodeó con sus brazos. Blair apoyó la cabeza en su pecho y cerró los ojos para dejarse llevar por las sensaciones que su contacto le provocaban.

—¿Cómo yo?

—Sí —elevó la cabeza, para encontrarse con su mirada—. Sobrio, sencillo y sin excesos. Y muy, muy hermoso.

—Así que te parezco hermoso —le dedicó una sonrisa torcida de lo más sensual.

—Mucho, mi señor esposo.

—Tú eres hermosa, esposa mía.

—Entonces haremos hijos hermosos —rió.

—No será así, si solo nos dedicamos a hablar —le dijo, besándola a lo largo de la mandíbula.

—Yo creo que el primero ya está hecho.

Blair esperó pacientemente a que Kerr comprendiese lo que le acababa de confesar, mientras disfrutaba de sus besos. Cuando Kerr se detuvo en seco, no pudo evitar sonreír.

—¿Qué has dicho?

—Que ya hemos hecho un niño hermoso —apretó sus labios para no sonreír de nuevo, pero fracasó.

—¿Estás segura? —la miró, cauteloso—. Quiero decir, ¿no es pronto para saberlo?

—Lo he consultado con alguien más experto cuando comencé a sospecharlo y todo parece indicar que estoy embarazada.

Blair gritó cuando la elevó en el aire y dio vueltas, mientras reía. Estaba claro que la idea lo entusiasmaba.

—¿Debo pensar que te alegras? —bromeó con él.

—Alegrarme no expresa lo que siento realmente. Es más que eso —la besó—. Mucho más. Es el mejor regalo que me podrías haber dado el día de nuestra boda.

—Ni siquiera sabía que debía darte un regalo.

—No era necesario, pero yo tengo uno para ti.

Kerr buscó en el escritorio un paquete, que le entregó después, con una sonrisa pícara en los labios. Blair lo abrió y descubrió, con asombro, que se trataba de un hermoso collar de perlas, con una pulsera a juego.

—Eran de mi madre —le explicó—. Y eres la primera que los usará desde su muerte.

Blair supo por qué le había dicho aquello y se lo agradeció. Lorna no los había usado y se sintió aliviada. El amor que sentía por él, iluminó sus ojos y las lágrimas brillaron en ellos.

—No llores, amor —Kerr le limpió las lágrimas con sus dedos.

—Son lágrimas de felicidad, Kerr. Están permitidas.

—Lo único que está permitido es reír —comenzó a besarla— y hacer el amor.

—¿Solo eso? Que aburrido, esposo mío —rió ella sobre sus labios.

—Permíteme demostrarte lo equivocada que estás, esposa mía.

Y así dieron comienzo a su larga y nada aburrida noche de bodas.

LA TORMENTA

Era de noche cuando la tormenta los alcanzó. Una de las peores que los marineros habían visto en años. El barco se balanceaba peligrosamente con cada golpe del embravecido mar y parecía como si fuese a partirse en cualquier momento. Apenas oían sus gritos por el rugir de las olas y el aullar del fuerte viento. Y los truenos sonaban, poderosos, instantes después de que los rayos iluminasen el cielo como si del día se tratase. La lluvia torrencial no cesaba, empapándolos más de lo que ya estaban. Muchos de los marineros intentaban, sin éxito, achicar el agua que entraba a raudales en el navío, mientras el resto trataba de dirigirlo a la costa, algo peligroso con aquella tormenta, pero necesario para no acabar hundidos si el casco cedía finalmente.

—Deberíamos dar la vuelta y regresar a puerto —le gritó Logan, al capitán—. Esto es demasiado peligroso.

—Ya no podemos volver —negó él—. Tenemos que acercarnos a la costa cuanto podamos ahora.

—¿Y luego qué? —le preguntó.

—Espero que sepas nadar, muchacho.

Su respuesta no lo tranquilizó, sino todo lo contrario. En cuanto comprendió lo que intentaban hacer, su mirada se posó en el niño de cinco años del que era responsable y que esperaba junto al mástil, con las rodillas dobladas y pegadas al pecho, mientras cubría la cabeza con sus brazos, tal y como le había pedido que hiciese. Se acercó a él, tambaleante y cayó un par de veces en su camino por lo resbaladizo de la cubierta. Para ser su primer viaje por mar, estaba resultando una tortura. Si vivía para contarlo, no volvería a subir en un barco en lo que le quedaba de vida.

—Has de hacerlo al menos otra vez —se recordó en voz alta.

El duque de Cockburn le había entregado las escrituras de unas tierras al

norte de Edimburgo, cerca del Lock Ness, para que se estableciese en ellas después de dejar a Bruce con su hermana. Era el pago por sus servicios y por su lealtad inquebrantable.

Cuando llegó hasta Bruce, el niño temblaba. Estaba empapado, al igual que los demás, pero su inmovilidad no lo protegía contra el frío, sino que lo fomentaba. Se agachó junto a él y lo levantó para que lo mirase. Bruce así lo hizo. Sorprendentemente, Logan no vio miedo en sus ojos.

—¿Sabes nadar, pequeño? —le preguntó, gritando por encima del ensordecedor ruido de la tempestad.

Bruce negó con la cabeza y Logan frunció más el ceño. Aquello complicaba las cosas. Él sabía nadar, aunque nunca había tenido que hacerlo cargando a alguien. Y abandonar al niño a su suerte no entraba entre sus planes. Le había prometido a Alpin que lo llevaría sano y salvo con su hermana y era lo que pensaba hacer. Así le costase la vida.

—No te preocupes —dijo, más para sí mismo—. Mantente a mi lado y yo cargaré contigo, llegado el momento.

Bruce asintió y esbozó una tímida sonrisa. Incluso en la situación más precaria en que se habían encontrado, el niño mantenía su semblante relajado. Logan tuvo que admitir que era mucho más valiente que algunos hombres que había conocido en su vida.

—Ven conmigo —habló de nuevo, ofreciéndole la mano, que tomó sin dudar. Así había sido desde el inicio de aquel viaje. Él decía y Bruce hacía. Le asombraba la fe que había depositado en él y la confianza que le profesaba. Nunca dudaba de él, nunca vacilaba. El niño creía que lo mantendría con vida y él no podía hacer otra cosa más que intentarlo. Sobre todo en aquel momento en que sus vidas corrían peligro. Un peligro más real que aquel del que huían.

—Todo va a estar bien —le dijo, antes de regresar con el capitán.

Intentaba convencerse a sí mismo, pues cada minuto que pasaba suponía un miedo mayor a que no saliesen con vida de aquella tormenta. Una terrible y peligrosa tormenta de primavera.

—¿Cómo va el muchacho? —le preguntó el capitán señalándolo con la cabeza.

—Es valiente —admitió.

—Eso está bien, porque necesitará de toda su valentía en cuanto nos acerquemos a la costa.

—Supondrá todo un desafío —asintió.

Sentía la menuda mano de Bruce apretando la suya con firmeza. Todavía

temblaba de frío, pero no se había quejado en ningún momento. Cinco años y tan estoica actitud. Cada día lo admiraba más, y le recordaba a sí mismo en sus tiempos antes de conocer al duque.

Frunció el ceño nuevamente al pensar en ello. Bruce era un niño que jamás había pasado calamidad alguna y, sin embargo, se comportaba con una integridad impropia de su edad, incluso en las peores situaciones. Ni una sola vez había protestado por las pobres condiciones en las que habían estado viajando ni de los inconvenientes que había ido surgiendo.

En cambio, lo había visto sonriendo muy a menudo. Admirando un paisaje o espiando a algún animal. Disfrutando de las estrellas en las noches en que debían dormir bajo ellas. Lavándose, sin quejarse, en las frías aguas de los lagos o de los ríos que se iban encontrando por el camino. Comiendo lo poco que le ofrecía, en previsión de que las provisiones durasen todo el viaje. Pasando frío cuando no podían encender una hoguera. Esperando junto a él, tranquilo, tomándolo de la mano, aún sabiendo que tendrían que meterse en las embravecidas aguas saladas para sobrevivir sin saber nadar. Cómo no admirar a un niño como Bruce.

Lo arrimó a él en cuanto el capitán informó de que estaban cerca de la costa. Se sujetó bien al cuerpo las pocas pertenencias que tenían y se agachó para estar a la altura de Bruce.

—Dentro de poco tendremos que saltar al mar —le dijo—. Te subiré a mi espalda para intentar llegar a la costa a nado. Sujétate bien a mí porque necesitaré ambas manos para no hundirnos.

Una vez más, Bruce simplemente asintió. Claro que con el ruido de la tormenta, tampoco habría escuchado la suave voz del niño. Asintió también, como confirmando que lo había entendido y lo ayudó a subirse a su espalda. No pesaba mucho. Las privaciones a que se habían visto sometidos les habían pasado factura a los dos, pero más todavía al pequeño.

Poco después, pudo distinguir la silueta de una playa a lo lejos. Su corazón comenzó a bombear con desenfreno y se le aceleró la respiración. Iban a hacerlo. Iban a saltar a un mar furioso que trataría de engullirlos. Oía los gritos en el barco, pero su mente no procesaba lo que decían, pues mantenía su atención fija en el agua. Una pequeña mano lo alejó de su estado de ensoñación y miró hacia Bruce, que le señaló delante de ellos, fuera el barco. Cuando Logan siguió la dirección, descubrió que la mayoría había saltado ya. Solo quedaba el capitán y un par de marineros más y se acercó a ellos.

—Llegó la hora —oyó decir al capitán—. En cuanto entres al agua, nada hacia la playa sin detenerte en ningún momento. Esto se va a poner demasiado feo, me temo.

Logan asintió y después saltó. A pesar de que la lluvia empapaba su ropa, al entrar en el agua salada, sintió un doloroso ramalazo de frío contra su piel. Se hundió y notó el fuerte agarre de Bruce sobre su espalda. Comenzó a moverse para salir a la superficie y aunque sus brazadas se veían ralentizadas por tener que cargar con el niño, logró emerger finalmente. Llenó sus pulmones con el frío aire de la noche y braceó de nuevo, tan rápido como pudo en dirección a la costa. Las olas dificultaban su avance y en más de una ocasión, sintió cómo Bruce se resbalaba. Sin embargo, y para su alivio, siempre lograba sujetarse de nuevo.

—Ya casi estamos —gritó al viento, esperando que Bruce le oyese.

Entonces llegó la desgracia. Una enorme ola golpeó su costado, provocando su hundimiento. Las fuertes corrientes de la costa lo arrastraron varios metros a su voluntad antes de poder ascender nuevamente a la superficie. Fue entonces cuando descubrió que Bruce ya no estaba con él. Se había soltado.

—Bruce —gritó a pleno pulmón, buscando al niño, desesperado—. Bruce.

Nadó en círculos, mientras las olas intentaban arrastrarlo hacia la costa.

—Bruce —lo llamó, luchando contra el mar y sabiéndose perdedor.

Segundos después, le pareció verlo, no muy lejos de donde se hallaba y ansioso por recuperarlo, nadó con energías renovadas hasta allí. Casi lo había alcanzado, cuando desapareció de nuevo bajo las oscuras y revueltas aguas.

—No —gritó.

Llenó sus pulmones y se sumergió en el agua, intentando darle alcance. Cuando el aire comenzó a escasear, subió a tomar más. Repitió la operación varias veces, hasta que logró alcanzar con una mano, una mata de pelo. La sujetó con firmeza y tiró de ella. Cuando recuperó a Bruce, el alivio fue tal, que dejó escapar unas cuantas lágrimas. Él nunca lloraba. No hasta ese momento.

Lo arrastró hasta la playa y lo sacó en brazos para depositarlo en la arena. Bruce estaba totalmente inmóvil y mortalmente pálido. Fue ahí cuando lo descubrió. Bruce no respiraba.

VENGANZA

Blair estaba jugando con Fiona, sentadas en la hierba, mientras Kerr enseñaba una nueva técnica de combate con espada a Tam. Era una mañana de primavera, cálida y agradable, muy distinta la noche de tormenta que habían vivido cuatro días antes. Blair había sentido que algo terrible había sucedido e incluso en ese momento, que todo parecía estar bien, conservaba ese malestar.

—No, Fiona —reprendió a la niña, cuando intentó gatear hasta su padre y su hermano—. Es peligroso.

La sujetó por la cintura y la arrastró hasta su regazo, a pesar de sus protestas. Finalmente, se acurrucó y bostezó, provocando en Blair un sentimiento de ternura que la hizo sonreír.

—Voy a acostar a Fiona —le dijo a Kerr, mientras se levantaba. Este asintió.

Regresó poco después, cuando Kerr y Tam ya habían dejado de entrenar. Blair se acercó a ellos y Kerr la abrazó y la besó. Desde su boda, los días habían resultado apacibles y serenos. Después de las tantas desventuras, Blair agradecía aquella tranquilidad y la disfrutaba. Podía imaginarse viviendo allí, con Kerr y los niños, el resto de su vida. Y aunque sabía que no siempre podría ser así, pues les había tocado vivir tiempos difíciles, se alegraba de tener un poco de paz de vez en cuando.

—¿Habéis terminado por hoy? —le preguntó a su esposo, después del beso.

—Tengo trabajo por hacer —asintió él.

Tam protestó, pero cuando su padre le ofreció la posibilidad de ayudarle en la granja, su enfado se disipó. Se alejaron hablando animadamente, mientras Blair los observaba con gran deleite. Daría lo que fuese por tener más días como aquel.

—Es hora de hacer algo productivo —le dijo a Shona, que le sonrió.

—Será lo mejor —corroboró—. No siempre podemos holgazanear.

Entraron en la casa, riendo. El trabajo nunca les faltaba, aunque siempre quitaban tiempo para relajarse. Como solía decir Seoc, en el equilibrio está la dicha.

—Blair, vienen jinetes.

La niña entró en la casa, agitada y con el miedo pintado en la cara. Blair miró a Shona y esta se encogió de hombros. Sabía tan poco como ella.

—¿Los has reconocido, Effie? —fue lo que se le ocurrió preguntar a Shona.

—Son MacKinnon —susurró la niña. Y comprendieron, entonces su temor.

Blair limpió las manos en el mandil y luego lo desató para dejarlo en la mesa donde había estado preparando la comida. Shona se acercó a ella y salieron juntas de la casa.

—Ve a buscar a Kerr —le susurró Blair en cuanto vieron la cantidad de jinetes que se aproximaban.

—No te voy a dejar sola, Blair.

—Ve a por él, Shona —la miró—. Trae a todo el mundo.

Blair intuía que tendrían problemas con aquellos MacKinnon por la muerte de Ruadh. Había estado esperando y temiendo aquel momento, desde que supo de la enemistad entre los clanes.

—Buenos días —los saludó en cuanto llegaron hasta ella.

—¿Dónde está Kerr? —bramó un hombre alto y fornido, de mirada perturbadora.

La educación no parecía ser su fuerte. Blair trató de mantener la calma para dar tiempo a Kerr a llegar. Observó detenidamente al hombre que había hablado. Había algo en él que le recordaba a Ruadh y supuso que era su padre. El laird Aulay MacKinnon.

—Mi nombre es Blair MacLeod —se presentó— ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

Si él no entendía de modales, no se rebajaría a su nivel. Aguardó pacientemente su respuesta, suponiendo que tal vez no llegaría.

—Si eres una MacLeod, deberías saberlo —gruñó.

—Si os pregunto —dijo ella, con calma— es porque lo ignoro.

—¿Dónde está Kerr? —repitió— ¿Acaso el muy cobarde se escuda en una mujer para eludir sus responsabilidades?

—Mi esposo no es un cobarde. Algo que tal vez no se pueda decir de...

—Aulay —Kerr la interrumpió cuando estaba a punto de insultar al hijo del laird—. Qué sorpresa verte por aquí.

Blair se lo agradeció con una sonrisa cuando le rodeó la cintura. Por un momento, al escuchar su ofensa, se había sentido en la necesidad de defender a su esposo. Kerr la apretó contra él y fijó la mirada en Aulay.

—Siempre has preferido actuar en las sombras —continuó—, como un furtivo.

—Y tú jamás habías tomado represalias sin pedir permiso antes a tu laird —el desprecio en su voz no pasó desapercibido a nadie.

Se estudiaron mutuamente, mientras los hombres de ambos se colocaban estratégicamente, junto a sus señores, listos para la lucha, si era preciso.

—¿A qué has venido, Aulay? Dudo que sea una visita de cortesía.

—Sabes que he venido a resarcirme por la muerte de mi hijo.

—Tu hijo se buscó la ruina por su propia mano. No he tenido nada que ver.

—Tú lo mataste —lo acusó. Todos los guerreros llevaron sus manos a las armas, MacKinnon y MacLeod.

—Él quiso matarme primero. Y secuestró a mi esposa —hablaba con furia contenida y con su mano también en la espada.

Había colocado a Blair tras él para protegerla y ella mantenía las manos sobre sus hombros para demostrarle que estaba con él y que lo apoyaba en todas sus decisiones.

—Mientes —lo acusó de nuevo—. Lo asesinaste a sangre fría y luego tuviste la desfachatez de enviarme su cuerpo por tus hombros. Eso es de cobardes.

—Yo no lo maté. Se despeñó en las Cuillins.

—Mentiras. De tu boca solo salen mentiras. Asesino.

Desenfundaron sus espadas y Blair temió que ocurriese lo peor. Kerr y sus hombres eran buenos luchando, pero se encontraban en desventaja numérica. Así que intentó impedir aquella pelea.

—Kerr no lo mató —intervino, colocándose delante de su esposo, a pesar de su protestas—. Ruadh me secuestró por petición de otra persona y Kerr intentó rescatarme, pero no tuvo nada que ver con la muerte de vuestro hijo. Fui yo quien lo arrastró al vacío. Forcejeamos y cuando me vi cayendo, lo sujeté y cayó conmigo.

—¿Y por qué habría de creerte? Tú sigues viva.

—Porque tuve la fortuna de poder sujetarme a un saliente de roca —miró a Kerr— y de que mi esposo estuviese cerca para salvarme.

—Muy conveniente para ambos —se rió, sin creerlos— ¿Pretendes que tu mujer cargue con la culpa?

Blair supo que aquel hombre creería lo que más le conviniese y no la verdad. Había venido buscando pelea y no se iría sin ella. Kerr también lo sabía y por eso la colocó de nuevo detrás de él. La tensión aumentaba a cada minuto que pasaba.

—¿Qué quieres? —preguntó Kerr.

—Una muerte por otra.

Las espadas se elevaron en el aire, en actitud de ataque y Kerr la lanzó hacia atrás, donde nadie pudiese alcanzarla. Ni siquiera fue capaz de protestar. Antes de poder pestañear, ya se encontraba protegida por todos los hombres de su esposo.

—No te lo pondré fácil —le oyó decir a Kerr y contuvo el aliento. Ya nadie podría evitar la lucha.

—No esperaba menos de ti.

—¿Qué diablos está pasando aquí? —una voz profunda y decidida resonó tras ellos.

Habían estado tan pendientes de los enemigos, que nadie vio la llegada de los nuevos jinetes. Un gran número de ellos.

—¿Dougal? —preguntó, extrañado, Kerr— ¿Qué haces aquí?

—Detener una pelea, al parecer —dijo, antes de mirar hacia Blair—. En realidad, traigo un pequeño regalo para tu esposa, Kerr.

Nunca podría entender cómo Dougal se enteraba de todo, aún estando lejos, pero en aquella ocasión agradeció que lo hubiese hecho. Su llegada era como un soplo de aire fresco para él. Y al parecer, Aulay también sabía que acababa de perder la ventaja, porque su actitud cambió en cuanto vio a Dougal.

—No era necesario —Blair, claramente aliviada por la interrupción, le sonrió.

—Yo creo que sí —hizo un gesto hacia Ian y este ayudó a alguien a bajar de su caballo.

Blair se llevó las manos a la boca y gimió, al descubrir que aquel regalo era una persona.

—No puede ser —parpadeó, creyendo que sus ojos le jugaban una mala pasada—. Es imposible. Esto es un sueño. Tiene que serlo.

Sus piernas fallaron y acabó de rodillas, mientras corría hacia ella con los brazos abiertos. Las lágrimas empañaban sus ojos, pero no se negó a recibirlo en sus propios brazos cuando la alcanzó de pleno.

—Dios mío —sollozó, sin creerse todavía que estuviese allí—. Bruce. Estás vivo.

—Y ahora, ¿quiere alguien decirme qué pasa aquí, Aulay? —a pesar de que había preguntado en general, nombrarlo fue como exigir una respuesta de su boca.

Shona se había llevado ya a los niños dentro de la casa, incluido Bruce, aunque Blair todavía no se sintiese cómoda alejándose de él. Había resultado toda una conmoción descubrir que no estaba muerto, como le había asegurado Angus. Y todavía había muchas incógnitas que aclarar, pero tendrían que esperar a que Dougal solucionase el asunto de los MacKinnon.

—Sabes a qué he venido.

—Y tú sabes lo que opino yo de esto —le recordó—. Creía habértelo dejado claro hace semanas.

—No me importa lo que digas, Dougal —le recriminó—. Era mi hijo y ahora está muerto.

—Y te has quedado con el dinero que mi primo le pagó para que intentase deshacerse de Kerr. Eso equilibra la balanza.

—¿Dinero a cambio de un heredero? —bufó—. Yo diría que no.

—Tienes otro heredero, Aulay —le restó importancia a la muerte—. Mucho mejor que Ruadh, si me permites la licencia. Has salido ganando.

La dureza de las palabras de Dougal, enfureció a Aulay, pero se contuvo de decir nada porque sabía que tenía las de perder. Con el laird de los MacLeod, siempre saldría derrotado, de una forma o de otra.

—Será mejor que te vayas por dónde has venido, Aulay. Y si algo les sucediese a Kerr o su gente, date por muerto —lo amenazó—. Tú y toda tu estirpe.

Aulay lo miró con rabia, pero asintió. Sabía que Dougal cumpliría su amenaza y que tenía el poder suficiente para acabar con su clan entero sin apenas esfuerzo.

—Lo dejaré estar —dijo al fin—, pero si algún MacLeod entra en mis tierras, no tendré piedad con él.

—Ningún MacLeod querrá jamás pisar tus tierras, Aulay, puedes estar tranquilo por eso.

¿Había burla en aquella afirmación? Blair creyó descubrirla, pero

permaneció en silencio, dispuesta a pasar desapercibida. No era momento de inmiscuirse en asuntos que le venían grandes.

Cuando los MacKinnon se perdieron de vista, Kerr fue a saludar a Dougal con un fuerte abrazo, realmente aliviado. Habría luchado para defender a su familia, pero se alegraba de no haber tenido que hacerlo.

—Jamás me he sentido tan feliz de verte, Dougal —le palmeó la espalda con fuerza—. Ni tan aliviado.

—Puedo entenderlo —le devolvió el saludo, con un fuerte golpe—. Ese maldito MacKinnon no sabe cuando dejarlo estar.

—Dudo que moleste más en un tiempo —Kerr se volvió hacia Ian y lo abrazó con el mismo rudo estilo que había empleado con su laird—. Me alegro de verte también. A todos.

Blair sonrió, divertida, por tal despliegue de masculinidad.

—Si habéis terminado con las demostraciones afectivas —les dijo, entonces—, tal vez quieran pasar a refrescarse y tomar algo antes de la comida.

—Eso suena estupendamente, señora MacLeod —dijo Dougal.

Blair sonrió y levantó la mano en la que se encontraba el anillo delator. Dougal era un hombre observador y Blair supo que por esa alianza, había deducido que se habían casado ya. La sonrisa que le prodigó, confirmó sus sospechas.

—¿Debo suponer que no estás enfadado por eso? —preguntó Kerr, con cautela.

—Admito que deseaba celebrar la boda en Dunvegan, pero no voy a enfadarme porque un hombre ansíe desposar a la mujer que ama.

Blair se ruborizó bajo la intensa mirada de Dougal y entró en la casa, para preparar una comida copiosa e improvisada para sus inesperados invitados. Su mirada no dejaba de desviarse hacia su hermano, que jugaba con Tam como si se conociesen de toda la vida. Le costaría asimilar que estaba vivo, pero no podía negar que ahora su felicidad era completa. Aunque no lo había dicho, le había faltado en los momentos especiales de su vida allí.

Horas más tarde, saciada el hambre de todos, pudo reunirse por fin con su hermano y el muchacho que lo había llevado hasta ella. Logan le contó la historia completa de su aventura. Kerr se había sentado junto a ella y la sostenía entre sus brazos. Algo que agradeció, cuando el joven explicó lo cerca que había estado de perder a Bruce.

—No sabía qué hacer cuando vi que no respiraba —dijo, todavía

angustiado al recordarlo—. Me asusté tanto. Al final conseguí que expulsara el agua apretando su estómago. No sé ni cómo se me ocurrió hacerlo. Supongo que la desesperación ayuda a ser más ingenioso.

—Yo te estaré eternamente agradecida por haberlo traído hasta mí — Blair le tendió las manos y él se las tomó—. Lo creía muerto y tú lo devolviste a la vida para mí. Jamás podré compensarte por ello.

—Saber que el niño estará bien es suficiente para mí. Ha sido muy valiente —dijo, con evidente orgullo—. Ni una sola vez se quejó. Ni demostró miedo. Acató cada orden que le di sin rechistar. Es un niño increíble.

—Como su hermana, entonces —dijo Kerr apoyando la mano en su espalda.

—Los encontramos a medio camino —continuó Dougal—. Creo que habrían llegado solos, pero no sé en qué condiciones. No tenían comida y estaban extenuados. En cuanto me explicó quién era el niño, supe que debía ayudarlo. Ahora tú eres una MacLeod, Blair y por ende, él también lo será.

Blair entendió lo que aquella declaración encerraba y lo miró agradecida. Ofrecer su apellido y su protección a un niño del que no sabía nada era una gran muestra de fe hacia ella. Un gran regalo de bienvenida a su clan. Él se limitó a asentir, dando por cerrada aquella cuestión.

—Nosotros debemos regresar —dijo después, levantándose—. No puedo dejar desatendido el castillo tanto tiempo.

—Agradecemos que hayas querido venir en persona, Dougal —Kerr le ofreció la mano y él se la estrechó.

—Yo cuido de los míos —asintió.

—Yo también me voy —informó Logan—. Tengo un largo viaje por delante.

Blair lo abrazó en agradecimiento, pero se alejó en cuanto notó su incomodidad.

—Siempre serás bienvenido —le dijo Kerr, estrechándole la mano.

—Gracias, pero lord Cockburn me cedió unas tierras que esperan mi llegada —sonrió azorado—. Además, dudo que quiera volver a subir en un barco por lo que me resta de vida.

—Gracias de nuevo —Blair le sonrió en esta ocasión.

—Ah —sacó un sobre de su zurrón—. Esto es para vos. Del duque de Cockburn.

—Gracias —repitió, aceptando la carta.

En cuanto se hubieron marchado todos, Blair se encerró en su alcoba para

leer la carta. Cuando salió, una hora más tarde, sus ojos todavía se veían hinchados. Había estado llorando.

—Donella y Alpin han sido acusados de alta traición, al igual que Angus —le dijo a Kerr, que supo lo que aquello significaba—. Alpin se disculpaba en la carta por no haber podido criar a Bruce, tal y como habíamos acodado su esposa y yo...

—¿De qué estás hablando? —la interrumpió Kerr.

—Parece que Donella le hizo creer que le pedí que lo cuidasen por mí porque no quería traerlo a las tierras altas.

—Intentó robarte a tu hermano.

—No quiero exculparla, pero puedo entenderla, en cierta medida. Tú no viste el dolor que padeció tras la muerte de su hijo. Tal vez pretendía llenar el vacío que le dejó, con mi hermano.

—Pero te hizo creer que estaba muerto.

—Eso debió ser cosa de Angus para tenerme a su merced —negó—. En la carta, Alpin da a entender que pensaban venir de visita. No sé cómo pretendía Donella impedirlo, pero...

—Bueno —la abrazó—, sea como sea, ahora Bruce está aquí y nadie lo separará nunca más de ti.

—Gracias, mi amor —lo besó. Aunque sabía que no le impediría a Bruce vivir con ellos, le había gustado oírlo de sus labios. Y fue después, cuando oyeron el llanto de Fiona. Se había despertado por fin—. Ya estaba tardando. Se ha saltado la comida.

—Algo insólito en ella —corroboró Kerr.

Blair bajó con la niña en brazos y se encontró con Tam, Bruce y Kerr hablando entre ellos. Era una imagen tan familiar que Blair sonrió encantada. Al fin se sentía completa.

—Fiona —dijo acercándose—, quiero que conozcas a un muchachito muy importante para mí. Mi hermano Bruce.

Bruce miró a la niña con curiosidad, pero su boca se abrió en una mueca de asombro cuando la pequeña le sonrió. Un ligero rubor cubrió sus mejillas cuando sus pequeñas manitas le acariciaron la cara. Por un momento nadie habló, mientras Fiona continuaba tocando a Bruce y este permanecía inmóvil, con su mirada fija en ella.

—Es muy bonita —dijo Bruce finalmente, con las mejillas todavía coloradas.

—Lo es —asintió Blair.

Aquella noche, acomodado en el dormitorio de Tam, pues nadie pudo convencerlos de lo contrario, Bruce escuchaba embelesado una nueva historia de su hermana. Tam, en la cama de al lado, parecía igual de absorto. Blair se sentía feliz de tenerlos a ambos así.

—Y ahora debéis dormir —los arropó—. Ha sido un día muy largo.

—Buenas noches, mamá.

—Buenas noches, hijo —Blair besó la frente de Tam.

—Buenas noches, Blair.

—Buenas noches, Bruce —también besó su frente, sin poder evitar que las lágrimas empañasen sus ojos. Jamás habría imaginado que podría volver a besarlo.

—Cuando sea mayor —se detuvo al oírlo susurrar—, me casaré con Fiona.

Blair se quedó muda de la impresión. Bruce parecía muy seguro de lo que decía, pero no tenía más que cinco años. ¿Qué sabría él del matrimonio? Le sonrió condescendiente.

—Seguro que sí —le dijo.

—Sí —asintió, satisfecho y cerró los ojos con una dulce sonrisa en los labios.

—Mi hermano quiere casarse con tu hija —le informó Blair a Kerr en cuanto entró en su alcoba—. Parece muy seguro de ello.

—Parece un buen chico —rió él—. Y Logan ha hablado maravillas de él. Tal vez se lo permita.

—Cuanta imaginación tienen los niños —Kerr la abrazó por detrás y depositó un beso en su cuello. Blair se apoyó en él para disfrutar de su contacto.

—Yo también supe que me casaría contigo en el mismo momento en que te vi —le susurró.

—Pues lo ocultaste muy bien, señor esposo —se giró hacia él.

—Puede que me lo estuviese negando a mí mismo —se encogió de hombros—, pero ahora, viéndolo en perspectiva, estoy seguro de que lo sabía. Aquel día en la llanura, cuando Dougal te acusó de espionaje, quedé hipnotizado por tus ojos. Y por la valentía que mostraste al enfrentarte a las acusaciones. Me enamoré de ti en ese mismo instante.

—Vaya. No sabía eso.

—Yo tampoco —le guiñó un ojo—, pero solo ahora me doy cuenta de que fue así. Eras mía, mucho antes de saber siquiera si nos volveríamos a ver.

—Puestos a ser sinceros —se mordió el labio—, me enamoré de ti el primer día que chocamos. Cuando huía de Ian.

—Tenía entendido que tú no huías —alzó una ceja, divertido.

—No sonaría tan convincente si decía que lo estaba esquivando. Era demasiado insistente y yo no quería nada de él.

—Para haberte enamorado de mí en aquella ocasión, tampoco tú lo demostraste.

—Me acusabas continuamente de cosas que yo no había hecho y parecías estar en perpetuo enfado conmigo —se defendió— ¿Qué pretendías que hiciese?

—¿Besarme? —se burló.

—Sí, claro —bufó—. Para que me lo recriminases después.

—Sí que te lo puse difícil —la abrazó de nuevo—. Y lo lamento.

—Yo no —lo besó, olvidadas ya las bromas—. Cada cosa que pasó, fuese buena o mala, nos ha traído hasta aquí. Tal vez si hubiese sucedido de otro modo, nosotros no habríamos acabado juntos. No me arrepiento de nada y estoy agradecida por todo.

—Habríamos terminado juntos de cualquiera de las maneras, Blair —le devolvió el beso—, porque desde el mismo momento en que te chocaste conmigo, mi corazón supo que no te dejaría ir.

—Aunque tu mente te dijese lo contrario.

—Aunque mi mente me dijese lo contrario —asintió.

—Te amo, mi valiente highlander —le sonrió.

—Y yo a ti, mi bella institutriz —la besó.

EPÍLOGO

16 años más tarde

La capilla estaba hermosamente decorada. Había flores en cada esquina y su olor dulzón impregnaba hasta el último rincón del local, mientras los invitados esperaban pacientes, a ambos lados del pasillo central de la capilla. El novio, impaciente, pasaba su peso de un pie al otro. Vestía los colores de los MacLeod, a pesar de no haber nacido siendo uno de ellos.

—Ya viene.

La voz de Tam interrumpió sus pensamientos, que se habían ido al pasado, algo que no le sucedía con frecuencia porque no le gustaba mirar atrás.

—Por fin —suspiró aliviado. No es que dudase de que ella no fuese a aparecer, pero la espera se le había hecho larga. Llevaba 16 años aguardando por aquel momento.

Cuando Fiona entró del brazo de Kerr, Bruce contuvo el aliento. Estaba más hermosa que nunca con aquel vestido blanco, igual de sencillo que ella, pero que tan bien le sentaba. Sus ojos verde esmeralda lo miraban con amor. No había mirada más bella que la suya y le sonrió, ansioso por poder tomarla de las manos y besarla. No sabía cómo podría contenerse.

—Creo que no hace falta que te diga que me la cuides, Bruce —le dijo Kerr, palmeándole un hombro.

—No —se obligó a mirarlo para responder, pero regresó sus ojos a ella al momento—. Es lo más preciado para mí.

Fiona se ruborizó, pero su sonrisa brilló todavía más. Se sentía la mujer más afortunada del mundo, pues no había nadie como él. Tomó la mano de Bruce para colocarse frente al altar. Estaba tan ansiosa como él por convertirse en su esposa.

—Al final Bruce lo decía en serio —le dijo Blair a Kerr en un susurro cuando se sentó junto a ella.

—¿El qué?

—Que se casaría con Fiona. Cuando tenía cinco años, ¿recuerdas?

—Lo había olvidado —Kerr la rodeó con su brazo para acercarla y besarla.

—Al parecer él no —le sonrió.

Permanecieron atentos a la ceremonia y, en algún momento de la misma, recordaron su propia boda. Tan distinta, pero igual de emotiva. En esa ocasión, Dougal había insistido en que debían celebrar la boda en Dunvegan y había acudido todo el clan de los MacLeod. Solo algunos habían acudido a la capilla, pero serían cientos en el banquete. Una celebración por todo lo alto.

—Me alegro —susurró Kerr después de oírles pronunciar los votos.

—¿De qué?

—De que no se haya olvidado —le guiñó un ojo—. No podría desear mejor esposo para Fiona.

—Y por eso te amo tanto —lo besó.

—Y yo a ti.

Después de la ceremonia, acudieron al gran salón, donde habían preparado un banquete digno de reyes.

—Es más de lo que merecemos —le dijo Bruce, cohibido cuando lo felicitó Dougal.

—No, muchacho —negó él—. Es justamente lo contrario. No podré compensarte nunca por hacer tan feliz a la hija de mi querida prima Lorna.

Kerr apretó los puños para controlar la ira y no acabar diciendo algo indebido. Blair le rodeó el brazo con los suyos y lo obligó a mirarla. Su sonrisa disipó la rabia. Era increíble cómo después de tantos años, una simple sonrisa suya seguía afectándole tanto. Había creído que con el tiempo, su amor se estancaría de algún modo, pero cada día que pasaba la amaba un poco más.

—No despiertes a los fantasmas del pasado —le susurró—. Dougal no se lo merece. Ni Fiona tampoco.

Kerr asintió y la besó. Nunca tendría suficiente de ella.

—Mamá —Fiona se acercó a ellos para abrazarse a Blair—. Por fin.

—Me alegro tanto, mi vida —la abrazó de vuelta—. Por los dos.

—¿Para tu padre no hay abrazo? —Kerr fingió estar molesto.

—Por supuesto, papá —se lanzó a sus brazos.

—Me he quedado si mi niña adorada —le oyeron decir—. Debería

haberlos hecho esperar unos años más.

—Siempre puedes impedirselo a Aileen —rió ella.

—Creo que por ahora no tendré que preocuparme en ese sentido por ella —suspiró Kerr.

—Se le pasará, amor —rió Blair.

Sabían que a Kerr le disgustaba que Aileen disfrutase más de las espadas que de las labores del hogar. Tal vez Bruce, Tam y Ellar tuviesen algo que ver en ello. O puede que fuese suya toda la culpa. Aileen era la pequeña de los cuatro hermanos y la habían animado al principio porque les hacía gracia que los siguiese a todas partes. Ahora se sentían culpables, pero el mal ya estaba hecho.

—Eso espero —refunfuñó.

—En cuanto se enamore, cambiará —sonrió Fiona, al ver a Bruce—. Me voy.

Se acercó a él y lo besó. Kerr abrazó a Blair de nuevo y disfrutó de la vista. Bruce y Fiona estaba rodeados de Tam, Ellar y Aileen, los hermanos de ella. Hablaban animadamente y la fuerte unión entre ellos era palpable.

—Hemos creado una bonita familia, amor —le dijo Kerr, contra el cuello antes de besárselo.

—Sí —suspiró, satisfecha—. Una gran familia. Y no lo digo solo por el tamaño.

Kerr rió porque se había adelantado a su comentario. Siempre sabía lo que estaba pensando, aunque no siempre había sido así, recordó.

—Te amo, Blair MacLeod —le dijo, obligándola a girarse hacia él para mirarla a los ojos.

—Y yo a ti, Kerr MacLeod. Para siempre.

—Creí que debía recordártelo —sonrió antes de besarla.

—Puedes hacerlo siempre que quieras, esposo mío —se mordió el labio—. Y esta vez puedes pensar lo que quieras de mi afirmación.

Kerr no necesitó más invitación que esa para levantarla en sus brazos. La besó con pasión cuando ella le rodeó el cuello con los brazos y se la llevó a su alcoba. No pasaría nada si empezaban el banquete sin ellos. Al fin y al cabo, los verdaderos protagonistas de aquel día eran Bruce y Fiona.

